



FELIX OSCAR
MARTINUS SARRAGA
DOCTOR HISTORIAE
ANNUS M...

El último manteísta

Félix O. Martín Sarraga

Sobre la obra y su autor

El último manteísta nace de una pregunta: ¿cómo era realmente la vida de un estudiante universitario español antes de que desapareciera el mundo académico del Antiguo Régimen?

Responderla ha exigido mucho más que imaginar una historia.

La novela se sustenta en una ingente labor de investigación documental sobre la antigua universidad española y, particularmente, sobre la vida cotidiana de sus estudiantes: sus estudios y disputas académicas, alojamiento, alimentación, vestido, economía, viajes, diversiones, relaciones con maestros y autoridades, privilegios jurisdiccionales, lenguaje propio, ceremonias, obligaciones y costumbres. Los Estatutos universitarios, legislación, documentos de época, prensa, literatura, diccionarios históricos y una extensa bibliografía especializada han permitido reconstruir un universo estudiantil que desapareció casi por completo durante el siglo XIX.

Ese es el entramado documental en el que se desarrolla nuestra historia. Los personajes y sus peripecias pertenecen a la literatura. El mundo en que viven, en cambio, ha sido reconstruido a partir de las fuentes que garantizan su fidelidad histórica. Las licencias literarias se han reducido deliberadamente al mínimo necesario para convertir los datos históricos en experiencia narrativa. Cuando los protagonistas asisten a una clase, buscan alojamiento, esperan al arriero, cuentan sus monedas, participan en una disputa, reciben una carta, cantan una tarde o se enfrentan a las normas universitarias, la ficción se mueve dentro de lo que la documentación permite considerar históricamente posible.

Este criterio responde a la trayectoria de su autor, Félix O. Martín Sárraga, doctor en Historia e investigador de la cultura y tradiciones estudiantiles españolas, que ha dedicado especialmente su obra a la revisión documental de los relatos sobre el pasado universitario y al estudio crítico de sus transformaciones que, repetidos durante generaciones, no siempre encuentran respaldo en las fuentes primarias.

La reconstrucción histórica que sostiene en estas páginas no habría sido posible sin el trabajo de quienes, durante décadas, han estudiado la antigua universidad española y la vida de sus escolares. Entre los investigadores cuyas obras han generado consultas más recurrentes para esta novela merecen especial reconocimiento las publicaciones de Ana María Carabias Torres, Luis Enrique Rodríguez-San Pedro Bezares, Margarita Torremocha Hernández, Águeda María Rodríguez Cruz, Ángel Riesgo Terrero y Luis Sala Balust. Sus investigaciones sobre los colegios, los manteístas, la matrícula, el alojamiento, las instituciones, el lenguaje y la vida cotidiana universitaria han proporcionado una parte sustancial del conocimiento histórico sobre el que se construye esta novela. A ellos, y a cuantos investigadores han contribuido a recuperar documentalmente aquel mundo, corresponde el debido reconocimiento; cualquier error de interpretación o de traslado al ámbito literario pertenece exclusivamente al autor.

Junto a estos estudios, la novela se ha construido mediante la consulta directa de estatutos, legislación universitaria, diccionarios históricos, testimonios literarios, prensa y documentación de época, procurando acudir a las fuentes primarias siempre que ha sido posible.

Esa mirada determina también uno de los principios fundamentales de *El último manteísta*: el pasado no debe explicarse mediante aquello que sucedió después. Bajo este principio

es que la novela evita anacronismos y presenta las instituciones, palabras, costumbres e identidades con el significado que tuvieron en aquella época. No pretende buscar en cada práctica antigua el origen de una tradición posterior, sino observarla en su propio tiempo.

Por ello *El último manteísta* también es la historia de una desaparición. El personaje principal pertenece a una generación que se percata de que la universidad en la que se formó deja paso a otra, transformada al compás de las reformas liberales de la España isabelina. Su conversación, muchos años después, con un nieto educado ya en un mundo diferente permite recorrer la cultura universitaria de antaño y preguntarse qué merece conservarse, qué debe desaparecer y qué sucede cuando una sociedad deja de comprender las costumbres que heredó.

Las imágenes que acompañan este relato participan del mismo propósito de reconstrucción. Todas las ilustraciones de la obra han sido creadas mediante inteligencia artificial utilizando ChatGPT, de OpenAI, siguiendo indicaciones destinadas a mantener su coherencia con la documentación histórica utilizada en la novela. Son recreaciones artísticas contemporáneas y, por tanto, no constituyen fuentes históricas ni deben interpretarse como tales.

El último manteísta se sitúa así en un territorio deliberadamente fronterizo en el que la investigación proporciona el mundo y la literatura le devuelve las voces, afectos y memoria.

Sus personajes nunca existieron pero todo lo que les acontece hace posible que pudieran haber existido. Si sus vidas consiguen despertar la curiosidad del lector y llevarlo luego del campo de la novela a la historia, esta ficción habrá cumplido su propósito.

Capítulo 1. El camino

Corría el año de 1846 cuando un joven entró en casa de su abuelo luciendo, como si fuera todo un logro, el nuevo traje de estudiante. Atravesó la estancia, un salón comedor adusto dejó la capa sobre una silla y se acercó para saludarlo con un beso. El hombre, que leía cerca de una ventana acomodado en una butaca más añosa que él, lo miró de arriba abajo con esa lentitud insolente que la edad otorga al tratar a los jóvenes cuando encuentran en ellos algo que les divierte.

—¿Y eso? —dijo con rostro sereno.

—¿El qué? —respondió el muchacho.

—Eso que llevas en la cabeza.

El joven se quitó el sombrero y lo sostuvo delante de sí.

—Un sombrero, abuelo.

—Ya veo que no es una cazuela.

El muchacho sonrió.

—Es el que se lleva ahora.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

El abuelo alargó su mano a la vez que el joven le entregaba el sombrero, negro y redondo. Lo volteó despacio, acariciándolo con sus dedos, lo examinó como si acabaran de traerle un pájaro un pájaro disecado de América cuya especie no acertara a reconocer.

—De modo que así vais ahora a la Universidad —dijo al nieto.

—Así vamos todos —respondió tocándose la levita y el pantalón oscuros que vestía.

Una corbata que destacaba su negrura sobre una camisa blanca.

El abuelo levantó los ojos y dejó el sombrero sobre la mesa.

—Entonces ya no se sabe quién es estudiante.

—¿Y para qué habría de saberse?

—Porque nosotros no vestíamos así.

—Ya lo sé, llevabais sotana.

—Loba, muchacho, loba. Y no era lo mismo.

El joven sonrió.

—¿Una sotana podía tener tanta importancia?

—¡Más de la que imaginas! Todos vestíamos la loba. Podías cruzarte con el hijo de una casa rica o con un escolar que no supiera si comería al día siguiente y ambos vestíamos igual.

—Entonces la ropa estudiantil trataba por igual al rico y al pobre...

El abuelo le interrumpió.

—En la calle. No te apresures. Cuando sepas dónde dormía cada uno entenderás que la loba ocultaba historias muy diferentes.

Se hizo el silencio durante unos instantes.

—Entonces yo aún no sabía nada de eso. Tenía dieciocho años y lo único que veía era mi loba doblada sobre mi arcón, esperando usarla por primera vez en Salamanca.

—¿No la llevabas puesta?

—No. Todavía no era estudiante, aún no me había matriculado. Entonces la Universidad me recibiría como uno de los suyos, pero para eso antes tenía que llegar. El curso comenzaba por San Lucas, el 18 de octubre. Por eso, desde comienzos del mes, mi madre había empezado a preparar todo lo necesario para mi partida.

—¿La conservas aún?

—No tengas tanta prisa. Mi madre llevaba tres días organizando la ropa que me habría de llevar y aquella mañana había vuelto a abrir el arcón. La encontré inclinada sobre él, sacando una camisa que ya había doblado la víspera.

El hombre revivió aquel momento con su madre mientras perdía la mirada en el paisaje que veía por la ventana.

—Como sigáis así, no llegaré nunca a la universidad.

—Llegarás. Lo que no quiero es que llegues hecho un mendigo —respondió ella.

Volvió a doblar la camisa, alisándola con las palmas antes de colocarla junto a las demás. Debajo había dispuesto las sábanas; a un lado, las calcetas y los calzones. Los zapatos de repuesto ocupaban un extremo.

—No cabe nada más.

—No necesito nada más.

La mujer levantó la vista y lo miró.

—Eso lo dices porque todavía no has salido de casa.



Aquella dedicación maternal empezaba a incomodarme. Iba a marcharme a la Universidad y ella doblaba mis camisas como si alisar sus pliegues pudiera protegerme de lo que encontraría fuera de casa. Entonces creía que aquellos cuidados demostraban que aún no me consideraba adulto. ahora comprendo que probablemente significaban otra cosa.

—El comportamiento de mi padre fue muy distinto, esperando hasta la víspera para hablar conmigo, continuó relatando el abuelo. Había dispuesto el dinero que habría de llevar y escrito una carta cerrada que aguardaba sobre la mesa del salón. No me pidió que me sentara y recuerdo que me espetó:

—En Salamanca tendrás más libertad de la que has tenido aquí. No confundas una cosa con la otra.

El muchacho guardó silencio.

—Vas a estudiar. Procura acordarte de ello cuando conozcas a quienes hayan ido para cualquier otra cosa.

Después vinieron las advertencias. Que asistiese a las lecciones. Que cuidase las compañías. Que me apartase del juego. Que seleccionara bien las visitas y supiera a qué casas podía entrar sin comprometer el nombre de la familia. Sobre las mujeres fue más breve.

—¡Y no seas necio!

—¿Eso fue todo lo que te dijo? —interrumpió el nieto.

—No, pero fue lo único que recordé cuando hizo falta.

El abuelo sonrió antes de continuar.

La carta iba dirigida a un hombre cuyo nombre conocía por haberlo oído algunas veces en casa y vivía cerca de la universidad. Mi padre me explicó cuándo debía entregársela y me hizo repetir el nombre del destinatario. Aquella recomendación era, a sus ojos, casi tan importante como el dinero.

A la mañana siguiente, en silencio, mi madre revisó por última vez el equipaje. Mi padre me acompañó cuando salimos de casa, quedando mi madre bajo el quicio de la puerta, resistiéndose a llorar.

Antes de comenzar el viaje hasta Salamanca teníamos que encontrar al recuero. Llevaba conmigo la emoción de quien cree que acaba de conquistar su independencia, pero la ilusión me duró hasta que mi padre me pidió la bolsa.

—Dámela.

—¿Para qué?

—Para que llegues con ella.

En el lugar y hora acordados, el arriero nos esperaba con la mula y la carga preparada. Mi padre contó el dinero que había destinado al viaje y a los primeros gastos en mi destino delante de ambos. Después se lo entregó al mulero diciendo:

—Se lo dará cuando lleguen. Ni antes ni después.

El muchacho los miró sin reparo.

—Puedo guardar mi propio dinero.

—Eso mismo me preocupa.

—Padre...

—Llegarás a Salamanca con cuanto te he dado, lo que hagas con ello después será asunto tuyo.

El recuero guardó la bolsa.

Mi padre sacó entonces la carta de recomendación y se la entregó también.

—¡Que esto no se pierda!

—No se perderá —respondió el arriero.

Mi padre lo había tratado por su nombre desde que llegamos. No discutió con él cuánto dinero llevaba ni le hizo repetir las instrucciones. Le entregó la bolsa, después la carta, y recibió de él una palabra y un apretón de manos que parecieron bastarle. Aquello me sorprendió mucho más que verme privado de mi propio dinero.

—¿No vais a pedirle recibo? —pregunté.

Mi padre me miró.

—¿Recibo?

—De lo que le habéis entregado.

El recuero soltó una carcajada.

—Guarda bien esa desconfianza, estudiante, allá podrá servirte.

Molesto, mi padre frunció el ceño.

—Este hombre lleva años trayendo y llevando cosas de nuestra casa. Si no confiara en él, tampoco le confiaría tu seguridad.

Solo entonces comprendí que mi padre no me había confiado al recuero únicamente para que llevara mi arcón hasta mi alojamiento de estudios. Durante el camino comencé a advertirlo. En cada lugar donde nos deteníamos había alguien que conocía al recuero o esperaba algo de él. Una carta cambiaba de manos. Un encargo era recogido. Alguien preguntaba por una persona que

vivía varias leguas más adelante. Otro quería saber cuándo volvería a pasar. El recuero escuchaba, respondía, recordaba nombres y daba noticias.

—¿También llevaba cartas? —preguntó el nieto.

—Cartas, dinero, encargos... Lo que hubiera que llevar y, sobre todo, noticias. Antes de que tú pudieras enterarte de lo sucedido en tu casa, probablemente él ya lo sabía.

—Eso no parece muy tranquilizador.

—Nunca dije que lo fuera.

El abuelo sonrió.

—Pero cuando llevabas meses lejos de los tuyos y comenzabas a quedarte sin dinero, te aseguro que no había en la ciudad hombre más deseado que un recuero doblando una esquina.

—¿Y consentiste que uno de esos hombres llevara todo tu dinero?

—No era uno de esos hombres. Era *nuestro* arriero.

—Es casi lo mismo.

Negué lentamente con la cabeza.

—No, muchacho. Entonces había una diferencia enorme. Tú has conocido otros caminos. Para nosotros, el recuero era el camino.

El nieto frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Ya me entenderás.

Guardé silencio unos instantes.

Entretanto el arcón quedó bien sujeto a la mula con el resto de la carga. Dentro iban las sábanas que mi madre había doblado tantas veces, las camisas, los calzones, las calcetas y aquel segundo par de zapatos que me había parecido innecesario.

Tras comprobar una última vez que todo estuviese dispuesto, mi padre se volvió. Ya no añadió consejos, los había dado todos, y regresó a casa tras dos indicaciones finales.

—Escribe a tu madre —advirtió.

El muchacho asintió con la cabeza.

—¡Y no hagas que yo tenga que ir a buscarte!

Aquello podía significar tantas cosas que preferí no preguntar cuál de ellas preocupaba más a mi padre.

Finalmente, el arriero dio la señal de partida. Echó a andar llevando de las riendas a la mula. Yo caminaba a su lado.

Durante los primeros trechos volví la cabeza varias veces. Mi padre permanecía en el mismo sitio, cada vez más pequeño. Después el camino hizo una vuelta y dejé de verlo.

Dejé de verlo, pero tardé bastante más en sentir que había dejado atrás Murcia. Durante las primeras horas todavía encontraba cosas conocidas: la tierra seca del camino, algún olor a rosales que llegaba de las huertas. Después también eso fue desapareciendo. No recuerdo el instante preciso en que ocurrió. Solo sé que hubo un momento en que miré alrededor y nada de cuanto veía me resultaba familiar.

—¿Lloraste? —preguntó el nieto.

El abuelo lo miró con dignidad ofendida.

—¡Iba a la Universidad!

—Eso no responde a mi pregunta.

—Entonces no la repitas.

Por primera vez aquella mañana, el nieto creyó advertir que la sonrisa del hombre se había apagado. Tras unos instantes continuó verbalizando sus recuerdos.

Durante la primera legua del viaje hablé poco. Al principio oteaba el horizonte cada vez que el camino se elevaba lo suficiente, buscando todavía una torre, una loma, cualquier accidente del terreno que pudiera reconocer. Después dejé de buscar.

Al inicio caminé con la dignidad que suponía propia de un adulto universitario. El polvo se nos pegaba a las medias y a los zapatos al mediodía; por la tarde, en cambio, empezaba a agradecer cualquier prenda que por la mañana me había parecido sobrar y mi única preocupación era encontrar la manera de caminar sin que me dolieran los pies. Las horas pasadas junto a la mula

determinaron que dejara de advertir su olor, aunque durante los primeros días el sudor del animal y el cuero de los aparejos parecían imponerse sobre cualquier otro que procediera del entorno.

El recuero parecía, en cambio, formar parte del camino. Atendía continuamente a la mula y a la carga, vigilaba los bultos y decidía cuándo seguíamos y cuándo había llegado el momento de detenernos para descansar. Yo había salido de Murcia creyéndome viajero y, antes de terminar aquella primera jornada, comprendí que tenía menos autoridad sobre el viaje que la mula. Al recuero le correspondía decidir, yo me limitaba a seguirlo.

—¿Y comíais por el camino?

—Cuando correspondía.

—Eso tampoco responde.

—Empiezas a parecerme a mí a tu edad.

El abuelo sonrió.

Al caer la tarde llegamos a una venta. Yo había oído hablar de ellas, naturalmente, pero una cosa era conocer la palabra y otra muy distinta descubrir que aquella casa junto al camino iba a convertirse, durante unas horas, en todo mi mundo.

El olor a humo se percibía antes de entrar. Tras todo el día andando, lo asocié inmediatamente con una promesa de comida.

—¿Cenaremos aquí? —pregunté.

—Si traemos qué cenar —respondió el recuero.

Aquello me pareció otra de sus respuestas destinadas a contrariarme, pero no tardé en comprenderla. Dentro, el humo se mezclaba con el olor de la grasa que caía sobre el fuego y con el de algún puchero que no supe si pertenecía a los venteros o a otros viajeros. Cerca de la entrada llegaba además el olor húmedo de la paja y de las caballerías. Cada vez que se abría una puerta o alguien cruzaba hacia la cuadra, entraban voces, resoplidos y algún golpe de herradura contra el suelo.

En la venta había fuego, pero la comida era otra cuestión. Lo que llevábamos podía calentarse o guisarse allí y el recuero se ocupó de ello con la naturalidad de quien había repetido aquella operación muchas veces.

La primera atención no fue para mí, sino para la caballería. El arriero descargó mi arcón y se ocupó de que la mula tuviera agua y forraje. Solo después se preocupó de saber dónde habríamos de pasar la noche. Aquello me ofendió.

—Llevaba todo el día caminando por sendas irregulares, llenas de piedras que me martirizaban los pies, y descubrí que la mula tenía prioridad —dijo el anciano.

—Era más útil que tú —respondió su nieto.

El abuelo lo miró con fingida severidad.

—También tú empiezas a preocuparme.

La primera noche fuera de casa no tuvo nada de la libertad que había imaginado. Comprendí que todo cuanto me pertenecía se reducía prácticamente a lo que había llevado conmigo cuando llegó el momento de acostarme. El resto estaba dentro de un arcón, entre las cargas de la mula. Mis padres se encontraban ya a una jornada de distancia, pero entonces las distancias no se medían solamente en leguas: se medían también por el tiempo que tardaría una carta en regresar con una respuesta.

—¿Y el dinero?

—Con el recuero.

—Eso ya lo sé.

—Yo también lo sabía. Por eso me acordaba tanto de él.

El muchacho rio.

—Aquella noche pensé que quizás mi padre hubiese tenido razón.

—¿En qué?

—En no darme la bolsa.

—¿El primer día?

—No te entusiasmes. A la mañana siguiente volví a pensar que se había equivocado.

Dormí mal. No porque sucediera nada extraordinario, sino precisamente porque todo era extraño. Eché de menos los sonidos de mi casa, aquellos a los que nunca había prestado atención

hasta dejar de oírlos. Cada ruido me despertaba. Me senté para calzarme y descubrí que mis pies habían pasado la noche preparando una protesta para la jornada siguiente. A eso se añadió un picor que al principio atribuí a la aspereza de las sábanas. Después descubrí que no estaba solo. Al levantarme, mi cuerpo parecía cubierto de sarampión: estaba lleno de pequeños puntos rojizos.

—¿Chinches? —preguntó el nieto.

—¡Y pulgas!

—¿Y te quedaste allí?

—¿Adónde querías que fuese?

—¿No se lo dijiste al recuero?

—¡Claro que se lo dije!

—¿Y qué te dijo?

El abuelo soltó una risa.

—Lo que cabía esperar.

Le reclamé por lo que me había pasado, pero él apenas me miró.

—Habéis dormido en una venta —me sentenció.

—Empiezo a comprender por qué lo recuerdas tanto —dijo el nieto.

—¡Todavía no has comprendido nada! —replicó su abuelo.

Esa mañana descubrí que de allí no me llevaba únicamente las picaduras. Cuando salimos al camino, mi ropa aún olía al humo de la víspera. Me acerqué una manga a la nariz.

—¡Huelo a humo!

Mientras el recuero ajustaba la carga comentó:

—Mejor que a cuadra.

No encontré argumento para responderle.

Los siguientes días comenzaron a parecerse unos a otros. Levantarse, disponer la carga, emprender el camino. Avanzar al paso que permitía la mula. Detenerse. Volver a montar. Comer en la marcha aquello que cada uno llevase consigo. Preguntar cuánto faltaba y recibir respuestas cada vez menos satisfactorias.

También las mañanas fueron cambiando. Discurrían los primeros días de octubre y, conforme avanzábamos, empezaba a descubrir un frío matinal al que no estaba acostumbrado. Al principio desaparecía poco después de echar a andar; más adelante comenzó a acompañarnos durante buena parte de la mañana.

El camino comenzaba también a enseñarme sus propias medidas. Una legua dejó de ser una distancia escrita y pasó a ser tiempo de ardua caminata. Una venta dejó de ser una palabra y pasó a significar descanso. Una jornada dejó de medirse en leguas para convertirse en lo que el cuerpo era capaz de soportar antes de detenerse.

Y el recuero seguía haciendo lo mismo. En unas paradas entregaba cartas; en otras recibía encargos. Preguntaba por personas que yo no conocía, respondía sobre lugares que todavía no había visto y parecía saber siempre dónde encontraríamos lo necesario para continuar. Poco a poco dejé de considerarlo el hombre que mi padre había contratado para llevarme a mi destino. Empezaba a comprender por qué mi padre había confiado en él.

—El camino —dijo el nieto.

El anciano sonrió.

—Ahora sí.

Y entonces llegamos a Madrid.

—¿Por la Puerta de Atocha? —preguntó el nieto.

El abuelo asintió lentamente con la cabeza.

—No tengas tanta prisa. Madrid empezó antes de que yo supiera que estaba en la capital.

Después de tantas jornadas en que mi mundo se había limitado al camino, ventas, pueblos y campos, la proximidad de la Corte comenzó a advertirse en quienes transitaban hacia ella o de regreso. Unos iban a pie y los más pudientes en faetones y berlinas, personas que iban o venían como en un hormiguero. El arriero, que durante buena parte del viaje había podido entregarse al paso tranquilo de su mula, estaba ahora mucho más atento.

Yo también.

A aquellas alturas me dolían partes del cuerpo cuya existencia ignoraba cuando salí de Murcia, pero el cansancio desapareció en cuanto comprendí que estábamos llegando.

—¿Era la primera vez que ibas a Madrid?

—La primera.

—¿Y qué pensaste?

—¡Que Salamanca tendría que esforzarse mucho para impactarme más!

El nieto sonrió.



—Durante unos instantes olvidé hasta que iba a estudiar —continuó—. Lo que más me impresionó fue la cantidad de gente. Después de tantos días midiendo el mundo con la velocidad de una mula, aquella concentración de personas, animales, mercancías, carruajes y edificios me pareció abrumadora.

Miraba a un lado y a otro con tal empeño que el recuero terminó por advertirme:

—Como siga mirando así, estudiante, se le va a caer la cabeza.

—¿Todo esto es la capital?

—No, todavía queda más.

Aquella respuesta me pareció inconcebible.

Había llegado esperando encontrar una ciudad grande, pero no estaba preparado para la Corte.

—¿Y era tan distinta de Murcia? —inquirió curiosamente el nieto.

—Muchacho, yo había salido de casa creyendo que sabía lo que era una ciudad —respondió su abuelo sonriendo—. Madrid tuvo la cortesía de quitarme aquella tontería. Las reformas de Carlos III estaban allí, nuevas para mis ojos. Había calles empedradas y paseos cuya amplitud me obligaba a volver la cabeza para contemplarlos enteros. Y había edificios que parecían contruidos no solo para servir a quienes entraban en ellos, sino para recordar a quien pasaba delante que se encontraba en la capital del Reino.

—¿Pasaste por el Prado?

—Lo vi al pasar.

El nieto se inclinó hacia delante.

—¿Y Cibeles?

—También.

—¿Y Neptuno?

—Si continuas contando tú mi viaje, puedo irme a dormir.

El muchacho se acomodó en el sofá.

—Continúa.

Su abuelo sonrió y continuó recordando en voz alta, dando la impresión de que su rostro rejuvenecía al hacerlo.

—El Prado fue lo que más me desconcertó. Yo esperaba calles. Aquello era otra cosa. Ahora sé que aquel paseo había sido transformado pocos años antes y que sus jardines y edificios formaban parte de ese Madrid nuevo que tanto complacía a los hombres de la Ilustración. Entonces no sabía nada de eso, era muy joven. Lo que más me impactó fue ver gente por todas partes.

—¿Eso te sorprendió?

—Muchísimo. Llevaba días encontrándome solo con personas que viajaban y tenían prisa por alcanzar su destino. En Madrid descubrí algo nuevo: ¡que también había personas que salían para dejarse ver!

El nieto sonrió.

—Eso tampoco ha cambiado.

—Los faetones y berlinas, que rara vez veía en Murcia, me hicieron darme cuenta en algo que no ví en el camino: la exhibición de la riqueza. Y no me refiero a personas que vivieran algo mejor que nosotros, ¡hablo de ricos de verdad!

Carruajes, criados, vestidos, incluso las maneras de caminar parecían exigir a los demás que se apartasen antes de que ellos llegaran. Y junto a ellos, en las mismas calles, hombres y mujeres cuyo aspecto decía exactamente lo contrario.

—¿Nunca habías visto pobres?

—¡Claro que había visto pobres! Lo que no había visto era tanta distancia entre dos personas separadas por unos pasos. Aquello me hizo pensar en la loba.

—¿De la loba?

—Sí. Pensé que otros hombres también tendrían un hijo rumbo a Salamanca, incluso. Ricos, y que vestiríamos igual al entrar a cuando las Escuelas. Una misma ropa sin que, gracias a ella, pudiera saberse quién venía de una casa rica o noble y quién de una humilde.

El nieto guardó silencio.

—Entonces la loba os igualaba.

—A la vista.

El abuelo guardó silencio un instante.

—Aunque debo reconocer que no todo lo que miraba aquella tarde eran coches y diferencias económicas. Entre tanta gente reparé en una muchacha que paseaba acompañada de

una mujer mayor. No sé por qué la recuerdo. Quizás porque me miró. O tal vez porque desde niño uno estaba siempre dispuesto a creer que me había mirado.

—¿Y te miró?

—Llevo más de medio siglo intentando decidir si fue así.

Entonces el arriero anunció que pasaríamos la noche en Madrid y me alegré más de lo que quise demostrar.

—¿Por la muchacha del Prado? —preguntó el nieto.

—Por descansar.

—Naturalmente.

—Y porque acababa de descubrir que en Madrid vivían más mujeres de las que mi padre había incluido en sus advertencias.

El nieto se sonrojó.

—¿Dónde dormisteis? —preguntó

—En una fonda.

—¿La recuerdas?

—Recuerdo entrar.

Después de tantos días de ventas y camino, aquello me pareció otro mundo. Al cruzar la puerta comprendí que Madrid no terminaba en sus calles. También entraba en las casas.

Cientos de voces. Gente que llegaba y que preguntaba, gente que comía y hombres que parecían saber perfectamente adónde ir, mientras yo seguía mirando alrededor como si llevara escrita la palabra «forastero» en la frente.

—Probablemente la llevaras.

—Probablemente.

El arriero, en cambio, volvió a transformarse. Durante el camino era quien decidía cuándo se partía, dónde se hacía alto y qué necesitaban las caballerías. Allí conocía también el procedimiento. Preguntó, habló con quienes debía hablar y se ocupó de lo necesario mientras yo permanecía junto al arcón intentando aparentar que viajar a Madrid era una cosa que hacía todas las semanas, pero no engañé a nadie.

—¿Y tu dinero?

—Seguía con él.

—¿Ni siquiera en Madrid te lo entregó?

—Especialmente en Madrid no me lo entregó.

—Tu padre era un hombre prudente.

—¡Mi padre era un tirano!

—Yo habría dicho prudente.

—Es porque no era tu padre.

Se hizo un incómodo silencio. El abuelo tardó unos instantes en continuar.

En la fonda encontré algo que el camino casi no me había permitido: sentarme entre desconocidos y escucharlos. Y escuché.

—Los caminos no terminaban cuando uno entraba en una ciudad, también se encontraban dentro de ella —continuó el abuelo.

—¿Qué quieres decir?

—Que en aquella fonda había hombres que venían de lugares que yo apenas conocía y otros que marchaban hacia lugares que jamás había oído nombrar. Durante unas horas todos coincidíamos bajo el mismo techo y al día siguiente cada uno desaparecería por un camino distinto.

El muchacho observó que su abuelo había dejado de sonreír.

—¿Pasó algo aquella noche?

—Sí.

—¿Qué?

—Conocí otro estudiante que tenía el mismo destino que yo.

—¿Cómo supiste que lo era?

—Porque estaba discutiendo.

El nieto sonrió.

—Eso no distingue demasiado a un estudiante.

—Déjame terminar.

Lo había visto al entrar, aunque apenas reparé en él. Aparentaba tener mi edad y no estaba sentado muy lejos de nosotros. No parecía acompañado por nadie que pudiera ocuparse de él. Mantenía sus cosas delante suyo y hablaba con el hombre de la fonda con una insistencia que llamó mi atención.

No discutían por una habitación, lo hacían por el precio de su estancia, y fue el recuero quien me hizo reparar en él.

—Ese también tiene el mismo destino que tú, me dijo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque me lo ha dicho.

Aquello me decepcionó. La imaginación me había hecho esperar de él que tuviera alguna ciencia misteriosa adquirida después de media vida recorriendo caminos.

—Podíais haberme dejado imaginar otra cosa.

—¿Para qué?

—No importa.

Volví a mirar al muchacho.

—¿Es estudiante?

—Lo será si llega.

—¿De dónde viene?

—De Sevilla, ¿es que no has escuchado su acento?

Volví a mirarlo con más atención.

Hasta entonces Salamanca había sido para mí un destino situado al final de “mi” camino. Por primera vez comprendí que otros caminos conducían hacia el mismo destino a muchachos desconocidos que atravesaban tierras diferentes y también habían recibido de sus padres consejos que, quizás, fueran muy parecidos a los míos.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó el nieto.

El abuelo sonrió.

—Ten paciencia, todavía no nos habíamos presentado.

Lo observé mientras terminaban de disponer nuestras cosas. Yo tenía mi arcón. El andaluz llevaba las suyas reunidas en un gran hato que no perdió de vista desde que entró en la fonda, pero no me pareció pobre.

—¿No lo era?

—He dicho que no me lo pareció.

El nieto guardó silencio.

—A los dieciocho años —continuó el abuelo—, yo todavía creía que la pobreza tenía que anunciarse como me han contado que el siglo pasado hacían los *pobres de solemnidad*.

Lo que sí advertí fue que aquel muchacho preguntaba el precio de todo. Antes de pedir comida, preguntó cuánto costaba. Quiso saber cuánto habría de pagar antes de aceptar el alojamiento. Y cuando obtuvo la respuesta no protestó, hizo algo que entonces me pareció extraño: se quedó unos instantes calculando en silencio.

—¿Calculando qué?

—Cuánto podía gastar aquella noche sin lamentarlo al día siguiente.

El nieto arqueó las cejas.

—No pongas esa cara. Yo llevaba mi dinero en la bolsa de otro hombre y sabía que, si las cosas iban mal, mi padre enviaría más. Aquel sevillano llevaba el suyo consigo y parecía saber exactamente cuánto podía permitirse gastar.

—Entonces era más independiente que tú.

—Mucho más.

—Y más pobre.

—También.

—Curiosa combinación.

—La Universidad estaba llena de ellas.

Al final acabamos sentados no muy lejos el uno del otro. No recuerdo quién habló primero. Durante muchos años aseguré que había sido él y él sostuvo siempre que fui yo.

—Entonces llegasteis a ser amigos.

—No adelantes acontecimientos.

—Lo acabas de decir tú.

El muchacho rio.



—¿Vais a Salamanca? —comenzó nuestra conversación.

—Sí.

—Yo también.

Aquellas dos palabras bastaron.

Hasta entonces éramos dos forasteros en una fonda madrileña y de pronto teníamos un destino común.

—¿De dónde venís?

—De Sevilla. ¿Vos?

—De Murcia.

Nos miramos como si aquellas procedencias explicasen algo y nos echamos a reír. ¡Nuestros acentos habían hecho innecesaria la pregunta!

—¿Es vuestro primer curso?

Asintió.

—El mío también.

Fue entonces cuando pensé que quizás el camino acababa de hacerse un poco más corto.

A la mañana siguiente abandonábamos Madrid.

El sevillano salió de la fonda casi al mismo tiempo que nosotros. Llevaba su hato recogido y había pagado su cuenta antes de que yo terminara de preguntar al recuero cuándo pensábamos partir.

—¿Partís ya? —le pregunté.

—En cuanto eche a andar.

—¿Vais solo?

—Hasta Salamanca, sí.

—Entonces quizás lleguemos juntos.

El recuero intervino sin mirarme:

—Nos vamos, Dios decidirá cuándo llegamos.

El sevillano sonrió.

—¿Os importa que camine con vosotros?

Miré al recuero.

—Mientras pueda seguir el paso...

Fue así como comenzamos a viajar juntos. Al principio hablamos de nuestras ciudades. Yo le pregunté por Sevilla y él por Murcia, y durante un rato cada uno intentó convencer al otro de que había dejado atrás la ciudad más hermosa de España. Ninguno cedió.

Después hablamos de la ciudad elegida para cursar los estudios, pero la conversación duró poco porque ninguno conocía Salamanca.

—¿Qué vais a estudiar? —me preguntó.

—Leyes.

Aquello me sorprendió.

—Yo también.

El sevillano sonrió.

—Entonces quizás nos corresponda la misma aula.

—Quizá.

—¿Y por qué Salamanca?

El sevillano se encogió de hombros.

—Porque allí puedo estudiar.

Esperé que añadiera algo más.

—¿Eso es todo?

—¿Os parece poco?

No supe qué responder.

—¿Y vos? —preguntó—. ¿Por qué Salamanca?

Iba a contestarle que porque mi padre lo había decidido, pero a mi edad uno procuraba no reconocer con demasiada facilidad que las decisiones importantes de su vida las toman otros.

—Porque quiero estudiar Leyes.

El sevillano sonrió.

—Eso ya me lo habéis dicho.

—Y vos no habéis respondido mejor.

—Entonces empezamos a entendernos.

Nuevamente advertí que viajábamos hacia la misma Universidad, pero no de la misma manera: yo tenía un arcón. Él, un hato. Mi dinero lo guardaba un hombre en quien mi padre confiaba. El sevillano llevaba consigo lo suyo y sabía exactamente cuánto le quedaba. Cuando hacíamos un alto yo preguntaba qué había para comer, mientras que él preguntaba antes cuánto costaba. Al tercer día de viaje dejé de encontrarlo extraño.

—¿Tan pronto aprendiste? —preguntó el nieto.

—No, fue entonces cuando aprendí a no preguntar.

El sevillano tenía además una costumbre que al principio me hizo gracia: cada mañana contaba su dinero. No lo hacía escondiéndose, pero tampoco permitía que nadie viera cuánto tenía. Separaba unas monedas, guardaba otras y después permanecía unos instantes haciendo cuentas mentalmente.

—¿Cuánto os queda? —le pregunté una vez.

Levantó los ojos.

—Bastante.

—¿Cuánto es bastante?

—Lo necesario para no tener que decíroslo.

Aquella respuesta no me cayó bien. Callé.

El camino fue estrechando nuestra relación porque ofrecía pocas alternativas. Durante horas no había otra cosa que hacer que avanzar, mirar el paisaje y hablar. Cuando la conversación se agotaba, callábamos. Después alguno encontraba una nueva pregunta o hacía una nueva observación del paisaje y volvíamos a empezar.

—Aquí falta algo —dijo de pronto Curro.

Miré alrededor.

—¿Qué?

—No lo sé. Por eso digo que falta.

Volví a mirar. El camino se extendía ante nosotros por los campos infinitos de La Mancha, de horizontes mucho más amplios de los que yo estaba acostumbrado a contemplar. La vegetación se había hecho más escasa y, preludiando al otoño, buena parte de los campos ya mostraba los tonos apagados que daban su adiós al verano.

—Árboles —dije al fin.

Curro negó con la cabeza.

—También.

—¿También?

—En Sevilla hay sitios donde uno puede andar medio día entre viñedos sin encontrar sombra, pero esto es distinto.

—¿Entonces qué falta?

El sevillano continuó caminando unos pasos antes de responder.

—No sé. Parece que todo está más lejos.

Aquello sí lo entendí. En Murcia las huertas y las acequias habían acostumbrado mis ojos a encontrar siempre algo donde detenerse. Allí, en cambio, la mirada podía avanzar mucho más que nosotros.

—A mí me parece que sobra —dije.

—¿Qué?

—Cielo.

Curro levantó la cabeza, contempló durante unos instantes la extensión que teníamos delante y terminó por asentir.

—También.

Seguimos andando.

—Y hace frío —añadió poco después.

—Eso ya lo había notado.

—Lo digo porque sois murciano.

—Y vos sevillano.

—Precisamente. Entre los dos deberíamos haber elegido una Universidad más al sur.

Me reí.

Durante un rato continuamos discutiendo sobre lo que cada uno echaría de menos de su tierra. Tras un largo momento de silencio, Curro advirtió que el arriero llevaba un rato más callado de lo habitual.

—¿Sucede algo? —preguntó.

—No.

—Entonces estáis demasiado atento para que no suceda nada.

El hombre lo miró.

—Seguid andando.

Yo no había advertido nada.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Eso mismo le habéis dicho a él.

—Y tampoco me ha creído.

El sevillano dejó de sonreír. Entonces comprendí que ambos estaban mirando hacia el mismo lugar: unos hombres bloqueaban el camino más adelante.

—¿Cuántos? —preguntó el nieto.

—En mi recuerdo, veinte.

—¿Y realmente?

—Probablemente tres.

El muchacho rio.

—No te rías. Cuando tienes nuestra edad y tres hombres esperan donde no deberían esperar, aprendes muy deprisa a multiplicar.

El recuero no detuvo la mula. Tampoco aceleró. Eso fue quizás lo que más miedo me dio. Continuó avanzando como si no hubiese visto a nadie.

—No los miréis —advirtió.



Naturalmente, los miré.

—¡He dicho que no los miréis!

—¿Quiénes son?

—Si tenemos suerte, nadie.

El sevillano se me acercó.

—¿Y si no la tenemos?

El recuero volvió la cabeza hacia él.

—Entonces procure que no sepan cuánto dinero lleva.

Por primera vez desde Sevilla mi nuevo compañero dejó de calcular.

Los hombres esperaron. Nosotros seguimos avanzando.

Uno se acercó. El recuero levantó una mano, pero no para detenernos. Era un saludo.

—Buenas.

El hombre respondió. No recuerdo sus palabras. Recuerdo su mirada: primero recorrió la mula. Después se detuvo en el arcón, después en nosotros.

Mi arcón empezó a parecerme un anuncio: *Aquí hay dinero*. El hato del sevillano, en cambio, no anunciaba gran cosa.

—Así que por una vez eras tú el rico —dijo el nieto.

—No. Por una vez comprendí que podía parecerlo.

Uno de los hombres se adelantó. Esta vez el recuero tuvo que detener la mula.

—Hasta aquí —dijo el hombre.

Los otros dos se le acercaron.

El arriero no respondió.

—Entreguen la *pelota* y podrán seguir.

Yo miré al sevillano.

—¿Qué ha dicho? —pregunté en voz baja.

—La bolsa —respondió él.
Me sorprendió que lo supiera.
—¿Cómo lo sabéis?
—Luego os lo explico.
El salteador perdió la paciencia.
—¡La *pelota*, y deprisa!
El recuero lo miró a la cara.
—¿Sabéis de quién es esta mula?
El otro sonrió.
—Ahora será nuestra.
—Eso tendréis que explicárselo al *cherinol*.
Esta vez fue el sevillano quien cambió de expresión. Yo lo advertí.
—¿También habéis entendido eso?
—Sí.
—¿Y qué significa?
—Luego.

La sonrisa del atracador que nos cerraba el paso había desaparecido. Uno de los otros hombres murmuró algo. El que parecía mandar se giró hacia él y luego fijó nuevamente la mirada en el recuero.

—¿Y por qué habría de enterarse?
—Porque sabe cuándo salí de Madrid y cuándo debo llegar a Salamanca.
El hombre miró la mula.
—Eso no dice lo que lleváis.
—No —respondió el arriero—. Pero sí si no llegaba quién lo llevaba.
Durante unos instantes ninguno dijo nada.
El hombre volvió los ojos hacia mi arcón.
—Habrá que ver qué hay ahí dentro.
Dio un paso hacia la mula.
—Yo no lo haría —dijo el recuero.
El hombre se detuvo.
—¿Por qué?
—Porque hasta ahora solo nos hemos encontrado en el camino.
Aquello pareció divertirlo.
—¿Y si lo abro?
—Entonces tendremos algo más que contarle al *cherinol*.
Durante unos instantes nadie pareció respirar.
El hombre volvió a mirar a sus compañeros y uno de ellos negó apenas con la cabeza.
Finalmente se apartó.
—Proseguid.

El recuero hizo avanzar la mula y reanudamos la marcha. Nadie habló hasta que dejamos de verlos, solo se oía el impacto de sus cascos contra el camino.

Yo quería volver la cabeza.
—No lo hagáis —dijo el recuero.
—¿Cómo sabéis que iba a hacerlo?
—Porque todos lo hacen.
Aún esperamos un rato.
—¿Eran salteadores? —pregunté finalmente.
—Hoy no.
—¿Qué significa eso?
—Que seguimos teniendo nuestras cosas.
Entonces solté lentamente el aire.
—¿Y ese *cherinol*?
El recuero me miró.
—Alguien con quien esos hombres no quieren encontrarse.

—Es una palabra de la *germania* —intervino el sevillano.
Me volví hacia él.
—¿También eso lo sabíais?
—En Sevilla se oye.
—Yo nunca la había oído.
—Porque no habéis crecido cerca de la cárcel.
Lo miré con más atención.
—¿Vos sí?
—Lo bastante cerca para aprender algunas palabras sin necesidad de que nadie me las enseñara.
El recuero reanudó la marcha.
—Pues procurad no aprender las demás.
Ninguno volvió a hablar de aquellos hombres.
El sevillano caminaba más cerca de la mula que antes y yo había perdido la costumbre rezagarme tras ella. Contrariamente el arriero parecía haber olvidado el asunto.
—¿No teníais miedo? —le pregunté.
—¿De qué?
—De esos hombres.
—Ya no están.
—Podrían volver.
—También podría llover.
Miré al cielo.
—No parece.
—Pues preocúpese de lo que tiene delante.
El sevillano soltó una carcajada.
—Empiezo a entenderlo —me dijo.
—Yo llevaba desde Murcia intentándolo.
Aquella noche hablamos más que las anteriores.
Quizás fuese el miedo que ninguno quería reconocer o tal vez simplemente habíamos dejado de ser dos desconocidos que coincidían en un camino. La conversación inevitablemente acabó volviendo a lo sucedido aquella tarde. Yo había conseguido apartar el incidente de mi cabeza, pero no algunas de las palabras que había oído.
—¿Qué era una *pelota*?
Curro me miró.
—Ya os lo he dicho.
—Una bolsa.
—Una bolsa de dinero.
—¿Y *cherinol*?
—Me dijisteis que luego me lo explicaríais.
El sevillano sonrió.
—Y ya es luego.
—Precisamente.
Permaneció un instante en silencio.
—¿De verdad queréis aprender?
—Quiero saber cómo conocíais vos palabras que yo no había oído en mi vida.
—Eso es otra pregunta.
—Pues contestad las dos.
Curro soltó una risa nerviosa.
—Empezáis a hablar como estudiante de Leyes y todavía no habéis llegado a Salamanca.
—Y vos seguís sin responder.
—Porque crecí cerca de la cárcel.
—Eso ya me lo habéis dicho.

—Entonces escuchad cuando os hablo. Vivir cerca de una cárcel no explica que habléis como quienes intentaron robarnos.

Curro dejó de sonreír.

—Yo no hablo como ellos.

Comprendí que había dicho algo que no le había gustado.

—No he querido decir...

—Ya sé lo que habéis querido decir —me interrumpió—. Conocer las palabras de alguien no significa ser como él.

Aquello me hizo callar.

Curro dio unos pasos antes de añadir:

—En Sevilla no hace falta estar preso para oír hablar a quienes lo han estado y saber cómo hablan los ladrones. Muchas palabras salen de la cárcel antes que los hombres, luego los acompañan.

—¿Y vos las aprendisteis así?

—Algunas.

—¿Muchas?

Curro sonrió tímidamente.

—Más que vos.

—Eso no parece difícil.

—Entonces preguntad.

Acepté el desafío lanzándole algunas palabras sobre las que tuve curiosidad.

—¿Prisión?

—*Trena*.

—¿Preso?

—*Treno*.

—¿Justicia?

—*Gura*. También *guerca*.

—¿Dos palabras para lo mismo?

—¿Vos conocéis una sola para cada cosa?

—¿Dineros? —ignoré su comentario.

—*Quinas*

Seguí lanzándole palabras y Curro continuó respondiendo con paciencia. Pronto dejé de hacerlo por curiosidad y empecé a poner a prueba hasta dónde llegaba aquel conocimiento. Debí de advertirlo.

—Ahora yo.

—¿Vos qué?

—Yo digo la palabra y vos me decís qué significa.

—Eso no vale.

—¿Por qué?

—Porque yo no las conozco.

—Precisamente.

No pude encontrar una objeción mejor.

—¿*Alegría*?

Pensé un instante.

—¿Dinero?

Curro negó con la cabeza.

—¿Taberna?

—¿Una taberna es una *alegría*?

—Para algunos, sí.

—Otra.

—¿*Blanda*?

—¿Una mujer? —respondí, despertando una carcajada en Curro.

—¿Una cama? —intenté nuevamente dar con su significado.

—No tiene sentido.

—No he dicho que tenga que tenerlo para vos.
 —Otra.
 —¿*Boyuda*?
 Esta vez ni siquiera lo intenté.
 —Una baraja de naipes —me dijo.
 —¿Y cómo esperáis que adivine eso?
 —No espero que lo adivinéis, os estoy enseñando.
 Empezaba a divertirme. Aquello suponía una distracción inesperada tras tantas horas caminando por aquel paisaje que parecía no tener fin.
 —Otra —le pedí.
 Curro me observó antes de responder.
 —*Borne*.
 —No lo sé.
 —Horca.
 Dejé de sonreír.
 —Otra.
 —*Abrazado*.
 —¿Alguien querido?
 Curro negó lentamente con la cabeza.
 —Alguien detenido por la justicia.
 —¿Y cómo se llama a quién lo detiene?
 —Al criado de la Justicia se le llama *abrazador*.
 Con aquellas palabras, todo empezó a parecerse menos a un juego.
 —¿Y huir?
 —*Afufar*.
 —¿Un fugitivo?
 —*Afufado*.
 —¿Y la huida?
 —*Afufa*.
 Lo miré.
 —Tenéis una palabra para todo.
 —Ellos tienen una palabra para todo.
 Fue la primera vez que advertí la diferencia.
 —¿Cómo sabéis todo eso?
 —Porque aprendí unas palabras en mi casa y otras en mi barrio.
 —En mi entorno también hay palabras que no conocerás como *aletría* para los fideos, *bajoca* para la judía verde, *panizo* para el maíz y *pava* para la coliflor. También hay otras sin relación con la huerta como *bufetas* para las ampollas, *canguelo* para el miedo, *enrobinao* para lo oxidado y *nublo* para el día nublado.
 —Sí, pero ninguna os ha servido esta tarde.
 No pude discutirle aquello.
 —Ya está bien —dijo el recuero.
 Los dos lo miramos.
 —¿También conocéis esas palabras? —pregunté.
 —Las suficientes para saber que cuantas menos necesitéis, mejor os habrá ido en la vida.
 Curro me miró.
 —Eso significa que conoce más.
 El recuero no respondió.
 Fue entonces cuando comprendí que el sevillano y yo nos dirigíamos al mismo lugar por razones parecidas, pero con seguridades muy distintas. El sabía cuánto dinero llevaba. No aproximadamente. Exactamente.
 Sabía cuánto podía gastar cada jornada y cuánto debía conservar para llegar a Salamanca con algo en el bolsillo. Cuando hablaba de aquel dinero no lo hacía como quien posee una cantidad, sino como quien dispone de un número determinado de días.

—¿Y si se acaba? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—No se acabará.

—¿Cómo podéis saberlo?

—Porque no puedo permitirme que se acabe.

Aquella respuesta me dejó sin palabras. Yo podía quedarme sin dinero, pero él no.

Tardé años en entender la diferencia.

—Yo la comprendo —dijo el nieto.

El anciano lo miró y respondió.

—Porque te la estoy contando.

—No. Porque tú tenías una casa detrás.

El viejo permaneció unos instantes en silencio.

—Sí. Yo tenía una casa detrás.

A partir de entonces dejé de preguntarle cuánto dinero llevaba y empecé a fijarme en cómo lo gastaba.

Cuando hacíamos un gasto, calculaba. Cuando comíamos, calculaba. Cuando había que pagar alojamiento, calculaba. No se privaba de todo, como supuse al conocerlo en Madrid. Elegía. Aquello era distinto. Yo todavía no había tenido necesidad de aprenderlo.

—Pero aprendiste.

—Salamanca fue una excelente maestra.

—Pensaba que ibas allí para estudiar.

—Y estudié, pero algunas de las mejores lecciones no figuraban en los libros.

El camino volvió a hacerse camino. Las jornadas se sucedieron y comenzamos a medirlas de otra manera. Ya no hablábamos de Murcia ni de Sevilla. Hablábamos más de Salamanca cuanto más lejos dejábamos Madrid, siendo también más evidente que ninguno sabía lo que iba a encontrar.

Repetíamos lo que habíamos oído. Nombres de Colegios. Historias de estudiantes. Advertencias de padres y parientes. Alguna noticia sobre profesores que ninguno de nosotros conocía. Cada uno llevaba consigo una Salamanca construida por otros.

—Como tú —dijo el anciano.

—¿Yo?

—Llevas toda la mañana escuchando la mía.

El nieto sonrió.

—Pero yo conozco Salamanca.

—Conoces la tuya.

Aquella frase lo hizo callar.

—La ciudad a la que yo me acercaba ya no existe, muchacho. Algunas piedras siguen en el mismo sitio a pesar de Napoleón...

Tras un momento de silencio en el que el abuelo mantuvo su mirada perdida en un punto fijo de la pared, reanudó el relato.

—Durante la última jornada sucedió algo curioso. El recuero comenzó a encontrarse con personas que conocía. Primero fue un hombre que venía en dirección contraria. Se saludaron sin detenerse. Después otro. Más adelante intercambió unas palabras con un arriero. Yo empecé a comprenderlo antes de atreverme a preguntar si estábamos cerca.

—Más que ayer.

El sevillano me miró.

—Algún día conseguiré que ese hombre responda una pregunta.

—No malgastes tu dinero apostándolo.

El recuero nos oyó.

—Guardad las fuerzas. Pronto las necesitaréis.

—¿Para qué?

—Para Salamanca.

Fue la primera vez que pronunció el nombre como si ya no fuese un lugar remoto. A partir de entonces busqué la ciudad en cada elevación del camino.

—¿Y estabas nervioso?

—Mucho.

—¿Por estudiar?

—¡Por llegar!

Había pasado tantos días queriendo llegar a Salamanca que apenas había pensado qué sucedería cuando lo consiguiera. Allí tendría que entregar la carta. Buscar alojamiento. Matricularme. Vestirme como estudiante. Encontrar las Escuelas. Aprender nombres, calles, horarios y personas. Y hacerlo sin mi padre. Miré al recuero. Solo entonces comprendí que aquel hombre que durante todo el viaje había representado mi dependencia de casa estaba a punto de dejarme solo.

—¿Te preocupó?

—Me aterrorizó.

—¿Más que los salteadores?

—Muchísimo más.

—No lo entiendo.

—Los otros querían quizás quitarme lo que llevaba. Aquella ciudad iba a preguntarme qué sabía hacer sin ello.



Mi compañero sevillano parecía menos inquieto.

—¿No os preocupa llegar? —le pregunté.

—Llevo intentando hacerlo desde Sevilla.

—No me refiero a eso.

—Ya lo sé.

Miró hacia delante.

—Cuando uno tiene pocas cosas, se acostumbra antes a empezar de nuevo.

No respondí.

Poco después el recuero se detuvo levantando el brazo. No lo había hecho en todo el día salvo cuando había sido necesario.

—Ahí la tienen.

El sevillano y yo miramos al mismo tiempo.

—¿Qué? —pregunté.

—Salamanca.

Y la vimos.

El abuelo calló. Su nieto esperó unos segundos para decir:

—¿Eso es todo?

—¿Te parece poco?

—Llevas horas haciéndome atravesar media España y cuando por fin llegas a Salamanca, te callas.

—Precisamente.

—¿Precisamente qué?

El abuelo se acomodó en su sillón.

—Que llegar es una cosa y entrar es otra.

—Abuelo...

—Además, todavía no has preguntado lo importante.

El muchacho lo miró.

—¿Qué vi?

—¿Qué viste?

El viejo sonrió.

—Una ciudad que no se parecía a ninguna de las que había imaginado.

Capítulo 2. Salamanca

Nos acercábamos por la calzada real de Madrid. La vegetación bordeaba el camino y las alamedas nos acompañaban hacia la ciudad. Después de tantos días de camino, la ciudad había empezado a anunciarse antes de que pudiéramos distinguirla bien.

—¿Tan grande era Salamanca? — preguntó mi nieto.

—Por aquellos años tenía sobre catorce mil habitantes.

—¿Te parecieron tantos?

—No, Salamanca nunca necesitó ser una gran ciudad para parecerlo a quienes llegábamos a estudiar.

Yo venía de Murcia y conocía el verdor de sus huertas, también estaba acostumbrado a la tierra mucho más seca y árida que hay más al sur. La frondosidad que vi en torno a aquella ciudad me sorprendió.

Durante el camino había aprendido a agradecer los rayos del sol y, cada vez que entrábamos en la sombra, los echaba en falta casi inmediatamente. Incluso el aire parecía más frío bajo ella. Finalmente apareció Salamanca, cada vez más señorial, obligándome a detenerme un instante para contemplarla.

—Desde cierta distancia, entre aquel arbolado, Salamanca tenía una majestad que yo no había imaginado.

—Pero acababas de ver Madrid.

—No era lo mismo. Yo llevaba media vida oyendo hablar de Salamanca sin haber visto jamás una imagen capaz de explicármela. Para mí no era todavía una ciudad, era el lugar adonde iban los hombres a aprender. El muchacho frunció el ceño.

—Yo también llegué por primera vez.

—Sí. Pero tú llegaste sabiendo qué ibas a encontrar.

El sevillano también había dejado de hablar. Hasta el recuerdo, que debía de haber hecho aquel camino muchas veces, parecía comprender que nosotros necesitábamos unos instantes para contemplarla.

Al poco rato continuamos avanzando hasta San Mamés. Al llegar a la ermita, el arriero se detuvo. Yo pensé que quería dar descanso a la mula, pero se quitó el sombrero.

—Descubríos —nos dijo.

El sevillano y yo nos miramos.

—¿Por qué? —pregunté.

El recuerdo volvió la vista hacia nosotros como si la pregunta fuese absurda.

—Para dar gracias.

—¿Por haber llegado?

—Por haber llegado bien.

Aquella última palabra me hizo recordar el camino.

El sevillano se quitó la gorra, yo también.

Los instantes que permanecemos en silencio ante la ermita me permitieron advertir nuevamente el frío de la mañana.

El recuero volvió a ponerse el sombrero, tomó las riendas de la mula y echó a andar. Fue entonces cuando comprendí que el viaje había terminado.

—¿Y ahora? —preguntó el sevillano.

Por primera vez ninguno de los dos sabía qué responder desde que habíamos salido de Madrid. Sabíamos que teníamos que matricularnos. Que habría que encontrar dónde vivir, averiguar dónde se impartían las clases y aprender muchas cosas cuya existencia no alcanzábamos a sospechar. Entonces surgió otra incertidumbre: saber que uno iba a estudiar a Salamanca no significaba saber qué hacer una vez llegado a ella.

—¡El Mesón del Estudio! —dije.

El sevillano me miró.

—¿Sabéis dónde está?

—No.

—Entonces sabemos poco más que antes.

El recuero sonrió.

—Preguntad.

Aquello me pareció una solución demasiado sencilla para el problema que tenía delante.

No tardamos en cruzarnos con un hombre que venía en dirección contraria.

—Perdonad —le dije—. ¿Por dónde se llega al Mesón del Estudio?

—¿El del puente?

—Ese.

Nos indicó que fuéramos por Sancti Spiritus y que, una vez allí, camináramos hacia la salida de Extremadura y el puente romano. Allí encontraríamos el mesón.

Debí de poner cara de no haber entendido gran cosa, porque se explicó de nuevo con mayor detalle.

Seguimos sus indicaciones y dirigimos nuestros pasos hacia aquel barrio. Cuanto más nos acercábamos, más gente encontrábamos en el camino. Algunos, como nosotros, eran jóvenes que llegaban cargados con arcones, hatos y fardos; otros parecían haber salido a recibirlos. También había criados, arrieros, hombres que voceaban mercancías pero, sobre todo, estudiantes.

—Debe de estar llegando medio reino —dije.

—Y la otra mitad habrá llegado ayer —respondió el sevillano.

El recuero sonrió.

—¡San Lucas!

No hizo falta que dijera más. Desde que habíamos salido de Madrid sabíamos que el comienzo del curso se acercaba, pero solo entonces vi lo que aquello significaba para una ciudad como Salamanca. Cada camino parecía estar devolviéndole sus estudiantes. En ese momento oímos el grito:

—¡A Salamanca putas, que ha llegado San Lucas!

Escuchamos carcajadas a nuestra espalda.

Me volví. Un grupo de estudiantes celebraba la ocurrencia mientras otro respondía algo que no alcancé a entender.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Lo habéis oído perfectamente —respondió el sevillano.

—No me refiero a eso. ¿Por qué San Lucas?

El sevillano me miró como si la respuesta fuese evidente.

—Porque llegan los estudiantes.

—Eso ya lo veo.

—Pues parece que muchos no llegan solos como nosotros.

El arriero soltó una carcajada.

—¡Mi padre tenía razón con los andaluces! —dije.

—¿Qué decía?

—Que no me juntara con ellos.

—Entonces habéis empezado muy mal la carrera.



Seguimos andando. Poco después llegamos a Sancti Spíritus.

No recuerdo qué esperaba encontrar al entrar en Salamanca. Quizás una ciudad distinta de todas las demás. Había pasado tantos años oyendo pronunciar aquel nombre relacionándolo con Universidad, doctores, cátedras y estudios, que debía de imaginar que bastaría atravesar sus puertas para que todo aquello apareciese ante mí.

No ocurrió.

Encontré calles, casas, tiendas, carros, animales y gente que iba de un lado a otro ocupada en asuntos que nada tenían que ver con Aristóteles ni con Justiniano.

Durante unos instantes el ruido de los ejes y el golpeteo de los cascos de la mula contra el suelo ahogaron cuanto decíamos. Un carro nos obligó a arrimarnos a un lado. La mula se resistió al pasar junto a él y el recuero tuvo que tirar de las riendas para contenerla.

Cuando pudimos volver a andar, seguían llegando voces desde todas partes: conversaciones, llamadas desde las puertas y algún grito cuyo significado no supe interpretar.

—¿Esto es Salamanca? —pregunté.

El arriero volvió la cabeza.

—Esto también.

Aquella respuesta se me quedó grabada y tardaría algún tiempo en comprender cuánto había de cierto en ella. Ahora solo sabía que teníamos que encontrar el Mesón del Estudio.

—¿Era por aquí? —pregunté.

—Creo que sí.

—Antes no lo sabíais.

—Ahora tampoco.

Miré al mulero.

—No me miréis a mí. El mesón lo buscáis vosotros.

—Pero conocéis la ciudad.

—Conozco el camino para llegar, pero no todos sus rincones.

Aquello me pareció casi una traición.

Durante días aquel hombre había sabido dónde dormiríamos, dónde encontrar agua, cuánto faltaba para llegar y qué camino debíamos tomar. Desde Murcia había sido nuestra certeza.

Ahora, cuando más necesitábamos que supiera adónde ir, parecía decidido a hacer caer la responsabilidad en nosotros.

—Preguntad otra vez —dijo.

—¿A quién?

—Si seguís preguntando por el Mesón del Estudio, antes o después encontraréis a alguien que sepa dónde está.

No hizo falta esperar mucho. Vimos acercarse a un estudiante. No llevaba equipaje y caminaba con la seguridad de quien no necesitaba preguntar a nadie por dónde se iba a ninguna parte.

—Preguntadle vos —dije al sevillano.

—¿Por qué yo?

—Porque parecéis más educado.

La expresión de mi cara habló por mí.

El estudiante estaba ya cerca de nosotros.

—Perdonad —dijo el sevillano—. Buscamos el Mesón del Estudio.

El escolar nos miró, luego la mirada fue hacia el arcón y volvió a examinarnos.

—¿Nuevos?

El sevillano y yo intercambiamos una mirada.

—¿Tanto se nota?

El estudiante sonrió.

—Mucho.

No me gustó aquella sonrisa.

—¿El mesón? —insistí.

Nos indicó por dónde continuar hasta alcanzar la parte de la ciudad que descendía hacia el puente.

—No tiene pérdida.

Era la segunda vez que alguien nos decía algo parecido.

—Eso mismo nos dijeron antes —respondí.

El estudiante se echó a reír.

—Entonces ya estáis aprendiendo.

Se marchó antes de que pudiera preguntarle qué se suponía que habíamos aprendido.

—No me ha gustado —dije.

—¿El qué?

—Cómo nos ha mirado.

—A mí tampoco.

El recuero carraspeó a nuestra espalda.

—Seguid andando.

—¿Sabéis algo que nosotros no sabemos?

—Muchas cosas.

—¿Sobre ese estudiante?

—Sobre ser nuevo en Salamanca.

Quise preguntarle qué quería decir, pero el sevillano me dio un pequeño golpe con el codo.

—Dejadlo. Cuanto más preguntamos, menos sabemos.

Seguimos hacia el puente y entonces comenzamos a bajar.

Al principio apenas reparé en la pendiente del adoquinado. Bastante tenía con procurar recordar el camino que acababan de indicarnos. Las calles descendían cada vez más conforme avanzábamos y, entre las casas, empezaron a abrirse espacios por los que se adivinaba que la ciudad terminaba más abajo.

—Al menos sabemos que vamos hacia abajo —dijo el sevillano.

—Eso no significa que vayamos bien.

—El Tormes habrá de estar necesariamente abajo.

—También el infierno.

El sevillano se echó a reír.

—Entonces procuremos encontrar el río primero.

Un momento después la mula pareció advertir la proximidad del agua antes que nosotros. Levantó la cabeza y aceleró ligeramente el paso hasta que el recuero volvió a sujetarla.

—Parece que ella sabe adónde vamos —dijo Curro.

—Ella busca agua y vosotros un mesón —respondió el recuero riendo—. De momento es la que tiene más claro el camino.

Empecé a notar el aire algo más húmedo y fresco a medida bajábamos más por la calle. Dejé de buscar el puente y volví a prestar atención a las casas.

—Tiene que estar por aquí —dije.

—Eso lleváis diciendo desde Sancti Spíritus.

—Ahora tengo más razones.

—¿Cuáles?

—¡El puente! —dije señalándolo.

El sevillano lo miró y después se volvió hacia mí.

—Es una razón excelente, pero no sé si también sirve para encontrar el mesón.

El recuero intervino sin volverse.

—Preguntad.

—Otra vez no.

—Entonces seguid buscando.

No tuvimos que hacerlo durante mucho tiempo. Cerca de la salida de la calle hacia el río preguntamos a un hombre que estaba descargando unas mercancías y esta vez la respuesta fue muy breve.

—Ahí —dijo, señalando.

Seguimos la dirección de su mano.

Después de tantos días oyendo hablar del Mesón del Estudio, esperaba un edificio capaz de justificar su nombre o, al menos, algún indicio de que allí bullía la vida universitaria.

No vi nada de eso.

Vi un mesón.

—¿Ese es? —pregunté.

—Eso parece —respondió el sevillano.

Miré al recuero.

—¿Vos tampoco lo conocéis?

—Ya os dije que conozco los caminos mejor que las casas.

El sevillano dejó escapar una risa.

—Después de tantos días siguiéndoos, empiezo a descubrir vuestras limitaciones.

—Y yo las vuestras desde el primero.

Nos acercamos.

Antes incluso de entrar, el olor me anunció que aquel lugar tenía bastante más que ver con los caminos que con los estudios. Olía a paja y estiércol, también a caballerías.

Apenas llegamos a la entrada salió un mozo. El recuero habló con él antes de que pudiéramos decir nada y, por primera vez vi cómo otra persona tomaba las riendas de la mula. Aquello me produjo una sensación extraña. El animal había cargado mi arcón durante todo el camino y el recuero había cuidado de ambos como si formasen parte de una misma responsabilidad. Ahora el mozo conducía la mula hacia la caballeriza mientras otro hombre comenzaba a desatar el equipaje.

Oí el golpe de unos cascos contra el suelo, el resoplido de la mula y voces que llegaban desde el interior. Había paja bajo nuestros pies y, junto a una pared, vi aparejos y otros objetos que entonces apenas distinguí porque toda mi atención estaba puesta en el hombre que desataba mi arcón.

—¡Cuidado con el arcón! —dije.

El sevillano me miró.

—Vuestra madre no os perdonaría que llegarais a Salamanca y perdierais el arcón en la puerta del mesón.

—Ni yo tampoco.

—Por eso esto tiene sus ventajas —dijo mientras levantaba su hato.
Dejamos atrás el trajín de la mula y entramos.



Recuerdo el cambio de luz al atravesar la puerta. También los olores. Durante unos instantes distinguí peor las cosas que las voces, después mis ojos se acostumbraron. Entonces aparecieron los estudiantes. Algunos parecían conocer perfectamente el lugar; otros acababan de llegar, como nosotros. Los delataban los arcones, los hatos y los equipajes, pero sobre todo aquella manera de mirar alrededor enderezando el cuello como jirafas para buscar a alguien a quien preguntar.

Unos querían saber dónde podían alojarse, otros preguntaban por direcciones de casas que les habían recomendado antes de salir de sus pueblos. Había quienes buscaban una posada barata y quienes parecían dispuestos a pagar algo más con tal de encontrar habitación. Entre pregunta y respuesta circulaban nombres de calles, casas y mesones que para mí no significaban nada.

Por primera vez comprendí para qué servía realmente aquel lugar. El mesón no era solamente un sitio donde dormir o comer: para quienes acabábamos de llegar a la ciudad era un lugar donde averiguar cómo vivir allí.

Alguien pidió algo de comer, otro negociaba lo que habría de pagar por quedarse unos cuantos días. Desde alguna parte llegaba ruido de platos y de fuera entraban todavía, de cuando en cuando, los golpes y resoplidos de las caballerías.

Sobre este bullicio una voz de mujer dando una orden parecía ser obedecida con bastante más rapidez.

—¿Quién manda aquí? —preguntó el sevillano.

El recuero miró hacia donde había sonado la voz.

—¿Vos qué creéis? —respondió señalándola.

Sonreí.

En un rincón, varios estudiantes estaban sentados alrededor de una mesa. Jugaban a los naipes a la luz de unas velas y compartían una jarra de vino de la tierra.

Aquellos no acababan de llegar. Se notaba por la tranquilidad con que ocupaban el lugar, como si el mesón, y acaso Salamanca entera, les perteneciera. Ellos no preguntaban nada. Jugaban, bebían y se reían.

—¿Entonces todos usabais loba oscura? —preguntó mi nieto.

—Todos no. Salamanca tenía muchos más colores de los que imaginas. Las órdenes religiosas y militares llenaban las calles con un arcoíris de mantos y becas, todos diferentes.

—Me refiero a vosotros.

—A los manteístas.

—Sí.

—Debíamos llevar loba oscura.

—¿Debíais?

Sonreí.

—Veo que has aprendido a escuchar.

—No es lo mismo que decir que la llevarais.

—No. Y esa diferencia explica muchas cosas. Cuando yo llegué a Salamanca, las leyes todavía pretendían conservar una Universidad que ya empezaba a cambiar por las calles.

—¿Y vosotros qué hacíais?

—Lo que han hecho siempre los jóvenes cuando una norma les dice cómo deben vestir: cumplirla cuando no queda más remedio y buscar la manera de eludirla cuando se podía. ¡La juventud siempre ha sido atrevida y desobediente!

—Entonces tampoco erais tan distintos de nosotros.

—Nunca he dicho que lo fuéramos.

Volví a aquel rincón del mesón.

Aunque no vistieran todos de la misma manera, había algo en su forma de ocupar el lugar, de hablar entre ellos y, sobre todo, de mirar a quienes entraban cargados de equipaje que los delataba.

Uno de los jugadores levantó la vista de sus cartas. Miró primero al sevillano y su hato. Después a mí. Finalmente, al arcón que acababan de descargar junto a la puerta. Sonrió. Dio un sorbo de vino y dijo algo a sus compañeros que no alcancé a oír. Los otros tres volvieron la cabeza hacia nosotros y se echaron a reír.

Miré al sevillano.

—¿Qué les hace tanta gracia? —le dije en voz baja.

—Espero que vos.

—Pues os están mirando a vos.

—Entonces será vuestro arcón.

Uno de los estudiantes dejó sus cartas sobre la mesa.

—¡Eh, vosotros!

Fingí no haberlo oído.

—Los del equipaje —añadió.

El sevillano me dio con el codo.

—Ahora ya no podéis fingir.

Nos acercamos. El que nos había llamado señaló primero mi arcón y después el hato del sevillano.

—¿De dónde venís?

—De Madrid —respondí.

Hubo otra carcajada.

—De Madrid vienen casi todos. Os pregunto de dónde sois.

—Yo, de Murcia.

—¿Y vos?

—De Sevilla.

El estudiante miró a sus compañeros.

—Un murciano y un sevillano.

—¡Y los dos nuevos! —dijo otro levantando una ceja.
—Eso ya lo habíamos visto.
El sevillano me miró de reojo.
—Os dije que se notaba.
—Callad.
Los estudiantes volvieron a reír.
El que parecía liderar el grupo tomó la jarra y llenó su vaso.
—¿Qué venís a estudiar?
—Leyes.
—Los dos.
Esta vez no se rieron.
Uno de ellos recogió una carta de la mesa y la miró un instante antes de dejarla entre las demás.
—¿Y ya os habéis matriculado?
—Acabamos de llegar.
—Eso tampoco hacía falta que lo dijerais.
Empezaba a cansarme de que en Salamanca todo el mundo pareciera saber cosas sobre nosotros antes de que abriéramos la boca.
—Precisamente queremos averiguar dónde tenemos que ir.
—¿Solo eso?
—Y encontrar alojamiento —añadió el sevillano.
El estudiante lo miró.
—Eso será más difícil.
El sevillano dejó de sonreír.
—¿Por qué?
—Porque por San Lucas todo el mundo llega buscando lo mismo.
Aquello sí lo entendíamos. Lo habíamos visto desde que nos aproximamos a la ciudad.
—¿Podremos quedarnos aquí? —pregunté.
—Podréis, si quedara sitio libre y podáis pagarlo.
El sevillano bajó los ojos un instante hacia su hato. Fue un gesto brevísimo, pero lo vi.
Uno de los estudiantes también.
—Hay otras posibilidades —dijo.
El sevillano volvió a mirarlo.
—¿Más baratas?
—También.
Se hizo a un lado en el banco y señaló el espacio que quedaba libre para que se sentara.
—No mordemos ni tenemos sarna.
Sus compañeros se echaron a reír.
Uno de sus compañeros levantó la jarra.
—Él no. Yo, después de la segunda, no respondo.
Volvieron a reír.
El sevillano se sentó, yo permanecí de pie.
—He venido a Salamanca para estudiar.
—¡Todos venimos a Salamanca para estudiar! —respondió uno con sorna.
Miró las cartas que tenía delante.
—Al menos eso escribimos a nuestras casas.
Sus compañeros celebraron la ocurrencia.
—Pues no parece que estéis estudiando mucho —le dije mirando la baraja.
La risa cesó súbitamente.
El sevillano levantó la cabeza hacia mí.
Durante un instante pensé que acababa de cometer mi primer error.
El estudiante que parecía liderar el grupo me sostuvo la mirada por un momento, luego sonrió.
—Murciano...

Bebió un trago.

—Puede que acabéis sirviendo para esto.

—¿Para Leyes?

—¡Para Salamanca!

Los otros tres rieron, pero yo no sabía muy bien si acababan de aceptarme o si la burla simplemente había cambiado de forma. El estudiante recogió sus cartas y volvió a ordenarlas en la mano.

—Sentaos —repitió.

Ante su insistencia acabé accediendo.

—¿Y para matricularnos?

—Seguís con eso.

—Para eso hemos venido.

—Y os matricularéis, Salamanca no va a cerrar su Universidad antes de que terminemos esta partida.

Uno de sus compañeros arrojó una carta sobre la mesa.

—Hablad por vos. Como sigáis jugando así, quizás cierre antes de que ganéis una.

—Ocupaos de vuestras cartas.

El sevillano miró la baraja.

—¿Jugáis dinero?

Los cuatro lo miraron.

—¿Queréis jugar?

—He preguntado si jugáis dinero.

—Y yo si queréis jugar.

El sevillano sonrió.

—Entonces sí jugáis dinero.

El estudiante soltó una carcajada.

—Este aprende más deprisa que vos, murciano.

—Lleva ventaja, es andaluz.

—Y pobre —añadió el sevillano tranquilamente.

Aquello me hizo volver la cabeza.

Era la primera vez que se lo oía decir.

Uno de los estudiantes dejó sus cartas boca abajo.

—Eso en Salamanca tampoco os hará especial.

Ya no se rio nadie.

El sevillano sostuvo su mirada.

—No pretendía serlo.

El estudiante señaló el hato de Curro. Alonso le lanzó una mirada, ahora lanzando una mirada muy distinta de las anteriores.

—¡Y vos sois tonto, lo que tampoco es ninguna novedad! —solté sin pensarlo.

Esta vez rieron todos, pero algo había cambiado.

No sabría decir en qué momento dejamos de ser únicamente dos recién llegados de los que podían burlarse y empezamos a ser dos recién llegados con los que podían hablar.

—Hay maneras de gastar menos —continuó—. Aquí podéis quedaros hasta que encontréis algo. Hay casas que reciben estudiantes y otros se juntan para repartir gastos, pero por San Lucas todo el que llega busca cama.

—¿Y cómo se encuentra? —pregunté.

—Preguntando.

Miré al recuero.

Estaba detrás de nosotros y sonreía.

—Ni una palabra —le advertí.

Los cuatro celebraron la respuesta.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno.

—Lleva días diciéndonos lo mismo.

—Entonces hacedle caso. Si no conocéis a nadie, empezad preguntando. Dentro de un mes serán otros los que os pregunten a vosotros.

Por primera vez desde nuestra llegada pensé que algún día dejaríamos de parecer nuevos.

El sevillano volvió al asunto que verdaderamente le preocupaba.

—¿Y cuánto cuesta quedarse aquí?

—Eso preguntádselo a quien manda.

—¿Al mesonero?

Los cuatro sonrieron.

Uno levantó la jarra y señaló con ella hacia el interior.

—Mejor preguntádselo a su mujer.

Como si la hubieran llamado, la voz femenina llegó desde el otro extremo de la estancia preguntándonos:

—¡Y vosotros! ¿Vais a querer comer o solamente vais a ocupar sitio?

Los cuatro estallaron en carcajadas.

El sevillano se volvió.

—¡Comer!

Lo dijo con tal rapidez que esta vez fui yo quien se echó a reír.

—Parece que por fin habéis encontrado una pregunta cuya respuesta conocéis.

—Esa la sabía desde antes de llegar a Salamanca.

—Pues preguntad cuánto cuesta —dijo uno de los estudiantes.

El sevillano se volvió hacia él.

—Pensaba hacerlo.

—Entonces puede que lleguéis a viejo.

La mujer no necesitaba levantar la voz para acercarse a nosotros. A su paso, uno apartaba un banco, otro recogía una jarra. Los estudiantes parecían respetarla y prestar atención siempre que se acercaba a ellos.

—¿Comeréis los tres? —preguntó, mirando al recuero, al sevillano y a mí.

—Los tres —respondió el recuero.

—¿Y os quedaréis?

—Ellos necesitan cama. Yo todavía no lo sé —respondió el arriero señalándonos al sevillano y a mí.

La mujer, que no disimuló curiosidad, dijo fijándose en nuestro equipaje:

—¿Juntos?

El sevillano y yo nos miramos.

Hasta entonces no nos habíamos planteado aquella pregunta. El camino nos había hecho compañeros sin pedirnos permiso, el azar nos planteaba ahora que nos mantuviéramos unidos.

—Si resulta más barato... —respondió el sevillano, provocando una carcajada entre los estudiantes.

—¡Ese sí sabe a qué ha venido!

La mujer les respondió sin volverse.

—¡Y vosotros sabríais más si mirarais menos las cartas!

Sus risas cesaron. El sevillano bajó la cabeza para ocultar la suya.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—¿La cama?

—La cama y comer.

—Depende de lo que comáis.

—Entonces decidme qué hay y cuánto cuesta cada cosa.

La mujer lo observó un instante.

—Vos no vais a deberle dinero a nadie.

—Esa es la intención.

Uno de los jugadores levantó su vaso.

—¡Eso decidimos todos al llegar!

—¡Y algunos lo olvidáis demasiado pronto! —replicó ella.

Otra vez los de las cartas quedaron momentáneamente en silencio.

Empezaba a gustarme aquella mujer.

—Venid —nos dijo—. Aquí no vais a comer.

Nos condujo hasta una mesa libre algo apartada de los jugadores. El sevillano recogió su hato y lo dejó junto al banco antes de sentarse. El recuero ocupó el lugar frente a nosotros.

Desde allí seguíamos viendo a los cuatro estudiantes. Habían vuelto a sus cartas y a la jarra, aunque de vez en cuando alguno levantaba la vista hacia nosotros.

La mujer nos explicó qué podía servirnos.

—¿Y cuánto cuesta? —preguntó el sevillano.

Ella fue diciéndoselo. Él escuchó hasta el final y no decidió hasta saber cuánto tendría que pagar.

Yo, en cambio, no pregunté.

No porque me sobrara el dinero, nunca me había sobrado, pero hasta entonces el dinero del viaje había sido asunto de mi padre y del recuero. Yo sabía que existía y que tenía límites, pero todavía no había aprendido a medir una comida frente a todas las que vendrían después.

El sevillano sí.

Lo advertí cuando el recuero llevó la mano al lugar donde guardaba la bolsa que mi padre le había confiado.

—¿Cuánto queda? —pregunté.

Me dirigió una mirada rápida.

—Eso no se pregunta aquí.

Bajé la voz.

—¿Por qué?

—Porque nadie necesita saber cuánto dinero lleváis.

Miré hacia la mesa de los estudiantes. Uno de ellos nos estaba mirando y, al cruzarnos la mirada, levantó su vaso y sonrió.

—¿Veis? —murmuró el recuero.

—Quizás solamente estaba mirando.

—Quizás. Y vos aprenderéis que no hace falta averiguarlo.

El sevillano había oído la conversación.

—Vuestro padre eligió bien a quien confiaros.

—Le confió el dinero, no a mí.

—Por algo sería.

Le di un golpe con el pie por debajo de la mesa.

—¡Ay!

—¿Qué ocurre? —preguntó el recuero.

—Nada. Vuestro muchacho empieza a adaptarse a Salamanca.

La comida llegó antes de que pudiera contestarle. Su olor nos hizo callar a los dos. Curro acercó inmediatamente el plato, tomó un trozo de pan y comenzó a comer antes de que dejara de salir vapor. Durante unos minutos fue el hombre menos hablador que yo había conocido.

—¿Tenéis miedo de que os lo quiten? —pregunté.

Levantó los ojos.

—No.

—Pues cualquiera lo diría.

Continuó comiendo, ahora algo más despacio.

—En mi casa somos muchos.

Esperé.

—¿Y?

—Y cuando somos muchos, el que conversa demasiado durante la comida descubre que los demás no han perdido el tiempo.

Sonrió.

Yo también, pero advertí que aquella vez la gracia ocultaba algo que no conocía.

Seguí comiendo.

Fue probablemente la primera ocasión en que comprendí que dos hombres podían sentarse ante el mismo plato y no estar comiendo exactamente la misma comida.

—¿Era pobre? —me interrumpió mi nieto.

Tardé un instante en responder.

—Tenía menos que yo.

—Entonces era pobre.

—No es tan sencillo.

—¿Por qué?

—Porque la pobreza no se mide mirando el hato de un hombre ni contando las monedas que lleva en el bolsillo. Yo entonces sabía muy poco de su familia y todavía menos de lo que había costado enviarlo a Salamanca.

—Pero preguntaba el precio de todo.

—Precisamente. Eso sí lo sabía.

Mi nieto guardó silencio.

—La pobreza no debe suponerse —añadí—. Se descubre.

—¿Y la descubriste?

—Con el tiempo. Aquel día estaba demasiado ocupado descubriendo otras cosas.

—¿Salamanca?

—Y a mí mismo en ella.

El recuerdo me devolvió al mesón. Cuando terminamos de comer, la mujer regresó a nuestra mesa.

—Hay sitio —dijo.

El sevillano dejó inmediatamente lo que tenía en la mano.

—¿Para hospedarnos los dos?

—Si queréis dormir juntos.

Nos miramos.

—¿Cuánto? —preguntó él.

La mujer le dijo el precio.

—¿Cada uno?

—Por los dos.

Vi cómo hacía la cuenta mentalmente.

—¿Y si nos quedamos varios días?

—¿Cuántos?

El sevillano me miró.

No teníamos respuesta.

Habíamos llegado a Salamanca pensando en años y, sin embargo, no sabíamos dónde dormiríamos después de aquella noche.

—Primero una —dije.

—Eso es sensato —respondió la mujer—. Mañana ya decidiréis si queréis seguir aquí o buscar otra cosa.

El sevillano asintió.

—Nos quedamos.

—¿Nos quedamos? —pregunté.

—Es más barato.

—Para vos.

—También para vos.

—Pero yo no he dicho que quiera compartir cuarto.

—Tampoco habéis dicho que no.

—No me habéis dado tiempo.

La mujer apoyó las manos en la cintura y, dando golpecitos en el suelo con un pie, nos dijo con sorna:

—Cuando terminéis de estudiar Leyes, si todavía seguís discutiendo así, podréis cobrar por hacerlo. Mientras tanto, decidid si queréis la habitación.

El recuero ocultó una sonrisa.

—La queremos —dije.
—Eso pensaba.
Se volvió para marcharse.
—Una cosa —la detuvo el sevillano.
La mujer cerró los ojos un instante y respiró hondo.
—¿Qué?
—¿La ropa de cama está incluida?
Lo miré.
—¿También vais a preguntar cuánto cuestan las sábanas?
—Si tengo que pagarlas, sí.
La mujer lo contempló durante un momento y acabó riéndose.
—Está incluida.
—Entonces nos quedamos —dijo el sevillano.
—Eso ya lo habíais decidido.
—Ahora lo sé con certeza.
La mujer movió su cabeza como si negara algo y se alejó para atender a otros recién llegados.
Apenas había dado unos pasos cuando desde el rincón de los naipes llegó una voz:
—¡Sevillano!
Nos volvimos.
Uno de los cuatro estudiantes alzaba su vaso.
—A ese paso saldréis de Salamanca con más dinero del que traíais.
—Esa es la intención —respondió.
—¡Entonces no estudiéis!
Los cuatro estallaron en carcajadas.
El sevillano negó con la cabeza.
—Empiezan a caerme bien.
—Eso me preocupa.
—A mí me preocuparía más que empezaran a caer bien a vos.
El recuero se levantó.
—Vamos.
—¿Adónde?
—A ver dónde vais a dormir.
Seguimos a la mujer.
Al pasar junto a la mesa de los estudiantes, el que había llevado la conversación levantó los ojos de sus cartas.
—Murciano.
Me detuve.
—¿Qué?
—No dejéis el arcón abierto.
Instintivamente miré hacia donde lo habían llevado. Los cuatro se echaron a reír.
—¿Por qué?
El estudiante se encogió de hombros.
—Porque estáis en Salamanca.
—Eso no es una respuesta.
—Dentro de unos días lo será.
El recuero me puso una mano en el hombro.
—Vamos.
Seguí andando, aunque volví la cabeza una vez más hacia ellos. Habían regresado a la partida. No sabía si acababan de darme un consejo o de amenazarme. Con el tiempo descubriría que entre estudiantes ambas cosas podían parecerse bastante.
Seguí al recuero y al sevillano.
La mujer nos condujo hasta el cuarto.

La habitación no era grande, pero después de tantos días durmiendo donde el camino permitía me pareció suficiente. Las camas ocupaban buena parte de la estancia. Junto a ellas había una mesa con dos sillas y algo de sitio para nuestras pertenencias, poco más.

—Aquí podéis quedaros esta noche —dijo.

El sevillano miró alrededor.

—¿Y mañana?

—Mañana, si pagáis, también.

—Eso es justo.

—Me alegra que lo aprobéis.

Poco después subieron el equipaje.

Primero entró mi arcón. Lo dejaron donde indicó la mujer. Después el sevillano depositó su hato al lado. Por primera vez nuestros equipajes quedaron juntos.

Mi arcón ocupaba su espacio con una solidez casi doméstica. Junto a él estaba el hato con el que el sevillano había llegado desde su casa. Eso era todo.

Mi nieto me interrumpió.

—¿No te daba vergüenza?

—¿Por qué habría de dármela?

—Por tener más que él.

—A los dieciocho años uno suele avergonzarse de cosas mucho menos importantes.

—Pero te dabas cuenta.

—Empezaba a hacerlo.

Miré al muchacho.

—No confundas saber que otro tiene menos que tú con comprender lo que eso significa para él. Lo segundo tarda bastante más.

Volví al cuarto.

La mujer comprobó que todo estuviera en orden y señaló dónde podíamos dejar las demás cosas.

—Si necesitáis alguna otra cosa, me lo decís.

—Yo traigo hasta ropa de cama —respondí.

El sevillano miró mi arcón.

—Naturalmente.

—¿Qué significa eso?

—Nada. Que vuestra madre ha enviado media Murcia con vos.

—Mi madre quería que llegara preparado.

—Pues como haya metido también una cama, podemos ahorrar todavía más.

La mujer soltó una carcajada.

—Dejadlo tranquilo. Las madres saben mejor que vosotros lo que hace falta cuando uno sale de casa.

Me gustó oír aquello.

—La ropa que uséis me la dejáis cuando haya que cambiarla —continuó—. Y no quiero comida pudriéndose en el cuarto.

El sevillano levantó las manos.

—Todavía no tenemos comida suficiente para que pueda pudrirse.

Ella lo miró.

—Dad tiempo.

Y salió.

Nos quedamos los tres.

Durante unos instantes nadie dijo nada.

Era la primera vez desde que habíamos divisado Salamanca que estábamos en un lugar donde no teníamos que seguir andando.

El sevillano se dejó caer.

—No pienso moverme de aquí.

—Tenemos que matricularnos.

Cerró los ojos.

—Mañana.

—El curso empieza por San Lucas.

—Y San Lucas no va a ofenderse porque yo descansa un rato.

El recuero se acercó a mi arcón y comprobó que había quedado bien cerrado.

—El estudiante tenía razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre esto.

Dio un pequeño golpe con los nudillos en la tapa.

—No lo dejéis abierto.

—¿Por qué todos me dicen lo mismo?

—Porque todos han visto que acabáis de llegar.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Que todavía no sabéis de quién fiaros.

Miré la cerradura.

—¿Roban a los nuevos?

—En todas partes hay quien roba.

—No me refería a eso.

El recuero me sostuvo la mirada.

—Entonces aprended primero y preguntad después.

Aquella respuesta me irritó.

—Lleváis todo el viaje diciéndome que pregunte y ahora me decís que no lo haga.

—No. Os digo que no todo lo que necesitáis saber os lo van a enseñar respondiendo preguntas.

El sevillano abrió un ojo.

—Eso ha sonado casi a catedrático.

—Y sin cobraros.

—Entonces aprovechad, murciano.

Iba a responderle cuando vi que el recuero apartó una silla y se sentó.

Parecía cansado.

Durante el viaje nunca había reparado demasiado en ello. Había recorrido los mismos caminos que nosotros, dormido las mismas noches malas y madrugado que nadie para ocuparse de la mula. Sin embargo, yo había dado por supuesto que el cansancio pertenecía a los viajeros y no al hombre que los conducía.

—¿Cuándo os marcháis? —pregunté.

Esta vez no esquivó la pregunta.

—Mañana, si termino los encargos.

El sevillano abrió los dos ojos.

—¿Tan pronto?

—Tengo que volver.

—Pero todavía no nos hemos matriculado.

—No necesito matricularos yo.

—Ya lo sé.

—Entonces mañana os indicaré adónde tenéis que ir. Después será cosa vuestra.

Metió la mano bajo la ropa y sacó la bolsa que mi padre le había confiado en Murcia.

La reconocí inmediatamente.

La dejó sobre la mesa.

No la abrió.

—Y antes de marcharme haremos cuentas.

Miré la bolsa.

Hasta entonces aquel dinero había pertenecido, de algún modo, al viaje. Mi padre lo había contado, el recuero lo había administrado y yo apenas había tenido que pensar en él. Al día siguiente sería mío o, mejor dicho, sería responsabilidad mía.

—¿Cuánto queda?

El recuero sonrió.

—Mañana —respondió con voz cansada.
—¿Podéis decírmelo ahora?
—Podría.
—¿Y por qué no lo hacéis?
—Porque hoy todavía está a mi cargo.
El sevillano se incorporó.
—Creo que vuestro padre escogió al hombre más terco de Murcia.
—No soy de Murcia —respondió el recuero.
Nos quedamos mirándolo.
Después se echó a reír.
—¿Veis? Lleváis días conmigo y todavía no sabéis ni la mitad de las cosas que creéis
saber.
Aquello me dejó sin respuesta.
Mi nieto sonrió.
—¿De dónde era?
—Eso se lo pregunté inmediatamente.
—¿Y?
Sonreí.
—Eso tendrás que esperar a mañana para saberlo.
—Abuelo...
—A mí me hizo esperar. Tú no vas a ser menos.
Mi nieto protestó, pero no le hice caso.
Aquella tarde todavía nos quedaba mucho por averiguar.
El recuero salió para ocuparse de sus asuntos y nosotros permanecimos un rato en el
cuarto.
El sevillano se tumbó.
—Solo un momento.
—Habéis dicho que no pensabais moveros.
—He cambiado de opinión.
—Eso es evidente.
—Despertadme dentro de un rato.
—¿Cuánto?
No respondió.
Me acerqué al arcón y levanté la tapa.
Allí estaban todas las cosas que mi madre había colocado. Después de tantos días de
camino, verlas de nuevo produjo en mí una sensación extraña.
Olían a casa.
No sé cuánto tiempo permanecí mirando.
—Si seguís así, vais a hacerme echar de menos hasta a mi madre.
Me volví.
El sevillano seguía con los ojos cerrados.
—Creía que estabais dormido.
—Lo estaba intentando.
Cerré el arcón.
—Pues intentadlo con menos conversación.
Esta vez no contestó.
Me senté.
Por primera vez desde que había salido de Murcia no tenía que llegar a ninguna parte
antes de que anoheciera. Tampoco sabía qué hacer.
Mi nieto se rio.
—¿Tú?
—Yo.
—Siempre tienes algo que hacer.

—Ahora, pero entonces acababa de llegar a Salamanca y no sabía ni dónde tenía que presentarme al día siguiente.

—Podías haber preguntado.

Lo miré.

—No empieces tú también.

Se echó a reír.

Dejé dormir al sevillano un rato, luego lo desperté.

—Bajemos.

Abrió un ojo.

—¿Para qué?

—Para preguntar.

Abrió el otro.

—El recuero estaría orgulloso.

Cuando volvimos abajo, los cuatro estudiantes seguían en el mismo rincón. La jarra estaba bastante más vacía y la partida parecía haber avanzado mucho menos que las discusiones que la acompañaban. Uno de ellos nos vio acercarnos.

—¡Han vuelto los licenciados!

—Todavía no estamos matriculados —respondí.

—Entonces no sois licenciados.

—Eso acabo de decir.

—Vais aprendiendo.

El sevillano tomó un banco y se sentó sin esperar invitación.

Los cuatro lo miraron.

—¿Qué? —preguntó.

El que nos había hablado antes sonrió.

—Hace unas horas dudabais si sentaros.

—Hace unas horas no tenía cama.

—¿Y ahora?

—Tengo media.

Uno de ellos soltó una carcajada.

—¿Media?

—La otra mitad la paga el murciano.

—Sin haberlo decidido —añadí.

—Pero la pagáis.

No pude discutirlo.

Me senté también.

—Mañana queremos matricularnos.

—Eso ya lo habéis dicho.

—Y todavía no nos habéis dicho qué tenemos que hacer.

El estudiante dejó las cartas boca abajo.

—¿De verdad no sabéis nada?

—Sabemos que hemos venido a estudiar Leyes —respondió el sevillano.

—Eso no es mucho.

—Llevamos toda la tarde intentando explicároslo.

Sonrió.

—Bien. Mañana tendréis que empezar por averiguar lo que necesitáis para matricularos.

—¿Y dónde?

Me iba a responder cuando uno de sus compañeros lo interrumpió:

—No se lo pongáis tan fácil.

—¿Por qué?

—Porque a nosotros nadie nos lo puso.

El primero negó con la cabeza.

—Y por eso todos perdimos una mañana preguntando como idiotas.

—Forma parte de la educación.

—No. Forma parte de ser idiota.
El sevillano me miró.
—Este me gusta.
—A mí también —dije.
El estudiante recogió su vaso.
—Mañana os encamino.
—¿Nos acompañáis?
—He dicho que os encamino. No pienso llevaros de la mano.
—¿A qué hora?
Miró hacia la puerta.
—Temprano.
—Eso no es una hora.
—Aquí descubriréis que hay muchas cosas que no son una hora.
—¿Por ejemplo?
—Las lecciones cuando esperáis al catedrático.
Sus compañeros rieron.
—¿Y qué tenemos que llevar? —pregunté.
El estudiante me observó durante un instante.
—Lleváis unas horas en Salamanca, murciano. Dadle tiempo.
El sevillano señaló las cartas.
—Mientras tanto, ¿nos enseñáis?
Los cuatro dejaron de sonreír.
Yo lo miré.
—¿Estáis loco?
—He preguntado si nos enseñan.
Uno de los estudiantes recogió la baraja y empezó a mezclarla.
—¿Sabéis jugar?
—A algunos juegos.
—Entonces sentaos bien.
Me incliné hacia el sevillano.
—¿No acabáis de decir que tenéis poco dinero?
—No he dicho que vaya a apostar.
El veterano levantó los ojos.
—Entonces vais aprendiendo más deprisa de lo que pensaba.
El sevillano sonrió.
—Aprendo deprisa cuando hay dinero de por medio.
—Buena cualidad para un estudiante.
—Mejor para uno que tiene poco.
Uno de los otros dejó una carta sobre la mesa.
—También podéis perderlo sin jugar.
—¿Cómo?
—Salamanca ofrece muchas posibilidades.
—No le hagáis caso —intervino el que llevaba la conversación—. Le gusta asustar a los nuevos.
—¿Y a vos no?
—Yo prefiero que os asustéis solos.
Miré la baraja.
—¿Lleváis mucho tiempo aquí?
—Lo suficiente para saber que mañana debéis ocuparos de la matrícula antes que de nuestras cartas.
—Eso intento averiguar desde que hemos llegado.
—Y ya os he dicho que os encaminaré.
—Pero ni siquiera sabemos cómo os llamáis.
Hubo un breve silencio.

Los cuatro se miraron.

—Es verdad —dijo el sevillano—. Llevamos media tarde hablando con vosotros y no sabemos vuestros nombres.

—Ni nosotros los vuestros.

—Sabéis que él es murciano y yo sevillano.

—Eso no son nombres.

—Tampoco vosotros nos habéis dado otra cosa.

El estudiante dejó las cartas boca abajo.

—Alonso.

—¿Alonso qué?

—¿También queréis mi genealogía?

—Con un apellido bastaría.

—Alonso de la Parra —dijo con un orgullo que entonces no supe comprender.

Señaló después a sus tres compañeros y fue diciendo sus nombres.

El sevillano hizo lo mismo.

—Curro, de Sevilla.

Los cuatro me miraron.

Dije mi nombre.

—De Murcia —añadió uno.

—Eso ya lo sabéis.

—Lo sabe medio mesón.

—¿Por qué?

El sevillano respondió antes que ellos:

—Porque lleváis toda la tarde anunciándolo.

—Vos tampoco ocultáis que sois sevillano.

—No hace falta. Se me nota.

—Eso es verdad —dijo uno de los veteranos.

—¿Qué se supone que significa?

—Lo que queráis que signifique.

Alonso volvió a tomar sus cartas.

—¿Algo más, murciano?

—Sí. Mañana.

Cerró los ojos un instante.

—¿Qué ocurre mañana?

—Habéis dicho que nos encaminaríais.

—Y lo haré.

Alonso me observó.

—Vos sí tenéis prisa por convertirlos en estudiante.

—Para eso he venido.

—No. Para eso habéis viajado.

Fruncí el ceño.

—¿Qué diferencia hay?

Dejó otra carta sobre la mesa.

—Mañana empezareis a descubrirla.

—Otra vez mañana.

—Acabáis de llegar, murciano. No queráis aprenderlo todo en una tarde.

Curro se levantó.

—Creo que por hoy ya hemos preguntado bastante.

—Por fin decís algo sensato —respondió Alonso.

—Llevo diciéndolo desde Madrid.

—Eso es mentira.

—Pero aquí no hay nadie que pueda demostrarlo.

—Yo —dije.

Curro me miró.

—Vos sois murciano. Nadie os creerá.
Los cuatro rieron.
—Mañana temprano —recordé a Alonso.
—Mañana temprano.
—¿Aquí?
—Aquí.
Me levanté.
—Buenas noches.
—Descansad —respondió Alonso.
Dio un sorbo de vino y volvió a sus cartas.
—Mañana vais a necesitarlo.
Aquello volvió a inquietarme.
—¿Por qué?
Alonso levantó la vista.
—Buenas noches, murciano.
Curro me tomó del brazo.
—Dejadlo. Como sigáis preguntando, acabará cobrándonos las respuestas.



Subimos.
El recuero todavía no había regresado.
Entré en el cuarto y lo primero que hice fue comprobar que el arcón seguía cerrado.
Curro me vio.
—Ya os han metido miedo.
—No tengo miedo.
—Entonces dejad de mirar el arcón.
Me aparté de él.

—¿Vos no tenéis nada que os preocupe perder?

Curro miró su hato.

—Claro.

—¿Y no os preocupa?

—Sí. Por eso sé exactamente lo que tengo.

No respondí.

Afuera seguía oyéndose la ciudad. Llegaban voces amortiguadas desde abajo, algún golpe procedente de las caballerizas y, de vez en cuando, pasos en la calle. Entre un ruido y otro quedaban silencios que no se parecían a los de mi casa.

Las sábanas estaban frías cuando me acosté y tardaron en recoger el calor del cuerpo. Tardé en dormirme. Pensé en Murcia. En mis padres. En el camino. En la ermita de San Mamés y en el momento en que el recuerdo nos había hecho descubrirnos para dar gracias por haber llegado bien. Pensé en las calles que descendían hacia el Tormes, en el puente que habían levantado los romanos y en aquel en el que finalmente hallamos refugio.

Y pensé en lo que Alonso había dicho, que convertirse en estudiante era otra cosa. ¡Y yo había llegado a Salamanca convencido de que ya lo era!

Mi nieto permaneció unos instantes en silencio.

—Pero todavía no lo eras.

—No.

—Porque no te habías matriculado.

—Eso creía yo también.

Frunció el ceño.

—¿Entonces?

—La matrícula era necesaria. Pero aquella mañana iba a descubrir que matricularse en Salamanca significaba bastante más que registrar un nombre para poder asistir a unas lecciones.

—¿Lo dices por el fuero?

Lo miré sorprendido.

—Veo que algo has aprendido escuchándome.

—Me lo has mencionado muchas veces en otras charlas.

—Para nosotros era importante.

—Para vosotros.

Asentí.

—Para nosotros.

El muchacho esperó que continuara.

No lo hice.

—¿Y qué pasó al día siguiente?

Sonreí.

—Que Alonso de la Parra cumplió su palabra.

Capítulo 3. La matrícula

Cuando Curro y yo bajamos aquella mañana, Alonso ya estaba en el mesón. Lo encontramos sentado a la misma mesa de la tarde anterior, con un buen desayuno delante y menos dispuesto a conversar que unas horas antes.

—Buenos días —dijimos a coro.

Alonso levantó la vista.

—Eso está por ver.

Curro se sentó frente a él. Yo permanecí de pie junto a la mesa.

—Dijisteis temprano.

—Y habéis venido temprano.

—Bien empezamos.

—Todavía no habéis empezado nada.

El mesón era distinto a aquellas horas. Aquella agitación de nuestra llegada había dado paso a una calma que la noche anterior me habría parecido imposible. También la luz había cambiado. La luz ya no vacilaba al temblor de las velas, sino que llenaba toda la estancia. Las puertas y ventanas, abiertas de par en par, permitían que inundara la estancia acompañada de un aire que aún guardaba el frío de la noche.

Algunos de los recién llegados que había visto el día anterior parecían tener ya un destino, otros seguían preguntando por una dirección a la que dirigirse. Continuaba la entrada y salida de estudiantes, criados y hombres que cargaban equipajes, pero sin el bullicio de la víspera. Solo el canto de un gallo que llegaba desde la distancia nos recordaba que comenzaba la mañana. Desde fuera llegaba todavía el olor de la paja y las caballerías, mezclándose con el de la comida que escapaba de la cocina.

La mesonera daba órdenes, mostrando un dominio del negocio propio de quien había dedicado toda su vida a ello.

—¿Habéis desayunado?

Curro negó con la cabeza.

—Entonces hacedlo.

Miré lo que tenía delante. La leche estaba tibia y el pan conservaba algo del calor de recién horneado. Acerqué las manos al vaso casi por instinto, pero tenía la cabeza en otra parte.

Curro devoró un trozo de pan y apuró el vaso de leche de un trago.

—¡Ya está!

Alonso miró lo que todavía tenía delante.

—No tengo hambre —dije.

—¡Comed!

—Mi padre me ha enviado a Salamanca para estudiar, no para desayunar —le respondí.

—Vuestro padre está en Murcia —dijo, señalando mi comida—. Comed.

Curro sonrió.

Dejé el vaso sobre la mesa.

—Ayer dijisteis que debíamos matricularnos.
—Y hoy os digo que comáis antes.
—¿Qué necesitamos?
Alonso dejó de comer.
—¿Para qué?
—Para matricularnos.
—¡Otra vez con la matrícula!
—Hasta que me respondáis.
Me sostuvo la mirada unos instantes.
—Sentaos, murciano.
Me senté.
—Vos creéis que matricularse consiste en ir a algún sitio, dar vuestro nombre, pagar y empezar a estudiar, ¿no?
—Sí.
Alonso siguió comiendo.
—¿Entonces?
—Que eso es solamente una parte.
—¿Cuál es la otra?
Alonso sonrió.
—Ayer os dije que hoy empezaríais a descubrirla.
—Y lleváis desde entonces disfrutando demasiado con el misterio —dije.
—Porque dentro de unos días ya no podré hacerlo.
—¿Por qué?
—Porque entonces seréis vosotros quienes os ríais de los que lleguen preguntando dónde tienen que matricularse.
Curro negó con la cabeza.
—Yo pienso ayudarlos.
—Eso decimos todos.
—¿Y después?
—Después descubriréis que es mucho más divertido verlos preguntar.
Recordé entonces la sonrisa con que nos había mirado el estudiante al que pedimos indicaciones el día anterior.
—¡Sois todos iguales!
—Todavía no conocéis suficientes estudiantes para saberlo —sentenció Alonso.
La llegada del arriero puso fin a la conversación. Llevaba puesto su sombrero y mostraba aquella expresión que yo había aprendido a reconocer durante el camino: su jornada había empezado mucho antes de que nosotros todavía discutíamos cómo comenzar la nuestra.
—Tenemos que hacer cuentas antes de salir—fue su saludo.
Miré a Alonso. Sonrió.
—Entonces os dejo con algo que domináis —dijo elegantemente el estudiante.
Hizo ademán de levantarse, pero el arriero lo detuvo.
—No hace falta que os marchéis, será cosa de un momento.
Se sentó junto a mí y sacó la bolsa que mi padre le había confiado, poniéndola sobre la mesa.
—Vuestro padre me entregó dinero suficiente para traeros hasta Salamanca y dejaros instalado. Esto es lo que queda. Abrió la bolsa y comenzó a sacar las monedas.
Curro apartó la mirada.
Aquel gesto me sorprendió. Desde que lo conocía lo había visto preguntar cuánto costaba una comida, una cama y cualquier otra cosa por la que tuviera que pagar. Sin embargo, ante el dinero ajeno supo dónde terminaba su curiosidad.
El recuerdo fue repasando los gastos del viaje. Yo reconocía algunos, otros apenas los recordaba. Había visto pagar comidas, noches y cuanto habíamos necesitado por el camino, pero hasta aquel momento nunca había pensado en ellos como partes de una misma suma. Cuando terminó, empujó hacia mí las monedas que quedaban.

—Contadlas.

Lo hice.

—Otra vez.

Levanté la vista.

—¿Para qué?

—Contadlas.

Volví a hacerlo.

—¿Coincide?

—Sí.

—Pues guardadlas.

Permanecí mirando las monedas.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Y vos?

—¿Yo qué?

—¿No vais a quedaros con nada?

El arriero frunció el ceño.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—Para mis gastos.

—Vuestros gastos son cosa vuestra desde ahora.

Aquella frase hizo que mirara de otra manera el pequeño montón que tenía delante. Hasta entonces el dinero había sido algo que llevaba otro hombre. Si necesitábamos comer, él pagaba. Si había que dormir, pagaba. Yo sabía que la bolsa tenía un fondo, naturalmente, pero mientras permaneció en sus manos nunca tuve necesidad de preguntarme cuánto tardaríamos en alcanzarlo. Ahora el fondo estaba delante de mí y tenía que hacerme responsable de administrarlo bien. Recogí las monedas y las metí en la bolsa.

—¿Y si se acaba?

Curro volvió la cabeza hacia mí. el recuero también.

—¡Procurad que no se acabe! —soltó Alonso con una risotada—. Ese es probablemente el primer consejo verdaderamente universitario que vais a recibir hoy.

La bolsa pesaba menos de lo que recordaba. La guardé entre mis ropas

—¿Cuándo os marcháis? —pregunté al arriero.

—Hoy.

—Dijisteis que quizás mañana.

—He terminado antes.

Sabía que aquel momento llegaría. Sin embargo, una cosa era saber que regresaría y otra oírsele decir con el dinero que mi padre le había confiado ya en mi poder.

—¿Y la mula?

—Conmigo.

—¿No quiere quedarse a estudiar? —le dijo Curro con sorna.

El recuero lo miró.

—Tiene más juicio.

Hasta Alonso se rió.

—¿Volvéis directamente a Murcia? —pregunté.

—No, tengo encargos que atender por el camino.

—Entonces mi familia tardará en saber que he llegado.

—Menos de lo que pensáis, para eso existimos los *ordinarios* —respondió el arriero.

La palabra me hizo fruncir el ceño porque no entendía su uso en aquel contexto.

—¿Los qué?

—Ya lo aprenderéis. Escribid a vuestra familia, con suerte podré ser yo quien pueda llevar la carta.

Pensé en mi madre.

—¿Ahora?

—Cuando volváis, primero id a hacer lo que habéis venido a hacer.

Alonso dio un pequeño golpe con los nudillos sobre la mesa. Y, apoyando ambas manos en el borde de la mesa, comenzó a levantarse.

—¡Por fin estamos de acuerdo!

El recuero se levantó. Yo también.

—¿Entonces no vais a venir con nosotros?

—¿A matricularos?

—Sí.

—No.

Debí de poner una cara que le divirtió.

—Os traje a Salamanca, encontrasteis dónde dormir, habéis comido y tenéis vuestro dinero. Lo demás empieza a ser asunto vuestro desde ahora.

—Además —añadió el mulero—, ya habéis aprendido a preguntar.

Curro soltó una carcajada.

—¡Sabía que acabaría diciéndolo!

El recuero se cubrió con el sombrero y, tocándose el ala, se despidió:

—Buen estudio.

Curro le tendió la mano.

—Buen camino.

Se la estrechó. Después me miró a mí.

Durante todo el viaje había pensado en aquel hombre como en alguien que simplemente estaba allí. Delante, junto a la mula, buscando alojamiento, hablando con unos y otros, pagando, decidiendo cuándo debíamos detenernos y cuándo continuar. No comprendí lo mucho que dependía de él hasta este momento.

Me tendió la mano.

—Haced caso a vuestro padre.

—¿A cuál de todos sus consejos?

—A los que recordéis cuando os hagan falta.

Se la estreché.

—Decidle a mi madre que estoy bien.

—Se lo diré.

—Y que el arcón llegó entero.

Sonrió.

—Eso también.

Se volvió y se dirigió hacia la puerta.

—¡Y decidle a mi padre que no he perdido nada! —añadí.

Se detuvo.

Miró a Curro. Después a Alonso. Finalmente volvió a mirarme.

—Todavía —replicó y salió del mesón.

Esa palabra quedó flotando después de que se marchara.

Los tres permanecimos en silencio unos instantes.

—¿Por qué todo el mundo me dice «todavía»? —pregunté.

Alonso se puso súbitamente en pie.

—Vamos.

—No habéis respondido.

—Precisamente.

Curro negó con la cabeza.

—Otra vez el misterio —dijo con voz cansina.

Alonso sonrió y se dirigió hacia la puerta.

—¡Vamos a convertirnos en estudiantes!

Curro y yo lo seguimos.

Salimos a la calle. El aire fresco de la mañana me abofeteó el rostro pero no importó porque por primera vez desde que había llegado a Salamanca sabía exactamente a dónde iba... al menos eso creía.

Alonso caminaba unos pasos por delante de nosotros con la seguridad de quien no necesitaba preguntarle a nadie el camino.

—¿Está lejos?

—No.

—Ayer también nos dijeron que el mesón no estaba lejos.

Alonso volvió la cabeza.

—Y llegasteis.

—Después de preguntar tres veces.

—Pues hoy vais mejorando. Solo habéis preguntado una.

Curro me miró.

—Empiezo a echar de menos al recuero.

No pude evitar sonreír.

Aquella mañana la ciudad me pareció distinta, quizás debido a que hasta entonces todo mi empeño había consistido en encontrar dónde dormir. Ahora disponía de más tiempo para mirar.

Había estudiantes por todas partes. Algunos caminaban solos y deprisa, otros se detenían en pequeños grupos y ocupaban la calle con la despreocupación de quienes se sienten en terreno conocido. Los había que llevaban libros, cartapacios o papeles bajo el brazo y otros que parecían no llevar nada que evocara el estudio. Tampoco todos vestían de la misma manera. Entre aquella multitud aparecían hábitos, mantos y colores que yo todavía era incapaz de distinguir. Algunos delataban la orden religiosa a la que pertenecía el colegio. Vi estudiantes vestidos de verde, otros de pardo y algunos con prendas y distintivos cuyo significado todavía desconocía. Salamanca parecía haber encontrado la manera de mostrar sobre la ropa una parte de la vida de cada estudiante.

Alonso siguió mi mirada.

—Colegiales.

—¿Y aquellos?

—Estudiantes.

—Los otros también lo son.

—Naturalmente.

—Entonces, ¿por qué los habéis llamado colegiales?

Alonso se detuvo.

—Porque viven en un colegio.

—¿Y nosotros?

—Vosotros todavía no sois nada.

Curro resopló.

—¡Otra vez!

Alonso reanudó la marcha.

—La beca que llevan sobre la sotana indica a qué colegio pertenecen. Son *colegiales*. Cuando estéis matriculados, vosotros seréis *manteístas* y tendréis que alojaros fuera de los colegios.

Manteístas, conocía la palabra, lo que nunca había pensado era que pudiera servirme para nombrarme a mí.

—¿Me llamarán así por no pertenecer a un colegio?

—Entre otras cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Ya las aprenderéis.

Curro se volvió hacia mí.

—Lo sabía.

—¿Qué?

—Que volvería a decirlo.

Seguimos caminando.

A cada trecho alguien saludaba a Alonso. Algunos lo hacían por su nombre; otros añadían el apellido. Él respondía unas veces levantando la mano y otras con una inclinación de cabeza.

Curro esperó a que uno de ellos se alejara.

—A este paso voy a acabar averiguando por qué estabais tan orgulloso de vuestro apellido.

—Podéis preguntarlo.

—No.

—¿No?

—Prefiero descubrirlo.

—Entonces empezáis a comprender Salamanca.

Aquello hizo callar a Curro durante unos pasos, pero no por mucho tiempo.

Yo apenas los escuchaba. *Manteísta*. Esa palabra resonaba en mi cabeza acababa de comprender que estaba a punto de convertirme en uno de ellos.

—¿Y cómo saben que somos manteístas? —preguntó Curro.

Alonso volvió la cabeza.

—Todavía no lo saben.

—Acabáis de decir que lo somos.

—He dicho que lo seréis.

Curro suspiró.

—Con vos hay que escuchar hasta los tiempos de los verbos.

—Os será útil en Leyes.

No pude evitar reírme.

Continuamos caminando.

No sé cuánto tiempo seguí andando sin prestar atención al camino.

—¿Falta mucho? —preguntó Curro.

—Ya estamos llegando.

Alcé la vista.

Hasta aquella mañana la ciudad había sido una sucesión de calles que no sabía adónde llevaban, ahora empezaba a comprender que muchas parecían conducir al mismo sitio.

La presencia universitaria aumentaba. Los estudiantes llegaban solos o agrupados, algunos caminaban con decisión, otros mostraban la misma expresión desorientada que Curro y yo debimos haber mostrado ayer. Había criados, religiosos, colegiales y hombres cuya relación con la Universidad yo todavía no podía adivinar. A medida que avanzábamos, las calles se llenaban de ellos.

—¿Todos son estudiantes? —pregunté.

Alonso miró a nuestro alrededor.

—No.

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Pertenecen a la Universidad.

No entendí la respuesta.

—¿Sin estudiar?

—Sin estudiar.

Curro lo miró.

—Eso empieza a interesarme.

—A vos os interesa todo lo que pueda hacerse sin estudiar.

—No todo, depende de cuánto paguen.

Alonso soltó una carcajada.

Yo seguía mirando a la gente.

—¿Cómo puede alguien pertenecer a la Universidad sin ser estudiante?

Alonso se detuvo.

—Porque seguís pensando que la Universidad son las clases que se imparten en sus aulas.

—¿Y qué es?

—Entrad y empezad a descubrirlo.

Lo seguimos. Recuerdo que crucé aquel umbral esperando encontrar el lugar donde iban a apuntar mi nombre. Eso era, al fin y al cabo, lo que yo entendía por matricularse: facilitar

mi nombre, lugar de origen, estudios que quería cursar, pagar una cantidad y asunto concluido. Iba todavía absorto en aquellos pensamientos cuando Alonso se volvió hacia nosotros.

—Una cosa antes.

—¿Qué? —pregunté.

—Cuando os llegue el turno, hacéis lo que os digan y respondéis a lo que os pregunten.

Curro arqueó una ceja.

—¿No podemos preguntar?

—Podéis.

—Menos mal.

—Pero quizás sea mejor que esperéis a salir.

Curro me miró.

—No me gusta cómo ha dicho eso.

—A mí tampoco.

—Por fin estamos de acuerdo en algo.

Alonso sonrió.

—Dentro de poco estaréis de acuerdo en muchas más cosas.

—¿Eso también es un misterio?

—No. Eso es experiencia.

Delante de nosotros aguardaban varios hombres. Me dispuse a esperar mi turno. La fila avanzaba despacio. Estaba formada por personas de edades y condiciones muy distintas, la mayoría hombres. Unos parecían estudiantes. Otros, al menos a mis ojos, no lo parecían en absoluto. Me incliné hacia Alonso, diciéndole en voz baja:

—¿Todos vienen a matricularse?

—Algunos ya lo están.

—Entonces, ¿qué hacen aquí?

—Lo mismo que vosotros: cumplir con la Universidad.

Curro volvió la cabeza.

—Cada vez que respondéis entiendo menos.

—Eso también os será útil en Leyes.

Esta vez fui yo quien sonrió.

Cuando nos aproximamos, empecé a prestar atención a lo que ocurría delante. Cada persona comparecía por sí misma. Nadie parecía poder despachar el asunto en nombre de otro.

—¿Tenemos que hacerlo todos los años? —pregunté.

—Todos.

—¿Aunque ya seamos estudiantes?

—Precisamente porque lo sois.

Aquello me desconcertó. Yo había imaginado la matrícula como una puerta que se atravesaba una sola vez. Acababa de descubrir que había que volver a cruzarla cada año.

Curro se asomó por encima de mi hombro.

—¿Y cuánto cuesta?

Alonso lo miró.

—Estaba esperando que lo preguntarais.

—¿Cuánto?

—Seis maravedís.

Curro relajó el semblante.

—Eso sí lo entiendo.

—Me alegro. Empezaba a preocuparme.

Avanzamos unos pasos.

Metí la mano en el bolsillo donde llevaba la bolsa, sujetándola con fuerza. Seis maravedís no parecían gran cosa, pero después de la conversación con el recuero cada moneda había adquirido un peso distinto.

—Entonces doy mi nombre, pago y ya está.

Alonso me miró.

—Otra vez.

—¿Otra vez qué?

—Creyendo que ya sabéis lo que va a ocurrir.

Curro soltó una risita.

—Dejadlo, lleva desde ayer intentándolo.

—¿Intentando qué?

—Equivocarse.

—Pues hasta ahora lo estáis haciendo admirablemente —dijo Alonso.

Los miré a ambos.

—¿Qué falta?

Alonso señaló con la barbilla hacia delante.

—Esperad vuestro turno. Esta vez prefiero que lo descubráis solos.

Avanzamos unos pasos más.

No recuerdo cuánto tardamos. En cambio, sí recuerdo que entre quienes nos precedían había jóvenes y gentes que hacía mucho habían dejado de serlo. Algunos vestían como estudiantes, otros no llevaban nada que yo hubiera sabido relacionar con las aulas.

—Alonso.

—¿Qué?

—Aquel hombre no es estudiante.

Miró hacia donde yo señalaba.

—No he dicho que lo sea.

—Pero está matriculado.

—Puede estarlo.

—¿Sin estudiar?

Alonso sonrió.

—Ahora empezáis a hacer preguntas interesantes.

Curro observó también al hombre.

—¿Y para qué quiere alguien matricularse si no viene a estudiar?

Alonso dejó de sonreír.

—Porque ser de la Universidad puede valer más que asistir a clases. La matrícula permite gozar del *fuero académico*.

—No lo entiendo.

No tuve que esperar demasiado. Ser de la Universidad no significaba solamente estudiar en sus aulas. Quienes pertenecían a ella quedaban, en determinados asuntos, bajo la autoridad de sus propios jueces. Tenía jurisdicción sobre sus miembros y podía entender en causas que, de otro modo, habrían correspondido a la justicia ordinaria, la real. Eso era el *fuero académico*.

Al principio me pareció una distinción de poca importancia. Después comprendí que no lo era. Para un estudiante, saber que ciertas disputas, deudas o faltas podían acabar ante las autoridades universitarias y no ante otro juez cambiaba bastante las cosas. Había además privilegios y exenciones vinculados a la condición universitaria que hacían conveniente poder demostrar que uno pertenecía a aquel cuerpo.

El problema estaba en decidir quienes integraban ese cuerpo de personas. No solo los estudiantes podían quedar vinculados a la jurisdicción académica. En torno a la Universidad vivían maestros, ministros, oficiales, criados y otras personas cuya relación con ella podía permitirles reclamar sus privilegios. Y donde había un privilegio había también quien procuraba acogerse a él. Bastaba que surgiera un pleito para que una parte sostuviese que correspondía al juez ordinario y la otra que debía intervenir el universitario.

Comprendí entonces mejor las palabras de Alonso. Una matrícula podía determinar más cosas que el principio de unos estudios: para algunos era también la puerta de entrada a una jurisdicción que convenía tener de su lado.

A mí aquello me parecía extraño. Había llegado a Salamanca pensando que la Universidad era un lugar donde se enseñaba Derecho. Empezaba a descubrir que era también un mundo que tenía sus propias leyes, sus jueces y sus privilegios.

Llegó mi turno.

Di un paso al frente y dije mi nombre.
—¿Patria? —preguntó el oficial de la universidad.
—Murcia.
—¿Facultad?
—Leyes.
Aquello sí se parecía a lo que había imaginado.



Cuando llegó el momento de pagar, saqué la bolsa y conté las monedas. Seis maravedís. Por alguna razón recordé al recuero diciéndome aquella misma mañana que procurase que el dinero no se acabara. Sonreí para mis adentros. ¡Mi padre podía estar tranquilo si todos mis gastos en Salamanca iban a ser esos seis maravedís!

Guardé la bolsa.
Había terminado... o eso creí.
Hice ademán de apartarme.
—Falta el juramento.
Me quedé quieto.
—¿Qué juramento?
Oí una risa a mi espalda. No necesité volverme para saber que era Alonso.
—¿Os parece divertido? —pregunté.
—Mucho.
—Podríais habérmelo advertido.
—Y privarme de esto.
Curro se asomó desde detrás.
—¿También cuesta?
Alonso soltó una carcajada.
—Ese es gratis.
No me hizo ninguna gracia.

Hasta entonces para mí los juramentos pertenecían a los pleitos y a algunos hombres que asumían obligaciones que yo apenas entendía. No había pensado que estudiar Leyes pudiera comenzar con uno.

—¿Qué tengo que jurar?
Alonso ya no sonreía.
—Obediencia.
—¿A quién?
—Al rector.
Aquello me sorprendió todavía más.
—¿Y por qué?

Alonso señaló hacia donde debía continuar.

—Jurad primero. Preguntad después.

No era la respuesta que quería, pero empezaba a comprender que Salamanca rara vez me las daba en el orden que yo esperaba.

Me volví hacia el oficial y los testigos.

—Jure obediencia al rector —me indicó— *In licitis et honestis*.

—¿En lo lícito y honesto?

—En lo lícito y honesto.

Aquellas palabras sí las entendí.

Lo que no conseguía entender era por qué un hombre que había llegado a Salamanca para escuchar lecciones tenía que prometer obediencia a otro para poder hacerlo.

Presté juramento. Fue un acto breve. Tanto que, al terminar, me sorprendió que algo que había durado tan poco pudiera cambiar tantas cosas.



Esta vez, antes de moverme, miré a Alonso.

—¿Ya está?

—Ahora sí.

—¿Soy estudiante?

Alonso ladeó la cabeza.

—Ahora sois de la Universidad.

—No os he preguntado eso.

—Ya lo sé.

Me aparté sin comprender la diferencia y Curro ocupó mi lugar con la ventaja de haber asistido a mis errores.

Dio su nombre, su patria y su Facultad, pagó su matrícula y, cuando llegó el momento, juró sin hacer una sola pregunta.

Cuando volvió a mi lado lo miré sorprendido.

—¿Nada que preguntar?

—Muchas cosas.

—¿Y entonces?

—He aprendido de vos que es mejor preguntar después.

Alonso sonrió.

—Definitivamente, este va más deprisa.

—Entonces ya somos de la Universidad —le dije.

—Lo habéis jurado.

—¿Y qué cambia?

—Más cosas de las que imagináis.

—Por ejemplo.

Alonso me miró.

—Si algún día os metéis en problemas, preguntad quién tiene derecho a juzgaros.

—No pienso meterme en problemas.

Curro soltó una carcajada.

—Llevamos dos días juntos y ya no me atrevería a jurarlo.

—Acabáis de jurar bastante por hoy —dijo Alonso.

La ruta hacia el mesón me pareció mucho más corta. Al entrar vi a los tres compañeros de Alonso sentados a la misma mesa de la noche anterior. Esta vez no había naipes, solo una jarra de vino. Todos levantaron la cabeza al vernos entrar.

—Aquí están —anunció uno.

Curro y yo nos dirigimos hacia ellos. Alonso tomó asiento al lado de sus compañeros.

Uno de los estudiantes extendió la mano y dijo:

—¡La *patente*!

Lo miré.

—¿Qué *patente*?

Los cuatro se echaron a reír. Alonso tomó asiento.

—¡Esa pregunta la hacen todos!

—Pues contestadla.

—Es lo que corresponde pagar al nuevo.

Curro dio un paso atrás.

—Ya hemos pagado.

—A la Universidad.

—¿Y vosotros qué sois?

—La parte cara.

—¿Y si no pagamos? —preguntó tímidamente Curro.

Uno de los veteranos miró hacia la escalera.

—Siempre hay algo que puede pagar por vosotros.

Comprendí el mensaje.

Pensé en mi arcón y, sobre todo, en la bolsa que acababa de guardar.

Miré a Alonso.

—¿También para esto nos habéis traído?

—Sobre todo para esto.

—¿Cuánto?

—Curro...

—¡Estoy preguntando cuánto!

—Eso depende.

—No. Eso es precisamente lo que no va a depender.

—El sevillano quiere negociar su patente —dijo uno.

—Quiere saber cuánto le va a costar ser nuestro amigo —añadió otro.

—La amistad no tiene precio —dije.

—Entonces hemos terminado —añadió Curro con ademán de marcharse.

—Esperad —dijo Alonso.

Curro se volvió.

Alonso tomó la jarra de la mesa y la levantó.

—Una jarra de vino.

—Ya tenéis una.

—¡Otra!

Curro miró la que Alonso sostenía.

—Todavía no os la habéis terminado.

—Tenemos sed.

—Pues bebed más despacio.

Hasta Alonso tuvo que dejar la jarra sobre la mesa para reírse.

—¡Y algo de comer! —añadió otro.

Curro lo señaló y dijo:

—Con vos no estabais negociando.

—¡Pero voy a comer!

—¡Entonces pagad vuestra parte!

Yo empezaba a disfrutar de la discusión, principalmente porque era Curro quien la mantenía.

—Una jarra —insistió Alonso cuando consiguió recobrar la compostura— y algo de comer.

—¿Y con eso queda pagada la *patente*?

—Queda pagada.

Curro nos miró a los cuatro.

—¿Y nadie toca nuestras cosas?

—Nadie.

—Ni nuestros manteos.

—Ni vuestros manteos.

—Ni los libros.

—Tampoco los libros.

Curro miró hacia la escalera.

—Ni mi hato.

Alonso sonrió.

—Ni vuestro hato.

—¿Y el arcón? —pregunté.

Los cuatro me miraron.

—Tampoco el arcón —concedió Alonso.

Curro extendió la mano.

—¡Trato hecho!

Uno de ellos llamó a la mesonera y pidió otra jarra de vino y algo de comer. Curro lo oyó y se volvió inmediatamente.

—¡Una jarra! —dijo pronunciando *una* con el énfasis de que quien no quiere pagar más.

—Una jarra —confirmó Alonso.

—¡Y algo de comer!

—Y algo de comer —reafirmó.

—Lo digo porque después aparecen cosas en las cuentas que nadie recuerda haber pedido —aclaré.

—Lleváis una mañana administrando vuestro dinero y ya parecéis otro hombre —me espetó Curro—. Eso ocurre cuando otro deja de administrarlo.

Antes de que llegaran la jarra y la comida apareció otro estudiante que no había participado en la negociación. Se sentó junto a los demás con tanta naturalidad que durante unos instantes pensé que pertenecía al grupo.

—Ese viene a *comer de gorra* —murmuró Alonso.

—¿De gorra?

—Sin pagar, los hay que tienen más habilidad para encontrar mesa que dinero para llenarla.

Curro miró al recién llegado con un interés que no me gustó.

—Ni se os ocurra —le advertí.

Alonso me miró y esta vez no hizo ninguna broma. Poco después llegó la jarra. Uno de los estudiantes llenó los vasos y empujó dos hacia nosotros. Curro tomó el suyo. Antes de beber miró a Alonso.

—¿Esto también forma parte de la *patente*?

—¡Esto es la *patente*! —respondió con énfasis en esa palabra

—Entonces procuraré aprovecharla.

Los demás rieron.

Alcé mi vaso. Hasta aquel momento todo lo ocurrido aquella mañana había consistido en palabras que aún no acababa de entender. Matrícula, juramento, obediencia, Universidad,

manteísta se volvieron conceptos enrevesados en algunos aspectos. Aquello, en cambio, era sencillo. En estos momentos cuatro hombres nos hacían sitio en la mesa y nos ofrecían beber con ellos. Alonso levantó su vaso.

—¡Por los nuevos!

Los demás hicieron lo mismo.

—¡Por los nuevos! —repitieron.

Curro alzó el suyo diciendo:

—¡Y porque ser nuevo dure poco!



Bebimos. El vino me dejó un sabor poco agradable al paladar, probablemente por ser un vino barato, aunque perfectamente bebible. Curro hizo una mueca y miró el contenido de su vaso.

—Espero que lo que hemos pagado por esto sea poco.

—Todavía no habéis pagado nada —le recordó Alonso.

Curro dejó el vaso sobre la mesa.

—Entonces ya me gusta más.

Volvieron a reír.

Yo también, pero recuerdo que durante unos instantes me quedé mirando la mesa. Era la misma a la que nos habíamos acercado la tarde anterior sin conocer a nadie. Entonces ellos estaban sentados y nosotros permanecíamos delante, sin saber siquiera dónde debíamos ir al día siguiente. Ahora nos habían hecho sitio entre ellos.

—Alonso.

—¿Qué?

—Esta mañana dijisteis que todavía no habíamos empezado nada.

Alonso sostuvo mi mirada.

—¡Y era verdad!

—¿Y ahora?

Sonrió.

—Ahora empezáis.

Mi nieto permaneció callado unos instantes.

—¿Eso fue lo que sentiste?

—No —respondí.

Me miró sorprendido.

—Entonces, ¿por qué lo cuentas así?

—Porque eso es lo que comprendo ahora. A los dieciocho años solo sabía que había llegado a Salamanca, que tenía menos dinero que por la mañana, que acababa de jurar obediencia a un rector al que no conocía y que debía una jarra de vino y algo de comer a cuatro hombres que el día anterior eran completos desconocidos.

—No parece un gran comienzo.

—Los comienzos rara vez lo parecen cuando uno está implicado en ellos.

Guardé silencio. Después de tantos años todavía podía recordar aquella mesa, las voces, el frescor del vaso entre mis manos y algunas sensaciones empolvadas en la memoria.

—Aquella fue la primera vez que dejé de sentirme recién llegado —dijo el abuelo.

Su nieto advirtió entonces el cansancio en su rostro.

—Estás cansado.

—También lo estaba aquel día.

—Pero entonces eras muy joven.

El anciano sonrió.

—Esa era la diferencia —respondió con nostalgia.

Capítulo 4. Los nuevos manteístas

A la mañana siguiente descubrimos que vestir como estudiantes tenía un inconveniente que ninguno de los dos había previsto: los demás estudiantes podían reconocernos. No quiero decir que supieran quiénes éramos. Nuestra indumentaria nos delataba como manteístas y su aspecto de prenda nueva suponía un poderoso reclamo para los escolares veteranos.

Curro y yo habíamos salido del Mesón del Estudio convencidos de tener un aspecto muy distinto al de los dos muchachos que habían llegado a la ciudad solo dos días antes. Yo había dedicado más tiempo del que entonces habría confesado a colocarme correctamente el manteo. Curro, después de verme intentarlo dos veces, aseguró que si seguía arreglándomelo acabaríamos llegando a la hora de cenar a la casa del destinatario de la carta.

—Quiero llevarlo bien.

—Lo lleváis bien.

Alonso, que nos esperaba junto a la puerta, asintió con una sonrisa.

La mañana despertaba. Al salir, el aire me abofeteó con una frialdad inexistente dentro del mesón, agradeciendo inmediatamente aquella ropa que unos minutos antes me había parecido excesiva. El rocío humedecía aún los lugares que todavía no alcanzaba el sol. Salamanca parecía desparezarse con su llegada.

Se abrían puertas. Afuera aumentaba el bullicio y el ruido de las caballerías se mezclaba con los pregones de quienes ofrecían sus mercancías. En algún lugar próximo golpeaban repetidamente sobre metal y los tenderos sacaban a la calle cajas con verduras y frutas mientras el olor a pan recién horneado invitaba a desayunar.

Súbitamente irrumpió una caballería, obligándonos a arrimarnos a una pared para dejarle paso. Ello me hizo levantar instintivamente el extremo del manteo para que no rozara el suelo. Alonso volvió a reírse.

—¿Ahora qué?

—Nada.

—Lleváis desde ayer riéndoos de nosotros.

—No de vosotros, de algunas cosas que hacéis.

—¿Como cuáles?

Señaló mi mano, que todavía levantaba el extremo del manteo.

—Esa.

Lo solté.

—Es nuevo.

—Precisamente por ello.

Curro miró su propia ropa y después la mía.

—¿Qué tiene de malo que la prenda sea nueva?

—Nada, si no os importa que todo Salamanca sepa que también lo sois vosotros.

Me volví hacia él.

—¿Tan evidente resulta?

Alonso no necesitó responder.

Abandoné la discusión. Debía concentrarme en la carta de mi padre que llevaba conmigo. Había viajado conmigo desde Murcia y, después de preocuparme durante todo el camino por no perderla, apenas había pensado en ella desde nuestra llegada. Todo cuanto nos había ocurrido en tan poco tiempo había conseguido relegarla a un rincón de mi memoria.

La recordé aquella mañana al vestirme.

—Tengo que encontrar a un hombre.

Alonso se volvió.

—En Salamanca hay muchos.

—Don Práxedes Carvajal.

Se detuvo.

Curro, que caminaba a su lado, dio dos pasos más antes de advertirlo.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Pues habéis puesto cara de que ocurre algo.

Saqué la carta lo suficiente para mostrarle el nombre que llevaba escrito.

—Mi padre me pidió que se la entregara en cuanto estuviese instalado.

Alonso leyó el nombre.

—¿A don Práxedes?

—Eso pone.

—Sé leer.

—Entonces nos ahorramos una explicación.



Curro miró también.

—¿Quién es?

—Un Carvajal.

—Eso ya lo sabemos.

Curro me miró.

—Empiezo a echar de menos al recuerdo. Cuando le preguntábamos por alguien nos decía dónde encontrarlo.

—Porque tratábais con personas normales.

—¿Y don Práxedes no lo es?
Alonso comenzó de nuevo a andar.
—No he dicho eso.
Guardé la carta.
—Mi padre me encargó que se la entregara personalmente.
Alonso volvió la cabeza mientras caminaba.
—¿Personalmente?
—Personalmente.
—Entonces será mejor que llevéis bien puesto el manteo.
Curro soltó una carcajada.
—¿Veis? Al final va a resultar que tenía razón.
No llegué a contestarle.
Habíamos avanzado poco cuando Alonso redujo el paso.
—No miréis a vuestra izquierda.
Curro miró inmediatamente a la izquierda.
—¿A esos?
Alonso cerró los ojos un instante.
—Algún día descubriré por qué seguís preguntándome cosas si después hacéis exactamente lo contrario.
Yo procuré no volver la cabeza.
—¿Quiénes son?
—Estudiantes...
—Eso limita poco la búsqueda —le interrumpí.
—Estudiantes que acaban de descubriros —completó finalmente.
Entonces miré.
Había varios muchachos algo más adelante. Uno de ellos nos observaba abiertamente.
Dijo algo a los otros y dos de ellos se volvieron hacia nosotros.
—¿Los conocéis? —preguntó Curro.
—No.
—Pues ellos parecen conocernos.
—No. Os han reconocido.
—¿Como manteístas?
—Como nuevos.
Uno de ellos se separó de la pared.
Entonces dejé de preocuparme por la caída del manteo.
—¿Qué quiere?
—Averiguadlo.
—¿No lo sabéis?
—Tengo mis sospechas.
—¿Y pensáis compartirlas?
—Esperaba comprobar si tenía razón.
Curro lo miró con indignación.
—Cada vez estoy más convencido de que vuestra amistad es peligrosa.
—También es gratuita.
—Eso explica muchas cosas.
Los demás estudiantes comenzaron a seguir al primero.
—Alonso...
—Seguid andando.
—¿Adónde?
—A buscar a don Práxedes Carvajal.
Ahora, mientras los estudiantes acortaban la distancia a nuestra espalda, empecé a sospechar que aquella mañana íbamos a descubrir más de una cosa que Alonso ya sabía.
—¿Falta mucho para casa de don Práxedes? —pregunté.
—Depende.

—¿De qué?

Alonso miró por encima de mi hombro.

—De cuánto esos nos entretengan por el camino.

No tuvimos que esperar mucho para averiguarlo.

El estudiante que se había adelantado apuró el paso hasta ponerse a nuestra altura, logrando detenernos. Los otros no tardaron en alcanzarnos. Tendrían algunos años más que nosotros o quizás solo lo parecían, posteriormente descubrí que unos cuantos años en Salamanca bastaban para que un estudiante mirase a los recién llegados como si mediara entre ellos una generación entera.

El primero examinó a Curro. Luego a mí.

—¡Qué lustrosos!

Miré a Alonso.

—Se refiere a vosotros —aclaró.

—Eso lo había comprendido.

El desconocido tomó entre dos dedos un extremo de mi manteo, frotó la tela y la olió.

Mi primer impulso fue apartarle la mano.

Alonso me sujetó discretamente por el brazo.

—Nuevo —dictaminó el estudiante.

—¿Lo habéis sabido por el olor?

—También.

—¿Y a qué huele un manteísta nuevo?

Volvió a acercarse la tela a la nariz.

—A casa.

Aquello me hizo menos gracia, los demás rieron.

Curro se miró el suyo.

—El mío también es nuevo, por si queréis ahorraros el examen.

El estudiante se volvió hacia él.

—¿Andaluz?

—¡Sevillano!

—Peor.

—Depende de dónde se mire.

—¿Y este?

—Murciano —respondí.

Uno de los que permanecían detrás dejó escapar un silbido.

—¡Un murciano y un sevillano! Este año han abierto par en par las puertas y soltado a los *beanus*.

Rieron y echaron a andar junto a nosotros.

Aquello me desconcertó más que si nos hubieran impedido el paso. Ninguno parecía tener intención de marcharse y Alonso tampoco hacía nada por librarnos de ellos.

—Por qué nos han llamado *beanus*?

—Luego. Calla y camina

—¿Adónde vais? —preguntó uno de ellos.

—A un asunto —respondí.

—¿Qué asunto?

—Uno nuestro.

—Ya aprenderéis que los nuevos tienen pocos asuntos propios.

—Pues empezaremos por este.

Curro me miró de reojo.

—Os estáis volviendo sevillano.

—No me insultéis.

—Ese acento es murciano —dijo uno de los veteranos.

Las risas aumentaron y la calle empezaba a animarse. Un hombre que llevaba una cesta tuvo que apartarse para dejarnos pasar y, desde una puerta, una mujer nos observaba mientras barría la entrada de una casa.

Aquello comenzó a incomodarme. No era solamente que se burlasen de nosotros sino que lo hacían sin reparo delante de todo el mundo.

El estudiante que había tocado mi manteo levantó la voz.

—¡Aquí llevamos dos nuevos!

Alguien respondió:

—¡Que se vean!

Otro susurró algo que no entendí.

Curro dejó de sonreír.

—¿Qué están haciendo?

Alonso contestó sin detenerse.

—Dándoos *la vaya*.

—¿Y eso cuándo termina?

—Cuando se cansen.

—¿Y cuándo se cansan?

—Cuando dejéis de resultarles divertidos.

Curro dio unos pasos.

—Entonces Ginés está en peligro.

—¿Yo?

—Con esa cara podéis entretenerlos hasta mediodía.

Esta vez fui yo quien estuvo a punto de reír.

—¡El murciano se ríe! —exclamó uno.

—Todavía puede hacerlo —respondió otro.

No me gustó aquel «todavía».

Seguimos caminando. Cada vez que encontrábamos a otros escolares, nuestros perseguidores anunciaban nuestra condición y alguno añadía una burla, una pregunta o un comentario sobre nuestro aspecto. Algunos apenas nos miraban, otros sonreían y continuaban su camino. Pero bastaban unos pocos para que la calle entera estuviera enterada de nuestra llegada.

Cada vez sentía más calor bajo el manteo, había desaparecido el frío percibido a la salida del mesón y el sudor empezaba a deslizarse por mi espalda.

—¿No podemos marcharnos sin más? —pregunté en voz baja.

—Lo estamos haciendo —dijo Alonso.

—Quiero decir librarnos de ellos, podéis correr.

Lo miré.

—¿Y vos qué haríais?

—Yo no soy nuevo.

—Eso no responde.

—Precisamente por eso.

Curro se acercó un poco más a mí.

—Creo que Alonso está disfrutando.

—¡Muchísimo!

—Lo reconoce, aunque no consuela.

Uno de los veteranos que nos perseguían se adelantó y comenzó a caminar de espaldas delante de nosotros.

—Decidnos, murciano, ¿qué habéis venido a aprender a Salamanca?

—Leyes.

—Eso estudiaréis. Yo he preguntado qué habéis venido a aprender.

No supe qué responder.

Curro sí.

—A no contestar preguntas de desconocidos.

El muchacho dejó de caminar.

Durante un instante pensé que Curro había ido demasiado lejos.

Después el veterano sonrió.

—Ese aprende deprisa.

Se apartó y nos dejó pasar haciendo una reverencia que despertó las risas del resto de sus compañeros. Continuaron siguiéndonos durante un trecho en el que comenzaron a cansarse y sus voces disminuyeron. Uno se desvió por una calle, otro se quedó hablando con unos conocidos. El que había examinado mi manteo fue el último en abandonarnos. Antes de hacerlo volvió a pasar los dedos por la tela.

—Disfrutadlo mientras esté así.

Esta vez Alonso no me sujetó.

Aparté el manteo de su mano.

El veterano me sostuvo la mirada unos instantes, sonrió y se marchó.

Permanecemos en silencio.

Curro esperó hasta que se hubo alejado y fue el primero en romperlo.

—Pues a mí sigue pareciéndome nuevo.

Miré mi manteo. El polvo de la calle había empezado a apagar el negro de su borde inferior y quedaba una marca en el lugar donde aquel estudiante lo había manoseado. La sacudí con la mano y Alonso volvió a reírse.

—No digáis nada.

—No pensaba hacerlo.

—Vais mejorando.

Reanudamos el camino.

—¿Eso ha sido todo? —preguntó Curro.

Alonso tardó demasiado en contestar.

—De eso, probablemente.

—No me gusta cómo ha dicho «de eso» —murmuré.

—A mí tampoco.

—¿Eso ha sido *la vaya*? —preguntó Curro.

—Parte de ella.

—No ha sido para tanto.

Alonso lo miró.

—No digáis eso en voz alta.

—¿Por qué?

—Salamanca podría tomarlo como un desafío.

Curro miró alrededor.

—¿Toda Salamanca?

—La parte que estudia tiene tiempo suficiente.

—Creía que habíamos venido aquí precisamente porque estudiaban mucho.

—Una cosa no impide la otra.

—Empiezo a sospechar que sí.

Sonreí.

Durante un rato nadie nos molestó.

—¿Falta mucho?

—Menos que antes.

—Eso no me responde.

Seguimos andando.

Después de lo ocurrido comencé a fijarme en los grupos de escolares antes de alcanzarlos. Si veía alguno detenido demasiado tiempo, procuraba descubrir hacia dónde miraban. Curro hacía lo mismo e intentaba disimularlo mejor que yo.

—Aquellos no —dijo Alonso de pronto.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque los conozco.

—¿Y esos?

—Tampoco.

Poco después vimos venir hacia nosotros a otros estudiantes.

Curro los observó.

—¿Esos?

Alonso tardó un instante en responder.
—Esos quizá.
—¿Quizás qué?
—Quizás convenga cambiar de calle.
Nos detuvimos los dos.
—¿Ahora nos lo decís? —pregunté.
—Ahora los he reconocido.
Curro miró hacia el lugar por donde acabábamos de venir.
—Pues volvamos.
—No.
—¿Por qué?
Alonso señaló discretamente a nuestra espalda.
Me volví.
Dos de los estudiantes que nos habían dado *la vaya* seguían allí, bastante lejos, hablando con otros.
—Porque si volvéis —dijo Alonso—, sabrán que habéis vuelto por ellos.
—¿Y?
—Y descubrirán que todavía podéis resultarles divertidos.
Miré hacia delante, después hacia atrás. Curro hizo lo mismo.
—¿Y no hay otra calle?
—Sí.
—¿Dónde?
Alonso señaló una bocacalle.
Echamos a andar hacia ella.
—No corráis.
—No estamos corriendo.
—Curro sí.
—Yo camino deprisa.
—Pues caminad deprisa con menos entusiasmo.
Alcanzamos la esquina, creí que lo habíamos conseguido. Entonces oí una voz detrás de nosotros:
—¡Eh, los nuevos!
Curro cerró los ojos.
—No pienso volverme.
—Por fin aprendéis algo —dijo Alonso.
—¡Murciano! ¡Sevillano!
Seguimos andando.
—Saben demasiado —murmuré.
—La Universidad difunde el conocimiento —respondió Alonso.
Curro lo miró.
—Algún día alguien os va a golpear.
—Por eso procuro elegir bien a mis amigos.
La voz volvió a alcanzarnos, ahora más próxima.
—¡Manteístas!
Alonso dejó de sonreír.
—Seguid andando.
Fue aquel cambio en su rostro, más que los gritos a nuestra espalda, lo que me hizo comprender que la segunda vez podía no resultar tan divertida como la primera.
—¿Qué ocurre?
—Nada, si continuáis andando.
—Otra vez «nada» —murmuró Curro.
Doblamos la esquina.

La calle era más estrecha y el sol apenas alcanzaba una franja de las fachadas. Allí el aire conservaba el frío de la mañana. Había poca gente: una mujer sacudía un paño desde una ventana y un hombre descargaba unas tinajas pocos metros más adelante.

Oí pasos detrás.

Esta vez nadie gritó. Eso me inquietó más.

—Alonso...

—Ya los he oído.

Curro volvió ligeramente la cabeza.

—Son cuatro y antes eran tres.

—Han debido de aprender a multiplicarse.

—No os volváis.

—Ya me he vuelto.

—Naturalmente.

Nos alcanzaron. Uno se puso delante y nos obligó a detenernos antes de llegar al final de la calle, los demás quedaron a nuestra espalda.

—¿Tanta prisa tenéis?

—Tenemos un asunto —respondí.

—Los nuevos siempre tienen asuntos.

—Y los antiguos, por lo que veo, ninguno.

El estudiante lo miró.

—¿Este es el sevillano?

—¿Ya nos conocéis también vosotros? —respondió Curro.

—En Salamanca las noticias corren.

Alonso dio un paso hacia nosotros.

—Dejadlos pasar.

El muchacho reparó entonces en él.

—¡De la Parra!

—Ya nos hemos saludado.

—A vos sí.

—Pues consideradlos saludados también.

—No funciona así.

—Podría empezar a funcionar hoy.

El veterano sonrió.

—¿Desde cuándo apadrináis nuevos?

—Desde que algunos necesitan cuatro hombres para detener a dos.

Las sonrisas desaparecieron durante un instante.

—Ahora es cuando vuestro amigo gratuito empieza a parecernos caro.

No contesté.

El veterano volvió a mirarnos.

—Solo queremos ver si saben obedecer.

—Ayer juramos obediencia —dije.

—¿Al rector?

—En lo lícito y honesto.

Alonso bajó la cabeza para ocultar una sonrisa.

—Este también aprende.

—Más despacio que yo —dijo Curro.

—Callaos —murmuré.

—Eso intento enseñaros —dijo el veterano—. A callar cuando corresponde.

Uno de los que estaban detrás me dio un tirón del manteo.

Me volví.

Otro hizo lo mismo con el de Curro.

—Dejad la ropa —dije.

—¿La ropa? —repitió uno—. ¿No sois manteístas?

Volvieron a tirar y esta vez sujeté el manteo.

La risa que siguió me hizo comprender que acababa de cometer un error.
—¡Lo defiende!
—Es nuevo —dijo otro—. Todavía cree que puede conservarlo limpio.
Curro me miró.
—Ginés...
—¿Qué?
—Creo que volvemos al asunto del manteo.
Uno de los veteranos agarró el suyo por detrás y tiró con más fuerza.
Curro perdió el equilibrio y tuvo que dar un paso hacia atrás, desapareciendo la sonrisa de su cara.
Alonso intervino.
—Basta.
El estudiante soltó la tela.
Durante unos instantes nadie dijo nada. Yo podía oír mi propia respiración. El sudor que me corría por la espalda se enfriaba bajo la ropa. Entonces el primero de los veteranos me señaló.
—¡Vos, al centro!
—¿Al centro de qué?
Los otros comenzaron a separarse.
Alonso me miró.
—Ginés...
Aquella vez su voz no contenía ninguna burla.
—¿Qué?
—No os resistáis.
Eso fue precisamente lo que hizo que quisiera resistirme.
—¿Qué van a hacer?
Curro dio un paso hacia mí.
—Si va él, voy yo.
—Nadie os ha llamado.
—Pues ya tenéis un problema menos.
El veterano lo contempló y después soltó una carcajada.
—Muy bien los dos.
Nos colocaron uno frente al otro.
—¿Y ahora qué? —preguntó Curro.
—Ahora vais a conoceros mejor.
—Llevamos desde Madrid haciéndolo.
—No de esta manera.
Entonces vi que dos de ellos se situaban a mi espalda y otros dos detrás de Curro.
Fue demasiado tarde. El primer empujón me lanzó contra él. Curro consiguió sostenerme.
—¡Cuidado!
Antes de que pudiéramos separarnos, lo empujaron a él. Chocamos de nuevo y perdimos el equilibrio. Las risas aumentaron.
Intenté apartarme hacia un lado y una mano me devolvió al centro. Curro recibió otro empujón y esta vez ambos estuvimos a punto de caer.
—¡Quieto! —me gritó.
—¡Me están empujando!
—¡A mí también!
—¡Pues no me empujéis vos!
—¡Eso intento!
Aquello provocó nuevas carcajadas.
Durante unos momentos fuimos de unos a otros, tratando más de no caer que de librarnos de ellos. Cada vez que alguno conseguía recuperar el equilibrio, otro empujón volvía a lanzarlo contra el compañero hasta que Curro dejó de resistirse.

Lo vi flexionar ligeramente las piernas cuando recibió el siguiente empujón. En vez de intentar frenarlo, aprovechó el impulso y vino directamente hacia mí.

—¿Qué hacéis?

—Aprender.

Me agarró por los brazos.

—Cuando os empujen, venid conmigo.

No tuve tiempo de preguntarle nada. Recibí otro golpe en la espalda pero esta vez Curro y yo nos movimos juntos. Chocamos, giramos y conseguimos mantenernos en pie.

—Otra vez —dijo.

Lo hicimos. Después de dos o tres embestidas aquello empezó a parecer menos una lucha por conservar el equilibrio que una especie de baile absurdo que ninguno de los dos habría sabido explicar.

Las risas cambiaron. Ya no se reían únicamente de nosotros. Curro lo advirtió también.

—Creo que se están aburriendo.

—Pues no paréis.

Seguimos. Cuando llegó el siguiente empujón exageramos tanto el giro que terminamos dando casi una vuelta completa, despertando una carcajada en uno de los veteranos.

—¡Otra!

Curro me miró.

—Ahora quieren que lo hagamos.

—Entonces paremos.

Nos quedamos quietos y las risas cesaron. Por primera vez aquella mañana vi a Alonso mirarnos con algo parecido a aprobación. El veterano que había iniciado aquello hizo un gesto con la mano.

—¡Marchaos!

Curro se arregló el manteo.

—¿Ya hemos aprendido a obedecer?

—Habéis aprendido cuándo dejar de hacerlo.

—Eso parece más útil.

Esta vez nadie lo contradijo y nos alejamos sin hablar hasta haber doblado otra esquina. Entonces Curro se detuvo y volviéndose hacia Alonso preguntó:

—¿Cuántas cosas más hacen los estudiantes de Salamanca para evitar estudiar?

Alonso se echó a reír.

—Todavía no habéis visto casi ninguna.

—No volváis a decir «todavía».

—¿Por qué?

—Desde esta mañana nunca anuncia nada bueno.

Curro examinó su manteo. Tenía una zona llena de polvo donde una mano lo había agarrado.

—El mío ya empieza a parecer antiguo.

—Dadles tiempo —respondió Alonso.

—Eso tampoco me ha gustado.

Reanudamos el camino hacia la casa de don Práxedes. Curro caminó durante un rato en silencio. De vez en cuando se llevaba una mano a la espalda o se arreglaba el manteo, que había perdido buena parte de la compostura con que había salido del mesón.

—¿Os duele algo? —le pregunté.

—El orgullo.

—Eso no está en la espalda.

—El mío sí.

Habíamos aprendido a mirar la ciudad de otra manera. Ya no observábamos solamente las fachadas, las calles o la gente que pasaba. Buscábamos estudiantes, especialmente si estaban en grupos. Si alguno se detenía para mirarnos, inmediatamente procurábamos averiguar si existía un atajo para llegar a nuestro destino. Alonso lo advirtió.

—Dentro de poco conoceréis Salamanca mejor que yo.

—Solo las calles en las que no hay estudiantes —dijo Curro.

—Entonces no conoceréis ninguna.

Seguimos andando. El sol estaba ya más alto y empezaba a templar las calles. Otra vez me llegó el olor a pan recién hecho, consiguiendo hacerme recordar que el desayuno había quedado bastante atrás.

—¿Falta mucho?

Alonso me miró.

—Habéis preguntado eso tres veces.

—Y ninguna me habéis respondido.

—Entonces empezáis a comprender por qué.

—Alonso.

—No, ya no falta mucho.

Curro se detuvo.

—¿Eso ha sido una respuesta?

—No os acostumbréis.

Volvimos a andar. Poco después Alonso señaló.

—Por allí.

Busqué con la mirada alguna casa que pudiera distinguirse de las demás.

—¿Cuál?

—¿Falta mucho?

—Menos que cuando salimos.

—¿Y para eso necesitábamos que nos acompañaseis?

Alonso miró hacia atrás.

—Para indicaros el camino, no. Me necesitabais para llegar vivos.

Curro se volvió hacia mí.

—Creo que exagera su importancia.

—Creo que la cobra en satisfacción.

—Os recuerdo que mi amistad es gratuita —dijo Alonso.

—Cada vez entiendo mejor por qué.

Aquella conversación consiguió que bajáramos la guardia, pero fue un error.

Al doblar una esquina encontramos un grupo bastante más numeroso que los anteriores.

Algunos estaban sentados, otros permanecían de pie hablando entre ellos. No parecían prestar atención a quienes pasaban y durante unos instantes pensé que podríamos atravesar frente a ellos sin llamar su atención. Curro pensó lo mismo.

—No nos han visto.

—No habléis —dijo Alonso.

Seguimos.

Uno levantó la cabeza.

Después otro.

Curro suspiró.

—Nos han visto.

—Seguid.

Pasamos frente a ellos.

Nadie dijo nada.

Avancé unos pasos más y empecé a respirar con alivio.

Entonces oí:

—¡Nuevos!

Cerré los ojos.

Curro ni siquiera volvió la cabeza.

—No somos nosotros.

—Curro...

—He decidido que no somos nosotros.

—¡Los dos manteístas!

—Hay muchos manteístas.

—¡El murciano y el sevillano!

Curro se detuvo.

—Esto empieza a parecer persecución.

Me volví. Varios se habían levantado.

—¿Cómo demonios saben ya de dónde somos?

Alonso sonrió.

—Os dije que las noticias corrían.

—Pues corren más que nosotros.

Uno de los estudiantes nos hizo señas para que nos acercáramos.

Curro miró hacia la calle que teníamos delante.

—Podemos seguir.

—Podéis —dijo Alonso.

—¿Y?

—También podéis averiguar cuánto tardan en alcanzaros.

—¿Qué recomendáis?

—Que no corráis.

—Eso ya lo habéis dicho.

—Y seguís teniendo piernas. Alguna utilidad habrá tenido.

Nos acercamos. Aquello fue quizás lo que más me sorprendió de mí mismo. Una hora antes habría considerado absurdo aproximarme voluntariamente a un grupo de desconocidos que acababa de llamarme a voces. Ahora empezaba a comprender que en Salamanca era preferible saber cuánto antes qué querían de uno.

El que nos había llamado me examinó.

—Vos sois el murciano.

—Eso parece.

—¿Y vos?

—Sigo siendo sevillano —respondió Curro.

—¿Seguís?

—Desde esta mañana me han preguntado tantas veces que empiezo a temer que pueda cambiar. Algunos rieron.

El estudiante señaló nuestros manteos.

—Ya no están tan nuevos.

Miré a Alonso.

—¿Veis? Estamos progresando.

—Muchísimo.

—Todavía les falta —dijo otro.

El «todavía» volvió a aparecer. Curro me miró, los dos sabíamos ya lo que solía anunciar.

—¿Qué falta? —preguntó.

El veterano sonrió.

—Vamos a verlo.

Varios comenzaron a levantarse, esta vez Alonso no se reía.

—¿Qué van a hacer? —pregunté.

—Depende de ellos.

—Magnífica ayuda.

—No os resistáis más de lo necesario.

Curro lo miró.

—¿Cuánto es lo necesario?

—Eso tendréis que aprenderlo vosotros.

—Cada vez enseñáis peor.

Los veteranos habían formado un corro. Algunos de los que permanecían sentados se levantaron para verlo mejor y otros escolares, atraídos por las voces, comenzaron a acercarse.

Aquello me preocupó. Ya había aprendido que las novatadas empeoraban cuando tenían público.

—¡Al centro! —ordenó uno.
—Otra vez —me dijo Curro.
—Parece que nos quieren juntos.
—Eso empieza a preocuparme más que estar separados.
Entramos y el círculo se cerró a nuestro alrededor.
—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté.
—Salir.
Miré hacia el espacio que quedaba entre dos estudiantes.
—¿Eso es todo?
—Eso es todo.
Curro sonrió.
—Por fin una que entiendo.
Eché a andar hacia el hueco y dos estudiantes se juntaron antes de que pudiera alcanzarlo. Curro cambió de dirección y el círculo se movió con él.
—Ah.
—¿Qué ocurre? —pregunté.
—Creo que ya la entiendo menos.
Las risas comenzaron de nuevo.
Probé por mi lado. Apenas había dado dos pasos cuando quienes tenía delante avanzaron hacia mí y los que estaban a mi espalda hicieron lo mismo. Retrocedí y choqué con Curro.
—¿Habéis encontrado salida?
—Varias. Todas se cierran.
El círculo empezó a girar, despacio al principio.
Nosotros permanecemos en el centro, volviéndonos para buscar algún espacio por donde escapar. Cada vez que parecía abrirse uno, desaparecía antes de que pudiéramos alcanzarlo.
—No los sigáis con la mirada —dijo Alonso desde fuera.
—¿Y qué hacemos?
—Eso intento averiguar.
—¡Pues daos prisa!
La rueda comenzó a girar más deprisa.
Las caras pasaban ante nosotros una detrás de otra. Algunas reían; otras gritaban instrucciones contradictorias.
—¡Por allí!
—¡Ahora!
—¡Corred!
—¡El sevillano primero!
Curro hizo caso a una de las voces y se lanzó hacia un hueco.
Dos cuerpos lo cerraron, rebotó contra ellos y volvió hacia mí.
—No escuchéis a nadie.
—Eso pensaba hacer.
—Excepto a mí.
—Eso también lo estaba pensando.
El movimiento empezó a marearme. No era tanto la velocidad como la imposibilidad de fijar la vista. Fachada, estudiante, calle, manteo, cara, pared... todo aparecía y desaparecía detrás de los cuerpos que giraban.
Dejé de seguirlos. Entonces comprendí lo que Alonso había querido decir y miré al suelo. Los zapatos de quienes formaban el corro se desplazaban todos en la misma dirección.
—Curro.
—¿Qué?
—No miréis las caras.
—No pensaba volver a hacerlo.
—Mirad los pies.

Lo hizo.

—¿Y?

—Cuando pase el siguiente hueco, no vayáis hacia él.

—Eso contradice bastante el propósito de salir.

—Esperad.

Vimos pasar un espacio entre dos estudiantes, después otro y empecé a comprender el ritmo.

—El siguiente.

—¿Seguro?

—No.

—Perfecto.

Cuando apareció, avancé en sentido contrario al giro. El estudiante que debía cerrarme el paso tuvo que detenerse y cambiar de dirección. Durante un instante dejó abierto el espacio que quedaba a su espalda y Curro lo vio.

—¡Ahora!

Se lanzó por él. Yo fui detrás pero una mano alcanzó mi manteo y tiró con fuerza. Me frenaba y temí acabar en el suelo, pero Curro me agarró del brazo desde fuera.

—¡Soltadlo!

—¡No pienso soltarlo!

—¡A mí no! ¡El manteo!

Tiró de mí, la mano cedió y salí del círculo trastabillado y a punto de llevarme a Curro conmigo. Ambos conseguimos mantenernos en pie.

Primero hubo algunas protestas, después llegaron las risas y uno de los veteranos levantó las manos.

—¡Han salido!

—¡Han abierto *la rueda*!

—¡Pues volved a meterlos!

—¡No! —dijimos Curro y yo al mismo tiempo provocando más risas.

Alonso se acercó.

—No ha estado mal.

—¿El qué?

—Salir.

—Podríais habernos explicado cómo hacerlo antes.

—Entonces no habríais aprendido.

Curro se apoyó un momento en mi hombro.

—Si volvéis a decir que estamos aprendiendo, os juro que esta vez os meto a vos en el centro.

—No podéis.

—¿Por qué?

—Porque no soy nuevo.

—Empiezo a considerar ese argumento una provocación.

Solté a Curro, quise quedarme quieto unos instantes pero la calle parecía conservar un ligero movimiento aunque ya nadie giraba a nuestro alrededor. Cerré los ojos.

—¿Estáis bien? —preguntó Alonso.

—Perfectamente.

—Tenéis mala cara.

—Eso es porque os estoy mirando.

Curro soltó una carcajada.

—También aprende.

Esperé hasta que el suelo dejó de moverse y después me compuse el manteo. La tela estaba arrugada y cubierta de polvo en varios lugares. Cuando intenté colocármelo bien descubrí que ya no tenía la caída desigual que tanto me preocupaba al salir del mesón.

—Al menos hemos conseguido una cosa —dije.

—¿Cuál?

—Ya no parece nuevo.

Curro examinó el suyo.

—El mío tampoco.

Alonso nos contempló a los dos.

—Ahora empezáis a parecer estudiantes.

—Pues espero que Don Práxedes comparta vuestro criterio.

La mención de su nombre me devolvió de golpe al propósito de aquella mañana.

—¿Cuánto falta?

Alonso señaló hacia delante.

—Poco.

—Eso dijisteis antes.

—Ahora es verdad.

Dejamos atrás al grupo.

Durante los primeros pasos sentí todavía cierta inseguridad en las piernas. Curro caminaba muy erguido, con esa exageración propia de quien intenta demostrar que no está mareado.

—¿Estáis bien?

—Perfectamente.

—Camináis raro.

—Vos también.

—Será la calle.

—Debe de estar torcida.

Seguimos sin discutirlo.

Esta vez sí avanzamos bastante sin que nadie nos detuviera.

Empecé a pensar que las palabras de Alonso eran ciertas y que la casa de don Práxedes debía de encontrarse cerca. El bullicio de los grupos de estudiantes fue quedando atrás y recuperé poco a poco la tranquilidad e incluso llegué a pensar que aquello había terminado.

—Alonso.

—¿Qué?

—¿Hay alguna más?

Me miró.

—¿Novatadas?

—Sí.

—Muchas.

—Quiero decir hoy.

—¿Cómo queréis que lo sepa?

Curro intervino:

—Porque lleváis toda la mañana comportándoos como si conocierais el programa.

—Solo conozco las costumbres.

—¿Y qué dicen las costumbres?

Alonso miró nuestros manteos, después la calle que teníamos por delante.

—Que habéis tenido una mañana bastante completa.

Respiré.

—Entonces basta.

—Yo no he dicho eso.

—Pero...

Curro me dio un golpe con el codo.

—No preguntéis más.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que preguntamos ocurre algo.

Tenía razón.

Permanecimos callados y durante unos momentos solo escuché nuestros pasos.

—Cuando terminemos con Don Práxedes quiero comer —dije.

—Yo quiero sentarme —respondió Curro.

—Yo quiero que dejéis de hablar —dijo Alonso.

Aquello hizo que los dos lo miráramos.

Ya no sonreía.

—¿Qué ocurre?

—Nada todavía.

Continuamos. Llegamos casi al extremo de la calle cuando aparecieron tres estudiantes frente a nosotros.

Alonso se detuvo y Curro también.

—Seguid andando.

Nos habían visto. Uno dijo algo a los otros y comenzaron a aproximarse. No hicieron ademán de cerrarnos el paso. Al contrario, se abrieron lo suficiente para dejarnos pasar, actitud que me tranquilizó pero a Alonso no.

—No os detengáis.

Pasamos junto a ellos.

Uno me miró el manteo, otro se volvió para observar a Curro.

Seguimos.

—¿Veis? —murmuró Curro—. No todos los estudiantes de Salamanca quieren hacernos algo.

Entonces oí una voz a nuestra espalda.

—¡*Ponedlos nevados!*

Alonso cerró los ojos un instante.

—Me temo que esos sí.

—¿Qué significa eso de *nevados*? —pregunté.

—¡Seguid andando!

Aceleramos.

Las voces aumentaron detrás de nosotros. No eran ya únicamente las de aquellos tres, otros estudiantes habían oído el grito y comenzaron a acercarse desde distintos puntos de la calle.

Curro volvió la cabeza.

—Tenemos un problema.

—Lo teníamos desde que salimos del mesón —dije.

—Este parece mayor.

Alonso buscó con la mirada una salida.

—Por allí.

Intentamos cruzar hacia la otra parte de la calle pero no llegamos. Dos estudiantes se colocaron delante de nosotros y abrieron los brazos para detenernos.

—¿Adónde van estos nuevos?

—A un asunto que no os concierne —respondió Alonso.

—A nosotros no.

Miró a los demás.

—A ellos sí.

Las risas me hicieron volver la cabeza, ya eran demasiados. Entonces comprendí que no se trataba de otra pareja que solo quisiera entretenerse con nosotros. Habían empezado a formar un grupo que nos rodeaba y Curro se acercó a mí.

—Ginés.

—Lo veo.

—Yo preferiría dejar de verlo.

—Yo también.

Alonso se interpuso.

—Ya han pagado la *patente*.

—Esto no es la *patente*.

—También les han dado la *vaya*.

—Esto tampoco es la *vaya*.

—Han pasado ya por la *rueda*.

—No se trata de la *rueda*.

—Llevan toda la mañana soportando vuestras gracias —replicó Alonso como último intento para disuadirlos.

Uno de los estudiantes sonrió.

—¡Entonces solo les falta *nevarlos*!

Miré al cielo, no pude evitarlo. Estaba completamente despejado.

Curro levantó también la vista.

—Pues tendrá que cambiar mucho el tiempo.

Algunas risas estallaron a nuestro alrededor y Alonso nos miró a los dos. Había algo en su expresión que me hizo comprender que acabábamos de hacer una estupidez.

—No es esa clase de nieve —dijo.

Uno de los veteranos escupió al suelo.

Lo entendí y Curro también.

Su sonrisa desapareció.

—No.

Fue la primera vez en toda la mañana que lo oí decir aquella palabra sin una broma detrás.

—Alonso, no.

El grupo terminó de cerrarse.



Hasta entonces las novatadas me habían parecido una sucesión de molestias, burlas y abusos que uno podía soportar esperando que terminaran, pero aquello era distinto. Sentí asco antes incluso de que nadie me tocara.

—Dejadlos —dijo Alonso.

Nadie le hizo caso.

Una mano me empujó hacia el centro, otra hizo lo mismo con Curro y quedamos juntos cerrándose el corro alrededor de nosotros. El primer escupitajo me alcanzó en el hombro marcando una mancha húmeda sobre el manteo. Después llegó otro que me dio en el pecho.

Curro recibió uno en la espalda.

—¡Basta!

Su protesta provocó una carcajada y desató que todos empezaran a hacer lo mismo. Bajé la cabeza, sentía aquellos salivazos caer sobre la tela a modo de pequeños golpes húmedos.

Algunos resbalaban; la mayoría quedaban adheridos al paño, dejando manchas húmedas y blanquecinas. Uno me alcanzó cerca de la oreja. Sentí inmediatamente su calor viscoso deslizándose por el cuello. Me revolví.

—¡Dejadme salir!

Intenté abrirme paso y varias manos me devolvieron al centro. Curro estaba encogido, protegiéndose la cara con los brazos, ya no hacía bromas. Tampoco yo.

El corro continuó escupiéndonos hasta que se hartaron los estudiantes. Entonces comprendí por qué lo llamaban *sacar nevados*. También fue la primera vez que dejé de preocuparme por el estado de mi manteo.



Nos apartamos cuanto pudimos del lugar mientras Alonso buscaba dónde pudiéramos limpiarnos. Yo caminaba procurando no tocarme. Sentía la humedad en el pelo, sobre los hombros y en algunos lugares de la sotana donde los salivazos habían conseguido llegar a la sotana. Lo peor era no saber exactamente dónde estaban. Cada vez que movía un brazo o volvía la cabeza descubría uno nuevo por el roce frío, viscoso y pegajoso contra la piel.

Curro caminaba a mi lado sin decir palabra.

Aquello me preocupó más que su aspecto.

—¿Estáis bien?

—No.

Fue todo lo que respondió.

Alonso nos condujo hasta una fuente. Curro llegó primero y metió las manos bajo el agua.

—Esperad —dijo Alonso.

Curro levantó la cabeza.

—¿Qué?

—Si empezáis a mojar el manteo vais a empeorarlo.

Curro contempló la tela.

—¿Empeorarlo?

Alonso no respondió.

—¿Habéis visto cómo está?

—Precisamente.

Curro volvió a mirar el agua.

—Pues yo pienso lavarme.

Se inclinó y comenzó por la cara, yo hice lo mismo. El agua estaba tan fría que me dolieron los dientes al llevarme las manos a las mejillas. Me froté la frente, las sienes y el cuello. Después mojé el pañuelo e intenté limpiar el pelo con él. El alivio duraba poco, cada vez que creía haber terminado detectaba otra viscosidad entre los dedos.

Curro escupió al suelo.

—Uno me ha entrado en la boca.

Alonso apartó la mirada.

—No quiero saberlo.

Yo tampoco quería.

Volvió a enjuagarse, durante un rato solo se oyó el salpicar del agua contra nuestras caras. Nos lavamos con especial cuidado el cabello, las manos y el cuello. Después tratamos de hacer algo con la ropa, pero la tarea resultó más difícil. Pudimos retirar lo peor con los pañuelos y con agua, pero permanecieron manchas húmedas sobre el paño oscuro, solo logrando extenderlas.

Contemplé mi manteo. Aquella mañana había levantado un extremo para que no rozara el suelo y ahora me habría conformado con que nadie se acercase lo suficiente para olerlo. Curro debió de pensar algo parecido.

—¿Tenemos que visitar de esta guisa a ese hombre? —preguntó Curro.

La pregunta me hizo recordar la carta, llevándome inmediatamente una mano al pecho.

Alonso me miró.

—¿Qué ocurre?

No respondí.

Busqué entre la ropa hasta encontrarla. Por primera vez desde que había comenzado la novatada sentí verdadero miedo.

Saqué la carta.

El papel estaba algo doblado por un extremo, pero seguía seco.

Respiré.

—Está bien.

Curro se acercó.

—Después de todo lo que nos ha ocurrido, ¿lo que os preocupaba era la carta?

—Mi padre me pidió que la entregara.

—Y la entregaréis.

Miré mi ropa.

—¿Así?

Curro hizo el mismo ademán sobre la suya.

Alonso sonrió por primera vez desde que nos habían sacado nevados.

—Mejor mañana.

Capítulo 5. La carta

Don Práxedes vivía en una casa grande, de tres plantas, levantada con sillares de piedra. La fachada tenía pocas concesiones al adorno: ventanas regularmente dispuestas, una puerta amplia y, sobre ella, un escudo nobiliario, también labrado en piedra.

Antes de llamar miré cómo llevaba el manteo. No había olvidado la advertencia de Alonso. Lo tenía terciado sobre el hombro izquierdo, como me había enseñado, y procuré corregir un pliegue que me pareció más bajo que los demás.

Curro hizo lo mismo.

Alonso nos observó.

—Así está bien.

—¿Tan importante es?

No respondió. Dio dos golpes en la puerta.

Esperamos.

Curro se acercó un poco a mí.

—Si vuelve a mirarme alguien como nos miraban ayer, me marchó.

—No os marcharéis.

—Probablemente no.

Oímos pasos al otro lado.

La puerta se abrió.

El hombre que apareció tendría unos cuarenta años. Vestía con sobriedad y tenía ese aspecto pulcro que me hizo agradecer haber dedicado más tiempo del habitual a nuestra ropa aquella mañana.

Su mirada pasó por Curro, se detuvo un instante en mí y acabó en Alonso.

—¿De la Parra?

—Sí.

—Ya me parecía.

Aquello me sorprendió.

Llevábamos dos días en Salamanca y empezaba a descubrir que Alonso conocía a mucha más gente de la que consideraba necesario mencionar.

—Venimos a ver a don Práxedes —dijo.

—¿Os espera?

—A mí no.

El hombre volvió los ojos hacia Curro.

—A mí tampoco —dijo.

Me miraron.

Saqué la carta.

—Yo espero que sí.

Alonso sonrió.

El hombre no.
—¿Vuestro nombre?
—Ginés Nicolás. De La Alberca, en la huerta de Murcia.
Le mostré el sobre sin entregárselo.
—Mi padre me encargó que se la diese personalmente.
—Esperad.
Desapareció tras la puerta interior.
—Eso ha ido mejor de lo que esperaba.
—Todavía no ha ido de ninguna manera —dijo Alonso.
—Ayer aprendí que cuando decís «todavía» debo preocuparme.
—Entonces algo sacasteis en limpio.
No tuvimos que aguardar mucho. La puerta volvió a abrirse.
—Podéis pasar.
Curro dio un paso.
—El señor Nicolás.
Curro retrocedió.
—También esperaba eso.
Miré a Alonso.
—Entrad —dijo—. Nosotros esperaremos.
—¿Aquí?
Alonso contempló el zaguán.
—Hemos esperado en sitios peores.
Seguí al hombre.



Al cruzar el umbral de la puerta pude ver el patio que apenas había entrevisto desde fuera. Tenía algo de claustro, con columnas alrededor de un pequeño jardín central. Mientras seguía a mi guía reparé en un naranjo entre cuyas hojas se adivinaban ya los frutos.

Me detuve un instante.

—Por aquí.

Apuré el paso hasta llegar a otra puerta. El hombre llamó, esperó una respuesta que no alcancé a oír y la abrió.

—Podéis pasar.

Don Práxedes estaba tras una mesa.

Era un hombre de edad semejante a la de mi padre, aunque los años parecían haber pasado por ambos de manera muy distinta. Aún tenía el rostro lozano y las manos sin las señales que deja en ellas el trabajo. Su cabello encanecido estaba cuidadosamente arreglado.

Su ropa no ocultaba su calidad, aunque vestía con sobriedad. Nada en él resultaba ostentoso y, sin embargo, desde el género de la casaca hasta la blancura de la camisa revelaba esa clase de comodidad que solo llama la atención a quien no la ha conocido.

Me miró primero a mí.

Después miró más atrás.

—¿Habéis venido con Alonso de la Parra?

La pregunta me sorprendió.

—Sí.

—¿Sois amigos?

Pensé en ello.

—Creo que sí.

Una leve sonrisa apareció en su rostro.

—Él seguramente diría lo mismo.

—¿Conocéis a Alonso?

—Conozco a los De la Parra.

Aquello no explicaba demasiado.

—¿A don Fernando, su padre?

La sonrisa desapareció.

—Desde antes de que su hijo tuviera edad suficiente para llevar manteo.

Miró el mío.

Comprendí por qué Alonso había insistido tanto.

—Lo lleváis bien.

No supe si agradecerlo.

Saqué la carta.

—Mi padre me pidió que os entregara esto.

Don Práxedes no extendió inmediatamente la mano.

Leyó el nombre del remitente.

Después me miró.

—También conozco a vuestro padre.

Aquello me produjo un alivio que no esperaba.

Tomó por fin la carta.

Observé cómo rompía el lacre, verla abierta por otras manos me produjo una sensación extraña tras haberla llevado conmigo durante tanto tiempo.

Don Práxedes leyó pausadamente.

Entretanto, permanecí de pie.

—Sentaos —dijo al terminar.

Obedecí.

—Vuestro padre dice que habéis venido a estudiar Leyes.

—Sí.

—Y que pensáis quedaros en la ciudad hasta terminar.

—Esa es mi intención.

—Las intenciones suelen ser más baratas que los estudios.

No supe qué responder.



Dejó la carta sobre la mesa.
—¿Cuánto dinero lleváis?
La pregunta me incomodó.
—El suficiente.
—Eso no es una cantidad.
Le dije cuánto.
No reaccionó.
—¿Y cuánto habéis gastado ya?
Tuve que pensarlo.
—No lo sé exactamente.
—Entonces lo primero que debéis hacer es saberlo.
—Mi padre me dijo que acudiera a vos si necesitaba ayuda.
—Precisamente por eso me escribe.
—¿Quiere que me vigiléis?
Don Práxedes levantó una ceja.
—No.
—¿Que cuidéis de mí?
—Tampoco.
Aquello me alivió.
—Entonces no entiendo qué os pide.
Volvió a tomar la carta entre sus manos.
—Que procure que podáis quedaros en Salamanca.
—He venido para eso.

—Habéis venido para estudiar, poder permanecer aquí el tiempo suficiente para hacerlo es otra cosa.

Asentí con la cabeza guardando un respetuoso silencio.

—Vuestro padre cree que una beca podría ayudar.

Durante unos instantes no dije nada.

—¿Una beca?

—Sí.

Mi padre jamás me había hablado de ella.

—Debe de haber un error.

—No lo hay.

—Me dio dinero para instalarme.

—No he dicho que no lo hiciera.

—Y me explicó lo que podía gastar.

—Eso parece muy propio de vuestro padre.

—Nunca me dijo que necesitara una beca.

Don Práxedes guardó silencio. Aquello comenzó a irritarme.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Esa pregunta tendréis que hacérsela a él.

—Pero os lo escribió a vos.

—Porque necesitaba pedirme algo.

—¿Podéis conseguirla?

—No.

La respuesta fue tan inmediata que me dejó inmóvil.

—Entonces...

—Habéis preguntado si puedo conseguirla. No puedo.

—Mi padre cree que sí.

—Vuestro padre cree que puedo ayudar.

—¿No es lo mismo?

—En absoluto.

—Puedo escribir. Puedo hablar con algunas personas. Puedo averiguar si existe una posibilidad y procurar que vuestro nombre llegue a quien corresponda. Eso es interceder, lo demás no depende de mí.

Por primera vez empezaba a comprender la diferencia entre conocer a un hombre y poder pedirle algo.

—¿Lo intentaréis?

—Sí.

—¿Por mi padre?

Don Práxedes tardó un instante en responder.

—Por vuestro padre.

La respuesta debería haberme tranquilizado, pero consiguió exactamente lo contrario.

—¿Erais amigos?

No obtuve una respuesta enseguida.

—Vuestro padre y yo nos conocemos desde hace muchos años.

Me sostuvo la mirada.

—Tenéis algo más de vuestro padre que el parecido.

No supe si aquello era un elogio.

—¿Qué más os ha pedido?

Don Práxedes volvió a mirar la carta.

—Que os encuentre un alojamiento conveniente.

—Ya tengo alojamiento.

—¿Dónde?

—En un mesón.

Con gesto serio levantó ligeramente las cejas.

—Vuestro padre parece aspirar a algo más.

—No estamos mal.
—No he dicho que lo estéis.
—Entonces ¿por qué sugiere que me marche?
—Porque un lugar que sirve para pasar unos días no tiene por qué ser el más adecuado para pasar un curso.
—No lo entiendo.
—Supongo que vuestro padre teme que confundáis estar cómodo con estar bien instalado.
Eso sí parecía propio de mi padre.
—¿Y qué entendéis vos por estar bien instalado?
—Un lugar donde podáis comer, dormir y estudiar sin gastar más de lo necesario.
—Eso parece fácil.
—Lleváis muy poco tiempo en Salamanca.
Empezaba a reconocer aquella forma suya de responder. Nunca decía más de lo necesario y, cuando creía haber obtenido una respuesta, descubría que me había dejado otra pregunta.
—¿Conocéis algún sitio?
—Todavía no.
La palabra me hizo mirarlo.
—¿Qué ocurre?
—Nada.
—Entonces procuraré encontrarlo.
—Gracias.
—No me las deis todavía.
Pensé que en Salamanca empezaba a haber demasiadas cosas por las que aún no debía dar las gracias.
Cerró la carta y la dejó sobre la mesa.
—¿Eso es todo? —pregunté.
—Por vuestra parte, sí.
Me levanté tras agradecer sus atenciones y despedirme. Ya había dado dos pasos hacia la puerta cuando recordé algo.
—Don Práxedes.
—¿Sí?
—Si encontráis ese alojamiento... —vacilé durante unos instantes— ¿podría ser para dos?
Frunció ligeramente el ceño.
—Vuestro padre solo me habla de vos.
—Lo sé.
—Entonces, ¿quién es el otro?
—Curro.
—Mi amigo sevillano que espera fuera.
—Sí.
Me observó unos instantes.
—Primero tendré que encontrar sitio para uno.
—Claro.
—Después averiguaremos si caben dos.
Asentí.
—Gracias.
—Ya os he dicho que no me las deis todavía.
Esta vez sonreí.
—Empiezo a entenderos.
—No os precipitéis.
—¿Adónde os habré de avisar?
—Al Mesón del Estudio.

Salí de la estancia y atravesé en sentido inverso el patio interior.
Mis amigos me esperaban en el zaguán, Curro se levantó en cuanto me vio.
—¿Y?
—¿Y qué?
—¿Seguís siendo estudiante?
—De momento sigo siendo manteísta.
—¡Bien, era mi principal preocupación!
—¿Qué quería? —preguntó Alonso
—Mi padre le ha pedido que me busque alojamiento.
Curro abrió los brazos.
—¿Y dónde cree vuestro padre que lleváis durmiendo estos días?
—También quiere que averigüe si puedo conseguir una beca.
—Ah —soltó Curro bajando los brazos y sin encontrar nada que añadir.
Alonso sí.
—¿Y qué ha dicho Carvajal?
—Que puede intentarlo.
—Entonces lo intentará.
Lo dijo con una seguridad que me impactó.
—Parece que lo conocéis bien.
—Lo suficiente.
—Él también conoce bien a mi padre.
Alonso se quedó quieto.
—¿Os lo ha dicho?
—Sí.
—Entonces ya sabéis algo más que ayer.
—Sé que se conocen.
—Eso es algo.
Salimos a la calle.
El sol resultaba agradable al compararlo con el frescor del zaguán.
Habíamos avanzado poco cuando vimos venir hacia nosotros a varios estudiantes.
Reconocí a dos de ellos.
Ellos también nos reconocieron.
—¡Los nuevos!
Curro dejó escapar un suspiro.
—Otra vez no.
Esta vez se limitaron a acercarse.
—¿De dónde sois?
—De Murcia —respondí.
—Sevilla —dijo Curro.
—¡Un murciano y un sevillano! Este año han abierto de par en par las puertas y soltado a todos los *beanus*.
Rieron de nuevo y echaron a andar junto a nosotros.
Aquello me desconcertó más que si nos hubieran impedido el paso. Ninguno parecía tener intención de marcharse y Alonso tampoco hacía nada por librarnos de ellos.
Uno de ellos miró a Alonso.
—¿Ahora los recogéis, De la Parra?
—Solo los que encuentro abandonados —respondió Alonso.
Me acerqué a él.
—¿Por qué nos han llamado *beanus*?
—Luego. Calla y camina.
—¿Adónde vais? —preguntó uno.
—A un asunto —respondí.
Alonso me miró de reojo.
—Vais aprendiendo.

Los estudiantes acabaron apartándose unas calles después, cuando encontraron algo —o a alguien— que les interesó más que nosotros.

Esperé hasta que estuvieran lejos.

—Ahora sí. ¿Qué significa *beanus*?

Alonso continuó andando.

—Nuevo.

—Eso ya lo había entendido.

—Entonces ¿para qué preguntáis?

—Porque no han dicho «nuevo». Han dicho *beanus*.

Curro se volvió hacia él.

—Y se han reído.

—Eso también lo habéis entendido.

—Alonso.

Sonrió.

—Hay quien dice que significa *Beanus est animal nesciens vitam studiosorum*.

Curro frunció el ceño.

—Eso no ayuda.

—«El *beanus* es un animal que desconoce la vida de los estudiantes».

Lo miré.

—¿Animal?

—No os lo toméis como algo personal. Es un latinajo.

—Pues el que lo inventó podía haberse esforzado un poco más.

—Probablemente se esforzó lo suficiente para que otros lo repitieran.

Aquello sí podía creerlo. Desde que había llegado a Salamanca había oído bastante latín para comprender que servía tanto para decir cosas importantes como para conseguir que otras parecieran serlo.

—Entonces somos *beanus* porque acabamos de llegar.

—Más o menos.

—Pero nos hemos matriculado, hemos jurado y llevamos manteo.

Alonso miró el mío.

—Hoy, incluso bien puesto.

—Entonces ¿qué falta?

—Saber vivir como estudiantes.

Curro resopló.

—Después de ayer esperaba que ya hubiéramos aprendido bastante.

—Ayer aprendisteis a ser nuevos.

—¿Y cuánto tiempo dura eso?

—Hasta que dejáis de parecerlo.

—¿Y quién decide cuándo dejamos de parecerlo?

Alonso sonrió.

—Los que ya no lo parecen.

Curro me miró.

—Empiezo a sospechar que esta Universidad está muy mal organizada.

—Todavía no habéis visto nada.

—No volváis a decir «todavía».

Alonso rio.

Seguimos caminando.

Yo pensé otra vez en la palabra.

Beanus.

Había llegado a Salamanca creyendo que bastaría con matricularme para convertirme en estudiante. Ya empezaba a comprender que la Universidad podía escribir mi nombre en sus libros mucho antes de que quienes vivían dentro de ella estuvieran dispuestos a reconocerme como uno de los suyos.

Capítulo 7. Descubriendo otra vida

Corría A la mañana siguiente, Curro estaba haciendo cuentas cuando bajé. Faltaba poco para San Lucas y, paradójicamente, cuanto más se acercaba el comienzo de las clases, menos teníamos que hacer. Estábamos matriculados, habíamos encontrado dónde vivir y nuestros equipajes se habían convertido en prendas colocadas en un mueble de una habitación que empezábamos a considerar nuestra. Salamanca también comenzaba a parecernos menos extraña.

Ya no necesitábamos preguntar por el camino hasta la Universidad. Reconocíamos algunas calles, sabíamos dónde comprar ciertas cosas y empezábamos a saludar a estudiantes cuyos nombres todavía no siempre recordábamos. Algunos aparecían por el Mesón del Estudio buscando a Alonso; otros se sentaban con nosotros aunque él no estuviera. Poco a poco dejamos de necesitar que él nos presentara a todo el mundo.

Fue precisamente una de aquellas mañanas cuando encontramos un corro de estudiantes junto a la Universidad. Al principio pensé que estaban riendo.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Alonso ni siquiera se detuvo.

—Nada.

Del centro del grupo un muchacho salió despedido por los aires.

Curro se quedó inmóvil.

—Vuestra idea de nada empieza a preocuparme.

Cuatro estudiantes sujetaban un manteo por sus puntas y, entre gritos y carcajadas, volvían a lanzar al recién llegado.

—Lo están *manteando* —dijo Alonso.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué?

—Porque es nuevo.

Curro me miró.

—Ginés.

—¿Qué?

—Procura parecer antiguo.

Nuestra vida en el mesón también había empezado a cambiar y Curro cumplía su parte del acuerdo con la mesonera.

La primera tarde lo encontré ayudando al mozo a descargar leña.

—¿Qué tal vuestra nueva ocupación?

Dejó un haz en el suelo y se enderezó.

—Empiezo a comprender por qué ella aceptó tan deprisa.

—¿Por qué?

—Porque ha conseguido un estudiante y medio mozo por el precio de uno.

El mozo, que lo había oído, soltó una carcajada.

—Medio es mucho decir.

Curro lo miró.

—Esperad a que aprenda.
Pero aprendió.
Aprendimos los dos, aunque no precisamente aquello que habíamos ido a estudiar.



Empezábamos también a comprender por qué algunos compañeros tenían mucha menos libertad que nosotros. Los que vivían como pupilos debían regresar antes de que el bachiller cerrara la puerta de la casa y no podían entrar y salir a su antojo. En aquellos meses, desde San Lucas, el cierre tenía lugar a las seis de la tarde.

Tampoco terminaba allí la vigilancia. El bachiller debía saber qué lecciones escuchaba cada pupilo, verificar que asistiera a las clases que le correspondían y averiguar por la noche si estudiaba o se ausentaba de la casa. Cuando se lo contamos a Curro, permaneció pensativo unos instantes.

—Empiezo a apreciar mucho más a nuestra mesonera.

Al no vivir como pupilos, nadie preguntaba a qué hora salíamos ni cuándo pensábamos regresar. La mesonera podía interesarse por si íbamos a comer allí y Curro tenía que saber qué tardes le correspondía ayudar, pero fuera de eso nuestro tiempo nos pertenecía. También supimos que permitía a ciertos inquilinos conocidos dejar alguna comida pendiente de pago hasta que llegara dinero de su casa. Igualmente supimos de otros estudiantes que vendían o empeñaban alguna cosa cuando su bolsa se vaciaba antes de tiempo.

—Gastar el dinero que aún no ha llegado le complica más la vida al estudiante pobre — comentó Curro.

—Cierto, pero al menos se sabe que hay alguna persona que os pueda fiar en el caso de que hiciera falta.

—Entonces procuraré deber poco y no pedir fiado.

Igualmente nos dimos cuenta de que disponer del propio tiempo podía ser mucho más peligroso que no disponer de dinero.

Una tarde encontré a Curro sentado con varios estudiantes en el rincón del salón donde, pocos días antes, habíamos jugado a las cartas. Había monedas sobre la mesa.

Me detuve.

—Creía que no teníais dinero.

Curro levantó la cabeza.

—Tengo más que hace un rato.
Uno de los estudiantes que estaba jugando con él soltó una maldición.
Me acerqué.
Delante de Curro había un pequeño montón de monedas que no recordaba haber visto aquella mañana.
—¿Habéis ganado eso?
—Todavía no.
—Está delante de vos.
—Precisamente. Hasta que me levante de esta mesa todo puede volver a cambiar de dueño.
—¿Vais a jugar o vais a explicarle filosofía? —dijo golpeando suavemente la mesa el estudiante que se sentaba frente a él.
Curro recogió las cartas.
Lo hizo con una soltura que me sorprendió. Las reunió, las barajó y volvió a repartir sin apenas mirarlás.
—¿Desde cuándo sabéis hacer eso?
—¿Jugar?
—Jugar así.
Curro se encogió de hombros.
—Desde mucho antes de conoceros.
Volvió a incorporarse antes de que pudiera preguntarle nada más.
No debería haberme sorprendido. Hasta entonces había pensado en su falta de dinero como si significara que apenas hubiera tenido ocasión de manejarlo. Empezaba a descubrir que ocurría justamente lo contrario: Curro conocía demasiado bien lo que podía hacerse con unas monedas cuando se tenían pocas.
Me quedé observando.
No hablaba mucho mientras jugaba. Eso sí era inesperado. El Curro que conocía parecía incapaz de permanecer callado durante demasiado tiempo; sentado ante las cartas, en cambio, esperaba. Miraba a los otros, escuchaba y solo de vez en cuando decía algo que conseguía distraerlos o hacerlos reír.
Al cabo de varias manos ganó otra vez.
—Sois un tahúr —dije.
Curro levantó la vista.
—No digáis eso tan alto —me susurró al oído.
—¿Por qué?
—Porque los tahúres no suelen encontrar gente dispuesta a jugar con ellos.
El estudiante que estaba enfrente dejó unas monedas sobre la mesa.
—No le digáis caso. Lo que ocurre es que tiene suerte.
Curro sonrió.
—Eso. Tengo suerte.
La manera en que lo dijo me hizo sospechar que la suerte tenía poco que ver.
Me senté junto a él.
—¿Dónde aprendisteis?
Esta vez tardó algo más en responder.
—En Sevilla se aprende de todo si uno sabe dónde mirar.
—Eso no responde.
—Recuerda que vivía cerca de la cárcel. Por allí pasaba gente que sabía muchas cosas — me dijo en voz baja, procurando que los demás no lo oyeran.
—¿Cosas útiles?
Curro miró sus cartas.
—Depende de la vida que penséis llevar.
Uno de los jugadores rio.
—Vuestro amigo habla como un predicador.
—Es porque todavía no me conocéis.

Volvió a ganar.

Entonces comprendí algo.

—Podríais pagar vuestra parte del alojamiento con esto.

Curro dejó de sonreír.

Miró las monedas.

—Hoy.

—¿Qué significa eso?

—Que hoy he ganado.

—Y mañana también podéis ganar.

—O perder lo de hoy.

Recogió las monedas y las metió en su bolsa.

—Por eso seguiré cargando leña.

Aquello me tranquilizó más de lo que quise reconocer.

El estudiante de enfrente protestó.

—¿Os marcháis ahora?

—Ahora precisamente.

—Estáis ganando.

Curro se levantó.

—Por eso.

Lo seguí con la mirada.

Quizás fuese aquella la primera vez que comprendí que saber jugar no consistía únicamente en saber ganar. Durante aquellos días vi desaparecer sobre las mesas cantidades que empezaba a traducir inmediatamente en comidas, velas, leña o noches de alojamiento.

Y también descubrí que no todos los juegos podían practicarse con la misma tranquilidad. Una noche, cuando varios estudiantes estaban reunidos en torno a una mesa, uno de ellos se levantó de repente al oír ruido en la entrada.

—¡La *ronda*!

Las cartas desaparecieron.

Las monedas también.

Todo ocurrió con tanta rapidez que apenas tuve tiempo de comprenderlo. Uno escondió la baraja bajo la ropa, otro barrió las monedas de la mesa con la mano y un tercero se acercó a la puerta para averiguar quién había entrado.

No era el rector ni ninguno de sus ministros, ¡falsa alarma!

Las risas regresaron poco a poco.

—¿Qué ronda? —pregunté.

Curro me miró.

—¿Todavía no lo sabéis?

—Si lo supiera, no preguntaría.

Uno de los veteranos recuperó las monedas que había escondido.

—El rector puede salir de ronda con sus ministros.

—¿Para qué?

—Para ver dónde estamos y qué hacemos cuando deberíamos estar estudiando.

Miré las cartas que reaparecían sobre la mesa.

—¿Y puede entrar aquí?

—Puede entrar en cualquier casa donde haya estudiantes —respondió Alonso.

Curro recogió la baraja.

—De modo que al final sí tenemos un bachiller de pupilos —dijo con sorna.

—No —dijo Alonso—, pero puede aparecer cuando menos os convenga.

Curro dejó las cartas sobre la mesa.

—Eso es peor.

Los demás rieron y, pasado el sobresalto, las monedas volvieron a ocupar su sitio.

Yo continué mirando hacia la entrada.

—Dejad de hacerlo —dijo Curro.

—¿De hacer qué?

—De mirar la puerta.
 —Hace un momento todos habéis escondido las cartas.
 —Precisamente. Si entra la ronda y os encuentra con esa cara, sabrá que ocurre algo antes de ver la mesa.
 —Vuestro amigo tiene razón.
 —Parece que mi amigo tiene razón en demasiadas cosas que yo ignoraba.
 Curro sonrió y volvió a repartir. Y, sin embargo, aquella prudencia no duraría toda la noche. Poco después apareció Alonso acompañado por otros dos estudiantes.
 —¿Qué hacéis aquí?
 Curro señaló la mesa.
 —Intentando costearme los estudios.
 Alonso miró las monedas que todavía quedaban delante de los jugadores.
 —Hay métodos más seguros.
 —También más aburridos.
 —Precisamente por eso he venido.
 —¿A ofrecernos trabajo?
 —A sacaros de aquí.
 Curro lo miró con interés.
 —¿Adónde?
 Alonso sonrió.
 —A descubrir otra vida.
 —Antes de salir —dijo Alonso—, ¿alguno lleva armas?
 Curro lo miró.
 —¿Esperáis que nos hagan falta?
 —Espero precisamente que no.
 —Entonces ¿por qué preguntáis?
 —Porque no sería la primera vez que una ronda encuentra estudiantes con *mujeres de mala fama* y armas prohibidas.
 Aquello me hizo detenerme.
 —¿Los detuvieron?
 —A dos mozos. Un alguacil del rey los encontró en el atrio de San Francisco, hablando con mujeres de vida licenciosa y, además, llevando armas prohibidas.
 —¿Y qué hicieron con ellos?
 —Acabaron en la cárcel real.
 —Pero eran estudiantes —dije.
 Alonso sonrió.
 —Veo que al menos recordáis para qué sirve vuestra matrícula.
 —¡Estaban sujetos al fuero de la Universidad!
 —Eso mismo pensaron otros. Hubo quienes quisieron que el juez de la Universidad los sacara de la cárcel.
 —¿Y los sacó?
 —No. Aquella noche dirigía la ronda el licenciado Barreda. Intentó sacarlos de la cárcel, pero no quisieron entregárselos.
 —¿Por qué?
 —Porque llevaban armas prohibidas. Dijeron que habían quebrantado la Pragmática y que aquello correspondía a la justicia real.
 Instintivamente miré a uno y otro lado de la calle.
 Curro lo advirtió.
 —No empecéis otra vez.
 —¿Otra vez qué?
 —A buscar la ronda.
 —Acabáis de contarme que pueden detenernos.
 —No. Nos han contado que detuvieron a dos hombres que estaban con mujeres de mal vivir y llevaban armas prohibidas.

—Nosotros vamos a buscar mujeres de esas.
Curro se volvió hacia mí.
—Entonces procurad no llevar armas.
—No llevo ninguna.
—Ya tenemos resuelta la mitad del problema.
Alonso soltó una carcajada.
—No os confiéis demasiado. Que no llevéis armas no significa que al rector le agrade encontraros donde vamos.
—¿Y dónde vamos exactamente? —pregunté.
Uno de los estudiantes que nos acompañaban respondió antes que Alonso:
—A una *casa de mancebía*.
—¿Una qué?
—Un *lupanar*.
Curro sonrió.
—Una *manfla*.
Lo miró con interés.
—Veo que sabéis germanía.
—Algo sé.
—¿Habéis estado alguna vez en una? —me preguntó Alonso.
—Claro.
Curro volvió la cabeza.
—¿Claro qué?
—Que sé lo que es.
—No os ha preguntado eso.
Los demás rieron.
—Sé perfectamente lo que me ha preguntado.
—Entonces contestad.
—No tengo por qué contaros mi vida.
Curro asintió con expresión solemne.
—Una respuesta excelente.
—¿Por qué?
—Porque sirve tanto para quien tiene algo que contar como para quien no tiene nada.
Apreté el paso. Lo oí reír detrás de mí.
La verdad era bastante menos honrosa de lo que yo pretendía aparentar. Había oído hablar de aquellas mujeres, naturalmente. En la huerta no faltaban historias, advertencias ni bromas entre hombres, y mi padre había incluido el asunto entre los peligros que podían arruinar a un estudiante con la misma facilidad que el juego o las deudas. Pero una cosa era saber que existían y otra muy distinta haber traspasado alguna vez la puerta de una de aquellas casas.
Curro me alcanzó.
—No os preocupéis.
—No estoy preocupado.
—Entonces vais peor de lo que pensaba.
—¿Y vos qué sabéis?
—Lo suficiente.
—¿Habéis estado en una?
—Sí.
Lo dijo sin orgullo y sin bajar la voz, como habría dicho que había entrado en una taberna.
—¿En Sevilla?
—¿Dónde queréis que fuera?
—¿Muchas veces?
Curro me miró.
—Ginés.
—¿Qué?

—Hay preguntas que un amigo puede hacer.

—¿Y esa?

—También. Pero no delante de cinco hombres.

Las risas volvieron a acompañarnos.

Esta vez fui yo quien se embozó hasta casi ocultar la cara.

Continuamos caminando.

La Salamanca que conocía durante el día iba desapareciendo a nuestro alrededor. Había menos gente en las calles y las voces llegaban desde más lejos. Alguna puerta se cerraba a nuestro paso; de otras salía durante unos instantes una franja de luz que cruzaba el suelo antes de desaparecer nuevamente. El frío se había hecho más intenso y agradecí el manteo, aunque comenzaba a preguntarme cuánto tardaría en lamentar haber salido del mesón.

Alonso dobló por una calle que yo no conocía.

—¿Falta mucho?

—No.

—Eso dijisteis cuando buscábamos alojamiento.

—Y acabamos encontrándolo.

Sin tener que mudarnos.

—Entonces esta noche tenemos ventaja. Sabemos dónde terminar.

Curro se detuvo un instante.

—Eso dependerá de Ginés.

—¿De mí?

—Sois el único que todavía parece pensar que vamos a cometer un delito.

—Acabamos de hablar de dos hombres que terminaron en la cárcel.

—Por las armas.

—Y por las mujeres.

Alonso negó con la cabeza.

—Estáis mezclando las cosas.

Seguimos unos pasos más.

Nos detuvimos frente a una casa que no se distinguía demasiado de las demás.

Miré la puerta.

—¿Aquí?

Alonso asintió.

Volví a observarla. Esperaba reconocerla antes de que nadie tuviera que indicármela.

Alonso llamó a la puerta del *lupanar*.

Mientras aguardábamos, sentí que la seguridad con que había respondido unos minutos antes comenzaba a abandonarme. No sé exactamente qué imaginaba: quizás más ruido, hombres entrando y saliendo o alguna señal que anunciara desde la calle lo que ocurría dentro. La fachada, sin embargo, no me dijo nada.

Curro me observaba.

—¿Qué esperabais?

—Nada.

—Estáis delante de lo que esperabais.

Alonso volvió a llamar.

Curro se acercó un poco.

—Ginés.

—¿Qué?

—Si queréis marcharos, nos marchamos.

Lo miré sorprendido. Por primera vez desde que había comenzado a bromear con aquello, hablaba completamente en serio.

—¿Vos también?

—Si hace falta.

—No hace falta.

—Entonces dejad de chirriar los dientes.

Los relajé sin haberme dado cuenta de que lo estaba haciendo.



La puerta se abrió. Nos recibió una mujer que apenas miró a Alonso antes de dejarlo pasar. A los otros dos estudiantes pareció reconocerlos también. Cuando llegó mi turno, en cambio, me examinó durante unos instantes.

—¡Este es nuevo! —dijo con gesto lascivo.

—No —respondí tímidamente y entré.

Curro tosió detrás de mí.

La mujer volvió a mirarme.

Procuré no volver la cabeza.

—Habéis estado magnífico —murmuró Curro cuando me alcanzó.

—Callaos.

—Casi la engañáis.

—¡He dicho que os calléis!

—Eso también ha sonado muy convincente.

Apreté el paso, aunque no tenía la menor idea de adónde debía dirigirme.

Curro me alcanzó de nuevo.

—Por ahí tampoco.

Me detuve.

—¿Por qué?

—Porque vais hacia la cocina.

Miré hacia delante.

—Ya lo sabía.

—Naturalmente.

Cambié de dirección.

—Por ahí salís otra vez a la calle.

Me detuve de nuevo.

Curro ya no pudo contener la risa.

El interior no se parecía demasiado a lo que había imaginado. Había hombres bebiendo y conversando, algunas mujeres estaban sentadas con ellos y otras se movían entre las mesas.

El aire estaba cargado de humo, vino, sudor y perfumes baratos que se mezclaban hasta resultar difíciles de distinguir. Las voces se superponían y, de vez en cuando, una carcajada sobresalía por encima de las demás.

Nuestra entrada produjo más efecto del que esperaba.

Una mujer interrumpió lo que estaba diciendo para mirarnos y otra hizo lo mismo con descaro. Desde una mesa alguien llamó a Alonso por su nombre y casi al mismo tiempo oí:

—¡Estudiantes!

Varias cabezas se volvieron.

—Ya nos han visto —murmuré.

—Ginés —dijo Curro—, hemos entrado por la puerta grande.

La mayoría de los hombres que ocupaban las mesas nos llevaban bastantes años. Algunos podían haber sido nuestros padres. Nosotros éramos tres jóvenes que acababan de entrar juntos, nuestras ropas nos identificaban como estudiantes y aquellas experimentadas mujeres lo advirtieron de inmediato.

—Venid aquí, estudiantes —nos llamó una.

Otra levantó su vaso.

—¡A esta mesa!

—No les hagáis caso —gritó una tercera—, aquí se bebe más.

—Y aquí se hacen otras cosas mejor —respondió la primera riendo.

—¿Siempre reciben así a los estudiantes? —pregunté.

—No —respondió Curro.

Aquello me tranquilizó durante un instante.

—A los nuevos, mejor.

Una mujer que pasaba se detuvo delante de nosotros. Miró primero a Alonso, después a Curro y finalmente a mí.

—¿De dónde habéis sacado estos dos?

—Acaban de llegar.

—Eso ya se ve.

—¿También vos? —pregunté.

—También yo ¿qué?

—Sabéis que somos nuevos.

Me miró de arriba abajo.

—Ahora estoy segura.

Curro volvió a toser.

—Deberíais haceros mirar esa tos.

No había terminado de decirlo cuando otra mujer se acercó por detrás y pasó una mano por el manto de Curro.

—Este no parece tan nuevo.

Curro se volvió hacia ella.

—Depende de para qué.

Ella rio.

—Este me gusta.

—Podéis quedároslo —dije.

—¡Ginés!

—¿Qué?

—No empecéis a venderme antes de saber cuánto valgo.

La mujer soltó una carcajada y se llevó a Curro unos pasos con ella.

Aquello me dejó momentáneamente solo.

Fue peor.

—¿Y este? —oí a mi espalda.

Me volví.

Dos mujeres me observaban desde una mesa. Una me hizo una seña con los dedos.

—Venid.

Miré hacia atrás.

—A vos, estudiante.
—¿A mí? —respondí señalando mi pecho.
Las dos se echaron a reír.
—No —dijo una—. Al viejo que tenéis detrás.
Miré.
No había nadie.
Cuando volví a mirarlas se reían todavía más.
Empecé a comprender que mi llegada podía resultarles mucho más divertida de lo que aquel lugar estaba resultándome a mí.
Otra me rozó el brazo al pasar por mi lado.
—No les hagáis caso. Venid conmigo.
—Acaba de llegar —protestó una de las otras.
—Precisamente.
—Lo hemos visto nosotras primero —alegaron casi a coro.
—No soy una pieza de caza —dije.
Las tres me miraron.
—¿No? —respondió una riendo.
Busqué a Curro.
Estaba observándome desde unos pasos más allá y disfrutaba de aquello mucho más de lo que un amigo debería.
—¡Curro!
—¿Qué?
—Venid aquí.
—Parecéis ocupado.
—No estoy ocupado.
Una de las mujeres me tomó del brazo.
—Ahora sí.
Las otras protestaron entre risas.
Conseguí desprenderme sin saber muy bien cómo y fui a reunirme con Curro.
—¿Qué hacéis?
—Nada.
—Pues dejad de hacerlo y ayudadme.
—¿A qué?
—A que me dejen tranquilo.
Curro miró alrededor.
—Ginés, creo que habéis entendido mal para qué hemos venido.
Otra voz sonó desde una mesa:
—¡Murciano!
Me volví sobresaltado.
—¿Cómo sabe que soy de Murcia?
Curro me miró.
—Porque lleváis cinco minutos contároselo a todo el que os pregunta.
Una de las mujeres del fondo del salón volvió a hacerme señas.
Otra se llevó los dedos a los labios y me lanzó un beso.
Decidí mirar hacia otro lado.
Fue un error.
En una mesa algo apartada había tres hombres inclinados sobre varias monedas, un reloj, unas hebillas y otros objetos que iban separando en pequeños montones.
Aquello, al menos, me resultó familiar.
—También juegan aquí —dije.
Curro miró hacia donde yo estaba mirando.
Su sonrisa desapareció.
—No están jugando.
—Claro que sí. Están haciendo las partes.

—Ginés.
—¿Qué?
—Dejad de mirar esa mesa.
Lo miré.
—¿Por qué?
—Porque no están jugando.
Volví los ojos hacia los hombres.
Curro me agarró del brazo y me obligó a continuar andando.
—Os he dicho que no miréis.
—Entonces ¿qué hacen?
—Repartirse lo que han conseguido hoy.
Tardé un instante en comprender.
—¿Son ladrones?
Curro apretó los dedos alrededor de mi brazo.
—Decidlo un poco más alto. Creo que el de la esquina no os ha oído —murmulló a mi oído.
Bajé inmediatamente la voz.
—¿Son ladrones?
—No lo sé.
—Sí lo sabéis.
—Entonces ¿para qué preguntáis?
No pude evitar volver la cabeza.
—¡Ginés!



Demasiado tarde.
Uno de aquellos hombres había levantado los ojos.
Nuestras miradas se encontraron.
Esta vez fui yo quien apartó la vista primero.
—Ya os ha visto —murmuró Curro.
—¿Qué hago?
—Nada.

—¿Nada?
—Nada.
—Pero sabe que lo he visto.
—Y si seguís comportándoos así, dentro de poco sabrá también vuestro nombre, vuestra facultad y dónde dormís.
—¿Nos marchamos?
—No.
Lo miré sorprendido.
—¿Cómo qué no?
—Porque levantaros ahora y salir corriendo sería una manera excelente de demostrarle que habéis entendido lo que estabais viendo.
Aquello no me tranquilizó.
—¿Entonces qué hacemos?
Curro miró alrededor y señaló una mesa.
—Sentarnos.
—¿Aquí?
—Aquí.
—¿Y hacer qué?
—Lo que hacen los hombres que vienen a estos sitios.
Miré hacia las mujeres.
—Curro...
—Beber, Ginés. De momento, beber.
Nos sentamos.
Me coloqué de espaldas a los tres hombres.
Curro negó lentamente con la cabeza.
—¿Ahora qué?
—Nada.
—Decidlo.
—Habéis pasado de mirarlos fijamente a sentaros de espaldas a ellos.
—¡Me habéis dicho que no los mire!
—Os he dicho que no los miréis. No que parezca que tenéis miedo de hacerlo.
—¿Y cuál es la diferencia?
Curro sonrió.
—Toda.
No tuve ocasión de pedirle que me explicara aquella diferencia.
Una de las mujeres que antes me había hecho señas se levantó y vino hacia nosotros.
La vi acercarse y miré a Curro.
—No.
—¿No qué?
—No os vayáis.
—No me he movido.
—Pero vais a hacerlo.
Curro sonrió.
—Ahora sí estáis aprendiendo a mirar.
La mujer llegó hasta la mesa.
—Como no veníais, he tenido que venir yo.
—No erais la única que me llamaba.
Ella arqueó las cejas.
—Miradlo. Hace un momento no sabía dónde poner los ojos y ahora presume.
Curro bajó la cabeza para disimular la risa.
—Os hizo señas dos veces —me murmuró.
La mujer soltó una carcajada al escucharlo.
Curro se rio con ella.
—Me alegra comprobar que os entendéis.

La mujer se sentó a mi lado.
Me aparté ligeramente para dejarle sitio y ocupó el espacio que acababa de dejar libre.
Me aparté algo más.
Volvió a acercarse.
A la tercera vez comprendí que lo hacía a propósito.
Curro también.
—Como sigáis así —le dijo—, Ginés acabará sentado en el suelo.
—¿Ginés?
—Ginés Nicolás —respondí.
La mujer apoyó un brazo sobre la mesa.
—¿Y de dónde sois, Ginés Nicolás?
—De La Alberca.
Esperó.
—En la huerta de Murcia.
—Eso está lejos.
—Mucho.
—¿Habéis venido solo?
Señalé a Curro.
—Con él.
—No creo que os esté preguntando por el viaje —dijo Curro.
La mujer le dedicó una mirada divertida.
—Vuestro amigo habla demasiado.
—Por fin estamos de acuerdo en algo.
—¿Puedo marcharme? —dijo Curro.
—No —respondí.
La mujer me miró.
Curro también.
—Quiero decir... no hace falta.
—Ya.
Curro hizo ademán de levantarse.
Le agarré la manga.
—¿Adónde vais?
—A dejaros conversar.
—Estamos conversando perfectamente.
—Eso es lo que me preocupa.
Tiré de él para que volviera a sentarse.
La mujer contemplaba la escena con creciente diversión y me rodeó con su brazo.
—¿Siempre lo lleváis con vos?
—Nos conocimos viniendo a Salamanca —respondí.
—No hablaba de vuestro amigo.
Curro se quedó inmóvil.
Yo también.
Ella sonrió.
—Hablabas del miedo.
—¡Esa ha sido buena! —soltó Curro.
—No tengo miedo.
—Entonces liberad a vuestro amigo.
Miré mi mano.
Seguía aferrada a la manga de Curro.
La retiré.
—Solo estaba...
—Ginés —me interrumpió Curro—, dejad de explicar las cosas. Cada vez que lo hacéis empeoran.
La mujer volvió a reír.

Yo habría preferido encontrarme nuevamente frente a los ladrones.
Pensarlo me hizo recordar que seguían allí.
Estuve a punto de volver la cabeza.
Curro levantó un dedo.
—Ni se os ocurra.
La mujer nos miró alternativamente.
—¿Qué ocurre?
—Nada —respondimos los dos.
—Pues para no ocurrir nada lleváis un rato bastante ocupados.
Curro pidió vino.
Cuando llegó, bebí demasiado deprisa.
La mujer lo advirtió.
—Despacio.
Dejé el vaso.
—No tengo sed.
—Eso también se nota.
Empezaba a sospechar que en aquel lugar todo se notaba.
Ella acercó una mano, me colocó el manteo y la dejó alrededor de mi cuello.
Me quedé rígido.
—¿Veis? —dijo.
—¿Qué?
—Nada.
—¿Por qué todo el mundo me dice esta noche que no pasa nada justo cuando está pasando algo?
Esta vez incluso yo comprendí por qué se rieron.
La mujer me miró con algo distinto en la expresión. Seguía divirtiéndose, pero ya no parecía querer atormentarme.
—¿Es la primera vez?
Abrí la boca.
Curro levantó el vaso.
—Pensadlo bien.
Lo fulminé con la mirada.
—No.
La mujer asintió muy seria.
—Naturalmente.
—¿Por qué decís «naturalmente»?
—Porque un hombre con experiencia siempre necesita que su amigo permanezca sentado junto a él.
Curro casi se atragantó con el vino.
—¡Marchaos! —le dije.
—Eso llevo intentando hacer desde que se ha sentado.
—Pues hacedlo.
Se levantó.
Inmediatamente me arrepentí.
—Curro.
Se volvió.
—¿Qué?
Miré a la mujer.
Ella esperaba.
—Nada.
Curro sonrió.
—Eso sí ha estado mejor.
Y se alejó.
Lo seguí con la mirada hasta verlo reunirse con Alonso.

La mujer esperó un instante.
—Ahora podéis respirar.
Inspiré.
Ella volvió a reír.
—No era una orden.
—Ya lo sé.
—Claro.
—¿También vais a reiros de todo lo que diga?
—Mientras sigáis esforzándoos tanto por parecer alguien que no sois, probablemente.



Aquello me hizo callar.
Por primera vez desde que habíamos entrado, ella tampoco dijo nada durante unos instantes.
—No tenéis que demostrarme nada —añadió.
Bajé la mirada hacia el vaso.
—No intentaba demostraros nada.
—A mí no.
Levanté los ojos.
Alonso y los otros estaban al otro lado de la estancia. Curro conversaba con una mujer como si la conociera desde hacía años.
—A ellos —dijo ella.
No respondí.
—¿Sois nuevo en Salamanca?
— Llegué hace pocos días que.
—Eso sí me lo creo.
Sonreí a mi pesar.
—¿Tan evidente es?
—Mucho.
—¿También que nunca he estado en un sitio como este?
—Muchísimo.
Esta vez fui yo quien rió.

Y quizás porque ya no tenía nada que ocultar, empecé por fin a sentirme algo menos incómodo.

No sé cuánto tiempo llevábamos allí cuando volví a acordarme de los tres hombres.

No fue porque los buscara.

Uno de ellos se había levantado.

Lo vi por encima del hombro de la mujer que estaba sentada junto a mí. Los otros dos continuaban ante la mesa, pero las monedas y los objetos habían desaparecido. El hombre se guardó algo bajo la ropa y miró hacia nosotros.

Aparté los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella.

—Nada.

Esta vez conseguí decirlo sin volver la cabeza.

Busqué a Curro. Estaba unos pasos más allá, hablando con Alonso. Debió de advertir algo en mi expresión porque dejó de sonreír.

Le hice una señal.

Curro miró hacia la mesa de los tres hombres y después hacia mí.

Negó con la cabeza.

Comprendí que debía quedarme quieto.

La mujer siguió mi mirada.

—¿Amigos vuestros?

—No.

—Entonces dejad de preocuparos por ellos.

—No me preocupan.

—Claro.

Empezaba a conocer aquel «claro».

Curro se acercó a nosotros con el vaso en la mano.

—Alonso dice que deberíamos irnos.

Lo dijo con tanta naturalidad que comprendí inmediatamente que Alonso no había dicho nada.

—¿Ya? —preguntó la mujer.

—Mañana tenemos cosas que hacer.

—Todos tenéis cosas que hacer mañana.

—Nosotros muchas.

Me levanté demasiado deprisa.

Curro me miró.

Volví a sentarme.

—¿Ahora qué hacéis? —preguntó la mujer.

—Nada.

—Pues lleváis una noche muy ocupada sin hacer nada.

Curro tuvo que contener la risa.

Esperamos todavía unos instantes. No sé cuántos. A mí me parecieron muchos.

Cuando finalmente nos levantamos, procuré no mirar hacia el otro extremo de la estancia.

Esta vez lo conseguí.

Casi.

Al llegar a la puerta volví la cabeza.

Uno de los hombres seguía mirándonos.

Salí a la calle sin despedirme.

Curro me alcanzó unos pasos después.

—¿Por qué habéis mirado?

—Quería saber si seguía mirándonos.

—¿Y?

—Sí.

—Pues ahora él también sabe que vos seguíais mirándolo.

Aceleré el paso.

—No corráis.

—No estoy corriendo.

—Entonces dejad de andar como si os persiguieran.

Reduje el paso.

—¿Creéis que nos seguirá?

Curro miró hacia atrás.

—No.

—¿Cómo lo sabéis?

—No lo sé.

Volví a acelerar.

—¡Ginés!

—Decidíos.

Curro no respondió.

Alonso y los otros nos alcanzaron poco después. Ninguno parecía compartir mi inquietud.

—¿Qué os pasa? —preguntó Alonso.

—Nada.

Curro soltó una risa.

—Está aprendiendo.

—He visto cómo unos ladrones se repartían lo robado.

Alonso dejó de sonreír.

—¿Y ellos os han visto a vos?

—Uno.

—Porque no dejaba de mirarlos —añadió Curro.

—Solo miré dos veces.

—Tres, la última fue para comprobar si seguía mirándome.

—Cuatro, entonces.

Alonso miró hacia atrás.

—No viene nadie.

Aquello me tranquilizó algo y pregunté:

—¿Es frecuente que lo hagan allí?

—¿Qué cosa? —replicó Curro.

—Que los ladrones se repartan el botín.

—Por algo llaman *aduanas* tanto al lugar donde los ladrones juntan lo hurtado como a la *mancebía*.

—¿También eso es de la germanía?

—También.

—Empiezo a pensar que para entenderos tendré que aprender otra lengua.

—Os vendría bien.

Seguimos andando.

Habíamos pasado del ruido y el humo del lupanar al frío seco de la calle, embozando el cuello con el manteo. Las voces quedaban atrás rápidamente y nuestros pasos resonaban con una claridad que durante el día no habría advertido.

Curro caminaba a mi lado.

—¿De verdad los conocíais?

—¿A quiénes?

—A esa clase de hombres.

—Os he dicho que vivíamos cerca de la cárcel.

—Eso no responde.

—Responde bastante.

Esperé algo más, pero no añadió nada.

—¿Y a las mujeres?

Curro volvió la cabeza.

—¿Qué mujeres?
—Sabéis perfectamente qué mujeres.
—Ah.
—No parecíais precisamente sorprendido.
—Vos compensabais por los dos.
—¡Curro!
Sonrió.
—¿Qué queréis saber?
No lo sabía. O sí, pero no encontraba una forma de preguntarlo sin darle otra oportunidad de reírse de mí.
—Nada.
—Ahora sois vos quien está aprendiendo.
Le di un empujón en el hombro.
—Callaos.
—¡Silencio! —dijo Alonso.
Nos detuvimos.
Esta vez no había burla en su voz.
—¿Qué ocurre?
Alonso levantó una mano.
A lo lejos se oían voces.
Curro miró hacia él.
—¿Ladrones?
—Peor.
—¿Qué puede ser peor?
—Una ronda.
Me acordé inmediatamente de lo que nos había contado.
—¿Del rector?
—O de alguaciles del rey, no lo sé y no pienso acercarme para preguntarlo.
Curro miró a su alrededor.
—¿Nos escondemos?
—Eso sería una excelente manera de parecer culpables de algo.
—Empiezo a pensar que en Salamanca todo lo que parece prudente demuestra que uno es culpable —dije.
Alonso me miró.
—Vais aprendiendo.
Las voces se acercaron, también unos pasos y, poco después, una luz que se movía al fondo de la calle.
—¿Y qué hacemos? —pregunté.
—Seguir andando.
—¿Hacia ellos?
—Hacia el mesón.
—Están en medio.
—Entonces pasaremos por su lado.
Aquella solución no me gustó.
—¿No dijisteis que las rondas comprobaban dónde estaban los estudiantes?
—Lo dije.
—Y nosotros estamos aquí.
—También.
—Entonces tenemos un problema.
—Tenemos varios —respondió Alonso—. Procurad no explicárselos todos.
Seguimos adelante.
Por primera vez aquella noche agradecí vestir manteo y sotana.

A medida que nos acercábamos pude distinguir que se trataba de varios hombres. La luz de sus faroles iluminaba por momentos las fachadas y desaparecía después al compás de sus pasos.

Curro se aproximó a mí.

—Si preguntan, venimos de estudiar.

Lo miré.

—¿A estas horas?

—Tenéis razón.

—Además, olemos a vino.

—Callaos.

—Eso intento.

Alonso volvió la cabeza.

—Los dos.

Sentí ahora una inquietud distinta a la del lupanar. Allí había temido a hombres que se repartían lo que probablemente no les pertenecía. Ahora me preocupaban precisamente quienes tenían autoridad para preguntarme qué hacía yo en la calle y, para mi desgracia, esa pregunta tenía una respuesta que no me convenía dar.

La ronda pasó junto a nosotros sin detenerse, soltando un «buenas noches» al pasar a nuestro lado. A pesar de ello no volví a respirar con normalidad hasta que la luz del farol se alejó por el otro extremo de la calle.

Capítulo 8. Vida colegial y vida manteísta

Durante mis primeras semanas en Salamanca creí que todos los estudiantes llevábamos la misma vida con pequeñas diferencias.

No era así. Lo comprendí una tarde gracias a Alonso.

—Mañana comeré en un colegio —nos dijo.

Curro levantó la cabeza.

—¿Y eso merece ser anunciado?

—Depende de dónde comáis vosotros.

Miró el plato que tenía delante.

Curro hizo lo mismo.

—Continúa.

—Me ha invitado un conocido. Podéis venir conmigo.

—¿Dan de comer?

—Es lo que acabo de decir.

—Entonces Ginés y yo aceptamos.

—Yo no he dicho nada.

—Precisamente. Temía que estropearas el asunto.

Alonso sonrió.

—No vais por la comida.

—Naturalmente que no —respondió Curro—. Iremos por interés académico —añadió con tono rimbombante.

—Habrá un *acto de conclusión* después.

—¿Un acto?

—Una discusión.

—¿Sobre qué?

—Leyes, en vuestro caso.

Curro dejó la cuchara.

—¿Y para discutir hay que comer antes?

—Conviene.

—Empiezo a comprender por qué los colegios han durado tanto.

Al día siguiente acompañamos a Alonso.

Hasta entonces conocía los colegios sobre todo por sus fachadas, por quienes entraban y salían de ellos y por las historias que había escuchado. Sabía que no todos los estudiantes vivían como Curro y yo. Nosotros teníamos que preocuparnos por el alojamiento, la comida, los libros, la ropa y las monedas. Como contrapartida, buena parte de nuestro tiempo nos pertenecía fuera de las clases.

Los colegiales tenían resueltas algunas de aquellas necesidades y pronto descubrimos lo que daban a cambio.

Lo primero que me sorprendió fue el orden.

Había una hora para comer.
Otra para estudiar.
Otra para regresar.
Hasta la comida obedecía a sus propias reglas.
Se evidenció en cuanto nos sentamos a la mesa.
Esperaba conversación. Después de todo, si había algo que los estudiantes hacíamos con facilidad era hablar mientras comíamos.
Pero nadie hablaba.
Un joven que no vestía como los colegiales comenzó a leer en voz alta un texto piadoso mientras los demás comían en silencio. Miré a Curro. Él me miró.



Esperé.
No ocurrió nada.
Curro continuó comiendo.
Aquello empezó a inquietarme.
Había conocido a Curro hambriento, enfadado, cansado e incluso estudiando, pero nunca lo había visto comer sin decir una palabra.
Se inclinó ligeramente hacia mí.
—¿Siempre comen así? —susurró.
El colegial que estaba frente a nosotros se llevó un dedo a los labios.
Curro volvió a enderezarse.

Aguantó un rato más, después señaló discretamente al lector y miró a Alonso como esperando una explicación.

Alonso acercó apenas la cabeza.

—Es el *familiar semanero*.

—¿Familiar de quién?

Alonso sonrió.

—De nadie.

Curro frunció el ceño.

—Entonces empezamos mal.

—Aquí los llaman *familiares*. Son estudiantes que sirven al colegio a cambio de mantenerse en él.

—¿Y lo de *semanero*?

—Cada semana le toca a uno leer durante la comida.

Curro volvió a mirar al muchacho.

—¿Y qué lee?

—Las Escrituras. Algunas veces, a los Padres de la Iglesia.

—¿Durante toda la comida?

—Toda.

Curro miró su plato.

Por primera vez desde que lo conocía, Curro pareció descubrir que comer podía tener inconvenientes, pero aquella comida me hizo comprender algo distinto: en los colegios, el orden continuaba mucho después de abandonar las aulas.

Curro, por su parte, parecía cada vez más preocupado.

—¿También pueden entrar en vuestro cuarto?

El estudiante que nos acompañaba sonrió.

—Pueden.

—¿Sin llamar?

—Eso no es lo importante.

—Si el cuarto es mío, me parece bastante importante.

—El cuarto no es vuestro, es del colegio.

Curro me miró.

—Otra desventaja.

El colegial se encogió de hombros.

—El rector debe saber qué hacemos —comentó.

—¿También cuando no estáis en clase?

—Sobre todo entonces.

—¿Y qué busca?

—Que estudiemos cuando debemos estudiar. Que no entren mujeres a nuestras habitaciones, que no haya naipes, dados ni otros juegos prohibidos...

—¿Y si los hay?

—Procura que no los haya.

Curro pareció considerar aquella respuesta insuficiente.

—¿Algo más?

—Armas.

—¿Armas?

—También.

Curro dejó de comer.

—¿Qué clase de estudiantes sois?

Alonso se rio.

—Los mismos que vosotros.

—A mí nadie me ha buscado un arma debajo de la cama.

—Todavía.

Curro me miró.

—No me gusta cómo ha dicho eso.

A mí me divertía verlo descubrir que la comodidad que tanto había admirado al llegar tenía un precio. Hasta aquella mañana había contemplado el colegio como un lugar donde otros estudiantes recibían aquello que nosotros teníamos que procurarnos por nuestra cuenta. Ahora empezaba a comprender la otra mitad.

El colegio alimentaba, alojaba y reunía a sus estudiantes, pero también ordenaba una parte de sus vidas que nosotros decidíamos por nosotros mismos.

—Entonces, ¿a qué hora podéis salir?

—Cuando está permitido.

—¿Y regresar?

—Antes de que cierren la puerta con llave.

—¿Siempre?

—Para regresar más tarde necesitamos permiso.

Curro negó lentamente con la cabeza.

—No.

—¿No qué?

—La comida no compensa tanto.

—Hace un momento sí.

—Hace un momento no sabía todo esto.

—También tenemos ventajas.

—Eso espero.

Alonso terminó de comer.

—Una de ellas la vais a conocer ahora.

—¿Otra comida?

—No.

Curro perdió inmediatamente parte del interés.

—Después de comer nos reunimos por facultades.

—¿Para qué?

—Para discutir.

Curro levantó la cabeza.

—¿Discutir?

—Cuestiones de nuestros estudios.

—Ah.

—¿Eso tampoco os interesa?

—Mucho menos que otra comida.

Nos levantamos poco después.

Los estudiantes comenzaron a separarse en pequeños grupos. No lo hacían al azar. Los de una misma facultad se buscaban entre ellos y se dirigían a la habitación del más antiguo.

Nosotros fuimos con los de Leyes. Curro se me acercó mientras caminábamos.

—Primero os hacen comer sin hablar y después os obligan a discutir.

—Parece equilibrado.

—Parece que no saben lo que quieren.

Entramos en la habitación.

Lo primero que me llamó la atención fue que no había allí ningún maestro.

Tampoco una cátedra desde la que alguien fuese a explicarnos qué debíamos pensar.

Éramos estudiantes.

Uno de los colegiales más antiguos propuso la cuestión y comenzó el acto.

Al principio pensé que aquello no sería muy diferente de las disputas que ya conocíamos. Me equivocaba.

Uno de los colegiales planteó una cuestión relacionada con lo que habíamos estudiado aquella semana. Otro comenzó a responder. Esperé que defendiera su posición y que, cuando terminara, alguien se levantara para oponerse a ella, pero no ocurrió así. Apenas había pronunciado unas frases cuando uno de los presentes lo interrumpió.

—¿Por qué?

El estudiante explicó sus razones.

—Eso no demuestra lo que habéis dicho.

Volvió a intentarlo.

Esta vez fue otro quien encontró una dificultad.

—Si aceptamos eso, tendríamos que aceptar también...

Y expuso una consecuencia que el primero no había previsto.

Comenzaron a intervenir unos y otros.

No había turnos claros. Tampoco parecía que nadie tuviera asignada la obligación de vencer a los demás. Una respuesta conducía a una objeción y ésta a otra pregunta. A veces alguien conseguía sostener lo que había afirmado. En otras tenía que corregirlo. Y en alguna ocasión terminaba defendiendo algo bastante distinto de lo que había dicho al principio.

Miré a Curro.

Estaba atento, eso también era extraordinario.

—¿Qué? —susurró.

—Nada.

—Me estabais mirando.

—Me sorprende que llevéis tanto tiempo callado.

—Estoy esperando.

—¿A qué?

—A que digan algo equivocado.

No tuve que esperar mucho para descubrir qué pensaba hacer cuando ocurriera.

Uno de los colegiales formuló una afirmación y Curro se removió a mi lado. Lo conocía demasiado bien.

—No —murmuré.

—¿No qué?

—Lo que estáis pensando.

—No sabéis lo que estoy pensando.

—Vais a hablar.

—Naturalmente.

—No sois colegial.

Curro miró a Alonso.

—¿Puedo?

Alonso sonrió.

—Si tenéis algo que decir.

—Lo tengo.

—Eso no significa que debáis decirlo —le advertí.

Ya era tarde.

—Eso no se sustenta con lo expuesto antes —dijo Curro.

Las voces cesaron. Varias cabezas se volvieron hacia nosotros. Curro tragó saliva. Por primera vez desde que lo conocía pareció comprender que quizás hubiera sido mejor permanecer callado, pero solo le duró un instante.

El colegial que había hablado lo miró.

—¿No?

—No.

—Demostradlo.

Curro me miró.

Yo sonreí.

—Ahora es vuestro turno.

Y empezó a hablar.

Lo interesante fue precisamente que no consiguió defender su objeción. Después de varias preguntas terminó reconociendo que había pasado por alto algo importante.

Esperaba verlo molesto. En cambio, se quedó pensando.

—Tenéis razón —dijo finalmente.

Aquello me sorprendió bastante más que verlo callado durante la comida.

Pero la discusión no terminó.

Otro estudiante recogió la objeción de Curro y la formuló de una manera distinta. Esta vez la respuesta no fue tan sencilla.

Intervino un tercero.

Después Alonso.

Yo también acabé hablando.

Cuando quise darme cuenta había olvidado que éramos invitados.

Durante un buen rato solo hubo una cuestión y un grupo de estudiantes intentando encontrar hasta dónde podía sostenerse cada respuesta.

Nadie nos explicó la solución.

Nadie la escribió en una pizarra.

Nadie dijo siquiera que hubiéramos llegado a ella.

Cuando el acto terminó, salí de aquella habitación con menos certezas de las que tenía al entrar y, sin embargo, sabía más.

—Eso no tiene sentido —dijo mi nieto.

—A mí tampoco me lo pareció entonces.

—Si sabías más, tendrías que tener más respuestas.

—Eso creía yo.

—¿Y no?

—A veces aprender consiste en descubrir que una respuesta que parecía suficiente no lo era.

Mi nieto permaneció pensativo.

—Entonces también aprendíais equivocándoos.

—Muchísimo. Era una de las cosas que mejor hacíamos.

Sonrió.

—¿Y para eso necesitabais reuniros después de comer?

—No, para equivocarnos nunca necesitamos demasiada organización.

Se rio.

Recordé aquella habitación.

Hasta entonces había pensado que la Universidad estaba sobre todo en las aulas, en los maestros, en los libros y en las lecciones que tratábamos de retener. Aquella tarde comprendí que también podía estar en una habitación llena de estudiantes. Aprendíamos unos de otros.

No porque supiéramos necesariamente más, sino porque otro podía encontrar la pregunta que uno no se había hecho. Y algunas preguntas resultaban más útiles que muchas respuestas.

—¿Y quién ganaba? —preguntó mi nieto.

—¿Quién ganaba qué?

—La discusión.

—A veces uno. A veces otro.

—Entonces se trataba de ganar.

—Eso creíamos.

—¿Y no?

—Con el tiempo comprendí que no siempre era lo más importante.

Mi nieto esperó.

—Una disputa en la que solo buscas vencer termina cuando el otro se calla. Una en la que intentas comprender puede continuar dentro de ti mucho después —añadí.

Permaneció pensativo por unos instantes.

—Entonces, ¿para qué servía tener razón?

—¿Qué?

—Si lo importante no era vencer, ¿para qué intentabais demostrar que el otro estaba equivocado?

—Acabas de hacer exactamente lo que hacíamos nosotros.

—¿Qué he hecho?

—Encontrar una pregunta donde yo creía haber dejado una respuesta.

Frunció el ceño.

—Pero no me has contestado.

—Eso también ocurría con frecuencia.

—Abuelo.

Me reí.

—Tener razón importaba, ¡naturalmente que importaba! Lo que aprendimos fue que demostrar que otro estaba equivocado no significaba necesariamente que nosotros estuviéramos en lo cierto.

—Entonces podían estar equivocados los dos.

—Y algunas veces todos.

—Eso parece poco útil.

—Al contrario, cuando descubres que ninguna de las respuestas sirve, empiezas a buscar otra.

Mi nieto permaneció unos instantes en silencio.

—Entonces el acto no terminaba cuando salíais de la habitación.

Aquella vez fui yo quien tardó en responder.

—No siempre.

Habían pasado muchos años y todavía recordaba algunas de aquellas discusiones. Algunas continuaban dentro de uno mucho después.

Aquella tarde, sin saberlo, Curro y yo habíamos descubierto una Universidad diferente. No estaba únicamente en las aulas ni dependía siempre de la voz de un maestro. También vivía en aquellas habitaciones donde los estudiantes se obligaban unos a otros a pensar, pero no todo lo que ocurría en los colegios tenía propósitos tan elevados. Eso lo descubrimos poco después. Fue también Alonso quien tuvo la culpa.

Una tarde lo encontramos hablando con dos de los colegas que habíamos conocido durante aquella visita. Era víspera de fiesta y, al acercarnos, alcanzamos a escuchar las últimas palabras de la conversación.

—Entonces esta noche habrá *alcoba*.

Curro se detuvo.

Yo también.

—¿*Alcoba*? —preguntó.

Los otros se miraron.

—*Alcoba*.

Curro volvió la cabeza hacia mí.

—Ginés, estos colegas empiezan a interesarme.

—No creo que sea lo que estás pensando.

—No sabes lo que estoy pensando.

—Por eso me preocupa.

Alonso soltó una carcajada.

—Son naipes.

La decepción de Curro fue inmediata.

—¿Naipes?

—Naipes.

—¿Y por qué demonios los llamáis *alcoba*?

Uno de los colegas bajó la voz.

—Porque no debemos jugar.

Curro tardó un instante en comprenderlo.

—Entonces, cuando decís que vais a una *alcoba*...

—Vamos a jugar.

—¿Y si habláis de naipes?

—No hablamos de naipes.

—Eso parece complicado.

—Solo al principio. Aunque conviene que aprendáis otra cosa.

—¿Cuál?

—Si alguien os invita a una *casa de conversación*, preguntad antes de aceptar.

Curro arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—Porque puede ser una casa donde se juega.

—No parece tan grave.

—No, pero también llaman *casas de conversación* a aquellas donde las mujeres de vida alegre reciben a los hombres a cambio de dinero.

Curro permaneció callado unos instantes.

—Entonces sí conviene preguntar.

—Especialmente vos.

—¿Por qué especialmente yo?

—Porque lleváis toda la tarde entendiendo mal las palabras.

Me eché a reír, Curro no.

—Esta ciudad necesita un diccionario.

—¿Tenéis más palabras como esa?

—Algunas.

—¿También para otros juegos?

—En otros colegios llaman *cabras* a los bolos.

Curro volvió a mirarme.

—*Alcobas* que son naipes y *cabras* que son bolos.

—Eso parece.

—¿Y estudiar cómo lo llamáis?

—Estudiar.

—Una oportunidad perdida.

Nos reímos.

Con el tiempo comprendí que aquel vocabulario tenía bastante menos de inocente de lo que me pareció entonces. Los estudiantes habían creado palabras que les permitían hablar entre ellos sin nombrar lo que las normas les prohibían.

—¿Y con eso engañabais a las autoridades? —preguntó mi nieto.

—No siempre.

—Entonces no servía de mucho.

—Servía para que los estudiantes supieran de qué estaban hablando.

—Pero los demás podían aprenderlo.

—Naturalmente.

—Entonces necesitabais inventar otra palabra.

Lo miré.

—Empiezo a pensar que habrías sido un estudiante peligroso.

Sonrió satisfecho.

Aquella víspera de fiesta regresamos al colegio después de cumplir con las obligaciones del día, en el mesón.

Esta vez no había cuestiones jurídicas que defender ni argumentos que refutar.

En la habitación uno tocaba una guitarra. Otro cantaba. Pronto aparecieron más.

Al principio apenas le prestamos atención, seguíamos hablando. Poco a poco se fueron uniendo todos.

Curro tardó poco.

—No conocéis la letra —le dije.

—Conozco suficiente.

—Acabáis de inventaros un verso.

—Nadie se ha quejado.

—Porque están cantando.

—¡Porque entra bien en esa música!

No cantábamos especialmente bien, pero aquello parecía importar poco. Uno cantaba una estrofa y otro continuaba con otra... bastaba con que mantuviese la métrica si alguno sabía otra estrofa para continuar. No éramos una cuadrilla de músicos. Éramos estudiantes disfrutando una tarde de esparcimiento.

Quizás por eso nadie habría sabido decir en qué momento terminó la música y comenzó el juego. Un estudiante sacó unos naipes, otro unos dados. Curro los vio.

—Esto mejora.

—Hace un momento estabais cantando.

—Una cosa no impide la otra.

—En vuestro caso, quizás debería.

Curro ignoró el comentario y se acercó a la mesa pero entonces alguien dijo desde la puerta:

—Guardad naipes y dados.

El efecto fue inmediato.

Las cartas y los dados desaparecieron con una rapidez que demostraba mucha práctica. Uno recogió las que había sobre la mesa mientras otro escondía el resto. El dinero cambió de manos y, cuando quise darme cuenta, apenas quedaba rastro de la partida.

Curro contempló admirado la operación.

—Eso también requiere estudio.

—Callad —le respondió uno de los colegiales.

—¿Quién viene?

—La ronda del rector.

Curro me miró.

—¿Y qué quiere?

—Comprobar que hacemos lo que debemos.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿En vuestra habitación?

—Ya os lo dije.

Curro pareció recordar entonces nuestra conversación de la primera visita.

No hubo tiempo para más.

La conversación disminuyó hasta casi desaparecer. Los instrumentos, en cambio, permanecieron donde estaban. Aquello me llamó la atención.

—¿Eso no lo escondéis? —pregunté en voz baja.

Uno de los colegiales negó con la cabeza.

—La música no está prohibida.

Poco después entró el rector acompañado por varios colegiales. Era la ronda.

No hizo falta que nadie explicara por qué estaba allí. Recorrió la habitación con la mirada. Era amplia, bien ventilada y limpia. Se percató de que había más escolares que los colegiales y se detuvo ante la mesa, ocupada por libros y apuntes.

Por un momento pensé que descubriría los naipes.

Curro debió pensar lo mismo.

Permanecía tan quieto que resultaba sospechoso.

El rector dirigió los ojos hacia él.

—¿Sois estudiante?

—Sí, señor.

—¿De qué facultad?

—Leyes.

—Entonces aprovechad mejor el tiempo.

Curro asintió con una seriedad que pocas veces le había visto.

El rector continuó la visita.

Esperamos hasta que sus pasos dejaron de oírse.

Curro soltó el aire.

—Definitivamente prefiero el mesón.

—Allí tenéis que pagar la comida —le recordó Alonso.

Curro vaciló.

—No he dicho que la decisión sea fácil.

Las risas devolvieron poco a poco la habitación a su estado anterior.



Comenzaba a caer la tarde cuando nuestros pasos nos llevaban al mesón.
Durante un rato caminamos sin hablar.
Curro fue el primero en romper el silencio.
—He tomado una decisión.
—Eso siempre me preocupa.
—Prefiero ser manteísta.
—Hace unas horas estabas dispuesto a cambiar de vida por un plato de comida.
—He reflexionado.
—¿Sobre la libertad?
—Sobre la ronda.
—Eso se llama libertad.
—Entonces sí. Sobre la libertad.

Al llegar encontramos a varios estudiantes. Uno repasaba unos apuntes. Otro intentaba coser una media con resultados que no parecían augurarle una carrera como sastre. Un tercero contaba unas monedas.

Curro observó la escena.
—Aunque reconozco que la comida sigue siendo un argumento poderoso.
Elegimos una mesa y pedimos vino.
Nadie vino a preguntarnos dónde habíamos estado.
Nadie inspeccionó nuestra habitación.
Nadie comprobó si pensábamos estudiar aquella noche.
Por primera vez reparé en aquellas ausencias.

Hasta entonces me habían parecido naturales.

—¿Qué tal viven los colegiales? —preguntó uno de los muchachos.

Curro respondió antes que yo.

—Bien.

—¿Mejor que nosotros?

—Comen mejor.

—Eso no responde.

—Para mí sí.

Nos reímos.

—También tienen horarios —añadí—. Y obligaciones dentro del colegio. El rector puede visitar sus habitaciones para comprobar qué hacen.

El estudiante que contaba las monedas levantó la cabeza.

—¿Y a cambio comen todos los días?

—Sí.

Miró las monedas que tenía delante.

—No parece mal trato.

Nadie respondió inmediatamente.

Aquella frase cambió la conversación.

Para Curro la comida había sido hasta entonces motivo de broma. Para aquel muchacho no lo era. Empezaba a descubrir que la libertad se veía de manera diferente cuando uno sabía con qué iba a cenar.

Otro estudiante dejó la aguja.

—Yo no cambiaría.

—¿Aunque tuvieras la comida asegurada?

—Aunque la tuviera.

—¿Por qué?

—Porque cuando cierro la puerta de mi cuarto quiero que siga cerrada.

—Eso es porque no sabes coser —dijo Curro mirando la media.

El muchacho se la arrojó a la cabeza.

La discusión continuó.

Y esta vez no hubo un colegial antiguo que propusiera la cuestión. Sin embargo, ahora que lo pienso, aquello se pareció bastante a uno de aquellos actos de conclusión.

¿Qué valía más: la seguridad o la libertad?

—¡La libertad! —exclamó Curro con énfasis.

Lo dijo con tanta rapidez que parecía llevar toda la tarde esperando que alguien formulara la pregunta.

—Eso es fácil decirlo después de haber comido —respondió el estudiante que contaba las monedas.

Curro abrió la boca.

La volvió a cerrar.

Miró hacia mí.

—Tiene razón —dije.

—No os he preguntado.

—Por eso mi opinión es libre.

Alguien se rio.

El muchacho dejó las monedas sobre la mesa.

—Yo también preferiría que nadie entrase en mi habitación pero, si mañana no puedo pagar la comida, ¿de qué me sirve que nadie pueda hacerlo?

—Podéis trabajar —dijo otro.

—Y puedo estudiar. El problema es encontrar tiempo para las dos cosas.

Aquello nos hizo callar.

Todos conocíamos estudiantes que necesitaban ganarse parte de lo que gastaban. También conocíamos a otros para quienes el *ordinario* les traía dinero de sus casas con suficiente regularidad como para no tener que pensar demasiado en él.

La misma palabra, *manteísta*, servía para unos y para otros, pero no significaba que sus vidas fueran iguales.

—Entonces no estáis eligiendo —dije.

El muchacho me miró.

—¿Qué?

—Entre seguridad y libertad. Si necesitáis comer y no tenéis con qué hacerlo, no podéis elegir ninguna de las dos.

Curro apoyó los brazos sobre la mesa.

—Eso es hacer trampa.

—¿Por qué?

—Porque habéis cambiado la cuestión.

—Quizás estaba mal planteada.

—Eso también es hacer trampa.

—No —intervino uno de los otros—. Eso es disputar.

Nos reímos.

Curro negó con la cabeza.

—¡Una tarde entre colegiales y ya os habéis vuelto insoportable!

—Estoy perfeccionando mi educación.

—Pues antes me gustabais más.

La discusión continuó. Uno sostenía que la seguridad permitía precisamente ser libre, porque quien tenía cubiertas sus necesidades podía decidir mejor qué hacer con su tiempo. Otro decía que ninguna comodidad compensaba vivir sujeto a horarios y a una autoridad capaz de entrar en la propia habitación.

Curro continuó defendiendo la libertad; el muchacho de las monedas, la seguridad.

Yo cambié de opinión varias veces.

Entonces ocurrió algo que ninguno de nosotros advirtió: habíamos salido del colegio, pero el acto de conclusión había salido con nosotros.

Ya no había un colegial antiguo que propusiera la cuestión. Tampoco una habitación destinada a discutirla. Estábamos en un mesón, alrededor de unas mesas, hablando de comida, dinero y puertas cerradas.

Pero hacíamos exactamente lo mismo.

Una respuesta encontraba una objeción.

La objeción obligaba a formular otra pregunta.

Y la pregunta terminaba cambiando aquello que creíamos saber.

La Universidad nos había enseñado algo sin que nos diéramos cuenta: disputar había empezado a convertirse en una manera de pensar.

—¿Y quién tenía razón? —preguntó mi nieto.

—Todos.

—Eso no puede ser.

—Entonces ninguno.

—Eso tampoco.

—Por eso seguimos discutiendo.

Me miró con impaciencia.

—Tú habrás pensado después en ello.

—Muchas veces.

—¿Y todavía no sabes qué vale más?

Negué lentamente.

—Aprendí que depende mucho de quién formule la pregunta.

—No entiendo.

—Para quien tiene asegurado el pan, la libertad puede consistir en que nadie le diga a qué hora debe regresar a casa. Para quien no sabe si podrá comer al día siguiente, quizás empiece por otra cosa.

—Por tener comida.

—Por no depender de que otro decida si puede tenerla.

Mi nieto permaneció pensativo.

—Eso también es libertad.

—Sí.

Aquella respuesta me habría costado mucho más encontrarla cuando tenía tu edad, quizás porque entonces todavía buscábamos respuestas que sirvieran para ganar las discusiones.

Colegial y *manteísta* significaban mucho más, determinaban buena parte de la vida del estudiante y, sobre todo, representaban dos maneras distintas de entenderla.

La sotana nos podía hacer parecer iguales desde lejos, pero, de cerca, la Universidad estaba llena de diferencias. Quizás por eso tardé tanto en advertir hasta qué punto nuestra ropa hablaba de nosotros antes de que abriéramos la boca.

—¿La ropa?

—También.

—Pero todos erais estudiantes.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué importaba tanto?

Miré la sotana.

—Porque en aquel mundo casi nada era enteramente nuestro.

Mi nieto frunció el ceño.

—No lo entiendo.

Sonreí.

—Yo, a tu edad, tampoco.

Capítulo 9. San Lucas

Al día siguiente descubrí que la Universidad también se preocupaba por cómo vestíamos.

—Tenemos que ir a ver al Juez de la Universidad —dijo Alonso.

Curro levantó la cabeza del desayuno.

—¿Qué hemos hecho?

—Todavía nada.

—Entonces esperemos.

—No os buscan para castigaros.

—Eso es precisamente lo primero que pensaría alguien si llegan a buscarlo.

Alonso me miró.

—¿También vos pensáis discutir?

—No, antes quiero saber para qué vamos.

—Para que comprueben que vais *arreglados de traje*.

Miré mi sotana.

—¿Y para eso necesitamos un juez?

—Para eso también.

Curro dejó el pan sobre la mesa.

—Empiezo a comprender por qué esta Universidad necesita tantos doctores.

—Antes de San Lucas debéis llevar vuestra cedulilla.

—¿Qué cedulilla?

—La que dice que vais *arreglados de traje*.

Curro me miró.

—Ginés.

—¿Qué?

—Creo que hemos encontrado una cosa que todavía no nos habían pedido para ser estudiantes.

—Dadles tiempo.

Alonso suspiró.

—Terminad de desayunar.

Curro miró el trozo de pan que tenía en la mano.

—Eso sí sé hacerlo sin permiso de la Universidad.

—Todavía —dije.

Alonso negó con la cabeza y salió a esperarnos.

Poco después estábamos en la calle. Hacía frío y me embocé con el manteo nada más salir. Curro hizo lo mismo. Hasta aquella mañana no había pensado demasiado en la manera de llevarlo. Me lo ponía porque era el abrigo que me correspondía y porque, a aquellas horas, el frío salmantino daba pocas razones para prescindir de él.

Ahora, sabiendo que alguien debía certificar que iba *arreglado de traje*, empecé a observar el número de estudiantes que nos encontrábamos.

—¿Qué miráis? —preguntó Curro.

—La manera en que llevan el manteo.

Curro se miró el suyo.

—¿Lo llevo mal?

—No lo sé.

—Entonces dejad de mirarme, que conseguiréis que piense que sí.

Alonso nos oyó.

—No se trata solamente del manteo.

—¿También van a decirnos cómo llevar la sotana? —preguntó Curro.

—Se trata de que vistáis como corresponde.

Miré mi ropa.

—Ya vestimos como estudiantes.

—Por eso os darán la cedula.

—Entonces ¿para qué necesitamos que nos lo digan?

Alonso se volvió hacia nosotros mientras continuaba andando.

—Porque una cosa es que vos creáis que vestís como estudiante y otra que la Universidad reconozca que lo hacéis.

Aquella respuesta me recordó demasiado a la matrícula.

Yo había llegado a Salamanca pensando que bastaba con venir a estudiar para ser estudiante. Después había descubierto que había que matricularse, prestar juramento y entrar en una jurisdicción que hasta entonces ni siquiera sabía que existía. Ahora resultaba que tampoco bastaba con ponerse sotana y manteo.

—Para ser estudiante hacen falta demasiadas personas que confirmen que uno lo es — dije.

Alonso sonrió.

—Empezáis a entender la Universidad.

Curro señaló mi manteo.

—Pues espero que quien tenga que confirmarlo no sea muy exigente. Este ha pasado la noche en lugares poco académicos.

Lo miré.

—El vuestro lo acompañó.

—Sí, pero el mío se comportó mejor.

—Vuestro manteo no tuvo que soportaros a vos.

Alonso soltó una carcajada.

—Si habéis terminado de discutir por vuestra ropa, daos prisa.

Continuamos andando.

La conversación me llevó a pensar en otra cosa que hasta aquel momento me había pasado inadvertida. Hasta entonces había considerado que la sotana y el manteo eran parte de la vida que había venido a encontrar en Salamanca. En mi casa todos sabíamos que tendría que llevarlos y nadie había encontrado en ello nada extraordinario. Era, simplemente, el traje del estudiante. Pero no era tan sencillo.

Si la Universidad exigía que antes de comenzar el curso alguien certificara que íbamos *arreglados de traje*, aquella ropa no podía ser solamente una costumbre. Formaba parte de las obligaciones que habíamos aceptado al convertirnos en miembros de la Universidad.

—Alonso.

—¿Qué?

—¿Y si alguien no va arreglado de traje?

Se volvió hacia mí.

—Entonces no tendrá la cedula.

Era una respuesta tan evidente que me arrepentí de haber preguntado.

Curro no dejó pasar la oportunidad.

—Cada día hacéis preguntas mejores.

—Quería saber qué ocurre después.

—Eso ya es otra pregunta —dijo Alonso.

—Y bastante mejor —añadió Curro.

—Callaos los dos.

Alonso sonrió.

—Lo importante para vosotros es que la tengáis antes de San Lucas.

San Lucas... llevábamos oyendo aquel nombre desde mucho antes de llegar a la ciudad.

Mi padre había calculado el viaje pensando en ese día; habíamos oído hablar de él al arriero, a estudiantes, a mesoneros y hasta lo habíamos encontrado en aquel refrán que anunciaba nuestra llegada de una manera bastante menos honorable de lo que yo habría deseado.

Y ahora estaba a punto de llegar.

Durante días habíamos hablado del comienzo del curso como de algo que todavía quedaba por delante. Habíamos tenido tiempo para buscar alojamiento, conocer estudiantes, jugar a las cartas, recorrer Salamanca y descubrir lugares que, al menos en mi caso, habría preferido que mi padre no supiera que había descubierto.

Todo aquello había sido posible porque todavía no habían empezado las clases.

Al día siguiente dejaría de ser cierto.

—¿Y qué tenemos mañana? —preguntó Curro.

Miré a Alonso.

—Clases.

—Eso ya lo sé. Pregunto cuáles.

Alonso nos miró como si acabara de recordar que, pese a todo lo ocurrido desde nuestra llegada, todavía no habíamos entrado una sola vez en un aula como estudiantes.

—Sois de Leyes. Tendréis que empezar a acostumbraros a la Universidad.

—¿A qué hora?

—Temprano.

Curro frunció el ceño.

—Eso no es una hora.

—Cuando os toque *Prima*, descubriréis que lo es.

—¿Prima?

—La primera lección de la mañana.

Curro me miró.

—¿Antes o después de desayunar?

—¿Eso es lo que más os preocupa?

—A esta hora, sí.

Alonso negó con la cabeza.

—Será mejor que os acostumbréis. Las clases siguen sus horas y no las vuestras.

Hasta entonces la Universidad había sido para nosotros una sucesión de obligaciones que parecían no tener demasiado que ver con estudiar: matricularnos, prestar juramento, vestir como correspondía, encontrar alojamiento y aprender hasta dónde llegaba aquel fuero del que ni siquiera conocíamos la existencia antes de llegar a Salamanca.

Sin embargo, para eso habíamos venido. Para estudiar Leyes.

—¿Y qué hacemos cuando lleguemos? —pregunté.

Alonso me miró con cierta extrañeza.

—Entrar, buscar sitio en un banco y escuchar al catedrático.

Curro dejó de sonreír.

—No hacía falta recordar eso.

—Y procurad llegar con tiempo.

La víspera de San Lucas parecía haber aumentado el número de estudiantes en las calles. Algunos caminaban solos; otros, en grupos. Había muchachos que aparentaban nuestra edad y hombres a los que, de no haber llevado sotana y manto, jamás habría tomado por estudiantes.

—¿Todos esos van a clase mañana? —pregunté.

Alonso siguió mi mirada.

—Algunos.

—¿Algunos?
—Estar matriculado y estudiar no siempre son la misma cosa.
Curro sonrió.
—Eso empieza a gustarme más.
—No debería. Vos habéis venido a estudiar.
—Mi padre también lo piensa.
—Y el mío —dije.
Alonso se detuvo.
—La Universidad también.
Curro perdió la sonrisa.
—Eso es peor.
—Mucho peor. Vuestro padre está en Sevilla, la Universidad está aquí.
Reanudamos la marcha.
—Hay estudiantes que llevan tantos años matriculándose que uno acaba preguntándose si pretenden terminar alguna vez —continuó Alonso—. Los hay que conocen mejor los *garitos* que las aulas y que aprecian bastante más el amparo del fuero que las lecciones de sus catedráticos.
—¿Y nadie los echa? —pregunté.
—A algunos sí. A otros cuesta más demostrarles que no estudian nada. Y siempre encuentran la manera de parecer estudiantes cuando conviene.
Curro se volvió hacia mí.
—*Garito*, en germanía, también es sinónimo de burdel.
Lo miré.
—Acabamos de llegar y ya conocemos escolares a los que podemos aspirar a parecernos.
Alonso comentó:
—Mañana, cuando entréis en la Universidad, procurad recordar una cosa.
Esperamos.
—¿Cuál? —pregunté.
—Que llevar sotana y manteo hace que todos parezcáis estudiantes. Lo que hagáis después de entrar es lo que demuestra si lo sois.
Seguimos andando mientras Alonso nos explicaba algunas cosas que, según él, convenía saber antes de sentarse por primera vez en un aula.
—Y recordad lo que os he dicho: llegad con tiempo.
—Eso ya lo habéis dicho —protestó Curro—. Lo que no habéis dicho es por qué.
—Porque los mejores sitios no estarán esperando a que lleguéis.
—¿Qué tienen de mejores?
—Los bancos más próximos a la cátedra. Desde allí escucharéis mejor.
Curro pareció tranquilizarse.
—Entonces madrugamos y asunto resuelto.
Alonso sonrió.
—Vos sí.
—¿Y Ginés?
—Ginés también.
—Entonces no entiendo la sonrisa.
—Porque mañana quizás veáis llegar después que vosotros a algún estudiante cuyo sitio lleva ocupado desde mucho antes.
Curro frunció el ceño.
—Si el banco está ocupado, no podrá sentarse.
—Puede, si quien lo ocupa se levante a su llegada.
Nos miramos.
—¿Y por qué iba a hacerlo?
—Porque no estaba allí para escuchar la lección, sino para guardarle el sitio.
—¿Un amigo?
—Un criado.

Curro tardó un instante en responder.

—¿Hay estudiantes que mandan a un criado a clase para que les guarde el banco?

—Los hay que pueden permitirse cosas que vosotros no podéis.

Aquello me hizo pensar de nuevo en lo poco que ocultaban nuestras bolsas y lo mucho que ocultaban, en cambio, la sotana y el manteo. En la calle podíamos parecer iguales. Bastaba entrar en un aula para que empezaran a aparecer las diferencias.

Curro volvió la cabeza hacia Alonso.

—¿Y el criado también es estudiante?

—Puede serlo. Muchos estudiantes sin dinero trabajan como criados de otros que tienen de sobra.

—¿Y mientras guarda el sitio escucha la lección?

—Si quiere, puede aprovecharla.

—Entonces estudia por los dos.

Alonso sonrió.

—¿Y cuando llega su señor? —pregunté.

—Se levanta y le deja el sitio.

Curro negó lentamente con la cabeza.

—De modo que uno llega antes, guarda el banco, escucha al catedrático y después tiene que levantarse para que se siente otro.

—Para eso le sirve.

—Espero que le pague bien.

—A veces basta con que le dé cama, comida y algo de ropa.

Curro dejó de sonreír.

Aquello lo entendía mejor que yo.

—Entonces también hay estudiantes que trabajan para poder seguir siendo estudiantes— dije.

—Muchos —respondió Alonso.

Curro guardó silencio unos pasos.

—Eso sí lo entiendo.

No hizo falta preguntarle por qué. Desde hacía pocos días, dos tardes de cada semana dejaba de ser solamente estudiante para cargar leña, mover provisiones y hacer cuanto necesitara la mesonera a cambio de poder pagar su alojamiento.

—Pero mañana —añadió Alonso— ninguno de los dos tendrá a nadie que le guarde el sitio.

Curro no dijo nada. Tampoco hacía falta.

—¿Y qué tenemos que llevar? —pregunté.

—Con qué escribir.

—Eso parece poco —dijo Curro.

—Cuando empecéis a llenar papel dejará de parecéroslo.

—¿Tenemos que copiar lo que diga el catedrático?

—Tendréis que tomar apuntes. Otra cosa es que consigáis seguirle.

—¿Habla muy deprisa?

—Depende del catedrático. Y de vuestra mano.

Curro se miró los dedos.

—La mía trabaja mejor con los naipes.

—Eso ya lo sabemos —dije.

—Cada cual aprovecha los talentos que Dios le ha dado.

Alonso volvió la cabeza.

—Mañana procurad descubrir si os ha dado alguno para las Leyes.

—Para eso hemos venido —respondí.

Al decirlo advertí que era la primera vez desde nuestra llegada que aquella frase significaba realmente algo. Habíamos recorrido caminos, sufrido novatadas, prestado juramento, buscado alojamiento, conocido garitos y aprendido algunas cosas de Salamanca que jamás aparecerían en un libro. Pero todavía no habíamos escuchado una sola lección.

Curro debió de pensar algo parecido.

—¿Y entenderemos al catedrático?

—Eso espero.

—No me tranquiliza.

—Sabéis latín.

—Sé bastante latín para haber llegado hasta aquí.

Alonso sonrió.

—Mañana averiguaremos si también sabéis bastante para quedaros. La respuesta me hizo pensar en los libros que tendríamos que manejar, en las palabras que habría que entender y en todo cuanto hasta entonces había quedado oculto detrás de aquella sencilla afirmación: *voy a Salamanca a estudiar Leyes*. Curro, en cambio, parecía preocupado por algo más inmediato.

—¿Cuánto dura una lección?

—Las de Prima, hora y media.

Curro se detuvo.

—¿Hora y media escuchando al mismo hombre?

—Sí.

—¿Y sin poder salir?

Alonso lo miró.

—Habéis venido a estudiar, no a entrar y salir de las aulas cuando os apetezca.

—Preguntaba por saber hasta dónde llega mi vocación.

—Mañana lo averiguaremos —dije.

Curro reanudó la marcha.

—Espero que llegue hasta el final de la lección.

—Debe llegar —respondió Alonso—. No basta con entrar en el aula. Hay que permanecer en ella hasta que el maestro termine.

—Cada vez añadís más condiciones.

—¡Y todavía no habéis empezado!

—Eso es lo que más me preocupa.

—¿Habrá descanso entre una lección y otra? —pregunté.

—Tendréis que pasar de una estancia a otra cuando corresponda...

Curro suspiró.

—Por fin algo que se me da bien.

—¿Qué?

—Andar. Para eso venimos bien preparados desde Murcia.

—Vos desde Sevilla —le recordé.

Alonso volvió a negar con la cabeza.

—Mañana intentad hablar menos y escuchar más.

—¿También está prohibido hablar?

—Durante la lección debéis guardar silencio. Y no se os ocurra reiros, interrumpir al catedrático ni alborotar el aula.

Curro me miró.

—Ginés, creo que Alonso acaba de descubrir la única parte de los estudios para la que no estoy preparado.

—Eso explica muchas cosas —dije.

Curro iba a responder, pero Alonso levantó una mano.

—Guardadlo para mañana. Quizás después de hora y media de silencio descubráis que también podéis sobrevivir sin decir la última palabra.

—¿Y si tengo alguna duda?

—Entonces habrá ocasión de preguntar, discutir y argumentar. No toda la enseñanza consiste en escuchar.

Aquello me interesó.

—¿Discutir con el catedrático?

—No confundáis discutir con llevarle la contraria. En Leyes tendréis que aprender a sostener una cuestión, encontrar argumentos y responder a los del contrario.

Curro sonrió.

—Eso se me dará mejor.

—No estoy seguro —dije—. Para argumentar primero hay que saber de qué se habla.

—Nunca os ha impedido hacerlo.

Alonso soltó una carcajada.

—Pues empezad por aprender a escuchar. Ya tendréis ocasión de demostrar cuánto sabéis hablar.

Continuamos caminando.

—¿Las lecciones son en latín? —pregunté.

—Sí.

Curro dejó escapar un suspiro.

—Hora y media, sin salir, sin hablar y en latín.

—Vais comprendiendo.

—Estoy empezando a echar de menos la matrícula.

—No dijisteis eso cuando os matriculasteis.

—Porque todavía no sabía lo que venía después.

Yo sonreí, pero la mención del latín me preocupaba más de lo que quería reconocer. Una cosa era haberlo estudiado y otra muy distinta seguir durante hora y media el razonamiento de un catedrático de Leyes sin perderse por el camino.

—¿Y si no entiendo algo? —pregunté.

Alonso se encogió de hombros.

—Entonces haréis lo que hacen los demás.

—¿Qué?

—Intentar entenderlo después.

Curro pareció meditarlo.

—Eso también sé hacerlo.

—¿Entender las cosas después?

—No entenderlas y esperar.

Alonso soltó una carcajada.

—En ese caso lleváis parte del camino hecho.

Seguimos andando, pero yo continué pensando en lo que nos había contado sobre los criados. Hasta aquella mañana los había considerado parte de la riqueza de otros: hombres que llevaban cosas, hacían recados o evitaban a sus señores trabajos que podían pagar para no hacer. No había pensado que alguno pudiera vestir, como nosotros, sotana y manteo; estar matriculado en la misma Universidad y sentarse en los mismos bancos.

—Ese criado del que hablabais —pregunté—. El que guarda el sitio, ¿puede también estudiar Leyes?

—Claro.

—Entonces mañana podría estar sentado a nuestro lado.

—Podría.

—Hasta que llegue su señor —dijo Curro.

Alonso lo miró.

—Hasta que llegue su señor —repitió Alonso.

Curro guardó silencio.

—No me gusta —dijo finalmente.

—¿El qué?

—Que un estudiante tenga que levantarse para que se siente otro.

—Es su criado.

—También es estudiante.

Alonso tardó un momento en responder.

—Una cosa no impide la otra.

—Precisamente.

Lo dijo sin el tono de broma que empleaba casi siempre. Comprendí por qué. Curro descargaba leña, movía provisiones y ayudaba a la mesonera para pagar una parte de nuestro

alojamiento. Pero cuando terminaba, volvía a ser simplemente Curro. Nadie podía entrar en un aula y ordenarle que se levantara de su banco porque le daba de comer.

—No todos pueden elegir cómo mantenerse en Salamanca —dijo Alonso.

Curro siguió caminando.

—Eso ya lo sé.

Ninguno añadió nada.

Al cabo de unos pasos, Curro miró de reojo a Alonso y le preguntó:

—¿Y si viene alguien a decirme que es suyo?

—Dependerá de quién sea.

—El banco seguirá siendo el mismo.

—Pero quien os lo pida puede no serlo.

Curro sonrió otra vez, aunque no de la misma manera.

—Ahora sí empezáis a explicarme cómo funciona la Universidad.

Aquella noche me acosté pensando que al día siguiente escucharíamos nuestra primera lección de Leyes. Todavía creía que lo primero que aprenderíamos estaría en boca del catedrático.

Dormí peor de lo que esperaba. No porque hubiera ruido en el mesón ni porque Curro roncara más que otras noches. Me desperté varias veces con la sensación de que llegábamos tarde a una clase que todavía no había comenzado. La última vez ya no volví a dormirme.

—Curro...

No respondió.

—Curro —insistí y se giró hacia la pared.

—Si ha llegado la Universidad, decidle que espere —respondió.

—Alonso dijo que llegáramos temprano.

—Alonso dice muchas cosas.

—También dijo que los buenos sitios se ocupan pronto.

Eso consiguió que abriera los ojos.

—¿Qué hora es?

—No lo sé.

—Entonces ¿cómo sabéis que es temprano?

—Porque todavía está oscuro.

Se incorporó.

—En Sevilla eso no es una hora.

—En Salamanca parece que sí.

Nos vestimos casi a oscuras. La sotana estaba fría. Me la puse deprisa y después me envolví en el manteo mientras Curro buscaba una media que juraba haber dejado junto a la cama.

Abajo conseguimos comer algo antes de salir. Curro quiso llevarse otro pedazo de pan.

—¿También vais a guardar sitio para él? —pregunté.

—No, viene a estudiar conmigo.

Cuando salimos, el frío terminó de despertarnos.

Por las calles caminaban otros estudiantes en nuestra misma dirección. Algunos iban deprisa; otros parecían haber repetido aquel trayecto tantas veces que podían hacerlo todavía medio dormidos. Sotanas y manteos volvían a producir aquella apariencia común que había observado el día anterior.

Pero ahora sabía que debía mirar mejor.

Al llegar a la Universidad entramos en las Escuelas Mayores siguiendo a otros estudiantes y atravesamos el patio. A aquellas alturas empezaba a reconocer algunos lugares, aunque todavía ignoraba para qué servían muchas de las puertas que se abrían a nuestro alrededor.

Alonso señaló hacia el lado que daba a la Catedral.

—Por allí están los *generales* de Medicina y Leyes.

Seguí la dirección de su mano.

—¿También estudiaremos allí?

—En alguno de ellos. La Puerta de las Cadenas de las Escuelas Mayores queda en ese lado, hacia la Catedral, entre los dos.

Curro miró hacia el lado opuesto del patio.

—¿Y allí?

—También hay un *general* de Leyes que llaman de Digesto Viejo.

—¿Un *general*?

—Un aula. En la Universidad llaman *generales* a las salas donde se imparten las clases. Curro contempló las puertas que se abrían alrededor del patio.

—Empiezo a sospechar que antes de estudiar Leyes tendremos que aprender cómo se llaman los sitios donde se estudian.

—Ya habéis empezado.

—¿Y cuántos sitios hacen falta para estudiar las mismas leyes?

Alonso echó a andar.

—Cuando llevéis aquí algún tiempo descubriréis que hay muchas más leyes que sitios donde estudiarlas.

Lo seguimos. Buscamos el aula que nos correspondía y, cuando la encontramos, comprendí por qué Alonso había insistido tanto en que madrugáramos.

Ya había estudiantes dentro.

—Nos han engañado —murmuró Curro.

—¿Quién?

—Todos. Dijeron que las clases empezaban hoy. Algunos parecen llevar aquí desde ayer. Recorrimos con la mirada los bancos.

—Allí.

Encontramos dos buenos lugares y nos sentamos juntos.

Curro apoyó las manos sobre el banco.

—¡Nuestro!

—Hasta que llegue alguien importante.

—Entonces será todavía más nuestro.

Lo miré.

—Prometisteis escuchar.

—La clase no ha empezado.

Seguían entrando estudiantes. Algunos buscaban sitio; otros parecían saber exactamente dónde dirigirse. Hubo saludos, bancos donde los escolares se apretaban para admitir a uno más y conversaciones que se cruzaban mientras esperábamos al catedrático.

Entonces reparé en un muchacho sentado unas filas por delante.

No parecía mucho mayor que nosotros. Tenía preparado el material de escribir y, a su lado, había colocado otras cosas que evidentemente no necesitaba para sí.

—Curro.

—¿Qué?

Señalé discretamente.

—Creo que ese es uno de los que decía Alonso.

Curro lo miró.

—¿Un estudiante?

—Un criado.

—Puede ser las dos cosas.

Recordé inmediatamente la conversación del día anterior.

El muchacho hablaba con el estudiante que tenía al lado y de vez en cuando miraba hacia la entrada. No parecía estar esperando al catedrático.

Esperaba a otra persona. La reconoció en cuanto apareció. Un estudiante entró sin ninguna prisa. Llevaba, como nosotros, sotana y manteo. Desde lejos no había nada en su traje que explicara por qué varias personas lo saludaron al pasar.

El muchacho del banco se puso en pie.

Recogió solamente una parte de lo que tenía delante, la otra quedó en el sitio.

El recién llegado se sentó.

Curro dejó de sonreír.

—Así que era verdad.

El criado permaneció un momento de pie mientras su señor acomodaba sus cosas. Después buscó dónde sentarse.

Ya quedaban menos sitios.

Encontró uno bastante más atrás.

—Ha llegado antes que nosotros —dijo Curro.

—Sí.

—Y ahora se sienta peor.

No respondí.

A nuestro alrededor continuaban las conversaciones, pero yo seguí mirando al muchacho mientras se acomodaba en su nuevo banco y preparaba con qué escribir.

Llevaba la misma sotana.

El mismo manteo.

Estudiaba en la misma Universidad.

Y había madrugado más que su señor para poder cederle el sitio cuando llegara.

Curro apoyó los brazos sobre el banco.

—Ayer dijisteis que vestidos así parecíamos iguales.

—Dije que lo parecíamos a cierta distancia.

Miró hacia delante.

—Pues ya nos hemos acercado bastante.

Alonso nos habló también de otros estudiantes de los que hasta hacía poco se hablaba en Salamanca y fuera de ella: los conocidos como *estudiantes de la tuna*. Formaban cuadrillas de pocas personas en las que la minoría eran verdaderos escolares. Nos dijo que iban harapientos y solían juntarse con mozos pobres para vagar por pueblos y provincias tocando guitarras y panderetas y buscando con qué mantenerse, mientras los estudios quedaban, cuando los había, bastante lejos.

—¿Eran todos pobres? —pregunté.

—No. Los hubo con dinero y hasta de buena familia, que les unían por aventura. También hubo entre ellos licenciados y otros que, por no haberse matriculado el año anterior, no podían matricularse en una Universidad diferente.

Curro sonrió.

—Estudiar sin estudiar.

—Más bien *andar a la tuna* —respondió Alonso—, que era darse a la vida vagabunda y holgazana.

Se decía que algunos acudían también a la sopa que los conventos repartían a los pobres, pero aquello pertenecía ya a un mundo que se acababa. El nuevo plan de estudios de 1845 determinó la desaparición de aquella costumbre, y esas cuadrillas eran ya más un recuerdo que perduraba en los pueblos que una parte de la Universidad que nosotros empezábamos a conocer.

Antes de que pudiera responderle, el murmullo del aula comenzó a apagarse.

El catedrático acababa de entrar. Pronto comenzó la lección inaugural del curso, en latín, como disponía la costumbre. Luego supe que las lecciones ordinarias se impartían en español, lo que hacía bastante más fácil seguirlos.

Sus primeras palabras me tranquilizaron. Las entendí. También las siguientes. Durante unos instantes llegué a pensar que mis temores de la víspera habían sido exagerados.

Después las cosas comenzaron a complicarse. Intenté seguir el razonamiento mientras escribía, pero pronto descubrí que ambas cosas no eran tan fáciles de hacer al mismo tiempo. Si atendía, dejaba de escribir; si trataba de recoger una frase completa, cuando levantaba nuevamente la vista el catedrático su exposición había avanzado y necesitaba unos instantes para encontrar el hilo.

Miré a Curro.

Tenía la pluma inmóvil.

—Escribid —le susurré.

—Estoy escuchando.

—También hay que tomar apuntes.

—Si escribo, dejo de escuchar.

Era exactamente lo que me estaba ocurriendo a mí.

Volví la atención hacia la cátedra.

Cerca de nosotros, el estudiante que había llegado tarde parecía tener menos dificultades. Escribía de vez en cuando, sin apresurarse, y durante largos momentos se limitaba a escuchar.

Pensé que estaría acostumbrado.

Entonces alzó la cabeza y buscó con la mirada al muchacho que le había guardado el sitio.

Este se encontraba detrás, inclinado sobre sus papeles.

Escribía.

El otro esperó unos instantes, como si quisiera comprobar algo, y volvió a mirar hacia la cátedra.

Curro me dio suavemente con el codo.

No necesitaba preguntarle qué había visto.

Seguimos escuchando.



Pasó algún tiempo antes de que volviera a fijarme en ellos. Para entonces mis apuntes se habían convertido en una sucesión de frases incompletas, abreviaturas y espacios que esperaba poder llenar después. Los de Curro parecían aún peores.

El criado, en cambio, continuaba escribiendo con tranquilidad.

No intentaba recoger cada palabra. Escuchaba, esperaba y solo entonces escribía.

—Sabe lo que hace —murmuró Curro.

Esta vez no le respondí.

Empezaba a sospechar que tenía razón.

La vestimenta del estudiante que había madrugado para guardarle un buen sitio a otro lo diferenciaba de los demás. No vestía sotana y manteo, sino que llevaba gorra y una capa corta, que

apenas le sobrepasaba las nalgas y que llamaban *ferreruelo*. También llamaba la atención su calzado: llevaba zapatos *de cálceo ferrato*, gruesos y reforzados con hierro, de los que Alonso ya nos había hablado. Eran muchachos pobres que servían a los *estudiantes acomodados*, gente con dinero suficiente para tener criados.

—Un *capigorrón*—murmuré.

Curro siguió mi mirada.

—*Estudiante sin blanca, de criado de estudiante rico va a Salamanca.*

—¿También conocéis ese refrán?

—Ginés, conozco más cosas de las que vos creéis.

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

El *capigorrista*, posiblemente por su práctica, escribía con tranquilidad. No intentaba recoger todas las palabras. Escuchaba, esperaba y solo entonces escribía.

—Sabe lo que hace —murmuró Curro.

El muchacho parecía estar siguiendo la lección mucho mejor que aquel para quien trabajaba.



Miré nuestras sotanas, nuestros manteos, los bancos ocupados por estudiantes que desde la entrada me habían parecido casi iguales.

A cierta distancia lo parecíamos.

Alonso tenía razón, había que entrar en el aula para empezar a descubrir las diferencias.

La lección continuaba. Intenté concentrarme de nuevo, pero seguía siéndome difícil no reparar en lo que ocurría a nuestro alrededor. La igualdad que había creído ver bajo sotanas y manteos empezaba a deshacerse nada más que uno prestaba atención.

Había estudiantes que escribían con rapidez y otros que apenas conseguían seguir la explicación. Algunos parecían conocer ya el modo de aprovechar una lección: escuchaban durante un rato, anotaban unas pocas palabras y volvían inmediatamente la atención hacia la cátedra. Nosotros todavía intentábamos escribir demasiado.

Curro terminó por dejar la pluma.

—¿Qué hacéis? —susurré.

—Escuchar.

—Después no recordaréis nada.

—Ahora tampoco entiendo la mitad.

Tuve que contener una sonrisa.

Volví a mis papeles. Había dejado tantos espacios entre unas frases y otras que comenzaban a parecerme más importantes las ausencias que lo escrito. Cuando finalmente terminó la lección, el catedrático descendió de la cátedra y se rompió casi de inmediato el silencio. Se recogieron los papeles, Hubo ruido de bancos que se movieron y volvieron las conversaciones al aula con una fuerza que parecía compensar el tiempo durante el que habían estado contenidas.

Curro dejó la pluma sobre sus apuntes.

—¿Esto es lo que tendremos que hacer todos los días?

—Hemos venido a estudiar Leyes.

Miró sus papeles.

—Entonces espero que las Leyes sean más claras mañana.

—Quizás seáis vos quien tenga que serlo.

—También puede mejorar el catedrático.

Mientras recogíamos nuestras cosas, el capigorrísta abandonaba su banco. Su señor no se dirigió hacia él, fue el muchacho quien se acercó llevando consigo sus propios papeles.

Curro dejó de guardar los suyos.

—Mirad.

Yo ya estaba mirando.

Aquella mañana habíamos entrado en el aula vestidos como correspondía a estudiantes de Salamanca. Desde cierta distancia, las sotanas y los manteos podían hacer menos visibles muchas diferencias pero bastaba acercarse para que algunas aparecieran.

Salimos con los demás.

Curro caminó unos pasos en silencio, algo bastante raro en él.

—Ginés.

—¿Qué?

—Mañana tenemos que llegar antes.

—¿Para entender mejor la lección?

—No. Para conservar el banco.

—¿Y si viene un *acomodado*?

Curro me miró.

—Que madrugue.

Y continuó andando. Yo fui detrás.

Nuestra primera lección de Leyes había terminado y empezaba a comprender que no todo lo que iba a aprender en Salamanca estaría escrito en los libros.

Al salir de la Universidad encontramos a Alonso esperándonos.

—¿Y bien?

Curro levantó sus papeles como si fueran un triunfo.

—Creo que he escrito una lección distinta de la que ha dado el catedrático.

Alonso los tomó y recorrió las primeras líneas.

—No sería la primera vez.

—¿Se entiende algo?

—Algo.

—Entonces guardadlos. Acaban de aumentar de valor.

Alonso le devolvió los papeles.

—¿Habéis conseguido seguir la lección?

—A ratos —respondí—. Cuando escuchaba, dejaba de escribir. Cuando escribía, perdía lo que venía después.

—Aprenderéis.

Curro señaló hacia la puerta por la que seguían saliendo estudiantes.

—Algunos ya han aprendido.

El capigorrón apareció poco después caminando detrás de su acomodado y llevando parte de sus cosas. Curro esperó a que pasaran.

—Ese ha aprendido bastante.

Alonso siguió su mirada.

—Sí.

—Ha llegado antes que su señor, le ha guardado el sitio y ha seguido mejor la lección.

—Puede ocurrir.

—Y ahora carga con sus cosas.

Alonso se encogió de hombros.

—Para eso le sirve.

Curro lo miró.

—También es estudiante.

—Una cosa no impide la otra.

—Eso dijisteis ayer.

Alonso pareció recordarlo.

—Y sigue siendo verdad.

Curro guardó sus papeles.

—Pues no me gusta más hoy que ayer.

Antes de marcharnos salió por la misma puerta otro estudiante cargando una cesta y un manojo de llaves. Curro lo señaló.

—¿Otro capigorrón?

—No necesariamente —respondió Alonso—. Puede ser un *fámulo*, un estudiante pobre que trabaja como criado para poder mantenerse mientras estudia. Este no sirve a un estudiante, sino a una casa.

—¿Como los *familiares* de los colegios?

—Parecido, tanto que en algunos sitios usan un nombre por otro. No pretendáis que Salamanca sea tan ordenada como sus estatutos.

Volvimos a andar.

Durante unos momentos ninguno dijo nada. A nuestro alrededor los estudiantes se dispersaban. Algunos continuaban hablando de la lección; otros parecían haberla olvidado en cuanto habían salido del aula.

—¿Todos los *acomodados* tienen un criado? —pregunté.

—No, los hay que tienen más de uno, depende de la casa de la que vengan y del dinero que puedan gastar.

Pensé en el Mesón del Estudio, en nuestras monedas contadas sobre la mesa y en Curro descargando leña para poder seguir alojado conmigo.

—Entonces puede haber un estudiante que sirva a otro durante varios años.

—Claro.

Curro sonrió.

—Espero que por lo menos aprenda más que él.

—A veces ocurre.

—Eso debería preocupar al señor.

—Probablemente le preocuparía más tener que llevar sus propias cosas.

Curro soltó una carcajada, había recuperado el buen humor.

—Empiezo a comprender por qué algunos estudian tantos años.

—No saquéis conclusiones después de una sola lección —dijo Alonso.

—No las saco de la lección, las obtengo de los estudiantes.

Seguimos caminando.

Pensé entonces en algo que me había pasado inadvertido hasta aquella mañana. Habíamos hablado de colegiales, manteístas, sopistas, criados y acomodados como si aprender aquellos nombres bastara para comprender la Universidad. Pero los nombres no explicaban por sí solos lo que acabábamos de ver.

Curro y yo éramos manteístas. También lo eran los estudiantes sin beca y con dinero suficiente para vivir en una buena casa y mantener criados. Las diferencias no eran tan sencillas: tampoco la beca significaba necesariamente riqueza o nobleza. Y podía ser estudiante el muchacho que se levantaba de su banco para cedérselo, la Universidad nos reunía a todos.

—Ayer dijisteis una cosa —dijo Curro.

—Digo muchas.

—No tantas como yo, por eso puedo recordarlas.

—¿Cuál?
—Que vestidos así parecíamos iguales.
Miré su sotana y su manteo.
—Dije que lo parecíamos a cierta distancia.
Curro señaló hacia atrás.
—Pues hoy nos hemos acercado demasiado.
Alonso sonrió.
—Mañana os sentaréis otra vez en la misma aula y probablemente volveréis a parecer iguales.
—Hasta que alguien tenga que levantarse —respondió Curro.
Esta vez Alonso no contestó.
Mi nieto llevaba un rato escuchándome sin interrumpir, cosa que a sus años tenía cierto mérito.
—No.
—Pero siempre dices que el traje os igualaba.
—He dicho que nos hacía parecernos.
—No es lo mismo.
—Precisamente.
Se levantó y caminó hasta la ventana. No vestía como habíamos vestido nosotros. La sotana y el manteo pertenecían a una Universidad que conocía por mis recuerdos.
—Entonces ¿qué tenía de importante? —me preguntó.
Tardé en responder.
—Que veías a un estudiante antes de saber quién era rico y quién pobre, quién tenía criados y quién servía a otro, quién era hijo de un noble y quién había llegado contando las monedas.
—Pero después lo descubrías.
—Naturalmente.
—Entonces el traje no cambiaba nada.
—Cambiaba una cosa.
Se volvió.
—¿Cuál?
—El orden.
Frunció el ceño.
—No lo entiendo.
—Ahora, cuando miras a un hombre, su ropa puede decirte muchas cosas antes de que sepas quién es. A nosotros la Universidad nos obligaba primero a parecernos, luego tenías que acercarte para descubrir las diferencias.
—Como hiciste con el capigorrón.
—Sí.
Permaneció pensativo.
—Pero él ni siquiera vestía como vosotros.
—Y por eso pude saber lo que era antes de conocer su nombre. Capa, gorra y aquellos gruesos zapatos decían casi tanto de su lugar en la Universidad como nuestra sotana y nuestro manteo decían del nuestro.
—Entonces la ropa siempre hablaba.
Sonreí.
—¡Mucho más de lo que creíamos!
Miró su propio traje.
—También ahora.
—También ahora.
Volvió a sentarse.
—¿Y qué aprendisteis aquel día de Leyes?
Me eché a reír.
—Muy poco.

—Después de hora y media...

—Después de hora y media había aprendido que mi latín era peor de lo que pensaba, que tomar apuntes era más difícil de lo que parecía y que Curro podía permanecer callado durante una lección entera si una autoridad suficiente lo obligaba.

—Eso último sí parece extraordinario.

—Lo era.

—¿Y del catedrático?

Intenté recordar aquella lección inaugural, las palabras que había conseguido seguir y todas las que se me habían escapado después.

—Del catedrático aprendería muchas cosas con el tiempo.

—¿Y aquel día?

Pensé en el muchacho que había llegado antes que su señor, le había guardado el banco, había escuchado la misma lección desde un sitio peor y había salido cargando con sus cosas.

—Aquel día aprendí más mirando a los estudiantes.

Mi nieto sonrió.

—Eso tampoco aparece en los libros.

—Por eso te lo estoy contando.

Capítulo 10. La vida de estudiante

Los primeros días creí que nunca conseguiría acostumbrarme a levantarme tan temprano. No era solamente el sueño, Salamanca parecía empeñada a demostrarme que estudiar podía empezar mucho antes de abrir un libro. Había que abandonar el calor de la cama, vestirse casi a oscuras y salir a unas calles en las que el frío encontraba con demasiada facilidad cualquier parte del cuerpo que la sotana y el manteo no hubieran cubierto bien.

Curro lo llevaba peor.

—No comprendo por qué las Leyes tienen que aprenderse antes de que salga el sol.

—Porque no las habéis hecho vos.

—Si algún día las hago, la primera será que ninguna pueda explicarse antes de desayunar.

Habíamos aprendido a dejar preparadas nuestras cosas la noche anterior. Al principio aquella precaución nos había parecido excesiva. Después de buscar una pluma en la oscuridad, derramar tinta y llegar una mañana con el tiempo justo, dejamos de discutir su utilidad.

También aprendimos a comer algo antes de salir.

Curro sostenía que un hombre podía enfrentarse al Derecho Romano con muchas carencias, pero no con el estómago vacío.

—No creo que Justiniano pensara en eso.

—Por eso fue emperador y no estudiante.

Asimismo nos percatamos de la importancia de escuchar las campanas. Al principio todas me parecían iguales y apenas sabía distinguir cuál estaba sonando ni si debía preocuparme. Con el tiempo dejaron de ser parte de marco sonoro de la ciudad pues un toque podía recordarnos que era hora de salir, otro que se aproximaba la hora de una clase, y algunos bastaban para que acelerásemos el paso sin necesidad de decirnos nada.

Poco a poco el día comenzó a distribuirse de otra manera. Las clases, las comidas, el estudio y la hora de regresar dividían nuestras jornadas tanto como la salida y la puesta del sol. Salamanca tenía muchos relojes y, para un estudiante, las campanas resultaban difíciles de ignorar.

Salíamos del mesón cuando la ciudad apenas comenzaba a despertarse. Algunas mañanas todavía ardían velas tras las ventanas y encontrábamos criados, trabajadores y estudiantes recorriendo las calles por razones muy distintas. Poco a poco fui reconociendo a quienes caminaban en nuestra misma dirección.

Al principio todos me habían parecido estudiantes, luego empecé a distinguirlos. Estaban quienes avanzaban deprisa, sujetándose el manteo contra el frío; quienes caminaban en pequeños grupos repasando algo que podían necesitar durante la mañana; quienes parecían no tener ninguna prisa porque llevaban suficientes años en Salamanca para saber exactamente cuánto se tardaba en llegar, y estaban los que servían a otros. Desde que había reparado en aquel capigorrón durante nuestra primera lección, los veía de otra manera.

Una mañana alcanzamos a un muchacho que caminaba delante de nosotros cargado con libros y con el recado de escribir. Algo más atrás venía el estudiante al que servía, sin llevar prácticamente nada. Curro observó primero al criado y después al señor.

—Empiezo a pensar que algunos vienen a Salamanca a estudiar y otros a conseguir que alguien estudie por ellos.

—No sabéis si ese hombre estudia.

—No, pero sé quién lleva los libros.

Lo adelantamos.

Curro volvió la cabeza un instante.

—Hay trabajos peores.



Sabía por qué lo decía. Dos tardes cada semana, y alguna más cuando hacía verdadera falta, él seguía descargando leña, moviendo provisiones y haciendo cuanto la mesonera necesitaba para completar la parte del alojamiento que no podía pagar con dinero. Nunca se quejaba, ni tampoco permitía que yo hablara demasiado de ello.

Habíamos encontrado una especie de equilibrio. Por las mañanas éramos dos estudiantes de Leyes. Por las tardes, algunos días, yo seguía siéndolo mientras Curro trabajaba para poder continuar siéndolo a la mañana siguiente. Nunca se lo dije de esta manera, creo que él lo sabía.

Llegar al aula dejó pronto de constituir una aventura. Aprendimos qué bancos convenía buscar, dónde se escuchaba mejor y cuánto había que anticiparse para encontrarlos libres. También descubrimos que madrugar no garantizaba nada cuando otro podía mandar por delante a quien le guardara el sitio. Curro no volvió a discutir por ello, pero tampoco dejó de observarlo.

Yo empecé a sospechar que observaba muchas más cosas de las que decía. La primera lección me había parecido difícil. Las siguientes me demostraron que aquella impresión había sido demasiado optimista. Escuchar al catedrático era solamente el principio, había que comprenderlo y después recordar lo comprendido.

Algunas mañanas conseguía seguir durante bastante tiempo el hilo de la explicación. En otras bastaba una palabra que no entendiera bien, una referencia que desconociera o un razonamiento que se me escapara para que todo cuanto venía después pareciese alejarse de mí.

Intentaba tomar apuntes, ese era otro problema. Si atendía demasiado, no escribía. Si escribía demasiado, dejaba de atender. Durante las primeras semanas llené páginas de frases que comenzaban con claridad y terminaban precipitadamente, palabras abreviadas de maneras que después ni yo mismo conseguía descifrar y espacios en blanco reservados para cosas que estaba seguro de recordar al regresar al mesón. Casi nunca las recordaba. Curro había desarrollado otro método. Escribía menos.

—Os vais a olvidar de la mitad —le advertí una mañana.

—También vos.

—Yo lo estoy apuntando.

—Precisamente.

Me mostró uno de mis papeles.

—¿Qué pone aquí?

Lo miré.

—No lo sé.

—Yo tampoco. Por eso he decidido ahorrar tinta.



Aquella diferencia me pareció demasiado sutil. Todavía no sabía que iba a convertirse en una de las primeras cosas verdaderamente útiles que Curro me enseñaría sobre la vida de estudiante. A pesar de sus bromas, empezó a ocurrir algo que no esperaba: Curro aprendía deprisa.

La lección inaugural nos había hecho sufrir a los dos por ser en latín, pero las lecciones que siguieron fueron otra cosa. En castellano ya no podíamos culpar a la lengua cuando dejábamos de entender al catedrático.

—Casi prefería el latín —murmuró Curro una mañana.

—¿Por qué?

—Porque cuando no entendía algo podía echarle la culpa.

—Ahora también podéis.

—¿Al castellano?

—A vos mismo.

Me miró.

—Empiezo a descubrir que estudiar Leyes tiene muy pocas ventajas.

Sin embargo, cuando comprendía el problema que se estaba discutiendo, Curro encontraba enseguida dónde estaba la dificultad. Una mañana, al salir de una lección, llevábamos varios minutos hablando de una cuestión cuando se detuvo.

—Eso no puede ser.

—Lo acaba de explicar el catedrático.

—No digo que no lo haya explicado, digo que no puede ser.

—¿Por qué?

Me dio una razón.

Le respondí.

Encontró otra.

Cuando quise darme cuenta, llevábamos media calle discutiendo.

—Hace un mes no sabíais siquiera dónde ibais a sentaros —dije.

—Y ahora sé discutir con vos después de clase. Estoy progresando.

—Eso ya lo hacíais antes de llegar a Salamanca.

—Entonces quizás venía mejor preparado de lo que pensábamos.

Fue así como empezamos a descubrir que las lecciones no terminaban cuando el catedrático bajaba de la cátedra.

Continuaban por las calles, durante la comida y algunas noches en el mesón, cuando extendíamos nuestros apuntes sobre la mesa e intentábamos reconstruir aquello que por la mañana habíamos creído comprender. Fue también entonces cuando descubrimos que para estudiar Leyes no bastaba con escuchar a quienes las enseñaban, hacían falta libros.

Habíamos llegado a Salamanca sin ellos. Mi padre había considerado más sensato que comprara allí los que realmente necesitase antes que cargar durante todo el camino desde Murcia con volúmenes que quizás no fueran los adecuados. Eso me había parecido razonable hasta que llegó el momento de pagarlos. El alojamiento costaba dinero. La comida costaba dinero. El papel, la tinta y hasta las plumas terminaban costando dinero y los libros no parecían dispuestos a ser la excepción.

Una noche encontré a Curro contando sus monedas. Ya conocía aquella escena.

—¿Otra vez?

—Las monedas tienen la mala costumbre de desaparecer si uno deja de vigilarlas.

Me senté frente a él.

—¿Cuánto os queda?

Cubrió las monedas con una mano.

—Eso es una pregunta muy personal.

—Dormimos en el mismo cuarto.

—Precisamente por eso debo proteger mi intimidad.

Saqué mi bolsa.

—Tenemos que comprar libros.

Curro dejó de bromear y miró mi bolsa. Después la suya.

—No.

—¿No qué?

—No tenemos que comprarlos todos.

—Los necesitaremos.

—Necesitaremos leerlos, no es lo mismo.

No acababa de ver la diferencia.

—¿Y cómo pensáis leer un libro que no tenemos?

Curro volvió a separar dos monedas que yo había juntado sin darme cuenta.

—Eso es lo que tendremos que averiguar.

—Podemos comprarlos entre los dos.

Levantó inmediatamente la cabeza.

—No.
—¿Por qué?
—Porque vos podéis comprarlos y yo no.
—Precisamente por eso.
—Precisamente por eso, no.
Conocía ya suficientemente a Curro para saber que aquella conversación podía terminar mal.
—Si estudiamos juntos, podemos utilizar los mismos.
—Eso es distinto.
—Es exactamente lo que acabo de decir.
—No, vos habéis dicho que podemos comprarlos entre los dos.
—¿Y cuál es la diferencia?
—Que si ponéis más dinero que yo, no los habremos comprado entre los dos.
Me recliné en la silla.
—¿También vais a discutir de Leyes conmigo por esto?
—No hace falta, de dinero entiendo bastante más.
Eso, desgraciadamente, era cierto.
Curro volvió a mirar las monedas.
—Primero averiguaremos cuáles necesitamos de verdad, después veremos cuáles podemos conseguir sin comprarlos y solo entonces gastaremos.
—¿Conseguirlos cómo?
Sonrió.
—Ginés, estamos rodeados de estudiantes. Si en Salamanca hay una cosa además de estudiantes, serán libros.
—También hay iglesias.
—No creo que nos presten los libros.
—¿Y los estudiantes sí?
—Tampoco. Pero alguno tendrá que querer venderlos.
Aquello tenía más sentido.
—Usados.
—Los libros no dejan de decir lo mismo porque alguien los haya leído antes.
Miró uno de mis apuntes.
—A diferencia de estos.
Se lo quité de la mano.
—Mañana preguntaremos.
—Mañana preguntáis vos.
—¿Por qué yo?
—Porque si preguntamos juntos pensarán que tenemos dinero.
—¿Y por separado?
Curro recogió cuidadosamente sus monedas.
—Por separado solo se equivocarán con uno.
A la mañana siguiente preguntamos a Alonso.
—Libros —dijo Curro—. Necesitamos saber cómo conseguirlos sin arruinarnos.
Alonso lo miró.
—¿Ya estáis arruinados?
—Todavía no, por eso preguntamos ahora.
—¿Qué necesitáis?
—Eso también necesitamos saberlo —respondí.
Alonso soltó una carcajada.
—Al menos empezáis por el principio.
Durante las primeras semanas habíamos oído mencionar libros y autores en las lecciones, pero una cosa era saber qué obras manejaba el catedrático y otra bastante distinta decidir cuáles necesitábamos tener nosotros. Algunos estudiantes poseían más libros de los que

Curro y yo probablemente podríamos comprar durante todo el curso, otros parecían arreglarse con muy pocos.

Alonso nos explicó algo que pronto comprobaríamos por nosotros mismos: no todos los libros que necesitábamos consultar tenían que pertenecernos.

—Podéis pedir alguno prestado.

—Eso ya lo había pensado —dijo Curro.

—Entonces ¿para qué me preguntáis?

—Para saber quién está dispuesto a prestarlo.

—Eso tendréis que descubrirlo vosotros.

Curro me miró.

—Otra vez.

—¿Qué?

—Hay que aprenderlo.

Alonso sonrió.

—También podéis compartir alguno con otros estudiantes y encontraréis quien quiera desprenderse de los que ya no necesita.

Eso interesó inmediatamente a Curro.

—¿Más baratos?

—Normalmente.

—Ahora sí estáis hablando de estudios.

—Estoy hablando de libros.

—Para mí empieza a ser lo mismo.

No tardamos en descubrir que alrededor de los libros existía todo un mundo que me había pasado inadvertido. Se prestaban, se cambiaban, se vendían y pasaban de unas manos a otras. Algunos habían servido a varios estudiantes antes de llegar a su nuevo dueño y lo demostraban en el lomo, en las esquinas gastadas y en las anotaciones que aparecían entre sus páginas, cosa que me incomodó al principio.

Estaba acostumbrado a considerar que escribir sobre un libro ajeno era poco menos que una profanación. Sin embargo, empecé a descubrir que algunas de aquellas señales podían resultar útiles. Una llamada en el margen, una palabra, una referencia o una frase subrayada permitían saber qué había considerado importante quien lo había estudiado antes.

Curro encontró otra utilidad.

—Aquí pone que esto no entra.

—¿Dónde?

Me mostró una anotación.

—Eso lo habrá escrito un estudiante.

—Precisamente.

—¿Y vais a fiaros de él?

—Depende.

—¿De qué?

—De si aprobó.

No pude responder a eso.

Poco a poco nuestras pertenencias empezaron a ocupar más espacio en el cuarto. Papeles, plumas, tinta, apuntes y algún libro fueron apareciendo sobre la mesa y junto a nuestras camas. Mi arcón dejó de contener solo ropa y empezó a guardar parte de aquella nueva vida.

Curro tenía muchas menos cosas. No porque necesitara menos, sino porque había aprendido a necesitar solamente aquello que podía pagar. Una noche lo encontré copiando apresuradamente varias páginas.

—¿Qué hacéis?

—Ahorrar.

—A mí me parece que escribís.

—Es la forma universitaria de ahorrar.

El libro abierto delante de él no era suyo.

—¿Quién os lo ha prestado?

—Un estudiante que necesita que mañana le ayude con una cosa.
Aquello me hizo levantar la vista.
—¿Con qué cosa?
—Nada que os interese.
—Ahora me interesa.
Curro siguió escribiendo.
—Quiere que le explique algo de la lección de esta mañana.
—¿Vos?
La pluma se detuvo.
—Gracias por vuestra confianza.
—No quería decir eso.
—Lo habéis dicho bastante claro.
—Quiero decir que hace pocas semanas apenas conseguíamos seguir al catedrático.
—Vos apenas conseguíais seguirlo.
—Vos dejasteis de escribir.
—Y por eso lo escuché.
Continuó copiando.
—Me presta el libro esta noche y mañana hablamos de la lección. Los dos ganamos.
Me senté frente a él.
—Eso parece un trato.
—Lo es.
—¿Y si no sabéis resolverle la duda?
Curro levantó los ojos.
—Entonces procuraré devolverle el libro antes de que lo descubra.
Me reí.

Pero aquella noche comprendí algo más. Curro no tenía suficiente dinero para comprar cuanto necesitaba. En cambio, empezaba a tener algo que también podía intercambiar: lo que sabía.

El dinero, sin embargo, seguía siendo dinero, y por muchas maneras que encontráramos de evitar gastarlo, había cosas que no podían resolverse con préstamos ni favores. Curro llevaba sus cuentas con una disciplina que jamás mostraba ante un catedrático.

Yo empecé a imitarlo.

Separábamos primero lo necesario para el alojamiento. Después calculábamos lo que podíamos gastar en comida, papel y las pequeñas necesidades que aparecían durante la semana. Lo demás procurábamos no tocarlo.

Descubrí entonces que tener más dinero que Curro no significaba poder olvidarme de él, significaba solamente que tardaría más en acabármeme.

—Estáis gastando demasiado —me dijo una noche.

—¿En qué?

—En todo.

—Eso no es una cuenta.

—Es el resultado.

Cogió mis monedas y empezó a separarlas.

—¿Cuánto habéis gastado esta semana?

Le di una cifra.

—No.

—¿Cómo qué no?

—Habéis gastado más.

—Yo sabré lo que gasto.

Curro levantó una moneda.

—¿Y esto?

Recordé el papel.

Apartó otra.

—¿Y esto?

La tinta.

Una tercera.

—Eso fue comida.

—Precisamente.

Me miró con una satisfacción que empezaba a resultarme irritante.

—Os falta contar las cosas pequeñas.

—Son pequeñas.

—Hasta que se juntan.

Volvió a reunir las monedas.

—Mi padre me dio suficiente.

—El mío también.

Miré su montón.

Era considerablemente menor que el mío.

—No es lo mismo.

—Claro que no, por eso yo aprendí antes.

Aquella respuesta terminó la discusión. Desde entonces empecé a anotar lo que gastaba.

También aprendimos a medir los días de otra manera. Al principio contábamos cuánto faltaba para San Lucas, después dejamos de necesitar una fecha que nos dijera dónde estábamos.

Los días empezaron a organizarse alrededor de las clases, las comidas y las obligaciones que cada uno tenía fuera de la Universidad. Había mañanas de lecciones y tardes dedicadas a ordenar apuntes, leer o intentar entender lo que por la mañana no habíamos comprendido. Había otras en que Curro debía trabajar en el mesón y yo adelantaba cuanto podía hasta que regresaba. Entonces comíamos cuando correspondía, no siempre cuando teníamos hambre. Aquello fue una de las primeras cosas que eché de menos de mi casa, donde nunca había pensado demasiado en la comida. Simplemente aparecía. Mi madre se ocupaba de que apareciera y yo había aceptado durante dieciocho años aquel pequeño prodigio sin preguntarme demasiado cuánto costaba conseguirlo. En Salamanca cada comida tenía detrás una cuenta.

Curro parecía haber sabido aquello desde niño y yo estaba empezando a aprenderlo. Una tarde regresó después de ayudar a la mesonera y me encontró inclinado sobre nuestros papeles.

—¿Habéis comido?

—Os estaba esperando.

Miró hacia la puerta.

—¿Por qué?

—Porque comemos juntos.

—Eso no es una razón.

—Para mí sí.

Dejó lo que llevaba sobre la cama.

—Algún día tendréis hambre de verdad y descubriréis que la amistad tiene límites.

—¿Habéis comido vos?

No respondió inmediatamente.

—Curro.

—He probado algo.

—Eso significa que no.

—Significa exactamente lo que he dicho.

Me levanté.

—Entonces vamos.

—¿Adónde?

—A comer.

—Ginés...

—No voy a pagaros la comida.

Se detuvo.

—¿Entonces?

—Voy a pagar la mía. Vos pagaréis la vuestra.

—Eso ya lo sé.

—Pues no veo el problema.

Curro me observó unos instantes, intentando descubrir si había alguna trampa.

—Cada uno la suya.

—Cada uno la suya.

—Y si pedís algo que yo no puedo pagar, lo coméis vos.

—De acuerdo.

—Delante de mí.

—Si es necesario.

Recogió el manteo.

—Entonces espero que os atragantéis.

Salimos riendo.

Pero mientras bajábamos comprendí que hasta para comer juntos habíamos tenido que aprender a hacerlo sin que el dinero de uno humillara al otro. La vida de estudiante estaba resultando bastante más complicada que estudiar.

Con el paso de las semanas empezamos también a conocer a quienes veíamos cada mañana. Al principio habían sido solamente rostros, después aparecieron los nombres. Había estudiantes con los que coincidíamos en clase y que desaparecían en cuanto terminaban; otros parecían estar en todas partes. Los encontrábamos en la Universidad, en las calles, en alguna taberna y, algunas noches, alrededor de una mesa de juego. Pronto descubrimos que compartir estudios no significaba necesariamente compartir vida.

Y nosotros dejamos de ser los dos muchachos que acababan de llegar. Las novatadas habían quedado atrás tras los primeros meses. Ya nadie volvió a exigirnos patente, ni recordarnos que éramos nuevos. Aquello me produjo una satisfacción que duró hasta que empezaron a llegar estudiantes que se incorporaron más tarde.

Una mañana Curro me dio un codazo.

—Mirad.

Dos muchachos avanzaban unos pasos por delante de nosotros. Llevaban sotana y manteo y caminaban mirando alrededor con aquella atención excesiva que yo conocía demasiado bien.

—¿Qué?

—¡Nuevos!

Los observé.

—¿Por qué lo sabéis?

—Porque nosotros caminamos exactamente así al llegar.

Uno de ellos se detuvo para dejar pasar a un grupo de estudiantes y después aceleró el paso para alcanzar a su compañero.

Curro sonrió.

—Ese todavía cree que todo el que lleva manteo sabe adónde va.

—Nosotros también lo creíamos.

—Por eso lo reconozco.

Durante unos instantes tuve la tentación de acercarme y decirles algo. No sabía exactamente qué. Quizás dónde estaba la Universidad, dónde podían alojarse o, simplemente, que no se preocuparan demasiado porque al cabo de unas semanas Salamanca empezaba a parecer menos complicada. Pero no lo hice.

—¿No vais a ayudarlos? —preguntó Curro.

—¿Por qué yo?

—Los estáis mirando como un abuelo.

—Hace tiempo que llegamos.

—Hay personas que envejecen deprisa.

Seguimos andando.

—Además —añadió—, si les resolvemos todo nunca aprenderán.

—Eso decía Alonso de nosotros.

—¿Veis? Ya hablamos como veteranos.

A fuerza de pasar cada día por los mismos lugares, empezamos a dejar de mirar algunas cosas.

Una mañana Curro se detuvo cuando caminábamos por el claustro.

—¿Qué pone ahí?

Seguí la dirección de su mirada.

En la piedra, por encima de nosotros, aparecía una de aquellas marcas rojizas que había visto desde nuestra llegada sin prestarles demasiada atención. No era exactamente una palabra ni tampoco un dibujo. Varias letras parecían entrelazarse alrededor de una forma que se repetía en otros muros.

—Un *víctor* o *vítor* —dijo Alonso.

—Eso veo —respondió Curro—. Pregunto qué significa.



Alonso se acercó a la pared.

—Que alguien quiso que la Universidad recordara que había terminado sus estudios o ganado una cátedra.

Miré alrededor. Había más. Algunos permanecían todavía claros sobre la piedra. Otros parecían deshacerse lentamente con los años, como si el muro estuviera tratando de olvidar lo que alguien se había esforzado en escribir sobre él.

—Los encontraréis por toda Salamanca. No solamente aquí. También en casas, colegios y conventos.

Me acerqué un poco más. El color había perdido intensidad con los años, pero todavía destacaba sobre la piedra.

—¿Es pintura?

—Almagre.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una tierra rojiza que contiene óxido de hierro. Molida y preparada da ese color.

Curro acercó la cara al muro.

—Parece sangre seca.

—No vais tan desencaminado. Se cuenta que para algunos vítores se mezclaba el almagre con sangre de toro... también se ha usado pimentón.

Curro volvió a mirar el muro.

—No querían escribirlos en papel —añadió Alonso—. Querían dejarlos en la piedra.

Aquello me hizo observar los signos de otra manera. Algunos conservaban todavía un rojo oscuro. Otros apenas eran ya una sombra sobre el muro. Las letras se entrelazaban alrededor de un signo que se repetía de diferentes maneras, sin que dos pareciesen exactamente iguales.

—Hubo un tiempo en que los estudiantes salían a *retular*.

—¿A qué? —preguntó Curro volviéndose.

—A poner los rótulos, a pintar los vítores. Dicen que *salir a retular* era una manera muy salmantina de llamarlo.

—¿Y por qué salían de noche?

—Porque aquello podía convertirse en una celebración. Antorchas, música, voces, estudiantes recorriendo las calles...

—Eso empieza a parecerme mejor que estudiar.

—Hasta que encontraban a los partidarios del que no obtuvo la cátedra.

Curro sonrió.

—Entonces empieza a parecerme todavía mejor.

Alonso negó con la cabeza.

—No siempre terminaba bien. En tiempos pasados los estudiantes intervenían en la provisión de las cátedras. Las *naciones* tomaban partido por unos candidatos o por otros y una elección podía enfrentar a muchos escolares.

—¿Las *naciones*? —pregunté.

—No las entendáis como las entendemos fuera de aquí. Así se conocía a los estudiantes de una misma procedencia: los que venían de las mismas tierras tendían a agruparse para ayudarse y defender intereses comunes.

—Paisanos —dijo Curro.

—Más que paisanos. Llegaron a ser verdaderos grupos dentro de la Universidad. Tenían intereses propios y, cuando había una cátedra o algún asunto importante en juego, podían actuar juntos.

—¿Cuántas había?

—En los siglos pasados llegaron a conocerse ocho naciones: Galicia, Portugal, Campos, Vizcaya, Extremadura, La Mancha, Andalucía y la Corona de Aragón.

Esperé un instante por si Alonso continuaba.

—¿Y Murcia?

—Murcia no tenía nación propia.

—Eso no me gusta, ¡Murcia era un reino desde hacía siglos!

Curro soltó una risa.

—Ya empezamos.

—No veo qué tiene de gracioso.

Alonso intervino antes de que aquello fuese a mayores.

—No confundáis los reinos con las naciones de la Universidad. Los estudiantes de la diócesis de Cartagena podían quedar comprendidos entre los de La Mancha o Andalucía.

—Peor me lo ponéis.

—¿Por qué?

—Porque si salgo de Murcia para venir a Salamanca, lo menos que espero es no acabar convertido en manchego.

Curro volvió a reír.

—Pues procura que no te oiga ninguno.

—Que me oigan todos.

Curro levantó inmediatamente la cabeza.

—Andalucía.

—Ya habéis encontrado la vuestra —dije.

—Hace años que llegáis tarde —respondió Alonso—. Os estoy contando cómo funcionaban estas cosas en otros tiempos.

Curro volvió a mirar los vítores.

—Una lástima. Acababa de descubrir que tenía nación.

—Conociéndoos, habríais tardado poco en conseguir que os expulsaran de ella.

—Eso también habría demostrado que pertenecía.

Alonso continuó:

—Aquellos vínculos podían ser muy fuertes. Compartir tierra, costumbres y caminos hacía que un estudiante recién llegado encontrase en Salamanca a otros a quienes reconocía como los suyos. Pero esa solidaridad también podía convertirse en bando.

—Y cuando había una cátedra en juego, los bandos podían acabar enfrentados.

—Ahora empiezo a entender las peleas —dije.

—Todavía no. Esperad a saber cómo celebraban la victoria.

Señaló nuevamente el vitor.

—Cuando vencía uno de los suyos gritaban ¡Vitor!

—¿Y los que perdían? —preguntó Curro.

—A esos podían gritarles ¡Cola!

—¿Cola?

—Al candidato derrotado y hasta a su nación.

Curro soltó una carcajada.

—Con vencedores y derrotados, lo extraño sería que todos regresaran tranquilamente a casa.

—No os riais, hubo enfrentamientos serios. Los partidarios del vencedor podían acompañarlo con música y hachones, pasear su nombre en un cartel y pintar su vitor en los muros. Los contrarios podían recibirlos de una manera bastante menos festiva.

—¿Qué hacían?

—Lo que hacen los hombres cuando convierten una victoria ajena en una ofensa propia.

—Pegarse —resumió Curro.

—Entre otras cosas.

Alonso señaló otro rótulo, mucho más desgastado.

—Y si después alguien manchaba con barro el nombre que habíais pintado...

—Otra pelea —dije.

—Otra pelea.

Durante unos instantes ninguno habló.

Miré nuevamente aquellas letras de almagre.

Hasta entonces había pensado que los muros de la Universidad conservaban nombres. Ahora intentaba imaginar lo que había ocurrido cuando aquellos nombres todavía estaban frescos: la noche iluminada por los hachones, la música, los gritos de ¡Vitor! y ¡Cola!, las naciones enfrentadas y unos muchachos que quizás no fueran mucho mayores que nosotros defendiendo como propia la victoria de un hombre que lograba una cátedra.

Curro seguía mirando la pared.

—Hace un momento me parecían letras viejas.

—Lo son —dijo Alonso.

—Sí. Pero ahora hacen más ruido.

Cuando uno deja de preocuparse por encontrar el camino empieza a descubrir lo que hay a los lados, y había mucho. No todo estaba escrito en las paredes ni tenía que ver con las aulas. También empezábamos a conocer las muchas maneras que tenían los estudiantes de entretenerse y, entre ellas, los naipes ocupaban un lugar nada pequeño.

No los abandonamos. Curro difícilmente habría aceptado una vida universitaria que exigiera semejante sacrificio. Pero aprendimos que una partida podía ocupar el tiempo destinado a otras cosas con una facilidad alarmante. Una tarde entramos con intención de jugar solamente un rato y, cuando salimos, había oscurecido.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Curro miró el cielo como si pudiera encontrar allí una respuesta favorable.

—Más tarde de lo conveniente.

—Tenemos que ordenar los apuntes de esta mañana.

—Mañana.

—Mañana tenemos otra lección.

—Después.
—Después trabajáis.
Curro se detuvo.
—Ginés.
—¿Qué?
—Estáis empezando a parecer mi padre.
—Y vos un estudiante que no estudia.
Eso lo hizo callar aunque no mucho.
—He ganado —dijo mostrándome unas monedas.
—Entonces sois un estudiante que no estudia y tiene más dinero que esta mañana.
—¿Veis? La tarde no ha sido inútil.
Aquella noche intentamos recuperar el tiempo perdido. No lo conseguimos.
Al día siguiente llegué a clase cansado y con la desagradable sensación de que el catedrático explicaba precisamente aquello que yo debería haber preparado la noche anterior.
Curro parecía todavía peor. Al salir, lo miré.
—¿Habéis entendido algo?
—Sí.
—¿Qué?
—Que anoche debimos estudiar.
Fue una de las pocas veces que reconoció una derrota sin discutir.
No dejamos de jugar. Aprendimos algo más difícil: a levantarnos de la mesa. No todos lo conseguían.



Empezamos a reconocer a estudiantes que aparecían por las aulas con una irregularidad que habría resultado imposible no advertir. Algunos llegaban tarde. Otros faltaban durante días y reaparecían como si nada hubiese ocurrido. Los había que parecían conocer mejor las tabernas y los garitos que las materias que pretendían cursar. Uno de ellos era bastante mayor que nosotros. No habría sabido decir cuántos años llevaba matriculándose. Alonso tampoco quiso aventurarlo.

—Cuando llegué ya estaba aquí.
—¿Estudiando? —preguntó Curro.
Alonso sonrió.

—Matriculado.

Empezábamos a comprender que no siempre significaba lo mismo.

El hombre conocía a estudiantes de todas las facultades, sabía dónde encontrar una partida a casi cualquier hora y hablaba del antiguo fuero universitario con un entusiasmo que jamás mostraba por ninguna lección. Curro lo admiraba por razones equivocadas.

—Ese hombre conoce Salamanca.

—También debería conocer las Leyes, después de tantos años.

—Quizás las conozca y haya decidido que no le gustan.

Una noche coincidimos con él y otros estudiantes. Hablaron de deudas, pleitos, castigos, y de hombres de otros tiempos. Uno contó que un conocido le había hablado de un estudiante que había pasado unos días preso; otro respondió con una historia todavía mejor.

Fue entonces cuando el estudiante mayor se echó hacia atrás.

—Eso no es nada.

Curro sonrió.

—Cuando alguien empieza así una historia, normalmente viene algo bueno después.

—¿Habéis oído hablar de la *cofradía de los estudiantes presos*?

Nos miramos.

—¿Qué estudiantes presos? —pregunté.

—Los de la Universidad.

—¿Había una cofradía de presos?

—No de presos, para ayudarlos.

—Eso es distinto —dijo Curro—. Aunque menos interesante.

El estudiante mayor lo ignoró.

—Ocurrió hace más de doscientos años. Reinaba Felipe II. Dicen que por entonces había escolares que entraban en la cárcel de la Universidad por deudas y otros asuntos menores, pudiendo pasar allí demasiado tiempo mientras sus causas seguían su curso.

—¿La Universidad tenía cárcel propia? —pregunté.

—Sí —respondió Alonso, mirándome como si la pregunta fuese una estupidez—. ¿Qué creíais que implicaba tener fuero?

No respondí.

Hasta entonces había pensado en aquella jurisdicción sobre todo como una protección. Desde que presté juramento sabía que pertenecer a la Universidad significaba no quedar sometido, en determinados asuntos, a los mismos jueces que los demás vecinos. Había tardado más en comprender la otra mitad: si teníamos nuestros jueces, también podíamos tener nuestras cárceles.

—La tenía —continuó—. Y cuentan que, hacia el año sesenta y ocho del siglo XVI...

—¡Eso fue hace casi tres siglos! —lo interrumpió uno de los estudiantes.

El viejo lo miró.

—Cuando llevéis tantos años en Salamanca como yo, dos o tres siglos os parecerán ayer.

Curro soltó una carcajada.

—Continuad.

—Pues en 1568 hubo quienes decidieron que aquello no podía seguir así. Doctores, maestros y estudiantes se juntaron para socorrer a los escolares presos y procurar que sus causas no quedaran olvidadas.

—¿Estudiantes ayudando a estudiantes? —pregunté.

—También doctores y maestros. Doce, según cuentan: seis de una parte y seis de la otra.

Y con ellos el Rector.

Curro se inclinó hacia delante.

—¿Y qué hacían? ¿Abrían la puerta?

—No seáis animal. Visitaban a los presos, procuraban que sus causas avanzasen y que no perdieran las clases por quedarse encerrados más tiempo del necesario. Muchos pleitos nacían de deudas pequeñas y se podían eternizar las disputas que podían componerse sin mantener a un estudiante en la cárcel. Aquello me interesó.

—¿Pagaban las deudas?

—Algunas.

—Entonces sí era una buena cofradía —dijo Curro.

—Tenían dinero reservado para ello. Y si el preso era pobre podían socorrerlo.

—¿Regalándole el dinero?

—No siempre. Según cuentan, muchas veces se adelantaba y debía devolverlo después. Curro se reclinó.

—Ya me parecía demasiado generosa la Universidad.

Algunos rieron.

Yo no.

—¿Y por qué desapareció?

El estudiante mayor se encogió de hombros.

—Porque las cosas que molestan a quienes tienen autoridad suelen durar menos que las que les resultan útiles.

—Eso no es una respuesta —dije.

—Es la única que conozco.

En realidad, tampoco él podía saber mucho más. Según la historia que había llegado hasta él, aquella cofradía pertenecía a un pasado muy remoto de la Universidad.

—¿Y todavía pueden encerrar a un estudiante en la cárcel de la Universidad? —preguntó Curro.

—Probad a deber suficiente dinero y quizás podáis averiguarlo.

—Prefiero estudiar el asunto de oídas.

—Decisión sorprendentemente sensata.

Curro me miró.

—Llevo varias semanas estudiando Leyes. Algo tenía que aprender.

La conversación derivó hacia otros asuntos, pero yo seguí pensando en aquella historia.

Tres siglos antes, otros muchachos habían recorrido aquellas mismas calles con sus libros, sus deudas y sus problemas. Algunos habían terminado presos mientras que otros habían decidido visitarlos y ayudarlos para que una deuda o un pleito no les hiciera perder el curso. Hasta entonces había entendido el fuero universitario principalmente como un privilegio individual. Aquella historia me permitió verlo de otra manera.

La Universidad no era solamente el lugar donde recibíamos lecciones. Era un cuerpo al que pertenecíamos. Tenía autoridades, jueces, obligaciones y privilegios. Podía protegernos y podía castigarnos. Y, al menos, hacía más de trescientos años, algunos de sus miembros habían entendido que pertenecer a aquel cuerpo significaba también no abandonar a uno de los suyos cuando acababa detrás de una puerta cerrada.

Curro interrumpió mis pensamientos.

—Ginés.

—¿Qué?

—No pongáis esa cara.

—¿Qué cara?

—La de estar aprendiendo algo.

—Estamos en Salamanca para eso.

—Sí, pero preferiría que lo aprendiéramos sin necesidad de comprobar personalmente cómo es la cárcel.

—Por una vez estamos de acuerdo.

—Entonces pagad siempre vuestras deudas.

Lo miré.

—Vos sois quien juega.

Curro meditó un instante.

—En ese caso, si algún día vuelven a fundar la cofradía, acordaos de matricularos.

Las normas estaban presentes incluso cuando nadie hablaba de ellas. Habíamos jurado obedecer al Rector y aprendido que la Universidad podía intervenir en aspectos de nuestra vida que en Murcia jamás habría relacionado con los estudios. La ropa había sido solamente el principio. Había horas, lugares y comportamientos que podían traernos problemas. Y cuanto más

tiempo llevábamos en Salamanca, mejor aprendíamos la diferencia entre lo que estaba permitido y lo que los estudiantes hacían de todos modos.

—Esa —dijo Curro una tarde— es la parte de las Leyes que mejor entiendo.

—¿Cuál?

—Saber qué está prohibido.

—Eso no significa entender una ley.

—Es el primer paso para no incumplirla por accidente.

—¿Y después?

—Si la incumplo, al menos sabré que ha sido deliberadamente.

No pude evitar reírme.

Sin embargo, nuestra primera experiencia con la ronda había dejado alguna huella. No volvimos a caminar por la noche con la misma despreocupación. Aprendimos a calcular la hora, a reconocer cuándo convenía regresar y a no confundir el fuero con la libertad para hacer cuanto quisiéramos. Eso último costó más.

Curro había encontrado su propia manera de entender aquella contradicción.

—Nos protege para poder castigarnos.

—No creo que sea exactamente así.

—Por eso vos estudiáis Leyes y yo intento entenderlas.

Con el tiempo también aprendimos a distinguirlos. La sotana y el manteo seguían produciendo aquel efecto que me había sorprendido durante las primeras semanas. Desde cierta distancia, todos pertenecíamos al mismo mundo. De cerca, las diferencias reaparecían. Había manteístas que vivían con una holgura que yo no podía imaginar. Algunos tenían criados. Otros recibían dinero con regularidad y podían comprar libros nuevos sin hacer las cuentas que Curro y yo repetíamos cada semana. También estaban quienes vivían con menos que nosotros.

Una mañana vi a un estudiante guardar cuidadosamente un pedazo de pan que había dejado otro.

—Me dicen que algunos acuden al mediodía a los conventos para comer la sopa que se reparte a sus puertas, la *sopa boba*, que para muchos es el único alimento del día —dijo Alonso.

No dijimos nada.

Entonces comprendí mejor por qué algunos estudiantes aceptaban servir a otros:

El criado que guardaba un banco podía sentarse después en el mismo *general*.

El que llevaba libros podía escuchar la misma lección.

El que servía una comida quizás estudiara cuando terminaba de recogerla.

No todos podían escoger entre trabajar y estudiar, algunos tenían que hacer ambas cosas.

Curro no necesitaba que se lo explicaran.

Una tarde regresé antes al mesón. Aquel día la mesonera le había dado un encargo diferente, por lo que tardó bastante más de lo habitual. Cuando finalmente entró en nuestro cuarto, dejó caer los brazos.

—¡Estoy muerto!

—Todavía no.

—Dadme tiempo.

Se sentó.

Había dejado preparados sobre la mesa los papeles que pensábamos revisar.

Los miró.

Después me miró a mí.

—Mañana.

—Mañana los necesitaremos.

—Entonces confío en que durante la noche aprendan solos.

Le acerqué los apuntes.

—Podemos hacerlo juntos.

—Podéis hacerlo vos.

—También.

Me senté.



Curro permaneció inmóvil.

—¿Qué explicó después de que me marchara esta mañana?

Empecé a contárselo.

Al cabo de unos minutos levantó la mano.

—Más despacio.

Volví atrás.

Me hizo repetir una parte.

Después otra.

Cuando terminamos, tomó la pluma.

—Ahora sí.

—¿Ahora qué?

—Ahora puedo escribirlo.

Aquello se convirtió poco a poco en costumbre.

Si uno había comprendido mejor una lección, se la explicaba al otro. Si alguno conseguía un libro, lo utilizábamos los dos. Si nuestros apuntes no coincidían, discutíamos hasta reconstruir lo que creíamos haber oído. A veces descubríamos que ambos estábamos equivocados. Eso era lo peor.

—Necesitamos un tercero —dijo Curro una noche.

—¿Para qué?

—Para que se equivoque de otra manera.

También comíamos con otros estudiantes cada vez con mayor frecuencia.

Una mesa era un lugar excelente para aprender cosas que no enseñaban los catedráticos. Se hablaba de profesores, de exámenes, de dinero, de mujeres, de familias y de quienes habían llegado a Salamanca creyendo que serían algo muy distinto de lo que estaban resultando ser.

Las procedencias se mezclaban. Yo era el murciano. Curro, el sevillano.

Pronto dejamos de necesitar apellidos para algunos compañeros. Bastaba la tierra de la que venían, una peculiaridad de su habla o alguna desgracia ocurrida durante las primeras semanas para proporcionarles un nombre que podía acompañarlos durante años.

También discutíamos.

Mucho.

No todas las discusiones tenían que ver con las Leyes. A veces empezaban por una afirmación insignificante y terminaban enfrentando ciudades, comidas, costumbres y honores que ninguno de nosotros habría sabido explicar por qué estaba defendiendo con tanta pasión.

Curro sostenía que un sevillano podía discutir cualquier cosa.

—Eso explica que hayáis venido a estudiar Leyes.

—No, vine porque mi padre quería que aprendiera una profesión.

—¿Y vos qué queríais?

Curro tardó un instante en responder.

—Salir de Sevilla.

No era la respuesta que esperaba.

—¿Por qué?

—Porque llevaba allí toda mi vida.

—Eso no es una razón.

—A los dieciocho años lo es.

Sonrió.

—¿Y vos?

Pensé en Murcia.

—Yo quería venir a Salamanca.

—Eso tampoco es una razón.

—A los dieciocho años lo era.

Curro levantó su vaso.

—Entonces hemos elegido muy bien nuestras razones.

Los días se hicieron más cortos.

Salíamos algunas mañanas cuando la luz apenas comenzaba a extenderse sobre los tejados y regresábamos por la tarde con la sensación de que Salamanca había decidido que el invierno debía empezar antes que en el resto del mundo.

El frío empezó a formar parte de nuestros estudios. Se metía por las calles, endurecía los dedos y convertía la escritura en una tarea bastante menos intelectual de lo que habían prometido nuestros maestros.

Una mañana Curro sopló sobre sus manos antes de coger la pluma.

—Esto debería contar como ejercicio.

—¿Qué?

—Conseguir mover los dedos.

—Escribid.

—Estoy intentando encontrarlos.

También el manteo empezó a adquirir otra importancia.

Ya no era solamente la prenda que nos identificaba como estudiantes. Era abrigo. Lo ajustábamos al cuerpo al salir, lo recogíamos al caminar y aprendíamos a aprovecharlo de maneras que unas semanas antes todavía nos resultaban incómodas.

La ropa se gastaba.

Las medias se remendaban.

Las suelas empezaban a recordar cada calle recorrida.

La vida universitaria dejaba señales que no aparecían en la matrícula.

Fue por entonces cuando una tarde la mesonera me llamó desde abajo.

—Ginés, han dejado algo para vos.

Bajé sin saber qué esperaba encontrar.

Sobre la mesa que habitualmente ocupaba había una carta.

Reconocí la letra antes de tocarla.

—¿Quién la ha traído?

—El ordinario.

Entonces recordé al recuero antes de marcharse. Por fin comprendí aquella palabra. El *ordinario* hacía lo mismo que había visto hacer durante todo el viaje a nuestro arriero: llevaba cartas, encargos y noticias de un lugar a otro y, pasado un tiempo, volvía a recorrer el camino en sentido contrario. Para quienes vivíamos lejos de casa, su llegada significaba mucho más que la de un hombre con una carga. Había tardado unas semanas en comprender a qué se refería.

Junto a la carta había un pequeño paquete envuelto con cuidado.

—¿También es mío?

—Eso parece.

Lo abrí.

Dentro encontré unas galletas hechas en casa y varios pares de calcetines.

Sonreí.

No necesitaba abrir la carta para saber quién había preparado aquello.

Curro apareció cuando todavía estaba examinando el contenido.

—¿De casa?

Asentí.

Miró las galletas.

—Vuestra madre parece una mujer sensata.

—¿Por los calcetines?

—Por las galletas.

Cogió una.

—¡Eh!

—Consideradlo el porte.

—No habéis traído nada.

—Precisamente por eso resulta barato.

Aparté el paquete de su alcance.

—Leedla —dijo.

—Es mía.

—Precisamente. Yo leeré la próxima.

La carta hablaba de cosas pequeñas. Mi madre quería saber si comía, mi padre quería saber si estudiaba.

Aquello me pareció una descripción bastante exacta de sus respectivas preocupaciones.

Había noticias de vecinos, de trabajos en la huerta y de personas cuyos nombres no había oído desde que salimos de La Alberca. Nada importante y, sin embargo, la leí dos veces.

Curro fingía ordenar sus papeles.

—Mi madre pregunta si comía bien.

—Decidle que sí.

—¿Aunque no sea verdad?

—Coméis.

—No siempre lo que ella consideraría comida.

—Entonces no entréis en detalles.

—Mi padre pregunta por los estudios.

—Decidle que también coméis.

Lo miré.

—Eso no lo tranquilizaría.

—Entonces decidle que estudiáis.

Doblé la carta.

—Eso sí es verdad.

Curro dejó de bromear.

—Sí.

Era verdad.

Aquello me sorprendió más de lo que debería.

Respondí esa misma noche.

Me costó decidir qué contar. Podía hablar de las clases. De los libros. De Alonso.

Podía decir que había aprendido a administrar mejor el dinero, aunque preferí no explicar por qué había sido necesario.

No mencioné la mancebía.

Tampoco los ladrones.

Ni las partidas.

Ni las noches en que habíamos regresado más tarde de lo conveniente.

A mi madre le aseguré que comía y a mi padre, que estudiaba.

Las dos afirmaciones eran ciertas, solamente estaban incompletas.

Cuando terminé, Curro seguía inclinado sobre sus apuntes.

—¿Habéis contado que trabajáis? —pregunté.

No levantó la cabeza.

—¿A quién?

—A vuestra familia, cuando escribáis.

La pluma se detuvo.

—No.

—¿Por qué?

—Porque mi madre pensaría que me falta dinero.

—Os falta.

—Precisamente.

—¿Y vuestro padre?

—Diría que trabajar no ha matado nunca a nadie.

—Tiene razón.

Curro levantó la vista.

—No lo conocéis.

Me reí.

—Entonces ¿qué les contaréis?

Pensó un instante.

—Que estudio Leyes en Salamanca.

—Eso es poco.

—Para ellos no.

Volvió a escribir.

A la mañana siguiente doblamos nuestras cartas y las cerramos con cuidado.

—¿Cuándo vuelve a pasar el ordinario? —preguntó Curro.

— La semana próxima, me han comentado.

—Entonces tendrá que llevárselas.

Ya no me resultó extraño confiarle unas palabras destinadas a recorrer tantas leguas. El mismo camino por el que habían llegado las noticias de nuestras casas se llevaba ahora las nuestras. Unas veces los *ordinarios* nos traían noticias de casa y otras llevaban las nuestras.

Pasaron más semanas.

No sabría decir en qué momento exacto dejamos de sentirnos recién llegados. Quizás no hubo ninguno, simplemente ocurrió.

Una mañana desperté antes de que hiciera falta llamarnos.

Durante unos segundos permanecí acostado, mirando la oscuridad.

Después recordé qué día era, qué lección teníamos y lo que debía llevar.

Me levanté, preparé la ropa, comprobé los papeles y miré la tinta.

Desperté a Curro.

—Arriba.

Se volvió hacia la pared.

—No.

—Tenemos Prima.

—Sigue siendo no.

—Llegaremos tarde.

No respondió.

Le quité parte de la ropa de cama.

Curro abrió los ojos.

—Os odio.

—Después de la lección.

—Antes también puedo.

Mientras se vestía, preparé lo necesario.

Ya no tuve que preguntarme dónde íbamos.

Tampoco qué debía llevar ni cuánto tardaríamos.

Bajamos, desayunamos algo y salimos.

La mañana estaba fría. Me embocé con el manteo y Curro hizo lo mismo.

Caminamos por unas calles que semanas atrás me habían parecido imposibles de aprender y que ahora recorríamos casi sin pensar. Saludamos a un estudiante que conocíamos. Otro nos alcanzó y caminó con nosotros durante un trecho. Al doblar una esquina vimos a un criado apresurarse cargado con libros.

Curro lo señaló.

—Hoy hemos ganado.

—¿A quién?

—A ese.

—No estamos compitiendo.

—Por eso es más fácil ganar.

Seguimos.

—Entonces os acostumbrasteis.

Mi nieto me había interrumpido.

—Sí.

—Después de todo lo que me habéis contado, parece extraño.

—Eso es porque tú piensas que uno se acostumbra solamente a las cosas fáciles.

Guardó silencio.

—¿Y dejasteis de pasar hambre?

Sonreí.

—Yo no he dicho que pasáramos hambre.

—Curro sí.

La respuesta me sorprendió.

—A veces.

—¿Y dejasteis de preocuparos por el dinero?

—No.

—¿De madrugar?

—Tampoco.

—¿De estudiar?

—Menos todavía.

—Entonces ¿a qué os acostumbrasteis?

Pensé un momento.

—A que todo aquello formara parte de nuestra vida.

Mi nieto miró hacia la ventana.

—No parece gran cosa.

—A mi edad lo era.

Volví a verlo entonces.

A Curro caminando junto a mí con el manteo recogido para luchar contra el frío. A los estudiantes apresurándose hacia el aula con sus papeles bajo el brazo. A los criados cargando libros. A los que tenían dinero y a los que contaban cada moneda. A quienes estudiaban para ascender, a quienes servían para poder estudiar y a quienes llevaban tantos años matriculados que casi habían olvidado para qué habían llegado. Todos formábamos parte de la Universidad pero no de la misma manera, eso tardé algo más en comprenderlo.

Aquella mañana llegamos con tiempo. Encontramos sitio y preparamos nuestros papeles. Curro preparó la pluma.

—Ginés.

—¿Qué?
—¿Os acordáis de nuestra primera lección?
—Claro.
—Yo no entendí la mitad.
—Yo tampoco.
—Parecía que todos los demás sabían lo que hacían.
Miré a nuestro alrededor.



Había estudiantes hablando, otros repasando apuntes y alguno que parecía luchar todavía contra el sueño. Un criado ocupaba un buen sitio a la espera de que llegara quien se lo había encargado. Más atrás, un muchacho que había llegado a Salamanca hacía pocos días miraba hacia la cátedra con la misma mezcla de atención e incertidumbre que yo debía de haber mostrado semanas antes.

—No lo sabían —dije.
Curro siguió mi mirada.
—No.

El murmullo comenzó a disminuir. Guardé los papeles que ya no necesitaba y dejé delante únicamente lo necesario para la lección. No pensé en la matrícula, ni en la cedula, ni en las novatadas, ni siquiera pensé en mi padre diciéndome que iba a Salamanca a estudiar Leyes. Esperé al catedrático. Curro mojó la pluma y cuando empezamos a escribir comenzó la lección.

Muchos años después comprendí que no hubo ceremonia alguna que señalara aquel cambio. Simplemente, una mañana Salamanca dejó de ser la ciudad a la que habíamos llegado para estudiar convirtiéndose en el lugar donde vivíamos como estudiantes.

Capítulo 11. Alonso ya es doctor

Alonso y yo seguíamos discutiendo por las mismas tonterías desde que nos conocimos: quién debía pagar el vino o quién había copiado peor una lección. Por eso me sorprendió descubrir, cuando llegó el momento de su doctorado, cuánto tiempo había pasado desde entonces.

Los años se nos habían ido sin sentirlo.

Cuando nos conocimos él estaba a punto de obtener el grado de bachiller. Después vinieron los años de pasantía, las lecturas y las disputas. Entre unas cosas y otras habían pasado varios inviernos, varios San Lucas y varios San Juan. Algunos de los muchachos con quienes habíamos llegado ya no estaban en la Universidad; otros ocupaban lugares que entonces nos parecían reservados a hombres mucho mayores que nosotros, y algunos habían abandonado los estudios antes de terminarlos.

Hasta entonces el tiempo había quedado repartido en cursos y vacaciones, mientras los amigos llegaban y desaparecían sin más ceremonia. A fuerza de pisar las mismas calles había dejado de mirirlas; a fuerza de atravesar los mismos patios, ya no levantaba la cabeza hacia sus arcos y vótores. Salamanca, que al principio me había parecido demasiado grande para abarcarla, se había convertido en el lugar donde sabía qué campana se adelantaba y qué taberna aguaba el vino cuando había demasiados estudiantes.

Ahora le tocaba a Alonso dar el último paso.

La víspera le habían señalado los puntos sobre los que debía preparar su lección. Para hacerlo se recogió en Santa Bárbara, la capilla de la Catedral Vieja que la Universidad utilizaba para estos menesteres. Allí debía ordenar cuanto sabía y cuanto esperaba que los doctores creyeran que sabía.

Ahora miraba a Alonso de otra manera. Había cambiado, aunque seguramente habría discutido conmigo si se lo hubiera dicho.

—No pongas esa cara —me dijo.

—¿Qué cara?

—Esa. Parece que vayas tú a examinarte.

—Si fuera yo quien tuviera que hacerlo, ya estaría camino de Portugal.

Sonrió, pero apenas.

El día anterior le habían señalado los puntos sobre los que debía preparar la defensa. Para hacerlo se recogió en Santa Bárbara, la capilla de la Catedral Vieja que la Universidad utilizaba para estos menesteres. Allí debía ordenar cuanto sabía y lo que esperaba que los doctores creyeran que sabía.

Antes de separarnos le pregunté si estaba nervioso.

—No.

—Entonces estás peor de lo que pensaba.

Me miró con aquella expresión suya que conocía demasiado bien.

—Ginés...

—¿Qué?

—Vete.
Obedecí.



Al día siguiente regresé para acompañarlo. No fui el único. Los bedeles, oficiales de la Universidad, algunos parientes y varios amigos formábamos parte de la comitiva. Los De la Parra se habían tomado aquello con una seriedad que me parecía casi excesiva. Empezaba a comprender que para ellos el grado de Alonso no era solamente asunto suyo.

Don Fernando, su padre, iba al frente del grupo de la familia.

No recuerdo haberlo visto sonreír.

Mientras caminábamos, pensé que Alonso parecía más tranquilo que todos nosotros.

—Todavía puedes huir —le dije en voz baja.

—¿A Portugal?

—Conozco el camino.

Esta vez sí sonrió.

Fue la última vez que lo vi hacerlo durante varias horas.

Cuando comenzó el acto comprendí que aquello tenía poco que ver con las disputas a las que habíamos asistido tantas veces. Allí estaban los doctores y maestros que habían de juzgarlo. Alonso ocupó el lugar que le correspondía y nosotros quedamos reducidos a lo único que podíamos hacer por él: mirar, atender y esperar.

Había oído a mi amigo defender argumentos cientos de veces. Lo había visto discutir en las aulas, en los patios, en las calles y, con especial entusiasmo, delante de una jarra de vino, pero nunca lo había visto así.

Tardé unos instantes en reconocerlo cuando comenzó su defensa.

No titubeó.

Uno de los doctores lo interrumpió. Alonso escuchó la objeción sin bajar los ojos y respondió. Otro volvió sobre sus palabras. Después intervino un tercero.

Las horas avanzaron lentamente entre argumentos y réplicas. A ratos conseguía seguirlos; otras veces las palabras se enredaban de tal manera que sospechaba que todos habían decidido hablar una lengua distinta sin avisarme. Alonso, en cambio, parecía encontrarse cada vez más cómodo. Eso me tranquilizó. También me irritó un poco.

Llegó un momento en que uno de los doctores insistió en una objeción. Alonso respondió. El hombre volvió a la carga. Alonso contestó de nuevo. Yo conocía aquella expresión, era la misma que ponía cuando discutíamos y estaba convencido de tener razón.

Pensé que el doctor acababa de cometer un error.

Alonso esperó a que terminara y comenzó su respuesta con una cortesía tan perfecta que tuve que contener una sonrisa.

No entendí todo lo que dijo, pero comprendí perfectamente que no pensaba ceder.

Me pareció que llevábamos allí un día entero cuando llegó el descanso.

Alonso apenas probó la comida.

—Come —le dije.

—No tengo hambre.

Lo miré con asombro.

—Entonces sí que estoy preocupado.

Esta vez ni siquiera sonrió.

Todavía quedaban los últimos argumentos.

Y después, lo peor.

Esperar.



Todavía quedaban los últimos argumentos.

Y después, lo peor.

Esperar.

Mientras aguardábamos a que comenzara de nuevo la prueba, recordé los preparativos de los días anteriores. Hasta entonces no había comprendido del todo cuánto había detrás de aquel doctorado.

Era la primera vez que entraba en casa de los De la Parra. Conocía a Alonso desde hacía años y, sin embargo, hasta entonces nuestra amistad había transcurrido entre aulas, patios, calles y tabernas. Verlo allí, en la casa de su padre, fue como descubrir una parte de él que nunca me había mostrado.

Yo había supuesto que bastaría con que algún día volviéramos a la Universidad, unos cuantos doctores pronunciaran palabras solemnes, Alonso recibiera el grado de doctor y todos nos fuéramos a comer y beber a su costa.

Estaba equivocado.

Muy equivocado.

Don Fernando empezó a enumerar el dinero que había que disponer para atender los derechos del grado, preparar el acompañamiento y ocuparse de quienes participarían en los actos. Habría invitados a los que recibir, comidas que servir y personas a las que gratificar. Cada nueva partida encontraba su lugar en las cuentas con una facilidad que me resultaba inquietante.

—¿Todo eso cuesta hacerse doctor?



El padre de Alonso me miró.

—Todo eso cuesta hacerlo como corresponde —sentenció.

Ahí estaba la diferencia.

Supe entonces que existía una manera mucho más discreta de alcanzar el grado. En determinadas circunstancias podían celebrarse doctoramientos sin aquella ostentación, reduciendo ceremonias y gastos. No todos los licenciados podían permitírselos.

Se lo dije a Alonso.

—Podrías hacerlo así.

El silencio que siguió fue suficiente para que comprendiera que acababa de decir algo inconveniente.

Don Fernando apoyó ambas manos sobre la mesa.

—¡Mi hijo no se doctorará a escondidas!

—No he dicho a escondidas.

—Ginés —murmuró Alonso.

Callé, empezaba a comprender.

Para mí, Alonso se disponía a obtener un grado.

Para su padre, un De la Parra estaba a punto de convertirse en doctor por la Universidad de Salamanca.

No era lo mismo.

Mientras discutían las cuantías de gastos que habrían permitido vivir durante meses a algunos de los estudiantes que yo conocía, pensé en el muchacho al que había visto guardar un pedazo de pan que otro dejaba sobre una mesa. Después miré las monedas que don Fernando tenía

delante. Salamanca nos hacía sentarnos a todos en las mismas aulas, pero nunca nos había hecho iguales.

—¿Y para qué me necesitan a mí? —pregunté.

Alonso sonrió por primera vez desde que había entrado.

—Para los *gallos*.

Aquello consiguió preocuparme. Conocía los *gallos*. Todo estudiante que llevara algunos años en Salamanca había oído hablar de ellos y más de uno había procurado asistir cuando la ocasión se presentaba. Una cosa era escuchar las burlas dirigidas contra otro y otra muy distinta descubrir que alguien había pensado en uno para participar en ellas.

—No.

—Todavía no te he dicho qué quiero.

—Por eso. Prefiero negarme antes.

Alonso se echó a reír.

Don Fernando no parecía encontrar la conversación tan divertida.

—Explícaselo —dijo.

Alonso se volvió hacia mí.

—Habrá *gallo*.

—Eso ya lo he entendido.

—Y necesito a alguien que haga de *gallina*.

Lo miré.

—Busca a otro.

—Tiene que ser un estudiante.

—Salamanca está llena.

—Y amigo del graduando —añadió.—Por eso he pensado en ti.

No pude evitar sonrojarme.

—¿Y qué tendría que hacer?

Alonso se inclinó un poco hacia mí.

—Defenderme.

Aquello sí consiguió interesarme.

—¿De quién?

—Del *gallo*.

—¿Y qué va a decir?

—Todo lo que pueda.

—Entonces será mejor que no sepa lo mismo que yo.

Alonso dejó de sonreír.

—Precisamente por eso mi padre no quería llamarte.

Miré a don Fernando.

Por primera vez desde que había entrado en aquella casa, creí descubrir en su rostro algo parecido al arrepentimiento.

—Empiezo a comprender por qué me necesitáis —dije.

Y también empezaba a gustarme la idea, pero estaba equivocado.

Muy equivocado.

Don Fernando comenzó a enumerar cuanto había que disponer. Habló de derechos, propinas, convidados, comidas y de otras partidas cuyo nombre olvidé en cuanto entendí que todas significaban dinero. Uno de los hombres anotaba las cantidades mientras otro hacía observaciones que don Fernando escuchaba con atención.

Alonso parecía resignado.

Yo, en cambio, empezaba a divertirme.

—¿Todo eso hace falta para ser doctor?

Don Fernando levantó los ojos de las cuentas.

—No.

Aquella respuesta me sorprendió.

—Entonces vamos progresando.

Alonso me lanzó una mirada.

—Ginés...

—Déjalo —dijo su padre—. Es una pregunta razonable.

No estaba acostumbrado a que don Fernando considerase razonable nada de lo que yo decía, de modo que guardé silencio.

—El grado puede recibirse con mucha menos ostentación —continuó—. Hay quienes así lo hacen porque no pueden afrontar sus gastos o aprovechan circunstancias que permiten reducirlos.

Miré las monedas que había sobre la mesa.

—Parece sensato.

—Lo es.

—Entonces...

—Mi hijo no lo hará.

Comprendí que la conversación había terminado antes de que yo me diera cuenta.

Alonso bajó la cabeza para ocultar una sonrisa.

—¿Y qué diferencia hay? —pregunté.

Esta vez respondió él.

—Que mi padre quiere que toda Salamanca sepa que me he doctorado.

—No toda.

Don Fernando me miró.

—Toda la que nos importe.

Aquello sí lo entendí.

Hasta entonces sabía que la familia de Alonso tenía dinero. Había visto los libros que compraba sin contar las monedas y jamás lo había visto preguntarse cómo pagaría el alojamiento del mes siguiente. Aquella tarde comprendí que la riqueza de los De la Parra era otra cosa.

No consistía solamente en poder gastar, sino en hacerlo y ser vistos mientras lo hacían.

Miré otra vez la mesa.

Algunos estudiantes que conocía habrían podido vivir meses con lo que allí se discutía en una tarde.

—¿Y para qué me necesitan a mí? —pregunté.

Don Fernando miró a Alonso.

Mi amigo sonrió.

—Para los *gallos*.

De todo cuanto había oído aquella tarde, aquello fue lo único que consiguió preocuparme de verdad.

Acepté y aún hoy no sé por qué.

Alonso me explicó lo que esperaba de mí y, al principio, no me pareció difícil. Si el *gallo* debía zaherir al nuevo doctor con burlas y agudezas, a la *gallina* le correspondía hacer justamente lo contrario: ensalzarlo.

Dos días después estaba sentado en mi habitación del mesón ante un papel en blanco. Conocía a Alonso desde hacía varios años y trataba de encontrar virtudes que pudieran proclamarse en público sin que quienes también lo conocían estallasen en carcajadas.

Volví a mirar el papel.

Había escrito:

«*De la prudencia del licenciado Alonso de la Parra...*»

Lo taché.

Volví a empezar.

«*De su natural modestia...*»

También lo taché.

Volví a coger la pluma.

«*De la generosidad...*»

Me quedé mirando la palabra.

Esa podía servir.

Alonso podía ser muchas cosas, pero nunca había sido mezquino conmigo. Ni siquiera cuando yo tenía menos dinero que él —lo que ocurría siempre— había permitido que la diferencia se interpusiera entre nosotros.

Dejé la palabra sin tachar, era un comienzo.

Por primera vez desde que don Fernando me había encargado aquella tarea, empezaba a saber qué escribir.

Entonces llamaron a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció Bartolomé.

Lo conocía desde hacía años. Habíamos compartido aulas, disputas y suficientes noches de vino como para saber cada uno cuándo mentía el otro, aunque nunca habíamos llegado a tener la amistad que me unía a Alonso.

Bartolomé pertenecía a los Maldonado, una de aquellas familias salmantinas cuyo apellido parecía llevar más tiempo en la ciudad que algunas de sus iglesias. Nunca le había faltado dinero, aunque tenía la rara virtud de no recordárselo a los demás.

—¿Qué haces aquí?

—Alonso me manda.

Aquello no podía ser bueno.

—¿Para qué?

Bartolomé cerró la puerta a su espalda.

—Dice que necesitas ayuda.

Miré el papel.

—Alonso habla demasiado.

—En eso puedes empezar el *gallo*.

—Estoy escribiendo la *gallina*.

—Entonces no.

Se acercó a la mesa y leyó lo que había dejado sin tachar.

—Generosidad —dijo.

Esperé la burla.

No llegó.

—Esa puedes dejarla.

Lo miré.

Bartolomé se encogió de hombros.

—También yo lo conozco, Ginés.

Aparté una silla con el pie.

—Siéntate.

Y por primera vez desde que había empezado aquella maldita tarea, dejé de sentir que estaba escribiendo solo.

Bartolomé tomó la hoja y acercó la silla.

—¿Qué más tienes?

—Prudencia y modestia.

—¿Y las has tachado?

—Naturalmente.

—Bien. Todavía conservas el juicio.

Mojé la pluma.

—Necesito algo más.

Bartolomé se quedó pensando.

—Lealtad.

Esta vez no escribí enseguida.

—¿Lealtad?

—Nunca he visto a Alonso abandonar a un amigo porque dejara de convenirle.

Levanté la vista.

Bartolomé pertenecía al mismo mundo que los De la Parra. Desde niño conocía a muchas de las familias que yo había aprendido a distinguir tras llegar a Salamanca y sabía mejor que yo cuánto podían importar un apellido, una casa o una amistad bien escogida.

—¿Lo dices por alguien?

—Lo digo por ti.

Dejé la pluma.

—No entiendo.

—Claro que entiendes.

No me gustó el rumbo que tomaba la conversación.



Bartolomé señaló la hoja.

—Alonso podía haberse rodeado de otros como él cuando llegaste a Salamanca. No le habrían faltado.

—Y acabó conmigo. Nunca ha tenido buen juicio.

—Eso ya lo habías tachado.

Sonreí.

Bartolomé no.

—Te hablo en serio, Ginés.

Miré otra vez la palabra que había dejado escrita.

Generosidad.

Debajo añadí:

Lealtad.

Durante un rato ninguno de los dos dijo nada.

Después Bartolomé acercó el tintero hacia mí.

—Ahora escribe.

—¿Qué?

—Lo que acabas de comprender.

Miré el papel.

Esta vez la pluma empezó a correr sola.

Cuando terminamos había más palabras tachadas que escritas y varias manchas de tinta que ningún elogio conseguiría justificar, pero entre todo aquello empezaba a aparecer Alonso.

No el Alonso que su padre quería exhibir ante Salamanca convertido en doctor, sino su amigo Alonso.

Doblé las hojas.

Bartolomé se quedó mirándome.

—Dentro de unos meses tendrás otras cosas de que preocuparte.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si todo va bien, antes de que termine el curso serás tú quien tenga que enfrentarse a los doctores para ser bachiller.

No necesitaba que me lo recordara.

Hasta entonces había conseguido pensar en aquel examen como en algo todavía lejano, pero los meses corrían y cada vez resultaba más difícil engañarme.

—Primero tendré que llegar —dije.

—Llegarás.

—Eso es fácil decirlo cuando el que ha de examinarse es otro.

Bartolomé sonrió.

—Hace unos años Alonso estaba donde estás tú.

Aquello me hizo callar.

Durante mucho tiempo siempre había quedado otro curso por delante. Después otro. Y luego otro más. La Universidad había terminado por parecerme una de esas cosas que no se acaban nunca.

Ahora Alonso estaba a punto de ser doctor y yo esperaba ser bachiller antes de que terminara el curso. Por primera vez comprendí que los dos avanzábamos por el mismo camino, aunque él me llevara varios años de ventaja.

El día del doctoramiento comprendí por fin qué había querido decir Don Fernando cuando aseguró que su hijo no recibiría el grado a escondidas: ¡Salamanca se había enterado!

Pero todo aquello había ocurrido durante los días anteriores, ahora una voz nos llamaba. El descanso había terminado.

Alonso volvió a ocupar su lugar ante los doctores. Parecía cansado, aunque conservaba la misma expresión con que había comenzado. Quedaban los últimos argumentos.

Las preguntas volvieron a sucederse. Uno de los doctores retomó una cuestión que había quedado pendiente antes del descanso y Alonso respondió sin apresurarse. Otro intervino después. A esas alturas yo había renunciado a entender cada palabra y me limitaba a observar a mi amigo, buscando en su rostro alguna señal que me permitiera adivinar cómo marchaban las cosas.

No encontré ninguna.

Respondió una vez más. Después otra.

Hasta que ya no hubo más preguntas.

Durante unos instantes permaneció en silencio, como si tampoco él estuviera seguro de que aquello hubiera terminado. Luego hizo la reverencia correspondiente y se retiró.

Me acerqué en cuanto pude.

—¿Ya está?

—Ya está.

—¿Y ahora?

Alonso me miró.

—Ahora, esperar.

Aquello era precisamente lo que menos me apetecía hacer.

La espera resultó bastante peor que la defensa.

Durante las horas siguientes intenté averiguar el resultado en el rostro de cuantos salían de allí. Unos parecían demasiado serios; otros hablaban entre ellos sin prestarnos atención. Alonso, que había sido capaz de enfrentarse durante horas a los doctores sin perder la calma, comenzó a caminar de un lado a otro.

—Vais a gastar el suelo —le dije.

—Calla.

Obedecí. Por una vez.

Cuando finalmente supimos que había superado la prueba, tardé unos instantes en comprender lo que significaba. Alonso ya podía recibir el grado de doctor.

Lo abracé antes de que pudiera impedírmelo.

—¡Ya está!

—Todavía no —respondió.

—¿Qué falta?

Me miró como si la respuesta fuese evidente.

—Mi padre.

Entonces comprendí que superar la prueba solo había sido una parte del asunto.

El doctoramiento todavía estaba por delante.

Llegó antes de lo que esperaba.

Cuando llegué a casa de los De la Parra ya había gente entrando y saliendo por la puerta. Los criados atravesaban el zaguán con tal prisa que nadie parecía reparar en mí; los convidados se sucedían y, desde alguna parte de la casa, se oía una discusión sobre algo que debía estar preparado desde hacía una hora.

—Llegas tarde —me dijo Bartolomé en cuanto me vio.

—He llegado a la hora.

—Precisamente.

Aquella respuesta me confirmó que pertenecía a una familia como los Maldonado.

—¿Dónde está Alonso?

—Con su padre —me dijo señalando hacia el interior.

No tuve que preguntar haciendo qué. Don Fernando llevaba días ocupándose del doctoramiento como si la honra de todos los De la Parra, vivos y muertos, dependiera de aquella mañana.

Cuando por fin apareció Alonso, tardé un instante en reconocer en él al hombre con quien había discutido tantas veces por una jarra de vino.

Todo estaba dispuesto para que Salamanca viera al nuevo doctor.

Me acerqué.

—Todavía puedes huir.

Alonso me miró.

—¿A Portugal?

Sonreí.

Hacía años que utilizábamos aquella amenaza cada vez que alguno de los dos se encontraba ante algo de lo que habría preferido escapar.

—Conozco el camino.

Alonso miró hacia su padre, hacia los convidados y hacia el movimiento que llenaba la casa.

—Creo que esta vez me encontraría antes de llegar.

Entonces comenzaron a llamarnos, había llegado la hora de salir.

Me coloqué junto a Bartolomé y guardé bien las hojas de la *gallina*.

Al cruzar otra vez el dintel de aquella casa comprendí la diferencia con la primera vez que había entrado. Entonces había visto cuánto dinero tenían los De la Parra, ahora iba a ver para qué servía.

Seguimos avanzando hacia la Catedral Nueva.

Cuanto más nos acercábamos, menos hablaba la gente del acompañamiento.

Yo tampoco tenía ya ganas de bromear.

Al aproximarnos a la Catedral, comprendí que aquella solemnidad iba mucho más allá de las ínfulas de los De la Parra. Había lugares, ceremonias y maneras establecidas para hacer visible que uno de los suyos había alcanzado el grado más alto que podía conceder la Universidad. ¡Y Alonso estaba a punto de ocupar su lugar entre ellos!

Metí otra vez la mano entre los pliegues de la ropa y toqué las hojas.

Habíamos pasado dos días intentando encontrar palabras dignas de Alonso y dentro de poco tendría que pronunciarlas delante de todos.

Al entrar en la Catedral pensé inevitablemente en Santa Bárbara. Allí Alonso había tenido que demostrar que sabía. Ahora me tocaba a mí decir delante de todos por qué merecía haber llegado hasta allí.

Y había muchos a quienes decírselo.

Hasta aquel momento no había comprendido del todo qué significaba un doctoramiento con pompa. Lo había visto en las cuentas de don Fernando, en el ir y venir de los criados y en el acompañamiento que nos había seguido por las calles. Dentro de la Catedral adquirió otra dimensión.

Todo parecía dispuesto para que nadie olvidara quién era el hombre que iba a recibir el grado. Busqué a Alonso entre quienes ocupaban sus lugares. Por un momento nuestras miradas se encontraron.

Ya no sonrió.

Yo tampoco.

Bartolomé me dio un ligero golpe con el codo.

—Las hojas.

Me llevé una mano a la ropa.

—Aquí están.

—Es la tercera vez que lo compruebas desde que salimos.

—La cuarta.

—Entonces puedes estar tranquilo.

—No lo estoy.

Bartolomé pareció disfrutar de la confesión.

—Creí que esto te divertía.

—Me divertía cuando faltaban dos días.

Nos hicieron ocupar nuestros lugares y las conversaciones fueron apagándose.

Entonces comenzó el acto.

Había asistido durante aquellos años a suficientes ceremonias universitarias para saber que la Universidad podía convertir cualquier cosa en algo solemne si conseguía reunir bastantes hombres graves en un mismo sitio, pero aquella vez era distinto. Conocía al que estaba en medio de todo.



Mientras se sucedían las formalidades, observé a Alonso. Pensé en el muchacho con el que había recorrido aquellas mismas calles años atrás. También en las aulas, en las disputas, en el vino, en los libros y en todas las cosas que entonces nos habían parecido importantes.

Ahora estaba allí, a punto de convertirse en doctor.

Comprendí entonces por qué Don Fernando había gastado tanto dinero.

No estaba pagando solamente una ceremonia.

Estaba convirtiendo el éxito de su hijo en un acontecimiento social que todos pudieran contemplar y recordar.

Y, aunque me costara admitirlo, estaba funcionando.

Miré las hojas que llevaba conmigo.

Dentro de poco llegaría mi turno.

El *gallo* comenzó con cierta prudencia.

Duró poco.

Primero elogió la aplicación del nuevo doctor con tanta exageración que nadie pudo tomarla por elogio. Después habló de su modestia, y algunas risas me hicieron recordar la palabra que yo mismo había tachado dos días antes.

Miré a Bartolomé.

—Podríamos haberla dejado.

—Habría parecido que le copiábamos.

Alonso nos vio hablar.

Aquello fue un error.

El *gallo* siguió la dirección de su mirada y nos descubrió.

—Veo que el nuevo doctor busca auxilio entre sus compañeros.

Varias cabezas se volvieron hacia nosotros.

Bajé los ojos.

—Ahora también es culpa tuya —murmuré.

—Yo no he dicho nada.

—Precisamente.

Las burlas continuaron.

Algunas se referían a sus años de estudiante; otras, a la gravedad que convenía desde aquel día a un hombre de su grado. El Alonso que yo conocía fue desapareciendo poco a poco bajo una montaña de virtudes que nadie en la Catedral parecía dispuesto a creer.

Hasta don Fernando sonrió, eso sí me sorprendió.

Finalmente el *gallo* terminó entre risas y dejó a Alonso convertido en un hombre tan sabio, prudente, grave y virtuoso que tuve que mirarlo dos veces para asegurarme de que seguía siendo él.

Entonces llegó mi turno.

Me levanté con las hojas en la mano.

Había imaginado aquel momento muchas veces durante los dos días anteriores. En ninguna de ellas había tanta gente mirándome.

Ocupé mi lugar frente a Alonso.

Él me observaba con una expresión que conocía perfectamente.

Como digas una barbaridad, te mato.

Aquello me tranquilizó, al menos seguía siendo Alonso.

Miré las hojas.

Empecé como correspondía, devolviendo al nuevo doctor algunas de las virtudes que acababan de arrebatarme entre risas. Hablé de su entendimiento, de su aplicación y de tantas otras excelencias que había encontrado en los libros y que Bartolomé y yo habíamos conseguido ordenar sin rérimos demasiado.

Hubo alguna sonrisa.

Después llegué a la palabra que no habíamos tachado: Generosidad.

Levanté los ojos del papel.

Podía haber seguido leyendo.

No lo hice.



—De su generosidad —dije— podría hablar mucho. Pero bastará decir que durante todos los años que llevo conociéndolo jamás permitió que un amigo tuviera menos mientras él tuviese más.

Se hizo un silencio distinto.

No estaba escrito exactamente así.

Bartolomé lo sabía.

Alonso también.

Bajé otra vez la vista.

Allí estaba la segunda palabra: Lealtad.

Esta vez ni siquiera fingí leer.

—Y de su lealtad puedo decir todavía menos.

Algunas personas parecieron desconcertadas.

—Porque hay cosas que uno solo puede conocer cuando las necesita.

Miré a Alonso.

—Y yo la necesité.

Durante un instante olvidé a los doctores, a don Fernando y a toda la gente que nos rodeaba.

Solo vi al muchacho con quien había llegado a compartir aquellos años.

Entonces comprendí que Bartolomé y yo habíamos cometido un error al preparar la gallina.

Habíamos buscado palabras dignas de un doctor.

Y las que importaban eran las que explicaban por qué había sido mi amigo.

Durante unos instantes nadie dijo nada.

Aquello empezaba a parecerse demasiado a un discurso serio.

Miré las hojas.

Todavía me quedaban varias líneas.

Decidí salvarnos a los dos.

—Todo esto —continué— no significa, naturalmente, que el nuevo doctor carezca de defectos.

Algunas risas me animaron.

Alonso entrecerró los ojos.

—Enumerarlos exigiría prolongar el acto hasta mañana, y no quisiera ser yo quien obligara a tan ilustres doctores a perder la cena.

Esta vez las risas fueron mayores.

Alonso negó lentamente con la cabeza.

Ya estaba.

Volví a reconocerlo.

—Diré solamente que Salamanca entrega hoy un nuevo doctor al mundo. Confío en que el mundo sabrá qué hacer con él, porque nosotros llevamos años intentándolo sin demasiado éxito.

Hasta Bartolomé se echó a reír.

Doblé las hojas.

Ya no necesitaba leer nada más.

—Enhorabuena, Alonso.

Fue lo único que dije sin buscar palabras mejores.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

Cuando regresé junto a Bartolomé tenía las piernas bastante menos firmes de lo que habría querido reconocer.

—No ha estado mal —dijo.

—Gracias.

—Aunque has olvidado hablar de su modestia.

—La he dejado para su próximo doctorado.

A nuestras espaldas continuaban las risas y los comentarios. La solemnidad que había acompañado la concesión del grado parecía haber quedado muy lejos.

Guardé las hojas.

Ya no volvería a necesitarlas.

Entonces alguien rodeó mi cuello con un brazo.

—Has dicho que tengo tantos defectos que no caben en una tarde.

No necesité volverme.

—Era una *gallina*. Tenía que exagerar.

Alonso me soltó.

—También has dicho otras cosas.

Esta vez sí lo miré.

Durante un instante ninguno de los dos hizo una broma.

—Eran verdad.

Alonso bajó los ojos.

—Gracias, Ginés.

Bartolomé carraspeó a nuestro lado.

—Si habéis terminado de comportaros como dos enamorados, creo que tu padre lleva un buen rato intentando encontrarte.

—¿Mi padre?

—Sí. Creo que quiere asegurarse de que toda Salamanca recuerde que tiene un hijo doctor.

Alonso volvió la cabeza.

Su padre estaba unos pasos más allá, rodeado de convidados.

Don Fernando recuperó a su hijo y durante un buen rato apenas volví a acercarme a él. Lo vi pasar de unos a otros, recibía felicitaciones, estrechaba manos y escuchaba palabras que probablemente olvidaría antes de que terminara el día.

Bartolomé y yo nos quedamos algo apartados.

—Parece que se acostumbra rápido —dije.

—Es un De la Parra.

—Eso explica muchas cosas.

Bartolomé sonrió.

Observé de nuevo a Alonso. Hacía años que lo conocía y, sin embargo, por primera vez había algo que nos separaba y que no tenía que ver con el dinero de su familia, con su casa ni con las cuentas de don Fernando.

Él había terminado, ya no tendría que esperar a que un maestro entrara en el aula. No tendría que copiar otra lección ni prepararse para otro examen. Había recorrido el camino entero. Yo todavía no.

Pensé en ello mientras veía a Alonso reír entre aquellos hombres que ahora podían llamarlo colega.

No sentí envidia, sentí prisa. Quizás porque hasta entonces siempre había pensado que los años de Universidad simplemente transcurrían mientras nosotros hacíamos otras cosas, y aquella mañana comprendí que también se acababan.

Alonso consiguió por fin escapar de sus invitados y se acercó nuevamente.

—¿Te vas?

—Todavía no.

—Bien. Mi padre ha encargado comida suficiente para doctorar a media Salamanca.

—Entonces habrá que ayudarlo.



Empezamos a caminar.

—Ginés.

—¿Qué?

—Cuando seas bachiller, haré yo de tu *gallina*.

Lo miré.

—Ni se te ocurra.

—Ya estoy pensando en tus virtudes.

—No encontrarás ninguna.

Alonso sonrió.

—Tengo tiempo.

Esta vez reímos los tres.

Seguimos andando entre la gente.

Él ya era doctor.

Yo todavía tenía que hacerme bachiller.

Y, por primera vez, el tiempo que me quedaba en Salamanca empezó a parecerme más corto que el que había dejado atrás.

Capítulo 12. Ya no bastaba con saber

Hasta entonces habíamos aprendido principalmente a escuchar. Escuchábamos al maestro durante las lecciones, copiábamos cuanto podíamos y después tratábamos de encontrar algún sentido a lo que habíamos escrito. Con los años habíamos mejorado en las tres cosas, aunque Curro sostenía que mi letra empeoraba en la misma proporción en que aumentaban mis conocimientos.

A medida que avanzábamos en nuestros estudios comenzaron a exigirnos algo diferente. Saber ya no era suficiente si no éramos capaces de defender lo que sabíamos.

Las disputas no eran nuevas para nosotros. Las habíamos presenciado muchas veces y conocíamos bien aquel ir y venir de argumentos, objeciones y respuestas que podía prolongarse hasta conseguir que una cuestión aparentemente sencilla dejara de parecérselo.

Lo nuevo era encontrarnos cada vez más cerca del lugar de quienes tenían que responder.

Una tarde, al terminar una de aquellas disputas, Curro y yo salimos juntos.

—No parece tan difícil —dijo.

Me detuve.

—¿Qué cosa?

—Disputar.

Miré hacia atrás.

—Ese hombre lleva una hora intentando demostrar algo que tú no has entendido.

—Precisamente. Y nadie ha conseguido demostrarle que no lo entiende.

Seguí caminando.

—Cuando llegue tu turno, procuraré sentarme cerca.

—¿Para ayudarme?

—Para verlo.

Curro sonrió.

Todavía no sabíamos que, antes de enfrentarnos a nadie, íbamos a tener que aprender a enfrentarnos el uno al otro.

Lo descubrimos al terminar una lección, cuando el maestro cerró el libro y nos miró.

—Los que penséis llegar al grado sabréis ya que escuchar no basta.

Hubo algún movimiento entre los bancos.

—Quiero que aprendáis a sostener una conclusión y, sobre todo, a defenderla cuando alguien trate de derribarla.

Curro se inclinó hacia mí.

—Eso último se me da bien.

—Hasta ahora solo lo has practicado conmigo.

—Por eso estoy bien entrenado.

El maestro hizo callar a los que todavía murmuraban.

Durante las semanas siguientes comenzamos a ejercitarnos con mayor frecuencia. Uno debía sostener una proposición; otro, encontrar razones para negarla. Pronto comprendí que conocer bien la materia proporcionaba cierta ventaja, pero no tanta como yo había supuesto. Curro fue quien me lo demostró.

Una tarde me correspondió defender una conclusión que llevaba dos días preparando. Había revisado mis notas, consultado cuanto pude y ordenado los argumentos de manera que, al menos sobre el papel, me parecían difíciles de combatir.

Curro escuchó el primero.

—No.

Lo miré.

—¿No qué?

—No estoy de acuerdo.

—Todavía no he terminado.

—No hace falta.

Algunos de nuestros compañeros rieron.

—Entonces objeta.

Curro lo hizo.

Necesité bastante menos tiempo para encontrar el punto débil de mi razonamiento que yo para construirlo.

Intenté responder.

Él volvió a objetar.

Respondí de nuevo.

Curro sonrió.

Aquella sonrisa ya la conocía.

Cinco minutos después yo seguía defendiendo mi conclusión.

El problema era que había empezado a sospechar que Curro tenía razón.

La siguiente vez procuré estar preparado.

No siempre lo conseguí.

Pasaron las semanas, Curro y yo convertimos casi cualquier momento libre en una ocasión para ejercitarnos. Disputábamos después de las lecciones, mientras comíamos y alguna vez hasta caminando por la calle, con gran desconcierto de quienes nos oían afirmar una cosa en una esquina y defender la contraria antes de llegar a la siguiente.

Pronto descubrimos que había una diferencia considerable entre tener razón y conseguir demostrarla.

Curro seguía siendo más rápido.

Yo aprendí a ser más paciente.

Él atacaba en cuanto encontraba una grieta. Yo empecé a esperarlo.

—Te estás volviendo desconfiado —me dijo una tarde.

—Estoy aprendiendo.

—Es lo mismo.

Había algo todavía más difícil: defender una conclusión que no habríamos elegido por nuestra cuenta.

Una conclusión no tenía por qué coincidir con lo que uno pensaba. Había que sostenerla, prever las objeciones y responderlas sin abandonar el terreno que se había aceptado.

Esa posibilidad le pareció maravillosa a Curro.

—¿Quieres decir que puedo defender una cosa aunque crea la contraria?

—Sí.

—Llevo años haciéndolo gratis.

Pero un día dejó de ser un ejercicio entre nosotros.

Al terminar la lección, el maestro nombró a varios estudiantes que participarían en la próxima disputa.

Escuché mi nombre.

Después el de Curro.

Nos miramos.

Esta vez ninguno de los dos sonrió.
La disputa se celebró unos días después.
Habíamos asistido a muchas, pero se veían de manera muy distinta cuando uno sabía que en algún momento tendría que levantarse.
Curro estaba sentado a mi lado.
—Deja de mover la pierna.
—No la estoy moviendo.
Miré hacia abajo.
—Entonces es la mía.
—Eso me tranquiliza.
—Me alegro.
—A mí, no. Si tú estás nervioso, significa que tengo motivos para estarlo.
El primer estudiante comenzó a defender su conclusión.
Procuré escucharlo, pero durante los primeros minutos apenas conseguí seguir el razonamiento. No porque fuera complicado, sino porque estaba demasiado ocupado pensando en el mío.



Entonces recordé algo que había aprendido ejercitándome con Curro.
Dejé de preparar mi respuesta.
Y escuché.
Poco a poco empecé a distinguir el camino que seguía el argumento. Una afirmación llevaba a otra. Algunas eran necesarias, otras parecían serlo y una no lo era.
Me aferré a ella.
Cuando llegó mi turno, me levanté.
Repetí primero lo que había entendido de su razonamiento.
El estudiante asintió.
Solo entonces formulé la objeción.

Hubo un breve silencio.
Él respondió.

Yo volví a escuchar.
Esta vez no pensé en lo que quería decir.
Pensé en lo que él acababa de decir.
Y encontré otra grieta.
Cuando volví a sentarme, Curro se inclinó hacia mí.
—Eso ha estado bien.
—Lo sé.
—No tanto.
—Entonces ¿para qué lo dices?
—Para que no te desanimes antes de verme a mí.
Poco después pronunciaron su nombre.
Curro se levantó, y comprendí que llevaba semanas esperando aquel momento.



Comenzó de una manera que yo no esperaba.
No objetó.
Hizo una pregunta.
El estudiante que defendía la conclusión respondió sin dificultad.
Curro hizo otra.
También obtuvo respuesta.
La tercera pareció todavía más sencilla que las anteriores.
Empecé a preguntarme qué estaba haciendo.
El maestro, en cambio, había dejado de mirar sus papeles.
Curro formuló una cuarta pregunta.
Esta vez el estudiante tardó un poco más en responder.
Curro asintió.
—Entonces aceptáis que eso es así.
—Lo acepto.
—Y antes habéis aceptado también lo anterior.
—Sí.
Curro guardó silencio unos instantes.
—Entonces no entiendo cómo podéis sostener vuestra conclusión.

El estudiante frunció el ceño.
—Lo acabo de explicar.
—No. Habéis explicado por qué queréis sostenerla. Pero si son ciertas las dos cosas que acabáis de concederme, vuestra conclusión no puede serlo también.
Hubo un murmullo entre los estudiantes.
Yo comprendí entonces lo que había hecho.
Curro no había buscado una grieta en el razonamiento.
Había conseguido que el otro la abriera.
El estudiante trató de retroceder.
—No he dicho exactamente eso.
—Sí lo habéis dicho.
—Habéis entendido mal mi respuesta.
Curro sonrió.
—Entonces será mejor que volvamos a la primera pregunta.
Algunos rieron.
El maestro no.
Curro tampoco.
Por primera vez desde que lo conocía lo vi completamente serio mientras discutía.
Cuando terminó y regresó a mi lado, esperé a que se sentara.
—Eso ha estado bien.
—Lo sé.
—No tanto.
Curro me miró.
—Eso ya lo has dicho tú.
—También estoy aprendiendo.
Quise seguir bromeando, pero miré de nuevo hacia él.
Durante todos aquellos años había pasado algo por alto.
Curro sabía hacer preguntas.
Y para un hombre que pensaba ganarse la vida con las leyes, quizás aquello fuera tan importante como conocer las respuestas.
Las disputas se hicieron habituales.
Al principio preparábamos cada una como si de ella dependiera nuestro grado. Con el tiempo dejamos de necesitar tantas hojas y empezamos a confiar un poco más en nosotros mismos. Aquella costumbre acabó cambiando también nuestra manera de estudiar.
Una noche, mientras repasábamos juntos, Curro dejó el libro sobre la mesa.
—Hay algo que no entiendo.
—Eso no es nuevo.
—Déjame terminar.
—Eso tampoco.
Curro ignoró el comentario.
—Cuando discutimos aquí, tú intentas demostrar que tienes razón.
—Naturalmente.
—En las disputas ya no.
Lo miré.
—¿Qué quieres decir?
—Que ya no intentas convencer al otro de que tienes razón. Intentas descubrir dónde se equivoca.
Pensé un momento.
—¿Y no es lo mismo?
—No.
Curro tomó el libro y señaló uno de los pasajes que habíamos estado estudiando. Habló de la posibilidad de que mañana tuviera que defender a un hombre que sostuviera aquel contenido.
Leí de nuevo aquellas líneas.
—Perdería.

—Eso ya lo sé. Por eso te lo pregunto.
—Buscaría otra manera de defenderlo.
Y practicamos.

A partir de aquella noche las disputas dejaron de terminar cuando salíamos de la Universidad. Curro comenzó a plantearme asuntos en los que no bastaba con recordar lo que habíamos leído. Había que decidir qué podía alegarse, qué debía callarse y, sobre todo, qué respondería la otra parte.



Pronto fui yo quien comenzó a planteárselos a Curro.
Lo más divertido era que ninguno quería quedarse con el asunto fácil.
—Ese hombre tiene razón —decía Curro.
—Entonces defiende al otro.
—Eso no es justo.
—Precisamente.
Y volvíamos a empezar.
—¿Aunque estuviera equivocado?
—Si tuviera que defenderlo, sí.
Curro sonrió.
—Entonces ya estás aprendiendo.
—¿A qué?
—A ser abogado.
Me eché a reír.
—Todavía tenemos que hacernos bachilleres.
—Por eso conviene empezar antes.

Aquella noche seguimos trabajando mucho después de lo acostumbrado. Pero dejamos de limitarnos a las conclusiones que nos habían propuesto.

Empezamos a inventar casos.

Un hombre vendía una mula y el comprador descubría después que estaba enferma. Un vecino afirmaba que una pared era suya y el otro juraba que pertenecía a su casa. Alguien prestaba dinero sin testigos y después no conseguía recuperarlo.

Uno escogía una parte.

El otro debía defender la contraria.

Al principio elegíamos siempre la que parecía tener razón.

Después comprobamos que resultaba mucho más útil defender la que parecía no tenerla.

Nuestra manera de estudiar empezó a cambiar.

Hasta entonces yo había leído buscando respuestas. Ahora empezaba a leer buscando preguntas.

Si encontraba un argumento que parecía concluyente, intentaba descubrir cómo podría combatirlo Curro. Si una afirmación me parecía indiscutible, procuraba imaginar qué tendría que decir para ponerla en duda.

Curro hacía lo mismo.

Llegó un momento en que estudiar juntos se volvió desesperante.

—Eso está claro —dije una tarde.

—No.

—¿Qué no está claro?

—No lo sé todavía.

—Entonces está claro.

—Dame tiempo.

Seguí leyendo.

—Ya lo tengo.

Cerré los ojos.

—Naturalmente.

Y me explicó por qué aquello que unos instantes antes ambos habíamos considerado evidente podía no serlo.

Lo peor fue que consiguió convencerme.

Las disputas nos estaban enseñando algo que no figuraba en ninguno de nuestros libros: para defender bien una posición había que conocer también las razones capaces de destruirla. Cuanto mejores éramos encontrándolas el uno en el otro, más difícil resultaba vencernos.

Fue así hasta que uno de nuestros maestros decidió comprobar cuánto habíamos aprendido. Ocurrió una mañana, al terminar la lección.

—Ginés, Curro. Quedaos.

Nos miramos.

—¿Qué has hecho? —murmuré.

—Todavía nada.

—Eso me preocupa más.

Cuando salieron los demás, el maestro esperó a que se cerrara la puerta.

—Me dicen que os pasáis el día disputando.

Curro me miró.

—No todo el día.

—Eso iba a decir yo.

—Entonces también os ponéis de acuerdo.

Ninguno respondió.

El maestro tomó asiento.

—Habéis aprendido a conocer demasiado bien. Nicolás sabe cuándo va a atacar Curro y Curro sabe dónde buscará Nicolás una respuesta.

Aquello era cierto.

—Así no aprenderéis mucho más.

Curro dejó de sonreír.

El maestro nos planteó entonces un asunto que ninguno de los dos había preparado.

Esta vez no nos permitió escoger una parte.

Ni siquiera nos puso uno frente al otro.
—Los dos defenderéis al mismo hombre.
Miré a Curro.
—¿Los dos?
—Los dos.
—¿Contra quién?
—Contra mí.
Curro se volvió lentamente hacia el maestro.
—Eso no parece muy equilibrado.
—La justicia no siempre consiste en que las fuerzas estén equilibradas.
Aquella respuesta hizo desaparecer la última sonrisa de Curro.
El maestro nos concedió unos minutos para ordenar nuestros argumentos.
Nos apartamos.
—Empieza tú —dijo Curro.
—¿Por qué?
—Porque él esperará que empiece yo.
—¿Y cómo sabes lo que espera?
Curro miró hacia el maestro.
—No lo sé.
Era la primera vez que se lo oía admitir.
Abrí mis notas.
Curro puso una mano encima.
—No.
—¿Qué haces?
—Primero pensemos qué va a decir él.
Me quedé mirándolo.
Sin darnos cuenta, habíamos dejado de prepararnos para defender nuestra posición.
Empezamos por construir la del maestro. No fue difícil. Lo difícil fue descubrir que era mejor que la nuestra.
—Tenemos un problema —dijo Curro.
—Ya lo veo.
—No. Tú ves uno. Yo veo tres.
—Gracias.
El maestro esperaba al pie de la cátedra. No nos apremiaba. De vez en cuando hojeaba el libro que tenía delante, como si nuestra conversación no le interesara.
Sabíamos que sí.
Curro señaló una de mis notas.
—Si dices esto, te responderá aquello.
—Entonces empiezo por aquello.
—Y te preguntará esto.
Pensé un momento.
—Entonces no debemos hablar de ello.
Curro levantó la vista.
—¿Callarlo?
—No. Evitar que la disputa llegue hasta ahí.
Nunca habíamos pensado así.



Hasta entonces habíamos buscado siempre el mayor número posible de razones para sostener una conclusión. Cuantas más encontrábamos, más seguros nos sentíamos.

Ahora empezábamos a comprender que una razón podía ser cierta y, sin embargo, no convenirnos.

Volvimos a empezar.

Esta vez escogimos solo dos argumentos.

—Son pocos —dijo Curro.

—Pero podemos defenderlos.

—Eso espero.

—Tú has escogido uno.

—Precisamente por eso.

Nos volvimos hacia el maestro.

—¿Ya estáis preparados?

—No —respondió Curro.

—Sí —dije yo al mismo tiempo.

El maestro nos observó.

—Excelente comienzo.

Curro me lanzó una mirada.

—Estamos preparados —rectificó.

Comencé yo.

Expuse nuestra primera razón procurando no alejarme de lo que habíamos acordado. El maestro escuchó hasta el final.

Después hizo exactamente la objeción que Curro había previsto.

Lo miré.

Curro sonreía.

Respondí como habíamos preparado.

El maestro volvió a objetar.

Aquello también lo esperábamos.

Curro tomó entonces la defensa y durante unos minutos ocurrió algo que ninguno de los dos había experimentado antes: no necesitábamos mirarnos para saber adónde quería llegar el otro.

Yo dejaba una cuestión abierta.

Curro la cerraba.

Él obligaba al maestro a precisar una afirmación.

Yo utilizaba la precisión para llevarlo de nuevo hacia nuestro argumento.

Por primera vez no disputábamos Ginés y Curro.

Disputábamos los dos.

Y empezamos a creer que podíamos vencerlo.

Ese fue nuestro error.

El maestro nos dejó avanzar un poco más.

Después formuló una sola pregunta.

Curro dejó de sonreír.

Yo no supe qué responder.

No habíamos pensado en ella.

La pregunta era sencilla.

—¿Cómo sabéis que ocurrió así?

Curro y yo cruzamos las miradas.

—Porque... —empecé.

Me detuve.

El maestro esperó.

Volví mentalmente sobre todo lo que nos había contado al plantearnos el asunto. Habíamos discutido cada argumento, previsto objeciones y preparado respuestas pero ninguno de los dos había hecho aquella pregunta.

—No lo sabemos —dije al fin.

—Sin embargo, habéis construido toda vuestra defensa sobre ello.

Curro intentó reaccionar.

—Lo habíamos dado por supuesto.

—Ya lo he visto.

No levantó la voz.

No hacía falta.

—¿Y si vuestro hombre miente?

Curro abrió la boca.

Esta vez fui yo quien le puso una mano en el brazo.

—Espere.

El maestro esperó.

Volvimos a apartarnos.

—Nos ha destrozado —murmuró Curro.

—Todavía no.

—Ginés, acaba de quitar la mitad de nuestra defensa con una pregunta.

—Entonces nos queda la otra mitad.

—Esa era la mitad buena.

—Pues tendremos que mejorar la mala.

Curro me miró unos instantes.

—Eso ha sonado a algo que diría yo.

—Me estás perjudicando.

Esta vez fue él quien abrió las notas.

—Empecemos otra vez.

—No.

—¿No?

Aparté las hojas.

—Empecemos por lo que sabemos.

Y eso hicimos.

Por primera vez desde que habíamos comenzado aquellos ejercicios, dejamos a un lado lo que podía haber sucedido y tratamos de separar únicamente aquello que nos había sido dado por cierto.

Era mucho menos de lo que creíamos.
—Con esto no podemos defender a nadie —dijo Curro.
—Entonces tendremos que preguntar.
Se volvió hacia mí.
—¿Preguntar qué?
Miré al maestro.
—Todo lo que falta.
Curro comprendió.
Regresamos ante él.
Esta vez no comenzamos exponiendo una defensa.
Le hicimos preguntas.
Más seco y efectivo.
El maestro la escuchó de nuevo.
Esta vez objetó.
Respondimos.
Volvió a hacerlo.
Curro respondió primero. Yo completé su respuesta.
Hubo una tercera objeción.
Conseguimos sostenernos.
Después el maestro cerró el libro.
—Basta.
Curro y yo permanecemos esperando.
—¿Hemos ganado? —preguntó él.
El maestro lo miró.
—¿A quién?
Curro tardó un instante en responder.
—A usted.
—Entonces no habéis aprendido nada.
Y se marchó.
Nos quedamos solos en el aula.
Curro esperó a que se cerrara la puerta.
—No lo soporto.
—Has preguntado si habíamos ganado.
—Porque habíamos ganado.
—Creo que precisamente eso es lo que dice que no hemos entendido.
Curro recogió sus papeles.
—Pues podía habérmelo explicado.
—Creo que acaba de hacerlo.
Se detuvo.
Me miró.
—Empiezo a no soportarte tampoco a ti.
Salimos del aula todavía discutiendo sobre si habíamos ganado o no.
No habíamos llegado al patio cuando un muchacho nos alcanzó.
—Ginés.
Me volví.
Lo conocía de vista. Era un *beanus*. Llevaba poco tiempo entre nosotros y todavía conservaba aquella manera de mirar a todas partes que habíamos tenido Curro y yo al llegar a Salamanca. Esta vez no necesité que nadie me explicara la palabra.
—¿Qué quieres?
Dudó antes de responder.
—Quería preguntarte una cosa.

Miré a Curro.
—A mí.
—Eso parece.
El muchacho desplegó sus notas y comenzó a explicarme una dificultad que había encontrado en la lección.
Lo escuché.
Cuando terminó, le hice una pregunta.
Respondió.
Le hice otra.
Supo responderla.
—Entonces ya tienes la respuesta.
Bajó la mirada hacia sus papeles.
—No la veo.
—Porque estás buscando dónde está escrita.
Curro me miró.
Yo seguí hablando.
—Olvida por un momento lo que quieres demostrar. Empieza por lo que sabes. Después piensa qué podría objetarte alguien que quisiera demostrar lo contrario.
El muchacho permaneció unos instantes en silencio.
Volvió a mirar sus notas.
—Creo que ahora lo entiendo.
—Pues entonces no me necesitas.
Dio las gracias y se alejó.
Curro esperó hasta que estuvo suficientemente lejos.
—Qué bien hablas.
—Cállate.
—Parecías un maestro.
Eché a andar.
—Ginés.
—¿Qué?
—Nos estamos haciendo viejos.
Me reí.
—Tú llevas años pareciéndolo.
—No hablo de eso.
Seguimos atravesando el patio.
Había estudiantes que entraban en las aulas, otros que salían hablando entre ellos y algunos que permanecían junto a los muros repasando sus notas antes de una lección.
Conocía a muchos.
Pero no a todos.
Me detuve.
Cuando habíamos llegado a Salamanca, yo tenía la impresión de que los estudiantes veteranos conocían cada rincón de la Universidad, cada maestro, cada costumbre y hasta el lugar exacto donde había que sentarse para pasar inadvertido.
Ahora éramos nosotros quienes sabíamos esas cosas.
Miré hacia atrás.
El muchacho seguía leyendo las hojas que me había enseñado.
—Curro.
—¿Qué?
—Creo que tienes razón.
Se quedó inmóvil.
—Repite eso.
—No.
—Solo una vez.
—Olvídalo.

—Ginés, llevo años esperando este momento.
Seguí andando.
Curro vino detrás de mí riéndose.
Pero aquella vez su broma se quedó conmigo.
No nos estábamos haciendo viejos, nos estábamos convirtiendo en los estudiantes que nosotros habíamos encontrado al llegar.
A partir de entonces empecé a fijarme en cosas que hasta aquel momento me habían pasado inadvertidas.
No sé cuándo comenzaron a cambiar.
Probablemente llevaban haciéndolo mucho tiempo.
Había estudiantes cuyos nombres había oído durante años y que ya no aparecían por las aulas. Unos habían obtenido sus grados y otros habían regresado a sus casas. De alguno supe que había encontrado ocupación lejos de Salamanca y de otros, simplemente, dejé de saber.
Sus lugares no permanecían vacíos.
Siempre llegaba alguien para ocuparlos.
Una mañana entré en el aula y encontré a un muchacho sentado donde durante varios cursos acostumbraba a sentarse uno de nuestros compañeros.
Estuve a punto de decirle que aquel sitio estaba ocupado.
No lo estaba.
Seguí hasta el mío.
Curro llegó poco después y se sentó a mi lado.
—¿Qué miras?
—Nada.
—Llevas un rato mirando a ese muchacho.
—Está sentado en el sitio de Ramiro.
Curro volvió la cabeza.
—Ramiro se marchó el año pasado.
—Ya lo sé.
—Entonces no está sentado en el sitio de Ramiro.
No respondí.
Curro dejó sus cosas sobre el banco.
—Está sentado en el suyo.
Aquello me molestó más de lo que debía.
Quizás porque tenía razón.
Otro día descubrí que algunos de los maestros ya no nos vigilaban como antes. No porque hubieran perdido interés en nosotros, sino porque esperaban que supiéramos lo que debíamos hacer.
A los más jóvenes había que recordarles cuándo callar, qué preparar para la lección o dónde encontrar aquello que se les pedía.
A nosotros ya no.
También comenzaron a preguntarnos cosas.
No solo los estudiantes recién llegados.
Alguna vez un compañero más joven se acercaba para saber qué habíamos entendido de una cuestión o cómo habíamos resuelto una dificultad.
Curro disfrutaba enormemente de aquello.
—Deberíamos cobrar.
—¿Por qué?
—Por responder.
—Entonces nadie volvería a preguntarte.
—Depende de cuánto cobre.
—Nada sigue siendo demasiado.
Pero había algo más.
Cada vez necesitábamos menos tiempo para orientarnos entre nuestros propios estudios.

Sabíamos qué libros merecía la pena buscar y cuáles podíamos ahorrarnos. Sabíamos qué parte de una lección exigía más atención y cuándo una dificultad requería volver sobre lo estudiado.

No era que estudiar se hubiera vuelto más fácil, éramos nosotros quienes habíamos aprendido a estudiar.

Quizás por eso, cuando una mañana nos encontramos con Alonso al salir de una lección, advertí con más claridad cuánto habían cambiado las cosas.

No lo veíamos con la frecuencia de antes.

Al principio me había resultado extraño.

Durante años había formado parte de nuestros días con tanta naturalidad que nunca pensé que pudiera dejar de hacerlo. Habíamos compartido lecciones, discusiones, comidas y tantas horas sin importancia que precisamente por eso habían terminado siendo importantes.

Pero Alonso ya era doctor y nosotros seguíamos siendo estudiantes.

La diferencia, que el día de su grado había parecido poco más que una palabra, había adquirido una forma muy concreta.

Él tenía otras obligaciones, nosotros seguíamos teniendo horarios.

Él podía entrar y salir de la Universidad sin que nadie esperase encontrarlo en un banco determinado, nosotros todavía ocupábamos los nuestros.

—Ginés.

Me volví.

Durante un instante tuve la sensación de que nada había cambiado.

—¡Alonso!

Curro le dio un golpe amistoso en el hombro.

—¡Mira quién se acuerda de nosotros!

—Intento olvidaros, pero Salamanca no es suficientemente grande.

—Ahora habla como doctor —dijo Curro.

—¿Cómo hablan los doctores?

—Como si ya no hubieran sido estudiantes.

Alonso sonrió.

—Dame unos años.

Echamos a andar juntos.

La conversación fue casi la misma de siempre. Curro contó algo ocurrido durante una disputa. Yo corregí su versión. Él corrigió mi corrección. Alonso se rio de ambos.

Y, sin embargo, no era lo mismo.

Lo comprendí cuando llegamos al lugar donde nuestros caminos se separaban.

Antes ninguno habría tenido que preguntarse hacia dónde íbamos.

Alonso se detuvo.

—Tengo que dejaros.

—¿Adónde vas? —preguntó Curro.

Nos lo dijo.

No recuerdo adónde.

Recuerdo, en cambio, que no tenía nada que ver con nosotros.

—Nos veremos —dijo.

—Eso dices siempre —respondió Curro.

—Y siempre nos vemos.

Se despidió y siguió su camino.

Curro y yo continuamos hacia el nuestro.

Anduvimos un trecho sin hablar.

—Es raro —dijo al fin.

—¿Qué cosa?

—Sigue siendo el mismo.

—Por eso.

Entendí lo que quería decir.

Alonso seguía siendo Alonso.

Lo que había cambiado era el lugar que ocupaba en nuestras vidas.

Seguimos caminando.

Por primera vez pensé que quizás aquello era lo que ocurría al terminar los estudios: uno no se marchaba de Salamanca de repente, empezaba a marcharse mucho antes de irse.

—¿En qué piensas? —dijo súbitamente.

—En nada.

—Llevas demasiado tiempo callado para no pensar en nada.

—Pensaba en Alonso.

Curro miró hacia el lugar por donde había desaparecido.

—Está bien.

—Ya lo sé.

—Entonces deja de poner esa cara.

—¿Qué cara?

—La que pones cuando algo no tiene remedio.

Eché a andar.

—No pongo ninguna cara.

—La estás poniendo ahora.

—Curro.

—Ginés.

Seguimos caminando.

—Nos ocurrirá lo mismo —dije.

—Eso espero.

—No me refiero a obtener el grado.

—Yo sí.

Me hizo reír.

—Todavía nos queda mucho por hacer —continuó—. Cuando seamos bachilleres podrás entristecerte todo lo que quieras.

—Gracias.

—Pero no pienso escucharte.

Aquello puso fin a la conversación.

Y durante algún tiempo Curro pareció tener razón. No porque dejara de percibir los cambios, sino porque apenas tuvimos ocasión de pensar en ellos.

Las semanas avanzaron entre lecciones, repases y disputas. Seguíamos ejercitándonos el uno con el otro, aunque ya no convertíamos cada desacuerdo en una batalla que hubiera que ganar. A veces bastaba una pregunta para que alguno comprendiera que había tomado un camino equivocado. Lo verdaderamente extraño era que empezábamos a reconocerlo antes.

Una tarde Curro llevaba un buen rato intentando sostener un razonamiento cuando se interrumpió.

—No.

Levanté la vista.

—¿No qué?

—Esto no funciona.

—Llevo esperando que te dieras cuenta desde que empezaste.

—Podías haberme avisado.

—Estaba disfrutando.

Arrugó la hoja y me la lanzó.

La esquivé.

—Además, si te lo hubiera dicho no habrías aprendido nada.

Curro se quedó mirándome.

—Ahora sí pareces un maestro.

—Eso ya me lo has dicho.

—Y cada vez es más preocupante.

Ya no estudiábamos como antes. Durante nuestros primeros cursos habíamos acumulado cuanto podíamos: palabras del maestro, pasajes de los libros, notas prestadas,

explicaciones de otros estudiantes. Todo parecía importante porque todavía no sabíamos distinguir qué lo era.

Ahora descartábamos. Tachábamos. Comparábamos una razón con otra y nos quedábamos con la que resistía mejor.

Habíamos dejado de medir una tarde de estudio por el número de hojas que llenábamos. Algunas de las mejores terminaban con menos palabras de las que tenían al comenzar. Y ese cambio empezó a notarse también en las aulas.

Los maestros ya no se conformaban con preguntarnos qué decía un texto, querían saber qué hacíamos con él.

Una mañana, después de escuchar una respuesta de Curro, uno de ellos permaneció unos instantes en silencio.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Salamanca?

Curro y yo nos miramos.

La pregunta nos sorprendió más que cualquiera de las que había formulado durante la lección.

Curro respondió.

El maestro asintió lentamente.

—Ya es tiempo.

No añadió nada.

Continuó con la lección.

Yo intenté hacer lo mismo.

No pude.

Esperé hasta que salimos.

—¿Tiempo de qué?

Curro siguió andando.

—Sabes perfectamente de qué.

—Quiero oírtelo decir.

—¿Por qué?

—Porque ha sido a ti a quien ha mirado.

Curro se detuvo.

—Del bachillerato, Ginés.

Esta vez ninguno hizo una broma.

Habíamos hablado muchas veces de obtener el grado. Durante años había sido el punto hacia el que avanzábamos, algo que estaba siempre delante de nosotros y que precisamente por eso parecía no acercarse nunca.

Aquella mañana fue distinto.

Por primera vez alguien había hablado de él como de algo que ya nos correspondía afrontar.

Miré hacia el aula que acabábamos de abandonar.

—¿Crees que estamos preparados?

Curro tardó en responder.

—No.

—Yo tampoco.

Eché a andar de nuevo.

—Entonces tendremos que prepararnos.

Fui tras él.

—¿Y si cuando llegue el momento seguimos pensando que no lo estamos?

Curro se encogió de hombros.

—Supongo que eso será mejor que creer que lo estamos.

No supe qué contestar.

Hacía unos años, Curro habría respondido exactamente lo contrario.

Aquella noche estudiamos poco.

Lo intentamos. Abrimos las notas, repasamos algunas cuestiones y hasta comenzamos uno de aquellos casos que solíamos inventar para ejercitarnos.

Curro planteó el asunto.
Yo escogí una parte.
Él tomó la contraria.
Empezamos a discutir.
A los pocos minutos me detuve.
—¿Qué pasa? —preguntó.
—Nada.
—Otra vez esa cara.
—No estoy poniendo ninguna cara.
Curro dejó la pluma.
—Entonces ¿qué ocurre?
Miré las hojas que teníamos delante.
—Que hasta ahora todo esto era para aprender.
—Sigue siéndolo.
—Sí. Pero ahora sabemos para qué.
Curro guardó silencio.

Sobre la mesa estaban nuestras notas, un libro que habíamos conseguido prestado y varias hojas llenas de objeciones y respuestas. No había allí nada que no hubiera visto cientos de veces.

Sin embargo, aquella noche lo miré de otra manera.
Durante años habíamos estudiado para llegar al curso siguiente.
Para no quedarnos atrás.
Para poder continuar.
Ahora empezábamos a estudiar para terminar.
—No me gusta —dije.
—¿El qué?
—Terminar.
Curro se echó hacia atrás.
—Hace unos años habrías dado cualquier cosa por saber que llegaríamos hasta aquí.
—Ya lo sé.
—Pues yo no pienso quejarme ahora.
—No me estoy quejando.
—Lo haces de una manera muy parecida.
Sonreí.
Curro volvió a coger la pluma.
—Además, todavía no hemos terminado.
—No.
—Ni somos bachilleres.
—No.
—Ni sabemos si conseguiremos serlo.
—Gracias por recordármelo.
—Para eso estoy.
Empujó hacia mí las hojas.
—Defiende a tu hombre.
Miré el caso que había inventado.
—Va a perder.
—Entonces tendrás que hacerlo mejor.
Volvimos a empezar.
Aquella noche discutimos durante horas.
No recuerdo quién ganó.
Quizás ninguno.
Pero recuerdo que, cuando apagamos la vela, permanecí todavía un rato despierto.
Curro dormía.

Yo pensaba en Alonso, en los estudiantes que habían ido desapareciendo de las aulas y en aquel muchacho que nos había detenido para preguntar algo de una lección.

Pensé también en nosotros cuando llegamos a Salamanca.

Entonces todo estaba por delante.

Las primeras lecciones, los primeros libros, las primeras disputas, incluso los primeros errores.

Ahora muchas de aquellas cosas habían quedado atrás.

Pero todavía quedaba una.

Hacernos bachilleres.

Cerré los ojos.

Al día siguiente volveríamos a las aulas.

Curro volvería a discutir conmigo.

Yo volvería a decirle que estaba equivocado.

Y probablemente él volvería a demostrarme que no siempre era así.

Todavía éramos estudiantes.

Pero ya empezábamos a contar cuánto nos faltaba para dejar de serlo.

Capítulo 13. El último curso

No tengo claro el momento en que empezó nuestro último curso. Hubo, naturalmente, un primer día de clases. Volvieron los estudiantes, se llenaron las aulas y Salamanca recuperó ese ruido que parecía disminuir cuando muchos se marchaban y regresar con ellos. Pero Curro y yo no llegamos aquel año como habíamos llegado los anteriores.

No tuvimos que averiguar dónde debíamos estar.

No preguntamos qué maestro leería cada materia ni buscamos a quién pedir unas notas que nos faltaban. Tampoco discutimos durante una mañana entera sobre qué libro necesitábamos encontrar para descubrir por la tarde que ninguno de los dos podía pagarlo. Simplemente volvimos y ocupamos nuestros sitios.

—Este año hay demasiados nuevos —dijo Curro.

Miré alrededor.

—Todos los años dices lo mismo.

—No.

—Sí.

—Antes éramos nosotros.

Volví la cabeza hacia los recién llegados.

Había muchachos que buscaban sitio, otros que preguntaban algo a quien tenían al lado y alguno que miraba hacia la cátedra con una atención que probablemente no conservaría muchas semanas.

—¿Crees que nosotros parecíamos así?

Curro observó a uno de ellos.

—Tú, peor.

—Gracias.

—Yo siempre tuve aspecto de saber dónde estaba.

—El problema es que no lo sabías.

—Eso ellos no podían saberlo.

El maestro entró antes de que pudiera responderle.

Se hizo silencio.

Preparamos nuestros papeles y notas.

Comenzó la lección.

Y durante un rato aquel día fue exactamente igual a tantos otros.

Quizás por eso tardé en comprender lo que tenía de distinto. Para muchos de los que estaban allí, aquel era el comienzo. Para nosotros iba a ser la última vez que comenzábamos un curso en Salamanca.

Al salir de la lección, Curro se quedó esperando junto a la puerta.

—¿Qué haces?

—Esperar.

—Eso ya lo veo.

—Entonces ¿para qué preguntas?

Antes de que pudiera responderle, comenzaron a salir los estudiantes. Algunos se alejaron deprisa. Otros formaron pequeños grupos y continuaron hablando de lo que acababan de escuchar.

Curro señaló discretamente a uno de los más jóvenes.

—Ese viene.

—¿Adónde?

—A preguntarnos.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lleva un rato mirándonos.

El muchacho se acercó.

—Perdonad...

Curro sonrió.

—Te lo dije.

La pregunta era sobre algo que el maestro había explicado durante la lección. Curro comenzó a responderle y yo seguí escuchando mientras otros estudiantes pasaban junto a nosotros. No era la primera vez que ocurría. Desde hacía algún tiempo los más jóvenes habían empezado a buscarnos para resolver pequeñas dudas, averiguar qué había querido decir un maestro o saber cómo prepararse para una disputa. Al principio aquello me había sorprendido, ahora no.

Cuando el muchacho se marchó, Curro echó a andar.

Atravesamos el patio.

Allí también todo parecía conocido.

Sabíamos a qué horas se llenaría, cuándo quedarían casi vacíos los corredores y qué puertas convenía evitar si llegábamos tarde. Conocíamos a los maestros que prolongaban una lección hasta hacer desaparecer cualquier esperanza de comer a su hora y a los que terminaban cuando todavía quedaba algo de mañana.

Incluso habíamos aprendido a reconocer el sonido de unos pasos.

Curro me agarró del brazo.

—Vamos.

—¿Qué ocurre?

—Viene.

No necesitó decir quién.

Cambiamos de dirección justo antes de que apareciera uno de los maestros con quien Curro tenía pendiente entregar un ejercicio.

—Eso es cobardía —le dije.

—Eso es experiencia.

—Te encontrará mañana.

—Mañana tendré el ejercicio.

—Llevas tres días diciendo lo mismo.

—Y cada día estoy más cerca de tener razón.

Continuamos por otro corredor.

Me hizo gracia pensar que también aquello formaba parte de lo que habíamos aprendido en Salamanca.

No figuraba en ningún libro.

Nadie lo enseñaba.

Y, sin embargo, había hecho falta mucho tiempo para saberlo.

Durante nuestros primeros cursos la Universidad nos había parecido enorme. No solo por sus edificios o por la cantidad de estudiantes que circulaban por ellos, era enorme porque ignorábamos casi todo. Ahora sucedía lo contrario. Conocíamos los caminos, las costumbres e incluso buena parte de los problemas antes de que aparecieran. Aquello hacía la vida mucho más fácil, pero también la hacía más pequeña.

Al llegar a la salida, Curro se detuvo.

—¿Vienes?

—Sí.

Tardé unos instantes en seguirlo. Había vuelto la cabeza hacia el patio cuando un grupo de estudiantes entraba hablando en voz alta. Uno preguntaba dónde debía dirigirse y los demás parecían saberlo todavía menos que él. Los observé desaparecer por un corredor y recordé la primera vez que yo había atravesado aquel mismo lugar. Entonces Salamanca estaba llena de cosas que no conocía, ahora me ocurría algo extraño: empezaba a echar de menos algunas de ellas antes incluso de haberme marchado.

Durante unos días no volví a pensar en ello.

Tampoco tuve demasiado tiempo.

Nuestro último curso resultó ser, desde el principio, uno de los que más trabajo nos exigieron. Quizás porque los maestros esperaban más de nosotros o quizás porque éramos nosotros quienes empezábamos a exigirnos más. Curro decía que era lo primero.

—Antes se conformaban con que no dijéramos demasiadas tonterías.

—Habla por ti.

—Hablo por los dos. Yo decía las tonterías y tú intentabas explicarlas.

Algo de razón tenía.



Ya no estudiábamos como antes. Habíamos aprendido a distinguir lo que necesitábamos comprender de lo que únicamente necesitábamos recordar, y una duda que años atrás nos habría ocupado una tarde entera podía resolverse ahora en unos minutos.

El problema era que habían aparecido otras.

Cuanto más sabíamos, más difícil resultaba conformarnos con una respuesta.

Una tarde llevábamos bastante tiempo discutiendo sobre una cuestión cuando Curro cerró el libro.

—No estamos de acuerdo.

—Eso parece.

—Bien.

—¿Bien?

—Hace unos años uno de los dos habría acabado convenciendo al otro.

—Normalmente yo.

—No estropees el momento.

Volvió a abrir el libro.

—Ahora sabemos que podemos estar los dos equivocados.

—Eso no me tranquiliza.

—A mí tampoco.

Seguimos estudiando.

Aquello resumía bastante bien lo que nos estaba ocurriendo. Habíamos llegado creyendo que estudiar consistía en encontrar respuestas. Después aprendimos a defenderlas. Ahora empezábamos a descubrir que algunas de las cuestiones más difíciles no se resolvían porque uno supiera más, sino porque sabía exactamente qué podía afirmar y qué no. Y eso, para dos hombres que esperaban ganarse la vida con las leyes, empezaba a parecernos importante.

Pero había algo más. Hasta entonces siempre habíamos estudiado para continuar y aquel año estudiábamos para terminar. Lo comprendimos mejor unas semanas después.

Al terminar una lección, el maestro cerró el libro y nos pidió a Curro y a mí que nos quedáramos.

Esperamos a que salieran los demás.

Curro me miró.

—No he hecho nada.

—Yo tampoco.

—Entonces debe de ser por ti.

El maestro esperó hasta que el último estudiante abandonó el aula.

—¿Cuánto os falta?

Curro y yo nos miramos.

—¿Para qué? —preguntó.

—Para cumplir los cursos.

Esta vez ninguno respondió inmediatamente.

Yo sabía la respuesta. Naturalmente que la sabía. Había contado aquel tiempo muchas veces, sobre todo desde que Alonso había obtenido su grado. Pero nunca me lo habían preguntado de aquella manera.

Se lo dijimos.

El maestro asintió.

—Entonces ya deberíais estar pensando en lo que viene después.

Curro sonrió.

—Llevamos años pensando en lo que viene después.

—No. Lleváis años pensando en llegar al curso siguiente.

La sonrisa desapareció.

—Ahora ya no hay otro curso.

Aquello era exactamente en lo que llevaba semanas intentando no pensar.

El maestro volvió a abrir el libro.

—Si queréis haceros bachilleres, no esperéis al último momento para prepararos.

—¿Prepararnos cómo? —pregunté.

El maestro me miró.

—Esa es una pregunta bastante mejor.

Curro se volvió hacia mí.

—Ya empezamos.

—Todavía no.

El maestro señaló el libro.

—Hasta ahora habéis estudiado lo que otros han decidido que debíais estudiar. Dentro de poco tendréis que demostrar qué habéis hecho con ello.

Aquella frase me inquietó más que cualquier amenaza de examen.

Curro, en cambio, parecía interesado.

—¿Y cómo sabemos si estamos preparados?

—No lo sabéis.

—Eso ayuda mucho.

El maestro ignoró el comentario.

—Empezad por averiguar qué recordáis sin tener el libro delante.

Curro bajó la vista hacia el volumen que llevaba bajo el brazo.

—¿Sin el libro?

—Sin el libro.

—¿Y si no recordamos nada?

—Entonces descubriréis que lleváis varios años transportando libros de un sitio a otro.

No pude evitar reírme.

Curro no.

—A mí me parecía que pesaban demasiado para no estar aprendiendo algo.

El maestro nos hizo una seña para que nos marcháramos.

Salimos del aula algo menos tranquilos de lo que habíamos entrado.

Recorrimos buena parte del corredor en silencio.

—Ginés.

—¿Qué?

—Creo que deberíamos comprobarlo.

—¿El qué?

—Si hemos pasado estos años estudiando o transportando cartapacios.

—Preferiría no saberlo.

—Yo también. Por eso tenemos que hacerlo.

Aquella misma tarde no miramos las notas.

Al principio resultó divertido.

Curro elegía una materia y me pedía que explicara cuanto recordase. Después lo hacía él.

No buscábamos repetir las palabras de los maestros ni reproducir una página de memoria. Intentábamos reconstruir lo aprendido: una cuestión llevaba a otra, una regla nos obligaba a recordar su excepción y una respuesta que parecía segura dejaba de serlo en cuanto el otro preguntaba por qué.

Descubrimos dos cosas.

La primera, que sabíamos mucho más de lo que creíamos.

La segunda, que habíamos olvidado mucho más de lo que estábamos dispuestos a admitir.

Curro fue quien encontró la forma de distinguir una cosa de la otra.

Cogió varias hojas y las puso sobre la mesa.

—Lo sabemos.

Escribió unas palabras en la primera.

Señaló la segunda.

—Creemos que lo sabemos.

Después puso la mano sobre la tercera.

—No tenemos la menor idea.

—Esa necesitará más hojas.

—Podemos escribir por las dos caras.

Trabajamos hasta que las tres estuvieron llenas.

La segunda resultó ser la peor.

Lo que ignorábamos no nos preocupaba demasiado: bastaba con volver a estudiarlo.

Mucho más peligroso era aquello que creíamos conocer y que se deshacía en cuanto intentábamos explicárselo al otro.

Curro contempló las hojas.

—Prefería mi ignorancia de antes.

—¿Por qué?

—Era mucho más difícil de encontrar.

Yo pensé justamente lo contrario.

Por primera vez podíamos ver con cierta claridad cuánto camino habíamos recorrido.

Y también cuánto nos faltaba.



Nuestro último curso acababa de adquirir una medida distinta: ya no se contaba solamente por los meses que quedaban, sino por todo lo que todavía teníamos que ser capaces de demostrar.

Durante las semanas siguientes aquel sistema se convirtió en una parte más de nuestros estudios. Curro había decidido que ninguna cuestión podía permanecer demasiado tiempo entre las que creíamos saber.

—O la sabemos o no la sabemos.

—Hay cosas que uno puede saber a medias.

—Entonces no las sabe.

—Eso no tiene sentido.

—Explícamelo.

Lo intenté.

Curro esperó pacientemente hasta que terminé.

—No lo sabes.

Pasé la cuestión a la hoja correspondiente.

—Empiezo a odiar este sistema.

—Eso demuestra que funciona.

No siempre era Curro quien descubría mis lagunas.

Una mañana le pedí que me explicara una cuestión que él había colocado entre las que sabía. Empezó con seguridad, desarrolló el argumento y llegó casi hasta el final antes de detenerse.

—Sigue.

—Estoy pensando.

—No. Estás intentando recordar.
—Para pensar hace falta recordar.
—Pero recordar no siempre significa saber.
Me miró.

—Te estás vengando.
—Estoy aprendiendo.

Cogí la hoja.

Curro puso la mano encima. Fuera de los libros, la realidad no parecía tener tanta consideración con quienes pretendían entenderla.

—Espera.
—No la sabes.
—Dame otra oportunidad.
—Has dicho que o se sabe o no se sabe.
—Era una teoría.
—Era tu teoría.
—Precisamente por eso puedo corregirla.

Al final tuvo que apartar la mano.

Pasé también aquella cuestión a la otra hoja.

—Este sistema necesita algunas mejoras.

Poco a poco dejamos de necesitar las hojas para reconocer nuestras dudas. Aparecían solas. Bastaba con que uno de nosotros pronunciara un «¿por qué?» en el momento adecuado para que una explicación que parecía firme empezara a tambalearse.

Otras veces ocurría lo contrario. Una cuestión que nos había costado días de estudio acababa por ordenarse de pronto. No porque hubiéramos conseguido recordarla palabra por palabra, sino porque éramos capaces de recorrerla sin perdernos. Esas eran las que más satisfacción nos daban.

Curro las tachaba.

—Una menos.

Al principio celebrábamos cada una.

Después dejamos de hacerlo.

Había demasiadas.

Y el curso seguía avanzando.

Fue entonces cuando empezamos a descubrir otra cosa. Algunas de las cuestiones que habíamos estudiado durante años no parecían tan claras cuando las sacábamos de los libros. En ellos, los hechos estaban ordenados. Alguien había decidido qué era importante, qué debía discutirse y hasta dónde llegaba el problema.

Una tarde, al terminar la lección, el maestro nos llamó.

—Ginés. Curro.

Nos acercamos.

Sobre la mesa había dejado unas hojas.

—Mañana quiero que trabajéis sobre esto.

Curro alargó la mano.

El maestro puso la suya encima.

—Mañana.

Curro retiró la mano.

—Solo quería saber cuánto pesaba.

—Lo suficiente.

Salimos sin saber qué contenían.

Aquello bastó para que Curro pasara el resto del día intentando averiguarlo.

—Podría ser una cuestión de las que hemos estudiado.

—Podría.

—O una que no hemos estudiado.

—También.

—No estás ayudando.

—No sabía que estuviéramos intentando resolver algo.
—Siempre estamos intentando resolver algo.
A la mañana siguiente el maestro cumplió su palabra.
Esperó a que terminara la lección y dejó las hojas delante de nosotros.
—Leed.
Curro cogió una. Yo tomé la otra.
Contenían el mismo asunto.
Empecé a leer buscando casi sin darme cuenta aquello que durante años me habían enseñado a encontrar: la cuestión, los argumentos, la respuesta.
Curro terminó antes que yo.
—Ya está.
El maestro lo miró.
—¿Qué está?
—Sé cómo defenderlo.
—No os he pedido que lo defendáis.
Curro volvió a mirar la hoja.
Yo seguí leyendo.
—Entonces, ¿qué quiere que hagamos?
—Decidme primero qué sabéis.
Curro comenzó a responder.
—Eso dice el papel —lo interrumpió el maestro—. Os he preguntado qué sabéis.
Se hizo un silencio.
Volví al principio.
Esta vez leí de otra manera.
Dejé de buscar argumentos.
Busqué hechos.
Y descubrí que eran muchos menos de los que había supuesto.
—No sabemos si ocurrió así —dije.
El maestro asintió.
Curro levantó la vista.
—Pero aquí lo dice.
—Aquí dice que alguien afirma que ocurrió así.
Curro volvió a leer.
Tardó unos segundos.
—No es lo mismo.
—No —dije.
Y tuvimos que empezar de nuevo.
Dejé la hoja sobre la mesa.
—Sabemos que hay dos versiones.
—Eso parece —dijo el maestro.
Curro señaló una de ellas.
—Y que no pueden ser ciertas las dos.
—¿Por qué?
—Porque se contradicen.
—Eso demuestra que se contradicen.
—Precisamente.
—No que una de ellas sea falsa.
Curro frunció el ceño.
Yo releí ambos relatos.
Hasta entonces había supuesto que uno de los dos hombres mentía. No porque hubiera nada que lo demostrase, sino porque me había parecido la explicación más sencilla.
—Podrían recordar las cosas de manera diferente —dije.
—Podrían —respondió el maestro.
—O haber visto solamente una parte.

—También.
Curro intervino.
—O los dos podrían estar mintiendo.
El maestro lo miró.
—También.
—Eso complica bastante las cosas.
—Las cosas ya eran complicadas antes de que llegaraís vosotros.
Curro se volvió hacia mí.
—No parece necesitarnos.
—Todavía no.
El maestro señaló las hojas.
—Seguid.
Lo hicimos.
Esta vez avanzamos más despacio.
Separamos lo que ambos relatos coincidían en afirmar de aquello en lo que diferían.
Después apartamos cuanto dependía únicamente de la palabra de uno de ellos.
Al terminar, quedaba bastante poco.
Curro contempló el resultado.
—Con esto no se puede hacer gran cosa.
—Con esto podéis empezar —dijo el maestro.
Aquella respuesta me hizo comprender el ejercicio.
Hasta entonces habíamos intentado averiguar quién tenía razón.
El maestro quería que descubriéramos algo anterior.
¿Qué necesitábamos saber para poder decidirlo?
—Faltan cosas —dije.
—¿Cuáles?
Enumeré algunas, Curro añadió otras. Por primera vez desde que habíamos recibido las hojas, dejamos de preocuparnos por encontrar una respuesta y empezamos a formular preguntas.
¿Quién había estado presente?
¿Había alguien que pudiera confirmar alguno de los relatos?
¿Qué podía saberse con seguridad y qué dependía únicamente de lo que afirmaban aquellos hombres?
Cada pregunta abría otra.
Algunas servían.
Otras no conducían a ninguna parte.
El maestro no nos decía cuáles.
Esperaba.
Cuando nos alejábamos demasiado, preguntaba:
—¿Para qué necesitáis saber eso?
Y teníamos que justificar también la pregunta.
Aquello resultó bastante más difícil de lo que esperaba.
Curro fue el primero en impacientarse.
—Si seguimos así, necesitaremos saber qué desayunaron.
—¿Cambiaría algo?
—Espero que no.
—Entonces no lo preguntéis.
Tachamos varias cosas.
Al cabo de un rato nuestras preguntas eran muchas menos.
Y bastante mejores.
El maestro las leyó.
—Ahora podéis empezar.
Curro me miró.
—Creía que llevábamos un buen rato.
—Llevabais un buen rato intentando llegar.

No respondió.
Eso, tratándose de Curro, significaba que la frase le había gustado más de lo que estaba dispuesto a reconocer.
Volvimos a las hojas.
Esta vez ocurrió algo diferente.
Curro no se lanzó inmediatamente sobre el argumento más débil. Yo tampoco intenté reconstruir toda la cuestión antes de pronunciarme.
Él hizo una pregunta.
Yo encontré otra.
Curro descartó una posibilidad.
Yo le señalé que la había descartado demasiado pronto.
—¿Por qué?
Se lo expliqué.
Recuperó la posibilidad.
Poco después fui yo quien quiso dar por seguro algo que no lo era.
Curro golpeó suavemente el papel con un dedo.
—Eso no lo sabemos.
Tenía razón.
Seguimos así durante bastante tiempo.
Ya no discutíamos uno contra el otro.
Tampoco contra el maestro.
Por primera vez tuve la sensación de que discutíamos contra nuestros propios errores.
Cuando terminamos, el maestro recogió las hojas.
Curro parecía satisfecho.
—¿Y bien?
—¿Y bien qué?
—¿Lo hemos resuelto?
—No.
Curro me miró.
—Entonces hemos hecho algo mal.
—No necesariamente.
—Llevamos toda la tarde con esto.
—Y ahora sabéis qué podéis afirmar, qué no podéis afirmar y qué tendríais que averiguar antes de hacerlo.
Curro esperó.
—¿Eso es todo?
—¿Te parece poco?
Esta vez fue Curro quien tardó en responder.
—No.
El maestro nos devolvió las hojas.
—Entonces guardadlas.
—¿Para qué?
—Para que dentro de unos años recordéis que no siempre se demuestra que uno sabe encontrando una respuesta.
Curro dobló las suyas.
—Eso habría sido útil saberlo hace unos cuantos cursos.
—Hace unos cuantos cursos no lo habríais entendido.
Salimos cuando la tarde empezaba a caer.
Durante un trecho caminamos sin hablar.
Curro llevaba todavía las hojas en la mano.
—Ginés.
—¿Qué?
—Creo que hoy hemos aprendido algo.
—Eso sería preocupante.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

Guardó las hojas.

—Antes pensaba que saber leyes consistía en saber qué decía la ley.

—¿Y ahora?

Curro tardó unos pasos en responder.

—Ahora creo que también consiste en saber cuándo todavía no puedes decir qué dice.

Lo miré.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Perfecto. Entonces mañana te lo explico.

Seguimos andando.

No habíamos resuelto el asunto que nos había entregado el maestro, pero, por primera vez, aquello no me pareció un fracaso. Quizás estar preparado no consistía en tener todas las respuestas. Tal vez consistía en saber hasta dónde podía llegar una respuesta antes de convertirse en una suposición.

El invierno avanzó sin que volviéramos a hablar de aquel ejercicio. Tampoco hizo falta. Otras cosas fueron ocupando nuestro tiempo y una de ellas acabó imponiéndose sobre las demás: el bachillerato. Hasta entonces habíamos hablado de él como se habla de algo que llegará algún día. Ya no. Empezamos a contar el tiempo que nos faltaba. No los años, los meses. Curro fue el primero en hacerlo en voz alta.

—Si todo va bien, para entonces habremos terminado.

Levanté la cabeza.

—¿Para cuándo?

Me lo dijo.

Hice la cuenta.

—Falta mucho.

—Antes faltaban años.

Eso era cierto. Durante tanto tiempo el bachillerato había sido el punto lejano hacia el que avanzábamos que me costaba pensar en él como algo que podía ocurrirnos de verdad. Ahora empezaba a serlo. No el grado todavía, sino su proximidad.

Aparecía en las conversaciones con los maestros. En las preguntas que nos hacíamos al estudiar. En las materias que repasábamos y en aquellas que descubríamos que necesitábamos volver a estudiar. Incluso empezó a modificar algunas decisiones pequeñas.

—Eso tendremos que repasarlo.

—Lo sabemos.

—Creemos que lo sabemos.

Miré a Curro.

—Odio que hayas inventado esas hojas.

—Las inventamos entre los dos.

—Entonces odio nuestra colaboración.

Volvíamos sobre la cuestión. Poco a poco dejamos de estudiar únicamente lo que correspondía a cada jornada. Empezamos a volver atrás. Primero unas semanas, después meses y finalmente años.

Abrimos notas que llevaban mucho tiempo guardadas. Encontramos cuestiones que recordábamos perfectamente y otras que parecían escritas por estudiantes distintos. En cierto modo, lo estaban.

—¿Esto es tuyo? —preguntó Curro una tarde.

Miré la hoja que sostenía.

—Sí.

—No entiendo nada.

—Yo tampoco.

—Entonces seguro que es tuyo.

Se la quité. Reconocía mi letra. Reconocía incluso algunas de las abreviaturas. Lo que me costaba reconocer era al estudiante que había considerado necesario escribir todo aquello.

—Esto es de nuestro primer curso.

Curro acercó la hoja.

—Éramos muy ignorantes.

—Tú sigues siéndolo.

—Sí, pero ahora lo sé.

Saberlo nos parecía cada vez más importante. Repasar nuestros primeros años produjo un efecto que no esperaba. No solo nos mostró cuánto habíamos olvidado, también nos mostró cuánto habíamos aprendido.

Había dificultades que entonces habían ocupado páginas enteras y que ahora podíamos resolver casi sin detenernos. Otras seguían siendo difíciles, pero al menos sabíamos por qué, y algunas de nuestras antiguas certezas resultaban bastante menos ciertas de lo que habían parecido. Curro encontró una de ellas y leyó durante unos momentos.

—Aquí estaba completamente seguro.

—Ese era tu principal defecto.

—¿Era?

—Uno de ellos.

Me pasó la hoja.

—Ahora no escribiría esto.

—¿Por qué?

Curro tardó en responder.

—Porque ahora sé lo que tendría que demostrar antes.

Nos miramos.

Era exactamente lo que el maestro había intentado enseñarnos.

Guardé aquella hoja aparte.

—¿Qué haces?

—Conservarla.

—¿Para qué?

—Para acordarme de que una vez estuviste equivocado.

—Necesitarás una habitación más grande.

Y seguimos estudiando.

A medida que avanzó el invierno, el bachillerato dejó de ser un asunto del que hablábamos únicamente Curro y yo. Los maestros empezaron a hablar de él también. No lo hacían de una manera solemne. A veces bastaba una observación al terminar una lección.

—Eso deberíais tenerlo claro a estas alturas.

Otras veces era una pregunta.

—¿Habéis vuelto sobre lo que vimos el curso pasado?

Al principio respondíamos como siempre. Después comprendimos que aquellas preguntas ya no significaban lo mismo. Una mañana uno de los maestros nos detuvo cuando recogíamos nuestras cosas.

—¿Cómo lleváis la preparación?

Curro me miró.

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que nos pregunte.

El maestro sonrió.

—Mala respuesta.

—Entonces bastante bien.

—Peor todavía.

Yo intervine.

—No lo sabemos.

Esta vez el maestro me miró a mí.

—Mejor.

Curro protestó.

—Ha dicho que no sabe nada.

—No. Ha dicho que no sabe si está preparado.

—Eso he querido decir yo.

—Pues deberías haberlo dicho.

Curro recogió sus papeles.

—Cada vez resulta más difícil hablar con ustedes.

—Esa es la intención.

Salimos del aula.

—Has quedado muy bien —dijo Curro.

—Gracias.

—Sobre todo la parte en la que reconoces que no sabes si estás preparado.

—Tú tampoco.

—Pero yo no se lo he dicho.

La satisfacción le duró poco, el maestro comenzó a exigirnos algo distinto. De vez en cuando, al terminar una lección, escogía una cuestión que habíamos estudiado mucho tiempo atrás y nos pedía que volviéramos sobre ella sin avisarnos. Sin permitirnos prepararla.

Al principio pensé que quería comprobar cuánto recordábamos. Me equivocaba. Una tarde Curro respondió con bastante precisión a todo cuanto le preguntó. Cuando terminó, me pareció que había salido bien. A Curro también.

—¿Y? —preguntó.

—¿Y qué?

—¿Estaba bien?

—Sí.

Curro sonrió.

—Entonces ya está.

—No.

La sonrisa desapareció.

—Acaba de decir que estaba bien.

—Lo estaba.

—Empiezo a sospechar que utilizamos las palabras de manera diferente.

El maestro se volvió hacia mí.

—Ginés, ¿qué le faltaba?

Aquello era bastante peor que tener que responder yo.

Miré a Curro.

—Cuidado —dijo.

—No lo sé.

—Piénsalo.

Repasé mentalmente lo que había dicho.

No había encontrado ningún error.

—Ha respondido a todo.

—Precisamente.

Curro y yo esperamos.

—¿Y qué habría ocurrido si una de mis preguntas hubiera partido de un supuesto equivocado?

Comprendí por dónde iba. Curro también.

—Tendría que haberlo advertido —dijo.

—Antes de responder.

—Pero no lo ha hecho.

—Esta vez.

El maestro dejó pasar unos segundos.

—No os preparéis para responderme. Preparaos para saber cuándo una pregunta merece una respuesta.

Curro volvió a recoger sus papeles.

—Cada día me gusta menos esto.

—Eso también es buena señal.

Al salir, estuvimos un rato discutiendo sobre lo ocurrido.

—He respondido bien.

—Sí.

—Y aun así estaba mal.

—No estaba mal.

—Eso es todavía peor.

—Creo que quiere que dejemos de esperar que nos diga cuándo lo hacemos bien.

Curro se detuvo.

—¿Y entonces cómo vamos a saberlo?

No supe qué contestar. Él tampoco. Seguimos andando. Durante los días siguientes aquella pregunta se añadió a las otras. Ya no bastaba con recordar, tampoco con razonar. Teníamos que aprender a desconfiar de las respuestas que aparecían con demasiada facilidad ante una pregunta conocida y, cuanto más nos acercábamos al final, menos parecían interesarse nuestros maestros por cuánto podíamos repetir de lo aprendido. Querían saber qué éramos capaces de hacer con ello. Aquello me preocupaba. También empezaba a tranquilizarme porque, al volver sobre nuestros primeros años, descubrí que muchas cosas habían cambiado sin que nos diéramos cuenta. Ya no necesitábamos que alguien nos indicara siempre dónde estaba la dificultad. Algunas veces la veíamos. Otras sabíamos que debía de estar allí aunque todavía no pudiéramos encontrarla y empezábamos a comprender que reconocer esa diferencia también formaba parte de aprender. Una noche, después de varias horas de estudio, Curro cerró sus notas.

—Ginés.

—¿Qué?

—Creo que estamos preparados.

Lo miré.

—Hace unas semanas dijiste que no.

—Hace unas semanas sabía menos.

—Precisamente por eso deberías estar menos seguro ahora.

Pensó un momento.

—Tienes razón.

Volvió a abrir las notas.

—Entonces no estamos preparados.

—No he dicho eso.

—Pues decídetelo.

—Creo que estamos más preparados.

—Eso no sirve.

—¿Por qué?

—Porque no dice cuánto falta.

Aquella era la cuestión.

Ya no queríamos saber cuánto habíamos aprendido. Queríamos saber si era suficiente y, por primera vez, aquella pregunta tenía un límite. El curso seguía avanzando y el bachillerato también. Llegó un momento en que dejamos de hablar de él como de algo lejano.

No recuerdo exactamente cuándo ocurrió. Quizás fue una mañana en la que uno de los maestros nos preguntó cuánto nos faltaba. O tal vez sucedió antes, cuando empezamos a contar las semanas en lugar de los meses. Lo cierto es que un día Curro dejó sus notas sobre la mesa y dijo:

—Ya queda poco.

—Eso llevas diciéndolo desde que empezó el curso.

—Sí, pero ahora es verdad.

—También lo era entonces.

—No así.

Sabía a qué se refería.

Hasta aquel momento el final se había ido acercando mientras nosotros continuábamos haciendo lo de siempre. Asistíamos a las lecciones, estudiábamos, discutíamos y volvíamos sobre cuanto no entendíamos. Ahora empezábamos a hacer algunas cosas porque el final estaba cerca.

Había materias a las que ya no volveríamos después de repasarlas. Notas que guardábamos por costumbre y que empezaban a perder su utilidad. Libros prestados que tendríamos que devolver. Y, sobre todo, había una pregunta que comenzaba a acompañarnos cada vez que decidíamos dejar algo para más adelante.

—¿Cuánto más adelante?

Una tarde Curro señaló una cuestión que llevábamos demasiado tiempo evitando.

—Esto lo veremos otro día.

—¿Qué día?

—Otro.

—¿Cuál?

Me miró.

—Te estás volviendo insoportable.

—¿Cuál?

Volvió a mirar las notas.

—Mañana.

—Eso pensaba.

La estudiamos aquella misma tarde.

Situaciones como aquella empezaron a repetirse.

Durante años habíamos podido aplazar casi cualquier cosa. Siempre habría otra semana, otro mes, otro curso. Ahora cada aplazamiento necesitaba encontrar un lugar dentro del poco tiempo que quedaba. Curro se puso a hacer cuentas. Yo también. Ninguno reconocía que las hacía hasta que, una mañana, uno de nuestros maestros acabó con el disimulo. La lección había terminado y la estancia comenzaba a vaciarse cuando nos llamó.

—Ginés. Curro.

Nos quedamos. El maestro ordenó sus papeles con una lentitud que me pareció innecesaria. Curro se inclinó hacia mí.

—Cuando hacen eso nunca traen buenas noticias.

—Calla.

—Solo intento prepararme.

El maestro levantó la vista.

—Ya podéis hacerlo.

Curro se quedó inmóvil.

—¿El qué?

El maestro lo miró como si la pregunta fuera innecesaria.

—El examen de grado.

Ninguno respondió. Habíamos pronunciado tantas veces aquella palabra durante los últimos meses que debería haberme resultado familiar. No fue así. En boca del maestro sonó distinta. Ya no nombraba algo que ocurriría cuando termináramos, sino lo siguiente que iba a ocurrirnos. Curro fue el primero en reaccionar.

—¿Ya?

El maestro arqueó ligeramente las cejas.

—¿Preferís esperar otro año?

—No.

—Entonces sí. Ya.

Miré a Curro.

Él me miró a mí.

Por una vez ninguno de los dos encontró nada que decir.

El maestro debió de advertirlo.

—Lleváis años queriendo llegar hasta aquí.

—Precisamente —dijo Curro.

—¿Y ahora os sorprende?

—Un poco.

A mí también.

Habíamos pasado tanto tiempo acercándonos al bachillerato que nunca había pensado en lo extraño que sería descubrir que finalmente lo teníamos delante.

—¿Qué tenemos que hacer? —pregunté.

El maestro empezó a explicárnoslo. Escuché con una atención que no recordaba haber prestado ni siquiera durante nuestras primeras lecciones. Esta vez no estaba explicándonos algo que debíamos aprender, sino lo que tendríamos que hacer para obtener el grado. La explicación fue mucho más breve de lo que esperaba. Tal vez porque durante años habíamos imaginado aquel momento como algo extraordinario, me sorprendió que pudiera reducirse a una serie de cosas que debíamos hacer.

Curro escuchó sin interrumpir. Eso fue lo que más me preocupó. Cuando el maestro terminó, permanecimos un momento en silencio.

—¿Alguna pregunta?

Tenía muchas. No supe por cuál empezar. Curro sí.

—¿Y si no estamos preparados?

El maestro lo miró.

—Eso ya no puedo decíroslo yo.

—Hasta ahora lo hacía.

—Hasta ahora os estaba enseñando.

Curro esperó.

—¿Y ahora?

—Ahora tendréis que demostrar lo que habéis aprendido.

Salimos del aula. Esta vez no discutimos sobre lo que el maestro había dicho. Tampoco hicimos bromas. Caminamos hasta que Curro se detuvo.

—Ginés.

—¿Qué?

—Creo que esto va en serio.

—Lleva años siendo así.

—No de esta manera.

Tenía razón. Hasta entonces siempre habíamos podido corregir un error al día siguiente. Volver sobre una cuestión. Buscar otro libro. Preguntar a un maestro. Prepararnos mejor para la próxima vez. Ahora empezaba a existir una última vez.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó.

—Hoy.

—Esperaba que dijeras mañana.

—Yo también.

Regresamos a nuestros libros. Los días siguientes fueron distintos de todos los anteriores y, al mismo tiempo, estuvieron hechos exactamente de las mismas cosas. Leímos. Repasamos. Discutimos. Volvimos sobre cuestiones que creíamos olvidadas y descubrimos otras que habíamos recordado mal. Algunas necesitaron horas. Otras se resolvieron con una facilidad que años atrás nos habría parecido imposible.

Ya no intentábamos aprenderlo todo. A esas alturas comprendíamos que era imposible. Intentábamos medir lo aprendido y, sobre todo, reconocer nuestras lagunas. Las tres hojas de Curro volvieron a aparecer sobre la mesa.

Lo sabemos.

Creemos que lo sabemos.

No tenemos la menor idea.

—Deberíamos hacer una cuarta —dijo una noche.

—¿Para qué?

—Para lo que sabíamos y hemos olvidado.

—Eso pertenece a la tercera.

—No es lo mismo. Ignorarlo después de haberlo sabido resulta mucho más ofensivo.

—Para ti.

—Para cualquiera con dignidad.

No hicimos una cuarta hoja. Tampoco hizo falta, con el paso de los días la primera fue creciendo y las otras dos disminuyeron. No desaparecieron, eso habría sido sospechoso, pero llegó un momento en que dejamos de mirarlas con preocupación. Una tarde Curro tomó la segunda y la levantó.

—Todavía queda demasiado.

—Siempre quedará algo.

—Eso no ayuda.

—Es lo que hay.

La dejó de nuevo sobre la mesa.

—¿Tú tienes miedo?

La pregunta me sorprendió.

—Sí.

—Bien.

—¿Bien?

—Yo también.

—No veo qué tiene eso de bueno.

—Que si tú no tuvieras miedo empezaría a pensar que sabes algo que yo no sé.

—Quizás lo sé.

Curro me miró.

—Eso no tiene gracia.

Me reí. Él tardó un poco más en hacerlo. Después seguimos estudiando. Los días continuaron pasando y ocurrió algo que no esperaba. Cuanto más próximo estaba el examen, menos pensaba en él.

Al principio había contado las semanas. Después los días. Finalmente dejé de contar. Había llegado un punto en que ya no podíamos hacer otra cosa que continuar, hasta que una tarde Curro cerró el libro.

—Basta.

—Todavía podemos repasar...

—No.

—¿Desde cuándo eres tú quien quiere dejar de estudiar?

—Desde que he empezado a leer la misma línea tres veces.

Miré mis notas.

No estaba seguro de cuántas veces había leído yo la última y cerré también el libro. Durante unos momentos permanecimos sentados frente a frente. La mesa estaba cubierta de papeles. Algunos pertenecían a aquel curso, otros llevaban años con nosotros. Cogí uno de los más antiguos, reconocí inmediatamente mi letra.

—Mira esto.

Curro lo leyó.

—¿Quién escribió semejante estupidez?

—Yo.

—Entonces retiro lo dicho.

—Gracias.

—Era una estupidez perfectamente razonable para tu edad.

Se lo quité.

—Mañana podrías necesitar que te ayudara.

—Mañana podrías necesitarme tú.

Nos quedamos callados. Mañana. Durante meses habíamos dicho «cuando llegue el examen», ya no había ningún cuando.

—Curro.

—¿Qué?

—Es mañana.

—Lo sé.

Fue lo único que dijo.

Guardamos los papeles, no todos. Dejamos algunos sobre la mesa como si todavía fuéramos a necesitarlos al regresar. Quizás ninguno de los dos quiso ser el primero en admitir que, si todo salía bien, después de aquella noche ya no volveríamos a estudiar para hacernos bachilleres. Antes de acostarnos, Curro se detuvo.

—Ginés.

—¿Qué?

—Si mañana me quedo en blanco...

—Te recordaré todas las veces que dijiste que estabas preparado.

—Eso es precisamente lo que temía.

—Duerme.

—Tú también.

Apagamos la luz. No dormí. Mucho después oí la voz de Curro en la oscuridad.

—Ginés.

—¿Qué?

—¿Estás despierto?

—No.

—Bien.

Hubo otro silencio.

—Yo tampoco.

Sonreí en la oscuridad. Al día siguiente nos examinaríamos para obtener el grado de bachiller.

Amanecí antes de que hubiera suficiente luz para distinguir las cosas de la habitación. Curro ya estaba despierto.

—¿Has dormido?

—Muchísimo.

—Yo también.

Ninguno preguntó cuánto. Nos vestimos despacio. No había nada distinto en nuestras ropas. Las mismas sotanas que habíamos llevado tantas veces. El mismo manteo. Los mismos zapatos. Sin embargo, aquella mañana tuve la impresión de que todo pesaba un poco más. Curro terminó antes que yo.

—¿Vamos?

Miré la mesa.

Los libros seguían donde los habíamos dejado la noche anterior. Sentí el impulso absurdo de abrir uno y Curro lo advirtió.

—Ni se te ocurra.

—Solo iba a...

—No.

—Podría comprobar una cosa.

—Y después otra.

—Una solamente.

—Ginés.

Aparté la mano.

—Vamos.

Desayunamos como si nos persiguiera el diablo y salimos.

Conocía aquel camino de memoria. Lo había recorrido con lluvia, con frío y bajo un sol que hacía insoportable el manteo. Lo había hecho con sueño, con hambre, preocupado por el dinero o pensando en una lección que no había entendido. Aquella mañana no conseguía pensar en nada. Curro caminaba a mi lado en silencio.

—Podrías decir algo —le dije.

—Estoy intentando no hacerlo.

—Eso sí que es preocupante.

—Guardo fuerzas.

Seguimos andando.

Llegamos a las Escuelas Mayores bastante antes de lo necesario, Curro sostuvo que había sido culpa mía y yo que habíamos salido cuando él quiso. Discutimos sobre ello durante unos minutos porque era mucho más fácil discutir sobre la hora que sobre la razón por la que estábamos allí.

Curro y yo atravesamos el patio y nos dirigimos a la cátedra de Prima de Leyes, donde realizarían esa mañana la prueba para obtener el grado de bachiller. Había entrado muchas veces en aquella sala, pero aquella mañana parecía distinta. Quizás porque nunca me había detenido a mirarla de verdad. La columna se levantaba en medio del aula sosteniendo la gran viga de la techumbre. La cátedra ocupaba su lugar habitual y los bancos se distribuían frente a ella. Todo estaba exactamente donde siempre. Éramos nosotros quienes no estábamos allí para lo de siempre. Curro recorrió el aula con la mirada.

—Todavía podemos huir.

—Tú primero.

—¿Me seguirías?

—No.

—Entonces no tiene gracia.

Nos sentamos.

Fue entonces cuando una voz conocida dijo detrás de nosotros:

—Esperaba encontraros algo más dignos.

¡Era Alonso!

—¿Qué haces aquí?

—Buenos días a ti también, Ginés.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Curro, sorprendido.

—Tengo amigos.

—Nosotros también. Y solo tú eres doctor.

Alonso sonrió.

Hacía tiempo que no lo veía allí. Nuestros encuentros se habían vuelto ocasionales desde que había alcanzado el doctorado. Seguía siendo Alonso, pero la Universidad ya no ordenaba sus días como ordenaba los nuestros.

Y, sin embargo, aquella mañana había vuelto.

—¡No pensaríais haceros bachilleres sin que viniera a comprobarlo!

—Todavía podemos fracasar —dijo Curro.

—Por eso he venido temprano.

—Siempre has sido un buen amigo.

Alonso abrazó primero a Curro y después a mí.

—Suerte.

—Pensaba que habías venido a vernos fracasar —dijo Curro.

—Una cosa no excluye la otra.

Me reí y durante unos instantes desapareció buena parte de la inquietud con la que había recorrido el camino. Alonso había estado allí cuando todavía no sabíamos muy bien qué clase de estudiantes llegaríamos a ser. Me alegraba que estuviera también cuando estábamos a punto de dejar de serlo.

Curro fue primero.

Lo vi ocupar su lugar y pensé que jamás lo había visto tan serio.

Habíamos preparado durante años aquel momento sin saber que lo preparábamos. Las lecciones, las disputas, las horas inclinadas sobre los libros e incluso nuestras discusiones más inútiles parecían haber terminado conduciéndonos hasta aquella sala. Comenzó.

Al principio reconocí algo en su voz que los demás quizás no habrían advertido. Estaba nervioso. Lo supe porque hablaba demasiado deprisa, poco después dejó de hacerlo. Expuso el texto que había preparado, planteó la cuestión y defendió su conclusión. ¡Había aparecido el Curro que yo conocía! No el que recordaba más, ni siquiera el que sabía más. Era el que sabía escuchar.

Lo vi detenerse ante una objeción. Durante un momento temí que no supiera responder. Después comprendí lo que estaba haciendo: estaba esperando. Dejó que la objeción terminara. Pensó unos segundos y respondió. No pude evitar sonreír, aquello también lo conocía.

Durante años habíamos discutido uno contra el otro. Sabía cuándo Curro se limitaba a defenderse y cuándo acababa de encontrar el lugar por el que podía entrar en el argumento contrario. Miré a Alonso. Él también sonreía. Cuando Curro terminó, hubo que esperar todavía un tiempo hasta conocer el resultado. Cuando por fin regresó junto a nosotros, intenté descubrirlo en su cara mientras se acercaba.

No pude.

—¿Qué?

Curro siguió andando.

—¿Qué? —repetí.

Se detuvo delante de mí.

Esperó.

—Como alargues esto un segundo más...

—¡Bachiller Curro! ¡Lo has conseguido! —le dije mientras lo abrazaba.

—¿Lo dudabas?

—Hace un momento lo dudabas tú.

—Hace un momento no era bachiller.

Alonso le tendió la mano.

Curro la miró diciéndole:

—¿Eso es todo?

Alonso acabó abrazándolo.

—Enhorabuena.

—Así está mejor.

Los contemplé.

Alonso era doctor, Curro acababa de convertirse en bachiller y yo aún era estudiante, aunque confiaba en que por poco tiempo. Pero mi gesto debió de traicionarme, porque Curro soltó:

—¡No pongas esa cara!

—¿Qué cara?

—La misma que pusiste cuando Alonso se hizo doctor.

—No puse ninguna cara.

Alonso y Curro se miraron.

—La puso —dijo Alonso.

—La está poniendo otra vez.

—Callaos los dos.

Entonces llegó mi turno.

Curro me dio una palmada en el hombro.

—Ginés.

—¿Qué?

—No hagas ninguna tontería.

—Eso iba a decirte yo.

—Yo ya puedo hacerlas. Soy bachiller.

Alonso negó con la cabeza.

—El grado no cura la estupidez, Ginés. Yo soy la prueba.

Aquello consiguió que me encaminara al examen riéndome.

De mi examen recuerdo algunas cosas con absoluta claridad y otras apenas. Recuerdo el momento de ocupar mi lugar y buscar casi sin querer a Curro y Alonso. Los dos estaban allí. Curro me hizo un gesto que no supe interpretar. Preferí no intentarlo.

Miré el texto que había preparado durante los días anteriores y comencé. Los primeros minutos fueron los peores. Oía mi propia voz con una claridad insoportable y el eco de la sala me daba la sensación de que cada palabra tardaba demasiado en llegar a la siguiente. Poco a poco dejé de escucharme.

Expuse el texto, planteé la cuestión y defendí mi conclusión. Entonces llegó la primera objeción. La había previsto y respondí. Llegó otra; también la había considerado y no supuso problema, pero la tercera no. Durante unos instantes no supe qué decir. Años atrás habría empezado a hablar. Cualquier cosa habría sido preferible al silencio, pero aquella mañana no.

Esperé. Volví sobre la objeción y traté de averiguar qué podía afirmar realmente antes de responder. Entonces encontré algo. No era la respuesta. Era el lugar desde el que podía empezar a construirla. Distinguí primero aquello que podía sostener de lo que todavía necesitaba demostrar; después avancé hasta donde me permitía el argumento y me detuve. No sabía si era suficiente, pero sabía que ir más lejos habría significado suponer. Eso sí lo había aprendido.

Siguieron otras objeciones. Algunas fueron fáciles y otras no. En una tuve que rectificar algo que acababa de decir. En otra defendí mi conclusión durante más tiempo del que habría querido. Y ocurrió algo extraño. Dejé de pensar en el examen. Ya no veía delante de mí el grado de bachiller ni los años que había tardado en llegar hasta allí. Tampoco pensaba en lo que ocurriría si fracasaba. Escuchaba. Pensaba. Respondía. Era lo mismo que había hecho tantas veces con Curro, solo que esta vez él no estaba enfrente.

Cuando terminé mi exposición, tardé un momento en comprender que ya no habría más objeciones. Había hecho cuanto podía hacer y, por primera vez desde que había entrado en aquella sala, respiré hondo.

Curro y Alonso esperaban.

Curro se levantó en cuanto me vio.

—¿Qué?

No respondí.

—Ginés.

Seguí acercándome.

—Como estés intentando hacerme lo mismo que yo...

Me detuve delante de ellos.

—Bachiller Ginés —le corregí.

Curro me abrazó con tanta fuerza que casi me hizo perder el equilibrio.

—¡Lo sabía!

—Mentiroso.

—Bueno, lo esperaba.

Alonso se acercó.

—Enhorabuena, bachiller.

Aquella palabra me produjo una sensación extraña.

—Repítelo.

—¿Enhorabuena?

—Lo otro.

Alonso sonrió.

—¡Bachiller!

Miré a Curro.

—Bachiller —repitió él.

—Suená bien.

—El mío suena mejor.

—Es exactamente el mismo.

—¡Pero llegó antes! —dijo soltando inmediatamente una carcajada.

Alonso nos contemplaba con una sonrisa que pocas veces le había visto.

—Veo que el grado tampoco os ha hecho más inteligentes.

—Ya nos advertiste que no funcionaba —dijo Curro.

Los tres nos echamos a reír.

Miré entonces el aula. La columna continuaba en medio de la sala. Los bancos seguían en su sitio. La cátedra era la misma. Nada parecía haber cambiado pero aquella mañana Curro y yo habíamos entrado allí como estudiantes y salíamos como bachilleres.

—¿Y ahora? —preguntó Curro.

Alonso respondió antes que yo.

—Ahora se bebe.

—Por fin dice algo digno de un doctor.

Y nos fuimos al mesón.



Algunos amigos se nos unieron durante la tarde y la primera jarra de vino apareció antes de que hubiéramos decidido exactamente qué íbamos a celebrar primero.

—Por los nuevos bachilleres —dijo Alonso.

Levantamos los vasos.

—Por los nuevos bachilleres —repetieron los demás.

Bebimos.

Curro volvió a llenar el suyo.

—Ahora por nosotros.

—Acabamos de brindar por nosotros.

—No. Han brindado ellos. Ahora brindamos nosotros.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Soy bachiller en Leyes. Si no tiene sentido, puedo defenderlo.

Alonso levantó el vaso.

—Eso merece otro brindis.

Y brindamos.

Después de aquel vinieron otros.

Por los maestros.

Por los amigos.

Por quienes habían terminado antes que nosotros y por quienes todavía seguían estudiando.

Alonso intentó que brindáramos por los doctores.

—Hay uno solo —dijo Curro.

—Precisamente. Sale barato.

También brindamos por él.

A medida que avanzó la noche empezaron a aparecer recuerdos que llevaban años sin ser contados.

Alonso recordó nuestra llegada.

Curro sostuvo que exageraba.

—Erais dos ignorantes —dijo Alonso.

—Tú también eras estudiante.

—Sí, pero yo era un ignorante con experiencia.

—Y dinero —añadí.

—Eso ayuda mucho a ignorar con dignidad.

Reímos.

Hacía mucho tiempo que los tres no pasábamos una noche así.

Por unas horas volvimos a ser los mismos que habíamos sido antes de que Alonso se hiciera licenciado, antes de su doctorado y antes de que Curro y yo empezáramos a contar cuánto nos faltaba para marcharnos.

Hasta que Alonso dijo:

—Así que mañana os vais.

La conversación se detuvo.

Curro miró su vaso.

—Sale el ordinario por la mañana.

—Podríais quedaros unos días.

—¿Para qué?

Alonso no respondió.

Tampoco nosotros.

La pregunta era demasiado sencilla.

Ya no había lecciones.

No había otro curso.

No quedaba ningún grado que Curro y yo tuviéramos que alcanzar antes de regresar a casa. Salamanca había dejado de tener una razón para retenernos.

Curro levantó el vaso.

—Todavía no nos hemos ido.

Alonso levantó el suyo.

—Eso tiene remedio.

—¿Irnos?

—Estar sobrios.

Acercó la jarra.

—Por esta noche.

Levanté el vaso.

—Por esta noche.

Curro hizo lo mismo.

—Y porque mañana el ordinario tenga paciencia.

Bebimos.

Después alguien pidió otra jarra.

La madrugada nos alcanzó todavía en el mesón.

No recuerdo a qué hora conseguimos acostarnos. Tampoco quién tuvo la idea de pedir la última jarra de vino, aunque Curro sostuvo a la mañana siguiente que había sido Alonso. Yo no estaba en condiciones de discutirlo.

Desperté con la boca seca y un dolor de cabeza que parecía empeñado en recordarme cada uno de los brindis de la noche anterior. Curro estaba sentado en el borde de su cama, con la cabeza entre las manos.

—Buenos días, bachiller.

Levantó los ojos.

—No vuelvas a llamarme así.

—Anoche te gustaba.

—Anoche era más joven.

Me incorporé despacio.

—¿Dónde está Alonso?

—Espero que muerto.

No lo estaba.

Lo encontramos abajo, sentado a una mesa y desayunando con un aspecto que me pareció ofensivamente saludable.



—¡Por fin! —dijo al verlos.
Curro se dejó caer frente a él.
—Te odio.
—Eso es el vino.
—No, el vino me gustaba.

La mesonera dejó delante de nosotros otro plato de huevos fritos con salchichas y abundante pan. Apenas tuvimos tiempo de probar el desayuno que la mesonera había preparado para despedirnos. Habíamos quedado con el arriero y todavía nos faltaba recoger las últimas cosas.

Desayunamos deprisa y subimos.
Después de tantos años, resultó sorprendente lo poco que tardamos en vaciar el cuarto.
La ropa desapareció en los hatillos. Los papeles quedaron reunidos como pudimos y los libros ocuparon mucho más espacio del que yo recordaba.
Curro contempló uno de los montones.
—Todo esto no lo trajimos.
—Lo hemos comprado.
—Eso explica por qué nunca teníamos dinero.
Bajamos las últimas cosas.
El arriero ya esperaba delante del mesón.
Era el mismo que nos había llevado a Salamanca años atrás.
Pero la recua no era la misma.
—Tres mulas —dijo Curro.
—Tres.
—Cuando vinimos eran dos.
El arriero miró nuestros bultos.

—Cuando vinieron traían menos.
No pude discutirlo.
Entre libros, ropa y todo lo que habíamos ido acumulando durante aquellos años, habíamos necesitado una mula más para regresar.
Mientras el arriero terminaba de asegurar la carga, la mesonera salió con su hijo.
Habíamos imaginado tantas veces nuestra marcha de Salamanca que supuse que sentiríamos algo extraordinario cuando llegara.
No ocurrió.
Nos despedimos de ella y del muchacho casi como nos habíamos despedido tantas otras mañanas antes de ir a clase.
Solo que aquella vez no íbamos a volver por la tarde.
Alonso salió detrás de nosotros.
—Así que os vais de verdad.
—Eso parece —dije.
Curro señaló las mulas.
—A menos que huyan con nuestras cosas.
—Todavía estáis a tiempo de quedaros.
—¿Para qué? —preguntó Curro.
Alonso no respondió.
Tampoco hacía falta.
Ya no teníamos lecciones a las que asistir ni otro curso que comenzar.
Me tendió la mano.
La miré.
—¿Eso es todo?
Alonso sonrió.
—Eso mismo dijo Curro ayer.
Y me abrazó.
—Cuídate, Ginés.
—Tú también.
Después abrazó a Curro.
—Intenta no meterte en problemas.
—Ahora soy bachiller en Leyes. Puedo defenderme.
—Eso es precisamente lo que me preocupa.
Nos reímos.
El arriero anunció que era hora de partir.
Curro echó a andar primero.
Yo avancé unos pasos y me volví.
Alonso seguía delante del mesón, junto a la mesonera y su hijo.
Levantó una mano.
Hice lo mismo.
Después alcancé a Curro.
Durante el primer trecho hablamos poco. El arriero caminaba delante de nosotros y las tres mulas avanzaban cargadas detrás de él.
Al cabo de un rato Curro se volvió.
Yo también.
Salamanca quedaba ya a lo lejos.



Permanecimos unos instantes mirando la ciudad.

—¿La echarás de menos? —preguntó.

Pensé en las aulas, en los maestros, en Alonso. En el frío, en el hambre, en los libros, en las disputas y en todas las veces que había deseado que aquellos años terminaran de una vez.

—Sí.

Curro asintió.

—Yo también.

El arriero nos llamó desde delante. Echamos a andar de nuevo.

Habíamos llegado a Salamanca con dos mulas y sin saber muy bien en qué acabaríamos convirtiéndonos.

Nos marchábamos con tres y dos grados de bachiller.

No sabía qué encontraríamos al final del camino.

Pero por primera vez en muchos años, el camino ya no llevaba a Salamanca. Llevaba a casa.

Capítulo 14. La última lección

Durante los primeros días de camino Curro y yo hablamos mucho de Salamanca. Después dejamos de hacerlo. No hubo ninguna razón. Sencillamente ocurrió.

Al principio recordábamos a cada momento algo que habíamos dejado atrás: una frase de un maestro, alguna discusión en el mesón, una lección particularmente aburrida o cualquiera de aquellas pequeñas cosas que durante años apenas habíamos advertido y que ahora parecían empeñadas en acompañarnos.

El arriero iba delante y nosotros avanzábamos tras las mulas, que esta vez eran tres, señal de lo bien que le iban las cosas. Mi arcón viajaba bien sujeto sobre una de ellas. Ahora, además de mi ropa, llevaba algunos libros, papeles y otras cosas que entonces me parecieron suficientemente importantes como para traerlas conmigo.

Los recuerdos son peores equipajes. Uno cree haberlos guardado cuidadosamente y, cuando varios años después abre el arcón, descubre que faltan cosas que estaba seguro de haber conservado y que aparecen otras que no recordaba haber metido allí.

Pero entonces yo todavía no sabía nada de eso.

Tenía mi grado de bachiller, un camino que conducía a casa y veintitantos años. A esa edad uno cree que recordar consiste simplemente en no olvidar.

Madrid llegó varios días después.

No era la primera vez que Curro y yo hablábamos de nuestra separación, aunque sí la primera en que dejamos de hacerlo como si perteneciera al futuro.

Hasta allí habíamos seguido el mismo camino.

A partir de allí, no.

El arriero comenzó a descargar los bultos de Curro y permanecimos a su lado sin ayudar demasiado. No sé qué esperábamos. Quizás que tardase lo suficiente para que se nos ocurriera algo inteligente que decir.

No ocurrió.

Curro miró sus cosas.

Luego me miró.

—Bueno.

—Bueno.

Habíamos pasado años aprendiendo a disputar y, cuando llegó el momento de despedirnos, ninguno encontró un argumento.

—Escribeme —dijo.

—Tú también.

—Yo lo he dicho primero.

—Eso no te da ningún derecho.

—Soy bachiller desde antes que tú.

Lo miré.

—Fui el último manteísta. ¿Piensas recordármelo toda la vida?

Curro sonrió.

—Esa es mi intención.

Nos abrazamos.

No fue una despedida larga. Las despedidas importantes rara vez se parecen a como uno las imagina. Se dicen cosas pequeñas porque las grandes resultan difíciles de pronunciar, y después cada cual toma su camino.

Vi alejarse a Curro en la plaza buscando transporte para llegar sin tropiezos a su ciudad.

No sabía cuándo volveríamos a encontrarnos.

Nos encontraríamos muchas veces. Nuestra amistad sobrevivió a la distancia, a nuestras ocupaciones, a nuestros matrimonios, a los hijos, a los buenos años y también a otros que hubiera preferido no vivir. Hubo temporadas en las que apenas supimos el uno del otro y otras en las que volvimos a tratarnos como si todavía compartiéramos habitación en Salamanca.

¡Además Curro cumplió su amenaza! Durante muchos años siguió recordándome que había sido bachiller antes que yo.

En algunas cosas los hombres cambian menos de lo que creemos. En otras, demasiado.

Desde Madrid continué rumbo al Levante con el recuero, *mi ordinario*.

No merece la pena que os cuente cada jornada. Hubo caminos buenos y malos, ventas mejores y peores, días de sol y alguno de lluvia. El paisaje fue cambiando poco a poco y, conforme avanzábamos, empezaron a resultarme familiares nombres que llevaba años sin escuchar.

Una mañana reconocí un camino.

Después otro.

Y finalmente comprendí que estaba volviendo a casa.

Había imaginado muchas veces aquel momento durante mis años en Salamanca. Cuando tenía hambre pensaba en la comida que encontraría al regresar. Cuando tenía frío, en mi cama. Cuando el dinero escaseaba, en una casa en la que no tendría que contar las monedas antes de decidir si podía permitirme cenar. Y cuando las lecciones parecían no terminar nunca, imaginaba el día en que ya no tendría que acudir a ninguna.

Ninguno de aquellos regresos imaginados se pareció demasiado al verdadero.

La Alberca apareció ante mí sin ceremonia alguna.

El camino era el mismo. Los naranjos y las rosas también.

Las casas lucían los mismos parrales, aunque estos habían crecido.

Hasta me pareció reconocer a algunas personas bajo su sombra.

Sin embargo, algo no encajaba.

Tardé en comprender que aquello que había cambiado no estaba delante de mí.

Era yo.

Había salido de allí siendo un muchacho que iba a estudiar Leyes y regresaba como bachiller, con algunos libros, un arcón pesado y la convicción absurda de que había aprendido cuanto necesitaba para comenzar mi vida.

Mi madre lloró.

Yo también, aunque durante muchos años sostuve lo contrario.

Mi padre se limitó a abrazarme con la sobriedad que correspondía entonces a un cabeza de familia.

Así terminó mi vida de estudiante.

O, al menos, eso creí durante mucho tiempo.

Porque algunas cosas terminan el día en que las abandonamos.

Otras necesitan toda una vida para que comprendamos qué significaron.

—¿Y Curro?

La voz me hizo levantar la cabeza.

Frente a mí estaba mi nieto.

Había permanecido escuchando durante tanto tiempo que casi había olvidado su presencia.

—¿Qué pasa con Curro?

—Has dicho que volvisteis a veros.

—Muchas veces.

—¿Cuántas?
—¿Cómo quieres que lo sepa?
—Has recordado muchas otras cosas.
—Recordar no consiste en llevar una contabilidad.
No pareció satisfecho.
—¿Siguió siendo tu amigo?
—¡Hasta la muerte!
Esta vez no preguntó nada más.
Agradecí que no lo hiciera.
Hay recuerdos que uno puede contar durante horas y otros para los que unas pocas palabras son suficientes.
Mi nieto bajó la mirada. Creí que finalmente había terminado su interrogatorio.
Me equivocaba.
—Abuelo.
—¿Qué?
—¿De verdad ibais vestidos así?
Seguí la dirección de sus ojos.
Sobre la mesa permanecían las prendas que habían dado origen a toda aquella conversación.
La sotana.
El manteo.
Durante años habían sido para mí poco más que ropa. Había pasado frío con ellos, sudado bajo ellos, los había empapado la lluvia y había maldecido más de una vez tener que llevarlos.
Después lo miré a él.
Su nueva ropa escolar me resultaba todavía extraña.
No indecorosa.
No ridícula.
Extraña.
Quizás eso fuera una de las primeras señales de que un hombre empieza a hacerse viejo: la llegada de un día en que se mira a los jóvenes y se descubre que el mundo ha decidido cambiar sin pedir permiso.
—Sí —respondí—. Así íbamos.
El muchacho volvió a mirar la sotana.
—No parece cómoda.
—No lo era.
—Entonces habréis agradecido dejar de usarla.
No contesté.
—¿Abuelo?
—No.
—¿No qué?
—No me alegré.
Me observó con aquella expresión que empezaba a conocer demasiado bien.
—Pero acabas de decir que era incómoda.
—Lo era.
—Y que pasabais frío.
—También.
—Y calor.
—Mucho.
—Entonces no lo entiendo.
Sonreí.
—Eso se debe a que todavía eres joven.
Frunció el ceño.
En cuanto pronuncié aquellas palabras comprendí que había cometido un error.

—Eso no es una respuesta.

Lo miré.

Y durante un instante, no sé por qué, recordé a Curro.

Quizás porque mi nieto preguntaba de una forma que se parecía demasiado a él. Curro también tenía la costumbre de escuchar un argumento hasta encontrar el lugar por el que podía abrirlo.

—Está bien —dije—. No es una respuesta.

Esperó.

—Lo que ocurre es que no me gusta verte vestido así.

Bajó los ojos hacia su ropa.

—¿Así cómo?

—Así.

—Es el traje que debemos llevar ahora.

—Lo sé.

—Entonces no entiendo qué culpa tengo yo.

—Ninguna.

—¿Y el traje?

—Tampoco.

Me miró como si empezara a sospechar que la edad había terminado por hacer conmigo lo que tantos años de estudio no habían conseguido.

—Entonces ¿qué es lo que no te gusta?

No supe responder inmediatamente.

La sotana y el manteo seguían sobre la mesa. Habían pasado muchos años desde la última vez que me los había puesto. Más de los que mi nieto podía imaginar y quizás más de los que yo mismo quería contar. Sin embargo, allí estaban. Viejos, inútiles y pertenecientes a un tiempo que parecía mucho más lejano desde que el muchacho había entrado vestido de aquella manera.

—Cuando yo tenía tu edad —dije al fin—, bastaba ver a un estudiante por la calle para saber que lo era.

—Por la sotana.

—¡Por todo!

—Pero sobre todo por la sotana.

Sonreí.

—Sobre todo por la sotana.

—¿Y eso era importante?

La pregunta parecía sencilla.

No lo era.

—Entonces creíamos que sí.

—¿Y ahora?

Miré las prendas.

—Ahora quizás más.

Frunció el ceño.

—Eso tampoco tiene sentido.

—Déjame terminar.

Se acomodó en su sillón.

—Cuando nosotros vestíamos así, no elegíamos hacerlo. Había unas normas. Entrabas en la Universidad y aceptabas que algunas cosas iban a ser distintas. Tenías maestros a los que escuchar, horarios que cumplir, grados que alcanzar y obligaciones que no existían antes de entrar allí. El traje era una de ellas.

—Pero solo eran prendas de ropa.

—Sí.

Me sorprendió oírme responder con tanta facilidad.

—Solo era ropa.

El muchacho sonrió, convencido de haber ganado.

—Entonces...

—No he terminado.

Dejó de sonreír.

—Una sotana no hacía mejor a quien la llevaba. Después de todo lo que te he contado, sería un necio si pretendiera convencerte de eso. He conocido estudiantes vestidos de esa manera que eran generosos y otros que eran unos miserables. Algunos estudiaban hasta quedarse dormidos sobre los libros y otros conseguían pasar años en Salamanca aprendiendo únicamente dónde encontrar vino barato. Los había valientes, cobardes, honrados, embusteros...

—Y vosotros hacíais novatadas.

—También.

—Y jugabais.

—Sí.

—Y Alonso...

—Dejemos a Alonso fuera de esto.

Se echó a reír.

Yo también sonreí, pero no había olvidado lo que intentaba explicarle.

—No era la sotana la que nos hacía mejores.

—Entonces volvemos al principio.

—No exactamente. Porque nos recordaba que éramos estudiantes.

—Ya sé que soy estudiante.

—Claro que lo sabes.

—Entonces tampoco necesito que me lo recuerde la ropa.

Ahí estaba.

Una objeción sencilla, perfectamente razonable y profundamente irritante.

Durante años había enseñado a mis hijos, y después a mis nietos, que una afirmación no se volvía verdadera porque quien la pronunciara fuera mayor que ellos. En aquel momento empezaba a comprender las consecuencias de mi imprudencia.

—Quizás no —admití.

Pareció sorprenderle.

—¿Quizá?

—No pongas esa cara. Todavía no has ganado nada.

—No sabía que estuviéramos disputando.

—Yo tampoco. Pero parece que lo estamos.

Volvió a mirar la sotana.

—Entonces ¿qué has perdido tú porque yo ya no tenga que llevarla?

Aquella vez tardé más en responder.

Nada.

La respuesta evidente era nada.

Mi nieto seguía estudiando. Seguía teniendo maestros, libros, lecciones y exámenes. El hecho de que no vistiera como yo había vestido no me había arrebatado ninguna de aquellas cosas.

Y, sin embargo, sentía que algo se estaba perdiendo.

Eso era precisamente lo inquietante.

No sabía nombrarlo.

—Tal vez no me preocupa lo que has perdido tú —dije finalmente—. Tal vez me preocupa lo que podamos olvidar todos.

—¿Por una sotana?

—No por la sotana.

—Pero estamos hablando de ella.

—Estamos hablando de lo que significa que ya no esté.

El muchacho permaneció callado.

Esta vez había conseguido que escuchara.

—Las cosas cambian —continué—. Siempre lo han hecho. Cambian las leyes, cambian los gobiernos, cambian las universidades. También cambian las costumbres. Algunas desaparecen

porque deben desaparecer y otras porque llega un día en que nadie recuerda para qué servían. El problema es que no siempre sabemos distinguir unas de otras mientras están desapareciendo.

—¿Y tú sabes distinguir las?

La pregunta me hizo sonreír.

—No.

Pareció decepcionado.

—Entonces...

—Eso es precisamente lo que me preocupa.

Me levanté y fui hasta las prendas.

Pasé una mano por la sotana.

La tela estaba gastada. En algunos lugares conservaba todavía las señales de arreglos hechos muchos años atrás. Pensé en mi madre. Pensé en Salamanca. Pensé en el muchacho que había recorrido aquellas calles convencido de que el mundo que encontraba a su alrededor llevaba allí desde siempre y, probablemente, seguiría allí después de su muerte.

Qué poco sabemos del tiempo cuando somos jóvenes.

—Cuando tenía tu edad —dije—, tampoco imaginaba que esto pudiera desaparecer.

—No ha desaparecido. Está ahí.

—No hablo de la sotana.

Lo comprendió.

Al menos dejó de responder inmediatamente.

—Hay algo que descubrirás si tienes la suerte de vivir muchos años. Los cambios no llegan todos juntos. Si lo hicieran, sería fácil verlos. Llegan uno detrás de otro. Una palabra deja de usarse. Algo que parecía necesario empieza a parecernos inútil. Después desaparece otra cosa. Y otra, hasta que una costumbre deja de practicarse. Ninguno de esos cambios parece demasiado importante por separado, pero todos contribuyen a su desaparición.

—Pero el mundo siempre ha cambiado.

—Sí.

—También cambió mientras tú eras joven.

—Naturalmente.

—Entonces quizás a tu abuelo tampoco le gustaban las cosas que hacíais vosotros.

Me quedé mirándolo.

El muchacho sonrió.

—Eso ha estado mejor —dije.

—¿Qué?

—La objeción.

—No era una objeción.

—Las mejores casi nunca parecen serlo.

—Y también nacen costumbres nuevas.

Lo miré.

—Sí.

—Entonces no desaparecen las costumbres. Cambian.

No respondí enseguida.

Había algo irritante en aquella facilidad con la que el muchacho encontraba el otro lado de cada cosa.

—No siempre es lo mismo.

—¿Por qué?

—Porque para saber si hemos ganado algo con un cambio basta mirar lo que tenemos delante. Para saber lo que hemos perdido hay que recordar lo que había antes.

—Y yo no puedo recordarlo.

—No.

—Porque no lo he conocido.

—Exactamente.

Volvió a mirar la sotana y el manto.

—Pero tú sí.

—Sí.

—Por eso me lo has contado.

No respondí.

Hasta aquel momento había pensado que llevaba horas hablando porque él había preguntado. Una pregunta había traído otra, después un recuerdo, luego otro, y cuando quise darme cuenta había vuelto a recorrer unos años que creía mucho más olvidados de lo que estaban.

Pero quizás no fuera esa toda la verdad.

Tal vez había empezado a contar porque él quería saber.

Y había continuado porque yo necesitaba que supiera.

—¿Abuelo?

—Estoy pensando.

—Llevas toda la tarde pensando.

—Es una de las pocas ventajas que todavía nos quedan a los mayores.

—También habláis mucho.

—Esa es la otra.

Sonrió.

Yo volví a mirar aquellas prendas.

—Llegará un día —dije— en que nadie que haya vestido así seguirá vivo.

La sonrisa desapareció del rostro de mi nieto.

—Falta mucho.

—Eso espero.

—Tú todavía...

—No estoy anunciando mi muerte. Deja que termine.

—Llegará ese día. Y cuando llegue, la sotana seguirá existiendo en algún arcón, quizás en alguna casa o en algún lugar donde se guarden cosas antiguas. Alguien podrá verla y sabrá que hubo un tiempo en que los estudiantes vestían así.

—Como yo ahora.

—No. Tú todavía puedes preguntarme.

Se quedó callado.

—Esa es la diferencia.

Cogí el manteo y lo sostuve durante unos instantes. Pesaba menos de lo que recordaba. O quizás fueran mis brazos los que ya no eran los mismos.

—Tú puedes preguntarme cómo se llevaba, si daba frío, si molestaba al caminar. Puedes preguntarme qué sentíamos al vestirlo. Incluso puedes preguntarme por qué protestábamos contra algo que ahora yo lamento que desaparezca.

—Eso todavía no lo entiendo.

—Yo tampoco estoy seguro de entenderlo.

Aquello pareció sorprenderle.

—¿Tú no?

—Hay cosas que se entienden peor a los setenta años que a los veinte.

—Eso no tiene sentido.

—Esperaba que dijeras eso.

Dejé el manteo sobre la mesa.

—Cuando eres joven, muchas cosas te parecen sencillas porque todavía están ahí. No necesitas preguntarte por qué existen. Forman parte del mundo. Después algunas desaparecen y empiezas a preguntarte qué significaban. El problema es que para entonces ya no sabes cuánto de lo que recuerdas pertenecía realmente a ellas y cuánto has puesto tú con los años.

Mi nieto permaneció en silencio.

—¿Quieres decir que no recuerdas bien?

—Quiero decir que nadie recuerda tan bien como cree.

—Pero acabas de contarme todo eso.

—Te he contado lo que recuerdo.

—¿Y no ocurrió así?

La pregunta me hizo sonreír.

—Ocurrió así para mí.

—No es lo mismo.

—No.

Aquello era importante y no quería que lo entendiera mal.

—No te estoy diciendo que haya inventado lo que te he contado. Curro existió. Alonso existió. Pasamos apuros, estudiamos, discutimos, hicimos estupideces y acabamos los estudios. Todo eso ocurrió. Pero los recuerdos no permanecen guardados dentro de nosotros como los papeles de un archivo.

Señalé mi arcón.

—Ya te lo dije antes. Uno cree que los ha conservado y, cuando vuelve a buscarlos, descubre que algunos han desaparecido y que otros ya no son exactamente como los dejó.

—Entonces ¿para qué sirve recordar?

Aquella pregunta me obligó a detenerme.

—Para no empezar siempre desde el principio.

El muchacho esperó.

—Lo que tú has recibido no comenzó contigo. Ni conmigo. Ni siquiera con mis maestros. Cuando llegué a Salamanca encontré una Universidad que otros habían construido antes de que yo naciera. Encontré libros que otros habían escrito, normas que otros habían discutido, maestros que habían aprendido de otros maestros. Incluso algunas de las cosas contra las que protestábamos estaban allí porque alguien, mucho antes que nosotros, había creído que eran necesarias.

—Y algunas no lo eran.

—Por supuesto.

—Entonces hicieron bien en cambiarlas.

—Quizá.

—Otra vez quizá.

—Desconfía de los hombres que nunca necesitan decir quizá.

Guardó silencio.

—Recordar lo que hubo antes no significa que debemos conservarlo todo —continué—. Si así fuera, todavía viviríamos exactamente como nuestros abuelos, y ellos como los suyos. Eso no es tradición. Es miedo a aplicar a nuestra propia vida aquello que hemos aprendido y que nos transforma.

El muchacho levantó la mirada.

Yo mismo me sorprendí de mis palabras.

Quizás porque durante buena parte de aquella conversación no había estado demasiado seguro de dónde terminaba una cosa y empezaba la otra.

—Entonces ¿qué es la tradición?

La pregunta quedó flotando en un espeso silencio.

Miré nuevamente la sotana.

Un rato antes habría sabido qué responder.

Ahora no.

Había empezado aquella conversación lamentando la desaparición de una sotana y, sin darme cuenta, mi nieto me había obligado a preguntarme qué era exactamente lo que pretendía defender.

No podía ser todo lo antiguo. Había costumbres de mi juventud cuya desaparición no lamentaba. Algunas merecían haber desaparecido mucho antes. Tampoco podía ser simplemente aquello que habíamos recibido de nuestros mayores, porque nosotros mismos habíamos cambiado muchas de las cosas que ellos nos entregaron.

—No lo sé —dije al fin.

Mi nieto pareció sorprendido.

—¿No lo sabes?

—No del todo.

—Pero te preocupa que se pierda.

Aquello me hizo sonreír.

—Sí.
—¿Y cómo puedes tener miedo de perder algo que no sabes qué es?
Esta vez no sonreí.
La pregunta era demasiado buena.
—Quizás porque durante mucho tiempo confundí la tradición con las cosas que la hacían visible.
Miró la sotana.
—¿Como esa?
—Como esa.
—Entonces la sotana no es la tradición.
—No.
—¿El manteo?
—Tampoco.
—¿Las costumbres?
Dudé.
—Algunas forman parte de ella. Pero tampoco bastan.
—Entonces seguimos sin saber qué es.
—Ya te he dicho que tengas paciencia.
—Llevas muchos años pensando en ello.
—Y tú llevas muy pocos. Dame alguna ventaja.
Se rio.
Yo volví a mirar las prendas.
—Quizás la tradición no sea una cosa que se recibe.
—¿No acabas de decir que recibimos cosas de quienes estuvieron antes?
—Sí. Pero tal vez lo importante no sea recibirlas.
—¿Entonces?
—Qué hacemos con ellas.
El muchacho esperó.
—Recibimos un mundo que no hemos construido —continué—. Costumbres, conocimientos, maneras de entender las cosas, obligaciones, errores... Todo mezclado. Nuestros mayores tampoco lo inventaron todo. Lo recibieron de otros y lo cambiaron antes de entregárnoslo.
—Entonces nunca recibimos lo mismo.
Lo miré.
—No.
—Pues no parece una tradición muy bien conservada.
Sonreí.
—Tal vez ese sea precisamente el error: creer que una tradición solo sigue viva mientras permanezca intacta.
Se quedó callado.
—Las cosas intactas se guardan en los arcones —añadí—. Las que están vivas cambian.
Miré mi viejo manteo.
—La dificultad consiste en cambiarlas sin dejar de reconocer aquello que hizo que merecieran llegar hasta nosotros.
—¿Y quién decide qué merece llegar?
Ahí estaba la pregunta que no quería escuchar.
—Cada generación, supongo.
—La mía también.
No era una pregunta.
—La tuya también.
Me costó más pronunciar aquellas palabras de lo que habría querido. De pronto comprendí qué era lo que me inquietaba: transmitir implica renunciar al control sobre lo transmitido.

Mientras somos jóvenes recibimos el mundo como si nos perteneciera desde el momento mismo en que llegamos a él. Encontramos unas costumbres, unas leyes, unas creencias, una manera de distinguir lo correcto de lo equivocado y hasta palabras con las que nombrar las cosas. Algunas las aceptamos sin preguntarnos de dónde vienen. Otras las discutimos. Unas pocas las rechazamos con la convicción de que quienes estuvieron antes que nosotros debieron de ser bastante necios para haberlas soportado durante tanto tiempo.

Yo también lo había hecho.

Lo que nunca había pensado entonces era que llegaría un día en que sería yo quien estuviera al otro lado.

Ahora era mi generación la que debía entregar lo recibido.

Y la suya la que decidiría qué hacer con ello.

—No te gusta —dijo mi nieto.

—¿Qué cosa?

—Que podamos cambiarlo.

—No he dicho eso.

—Pero lo estás pensando.

Estuve a punto de negarlo.

—Estoy pensando algo peor.

—¿Qué?

—Que tenéis derecho a hacerlo.

Se rio.

—Eso no parece tan malo.

—Espera a tener nietos.

—Falta mucho.

—Menos de lo que crees.

La respuesta me salió con una rapidez que me hizo sentir todavía más viejo.

—No me preocupa que cambiéis las cosas —continué—. Al menos no debería preocuparme. Nosotros también lo hicimos. Lo difícil es aceptar que cambiaréis algunas que nosotros consideramos importantes.

—Como la sotana.

—Como la sotana.

—Y quizás tengamos razón.

Lo miré.

—Quizás.

—O quizás no.

—También.

—Entonces no podemos saberlo.

—No siempre.

Frunció el ceño.

—Pues eso sí que es un problema.

—Ahora empiezas a entenderme.

Me acomodé en el asiento.

—Cuando cambias algo puedes saber qué estás dejando atrás. Lo tienes delante. Lo has conocido. Puedes incluso explicar por qué quieres abandonarlo. Lo que no puedes conocer del mismo modo son todas las consecuencias de aquello que pones en su lugar.

—Pero si pensáramos así nunca cambiaríamos nada.

—Exactamente.

—¿Exactamente qué?

—Que tampoco podemos vivir de esa manera.

Me miró desconcertado.

—El miedo a equivocarnos no puede obligarnos a conservar aquello que creemos necesario abandonar. Pero estar convencidos de ello tampoco nos garantiza que sepamos qué ocurrirá después.

—Entonces hay que arriesgarse.

—Sí.
Aquella respuesta pareció satisfacerlo.
—Eso es fácil para ti —añadí.
—¿Por qué?
—Porque perteneces a la generación que va a intentarlo.
—¿Y tú?
Miré mis manos.
—Yo empiezo a pertenecer a la que tendrá que contemplar lo que hacéis.
No dijo nada.
Quizás había comprendido finalmente que no estábamos hablando únicamente de una sotana.
—Cuando tenía tu edad —continué—, el futuro era mío.
—También había más gente.
—Ya sabes lo que quiero decir.
Sonrió.
—Pensaba en lo que haría al año siguiente, en la profesión que tendría, en la casa en la que viviría, en la mujer con la que me casaría. El futuro era el lugar hacia el que caminaba. Todo lo importante parecía estar esperándome allí.
Levanté la vista hacia él.
—Ahora el futuro empieza a ser el lugar en el que viviréis vosotros.
La frase me produjo una sensación extraña al pronunciarla.
No era tristeza.
O no era solamente tristeza.
Había también algo parecido al alivio y, junto a él, un temor que no sabía separar de la esperanza.
—Tú vivirás también —dijo.
—Eso espero.
—Entonces también será tuyo.
—Durante un tiempo. Pero cada vez un poco menos.
—¿Por qué?
—Porque llegará un momento en que muchas de las decisiones que se tomen ya no tendrán que ver conmigo. Tendrán que ver contigo. Y después con tus hijos. Vosotros decidiréis qué conservar de lo que os entregamos y qué dejar atrás.
—Como hicisteis vosotros.
—Como hicimos nosotros.
—Entonces no veo la diferencia.
—La diferencia está en el lugar desde el que se mira.
Permaneció callado.
—Cuando eres tú quien cambia las cosas, lo llamas progreso.
—¿Y cuándo las cambian otros?
Sonreí.
—Depende de la edad que tengas.
Se rio.
—¿Lo llamas decadencia?
Aquella palabra me incomodó.
Quizás porque se acercaba demasiado a lo que llevaba un buen rato pensando.
—A veces.
—¿Y cómo sabes que lo es?
No respondí.
—Abuelo.
—No lo sé.
—Entonces quizás lo que tú llamas decadencia sea solamente algo distinto.
Aquella vez no recordé a Curro.
Recordé mis propios años de estudiante.

Recordé cuántas veces habíamos considerado absurdas algunas de las cosas que nuestros mayores daban por evidentes. Cuántas veces habíamos deseado que cambiaran y en cuántas habíamos estado seguros de comprender el mundo mejor que quienes habían llegado antes.

Y comprendí algo que me resultó todavía más incómodo.

Quizás cada generación estuviera condenada a contemplar la siguiente preguntándose en qué momento habían empezado a estropearse las cosas.

—Puede ser —dije.

—¿Puede ser qué?

—Que algunas de las cosas que me parecen una pérdida no lo sean.

Mi nieto sonrió.

—Pero no pongas esa cara. He dicho algunas.

—Ya es bastante.

—No abuses.

Volvió a reír.

Yo miré nuevamente su traje.

Seguía sin gustarme.

Eso también debía admitirlo.

Comprender las razones de un cambio no obliga a sentir afecto por él.

Pero ahora empezaba a distinguir dos temores que hasta entonces había mantenido confundidos.

Uno era el temor del viejo que ve desaparecer las formas entre las que ha vivido.

El otro era más difícil de desechar.

No me preocupaba solamente qué cambiarían.

Me preocupaban los criterios que utilizarían para decidir qué merecía permanecer.

—Entonces ¿qué quieres que conservemos? —preguntó.

La pregunta era inevitable.

Y, sin embargo, me molestó.

—No es tan sencillo.

—Antes querías conservar la sotana.

—Antes estaba bastante más seguro de muchas cosas.

—Eso te pasa desde que empezamos a hablar.

—Y buena parte de la culpa es tuya.

Sonrió.

—Pero algo habrá que conservar.

—Sí.

—¿Qué?

Miré hacia la ventana.

Podía haberle hablado del respeto a los mayores. De la obediencia a los maestros. Del cumplimiento de las obligaciones, del valor de la palabra dada, del esfuerzo, de la honradez. Todas aquellas palabras acudieron a mi cabeza con demasiada facilidad.

Precisamente por eso desconfié de ellas.

Las palabras grandes tienen la mala costumbre de parecer verdaderas antes de que nos preguntemos qué significan.

—No lo sé —respondí.

—Otra vez.

—¿Preferirías que inventara una respuesta?

—No.

—Pues entonces déjame pensar.

Lo hizo.

—Hay cosas que me gustaría que no perdierais —dije al fin—. Pero no sé si tengo derecho a decidir cuáles serán importantes para vosotros.

—Dime cuáles son importantes para ti.

Aquello era distinto.

Lo miré.

—La palabra dada.

Esperó.

—La gratitud hacia quien te ayuda. La obligación de responder por lo que haces. El respeto hacia quien sabe más que tú sin convertirlo por ello en dueño de tu pensamiento. La capacidad de escuchar antes de responder. La de reconocer un error sin sentir que por hacerlo vales menos. Y la de no utilizar lo que sabes únicamente en tu propio beneficio.

—Son muchas.

—Me has preguntado.

—¿Todo eso te lo enseñaron en Salamanca?

La pregunta me hizo detenerme.

—No.

—Pero llevas toda la tarde hablando de lo que aprendiste allí.

—Una cosa es lo que enseña una Universidad y otra lo que un hombre consigue aprender mientras está en ella.

—No entiendo la diferencia.

—Yo tampoco la entendía cuando llegué.

Pensé en mis maestros. En los libros. En las disputas. En Curro y Alonso. Pensé también en la falta de dinero, en los hombres que tenían mucho más que nosotros y en aquellos que tenían todavía menos. En las veces que alguien nos había ayudado y en aquellas en que nosotros habíamos podido ayudar a otros.

—Salamanca me enseñó Leyes —dije—. Me enseñó a leer de otra manera, a ordenar un argumento, a desconfiar de una conclusión cuando no podía sostenerla. Me obligó a escuchar razones contrarias a las mías y a defender las propias. Todo eso puede enseñarse.

—¿Y lo demás?

—Lo demás es más difícil.

Guardó silencio.

—Había una frase que se repetía en Salamanca —continuó—. La escuché más de una vez cuando era estudiante. *Quod Natura non dat, Salmantica non praestat*.

Mi nieto frunció el ceño.

—No pongas esa cara. También estudié latín.

—¿Qué significa?

—*Salamanca no presta lo que la Naturaleza no da*.

—¿Y qué quiere decir?

—Que una Universidad puede enseñarte muchas cosas, pero no puede hacerlo todo por ti.

—Entonces ¿para qué sirve?

Me reí.

—Eso mismo habría preguntado Curro.

—¿Y qué le habrías respondido?

Pensé unos instantes.

—Que Salamanca podía enseñarnos a razonar, pero no decidir por nosotros para qué utilizaríamos la razón. Podía enseñarnos las leyes, pero no garantizaba que fuéramos justos. Podía llenarnos la cabeza de conocimientos sin conseguir por ello hacernos mejores hombres ni más sabios.

—Entonces el refrán tiene razón.

—En parte.

—Siempre dices eso.

—Porque las frases que pretenden explicarlo todo suelen explicar menos de lo que parece.

Se acomodó nuevamente en su sillón.

—Si Salamanca solo pudiera trabajar con aquello que la Naturaleza nos entrega, poco sentido tendría pasar tantos años allí. Yo no era el mismo cuando regresé a La Alberca que cuando salí de ella. Curro tampoco. Alonso tampoco. Algo había hecho Salamanca con nosotros.

—Entonces Salamanca no podía hacerlos mejores.
La afirmación me sorprendió.
—No he dicho eso.
—Has dicho que no podía daros lo que no teníais.
—Tampoco he dicho exactamente eso.
—Lo dice el refrán.
Sonreí.
—Y los refranes tienen la mala costumbre de necesitar explicaciones más largas que ellos mismos.
—Pues explicámelos.
Pensé unos instantes.
—Una semilla necesita tierra, agua y tiempo para crecer. Pero ninguna de esas cosas puede hacer crecer una semilla que no existe.
—Entonces Salamanca era el agua.
—No lles demasiado lejos la comparación.
Sonrió.
—Lo que quiero decir es que hay cosas que pueden desarrollarse porque existe en nosotros la posibilidad de hacerlo. La inteligencia puede ejercitarse. El juicio puede afinarse. Podemos aprender a escuchar, a dudar, a ordenar lo que pensamos. Incluso podemos descubrir capacidades que ignorábamos tener.
—Entonces Salamanca sí os cambiaba.
—Naturalmente.
—Pero no podía crear cualquier cosa.
—Eso es.
—¿Porque la Naturaleza tenía que haber puesto algo antes?
—Al menos algo sobre lo que trabajar.
Se quedó pensando.
—Entonces «Salamanca no presta lo que la Naturaleza no da» no quiere decir que uno salga de allí igual que entró.
—Si así fuera, habría sido bastante absurdo pasar tantos años estudiando.
Se rio.
—Quiere decir que no se puede perfeccionar aquello que no tiene nada desde lo que empezar.
Lo miré.
—Eso está bastante mejor.
—¿Mejor que el refrán?
—No abuses.
—Pero entonces hay otra cosa que no entiendo.
—Empiezo a temer esa frase.
—Si Salamanca podía desarrollar lo que ya había en vosotros, ¿cómo sabes qué puso Salamanca y qué estaba antes?
No respondí inmediatamente.
Aquella pregunta me llevaba demasiado cerca de mí mismo.
¿Cuánto de aquel muchacho que había llegado a Salamanca seguía dentro del hombre que regresó a La Alberca? ¿Cuánto había puesto mi familia? ¿Cuánto mis maestros? ¿Cuánto Curro, Alonso, los libros, los errores, los años?
Quizás aquella fuera precisamente la dificultad.
La educación no crea a un hombre desde la nada.
Pero tampoco lo deja como lo encontró.
—No lo sé —respondí.
—¿Después de tantos años?
—Precisamente después de tantos años.
El muchacho esperó.

—Cuando eres joven —continuó—, crees que puedes señalar el momento exacto en que aprendiste algo. Después descubres que las cosas importantes rara vez se aprenden de una sola vez. Alguien pone algo. Otro lo corrige. La experiencia lo contradice. Los años lo modifican. Y al final ya no sabes qué parte estaba en ti y cuál aprendiste de los demás.

—Entonces Salamanca sí está dentro de ti.

Sonreí.

—Supongo que bastante más de lo que pensaba cuando salí de ella.

Mi nieto miró nuevamente la sotana.

—Entonces con esto ocurre lo mismo.

—¿Con qué?

—Con lo que llevas toda la tarde intentando explicarme.

—Eso abarca demasiadas cosas.

—La tradición.

Lo miré.

—¿Qué ocurre con ella?

—Que tampoco puede hacer nada si no encuentra algo sobre lo que actuar.

No respondí.

—Salamanca podía enseñarte porque había algo en ti que podía aprender —continuó—.

¿No acabas de decir eso?

—Más o menos.

—Entonces una tradición tampoco puede conservarse si quien la recibe no tiene nada que hacer con ella.

Aquello me hizo pensar.

—Explicate.

Pareció disfrutar de que esta vez fuera yo quien se lo pidiera.

—Si me das tu sotana, puedo guardarla.

—Sí.

—Pero eso no significa que yo continúe tu tradición.

—No.

—Puedo meterla en un arcón y no volver a verla.

—También.

—O puedo ponérmela todos los días sin entender por qué tú la llevabas.

Aquello era más interesante.

—Sigue.

—Entonces llevaría la misma ropa que tú, pero eso tampoco significaría que fuera como tú.

—Espero que no. Bastante desgracia tienes ya con parecerme a mí.

Sonrió.

—Entonces no basta con conservar las cosas.

—Eso parece.

—Hay que entenderlas.

—Antes de decidir qué hacer con ellas.

—Eso lo has añadido tú.

—Alguna contribución tendré que hacer a esta conversación.

Se rio.

Había formulado algo que yo no había sabido expresar.

Una tradición podía conservar todas sus formas y haber muerto mucho antes. Podían repetirse las palabras, celebrarse las mismas ceremonias, vestirse las mismas ropas y cumplirse las mismas costumbres sin que nadie recordara ya por qué se hacía ninguna de aquellas cosas.

Y también podía ocurrir lo contrario. Las formas podían cambiar mientras algo de aquello que las había sostenido continuaba vivo.

Miré su traje.

La idea seguía sin gustarme.

Pero empezaba a parecerme difícil negarla.

—Entonces —dijo—, si yo no llevo tu sotana pero conservo las cosas que tú aprendiste, ¿la tradición continúa?

—No tan deprisa.

—¿Por qué?

—Porque tampoco quiero convertir la tradición en una palabra que sirva para todo. Si quitamos de ella las formas, las costumbres, y cuanto ha pasado de unos a otros, al final no significará nada.

—Entonces la sotana sí importa.

—Importa.

—Pero puede desaparecer.

—Sí.

—No te entiendo.

—Yo tampoco estoy seguro de entenderme.

Se echó a reír.

—Al menos eres sincero.

—A mi edad resulta agotador fingir que uno tiene respuesta para todo.

Volví a mirar las prendas.

—La sotana importa porque formó parte de nuestra manera de ser estudiantes. Nos distinguía, nos imponía ciertas obligaciones y nos recordaba que pertenecíamos a una institución que existía mucho antes de que nosotros llegáramos. No era solamente tela.

—Pero seguía siendo tela.

—Naturalmente.

—Y me has contado que algunos de los que la llevaban hacían cosas bastante poco virtuosas.

Sonreí.

—Bastantes.

—Entonces no los hacía mejores.

—Nunca he dicho que lo hiciera.

—Pero acabas de decir que les recordaba sus obligaciones.

—Recordar una obligación y cumplirla son dos cosas diferentes.

—Entonces podía llevarse la sotana y ser un sinvergüenza.

—Puedo proporcionarte una lista bastante larga.

Sonrió.

—Eso significa que lo importante no estaba en la sotana.

—No.

—Estaba en quien la llevaba.

Iba a responder cuando me detuve.

Allí estaba otra vez.

Salamanca no presta lo que la Naturaleza no da.

La frase regresaba por un camino que no había esperado.

La Universidad podía enseñar, corregir, ejercitar, ampliar y hacer crecer mucho de cuanto encontrara en un muchacho, pero necesitaba algo sobre lo que trabajar.

Quizás con la tradición ocurriera algo parecido.

No bastaba con recibirla.

Había que encontrar a alguien que se interesara por ella y que, al recibirla, fuera capaz de comprenderla, discutirla y, llegado el caso, transformarla.

—Sí —dije finalmente—. Pero tampoco estaba solamente en quien la llevaba.

Frunció el ceño.

—Ahora sí que no entiendo nada.

—Porque nadie empieza desde sí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú no has elegido la lengua en la que estás hablando conmigo.

—No.

—Ni has construido la Universidad en la que vas a estudiar.

—No.
—Ni has escrito los libros con los que aprenderás.
—Algunos son nuevos.
—Pero tampoco los has escrito tú.
—No.
—Has nacido en una casa que ya existía, en una familia que tenía una historia antes de que llegaras, en un país con sus leyes y sus costumbres, y dentro de poco entrarás en una Universidad fundada muchos siglos antes de que ninguno de nosotros naciera.
—Eso ya lo sé.
—Saberlo y sentir que te obliga de alguna manera no es lo mismo.
—¿Me obliga?
—Ahí está la cuestión.
Me observó con atención.
—No creo que debas obedecer a los muertos simplemente porque llegaron antes que tú —continuó—. Sería absurdo. Ellos se equivocaron tanto como nosotros y probablemente vosotros os equivocaréis de maneras que todavía no seamos capaces de imaginar.
—Gracias.
—De nada.
—Entonces ¿qué les debemos?
La pregunta era mucho mejor.
—Tal vez lo primero sea intentar comprender qué nos dejaron.
—¿Y después?
—Juzgarlo.
—¿Y después?
—Decidir.
—¿Conservarlo?
—A veces.
—¿Cambiarlo?
—A veces.
—¿Rechazarlo?
Aquella tercera posibilidad volvió a incomodarme.
—También.
Mi nieto sonrió.
—Cada vez te cuesta menos decirlo.
—No te acostumbres.
—Entonces podemos rechazar una tradición.
—Podéis rechazar una costumbre, una idea, una forma de hacer las cosas. Incluso debéis hacerlo cuando tengáis buenas razones.
—¿Y quién decide si son buenas?
—Vosotros.
—Otra vez hemos llegado al mismo sitio.
—Las conversaciones importantes suelen tener esa mala costumbre.
Permanecimos callados.
Yo empezaba a comprender que durante buena parte de mi vida había imaginado la transmisión como un movimiento en una sola dirección.
Los mayores enseñaban.
Los jóvenes aprendían.
Una generación entregaba y la siguiente recibía.
Pero aquello era demasiado sencillo.
Recibir también era juzgar y quien juzga puede aceptar, corregir o rechazar.
Esa era la parte que me costaba.
No que mi nieto recibiera un mundo distinto del mío.
Que, una vez recibido, tendría derecho a decidir qué hacer con él.
—Hay una cosa que todavía no me has dicho —dijo.

—¿Cuál?
—Qué pasa si nos equivocamos.
Sonreí con cierta tristeza.
—Os equivocaréis.
—Eso tampoco tranquiliza.
—No pretendía hacerlo.
—¿Y si quitamos algo que no debíamos quitar?
—Puede ocurrir.
—¿Y si conservamos algo que debería desaparecer?
—También.
—Entonces ¿qué ventaja tenemos sobre vosotros?
—Ninguna.
—Vaya herencia.
—No he terminado.
Esperó.
—Tenéis algo que nosotros no teníamos.
—¿Qué?
—Nuestros errores.
No respondió.
—Y nuestros aciertos —añadió—. Y los de quienes estuvieron antes. No para que los repitáis, sino para que no tengáis que descubrir desde el principio todo lo que otros ya aprendieron antes que vosotros.
—Eso es la memoria.
—Una parte de ella.
—Entonces por eso me cuentas todo esto.
Miré al muchacho.
Quizás aquella pregunta llevaba horas esperando.
—Tal vez.
—¿Para qué no cometamos vuestros errores?
—Los cometeréis.
—¿Los mismos?
—Espero que tengáis la imaginación suficiente para cometer otros.
Se rio.
—Entonces ¿para qué?
Pensé en Curro.
En Alonso.
En los maestros cuyos nombres ya apenas pronunciaba nadie. En quienes habían pasado por aquellas aulas mucho antes que nosotros y en quienes las ocuparían cuando ya no quedara nadie capaz de recordar nuestras voces.
—Para que cuando tengáis que decidir qué hacer con lo que recibís, sepáis al menos que hubo otros antes que vosotros.
—Eso ya lo sabemos.
—Saber que existieron no es conocer lo que hicieron.
—Tú me lo has contado.
—Te he contado lo que recuerdo.
—¿No es lo mismo?
Negué con la cabeza.
—No.
—¿Por qué?
Miré hacia el arcón.
Allí seguían algunos papeles que había traído conmigo desde Salamanca. Habían sobrevivido mejor que muchas de las personas que aparecían en mis recuerdos.
—Cuando regresé a casa creía que recordar consistía simplemente en no olvidar —dije.
—Eso dijiste.

Sonreí.

—Veo que al menos has prestado atención.

—A ratos.

—Con eso habrá que conformarse.

Miré nuevamente el arcón.

Los recuerdos no funcionan así. Cambian con nosotros. Algunas cosas desaparecen. Otras adquieren una importancia que entonces no tenían. Hay días enteros de mi juventud que no podría reconstruir aunque me fuera la vida en ello y, sin embargo, recuerdo una frase pronunciada hace más de medio siglo como si acabara de escucharla.

—Entonces puede que algunas cosas no ocurrieran como las has contado.

—Puede que no ocurrieran exactamente como las recuerdo.

—¿Entonces has inventado?

—No. Pero la memoria tampoco es un escribano que levanta acta de cuanto sucede.

—¿Entonces qué es?

Pensé un instante.

—Lo único que tenemos cuando ya no podemos volver.

Se quedó callado.

—Por eso no debes confundir lo que te he contado con todo lo que ocurrió —continuó—.

Es lo que yo he podido conservar de aquello.

—Como la sotana.

Seguí la dirección de sus ojos.

—Como la sotana.

—Pero has dicho que guardar la sotana no conserva la tradición.

—Y contar mis recuerdos tampoco conserva el pasado.

—Entonces ¿para qué sirven?

Sonreí.

—Para que puedas preguntar.

El muchacho volvió a mirar las prendas.

—Yo puedo preguntarte porque todavía estás aquí.

—Sí.

—¿Y cuando no estés?

No respondí inmediatamente.

Habíamos hablado de generaciones como si unas entregaran el mundo a otras de una manera ordenada. De recibir, comprender, transformar y transmitir.

Pero toda transmisión tenía un último límite.

Llegaba un momento en que quien podía explicar lo recibido ya no estaba allí para hacerlo.

—Entonces tendrás que recordar tú.

—¿Todo?

Me eché a reír.

—Sería pedir demasiado.

—¿Qué tengo que recordar?

Aquella pregunta habría debido resultarme sencilla después de tantas horas.

No lo fue.

Miré la sotana.

Después el manto.

Después su traje.

Al comenzar aquella conversación habría querido explicarle por qué el suyo me parecía una pérdida. Quizás incluso habría intentado convencerlo de que nuestra manera de vestir había sido mejor porque pertenecía al mundo que yo había conocido.

Ahora ya no estaba seguro.

Seguía sin gustarme su traje.

Eso no había cambiado.

Tampoco quería que cambiara solo para demostrar que había aprendido algo aquella tarde.

Pero ya no veía en él lo mismo.

—No recuerdes la sotana —dije.

Me miró sorprendido.

—¿Después de todo esto?

—Puedes recordarla si quieres. Incluso puedes guardarla cuando yo no esté.

—¿Pero?

—No confundas nunca las cosas con aquello que significaron para quienes las vivieron.

Bajó la mirada hacia las prendas.

—¿Y qué significaba para ti?

Sonreí.

—He necesitado toda la tarde para intentar explicártelo.

—Y todavía no estoy seguro de haberlo entendido.

—Entonces quizás hayas entendido lo más importante.

—Eso no tiene sentido.

—Lo tendrá algún día.

Frunció el ceño.

Durante unos instantes ninguno habló.

Después se levantó y se acercó a la mesa. Tocó el manteo con los dedos y examinó la tela como si esperara encontrar en ella algo que hasta entonces se le hubiera escapado.

—¿Puedo probármelo?

La pregunta me sorprendió.

—¿Para qué?

—Quiero saber cómo era.

Estuve a punto de decirle que no.

No sé por qué.

Quizás porque durante toda aquella conversación había temido que mi mundo desapareciera y, ahora que él mostraba curiosidad por tocar una pequeña parte de él, sentí el impulso absurdo de protegerla.

—Claro.

Lo ayudé.

Lo hizo mal.

Naturalmente.

—Así no.

—Pues pesa.

—También te lo había dicho.

—No tanto.

Durante un instante permaneció delante de mí llevando sobre la ropa de su tiempo una prenda que había pertenecido al mío.

Su imagen, aunque extraña, era casi idéntica a un grabado de 1825 que tenía enmarcado. Lo había visto durante años como una estampa del pasado. Aquella tarde dejó de parecérmelo.

—¿Así ibas tú? —preguntó sacándome de mi abstracción.

—Más joven y bastante más guapo.

—Eso no puedo comprobarlo.

—Tendrás que confiar en la memoria.

Se rio.

Le coloqué el manteo terciado, como correspondía.

No intentó quedárselo puesto, quizás aquello era también una respuesta.

Podía tocar lo que yo había usado sin necesidad de convertirse en mí.

Podía conocerlo sin repetirlo.

Y algún día decidiría qué parte de todo aquello merecía acompañarlo.

Lo demás quedaría atrás.

Como debía ser.

O quizás no.
Aún no estaba preparado para conceder tanto.
—Abuelo.
—¿Qué?
—Cuando vaya a Salamanca...



Esperé.
—¿Crees que será muy distinta?

Miré por última vez la sotana y después su traje nuevo.

—Sí.

—¿Eso es malo?

Pensé antes de responder.

Esta vez no porque desconociera la respuesta.

Sino porque empezaba a comprender que no me correspondía dársela.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

Pareció decepcionado.

—Vaya última lección.

Sonreí.

—Las mejores suelen empezar cuando el maestro deja de hablar.

Se quedó mirándome unos instantes, quizás esperando que añadiera algo.

No lo hice.

Después se levantó y me dio un beso en la frente.

—Mañana tengo que levantarme temprano.

—Eso también forma parte de la vida universitaria.

—Todavía no estoy en la Universidad.

—Empieza antes de llegar.

Se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir.

—Abuelo.

—¿Qué?

—Cuando llegue a Salamanca, ¿habrá alguien que me diga dónde tengo que ir?

Me eché a reír.

Habían pasado más de cincuenta años y, de pronto, volví a ver a aquel grupo de estudiantes entrando en el patio sin saber dónde dirigirse. Yo mismo había sido uno de ellos mucho antes.

—Probablemente.

—¿Y si no?

—Pregunta.

—¿A quién?

—A cualquiera que parezca saberlo.

—¿Y si tampoco lo sabe?

—Entonces ya habrás encontrado compañía.

Sonrió.

—Buenas noches, abuelo.

—Buenas noches.

Lo vi desaparecer por la puerta.

Sus pasos se alejaron y la casa recuperó poco a poco el silencio.

Me quedé solo.

Sobre la mesa permanecían las prendas que habían dado origen a toda aquella conversación, permanecí mirándolos fijamente durante un rato.

Seguía lamentando que los estudiantes dejaran de vestirlos.

Después de tantas palabras, de tantas preguntas y de tantas dudas, al menos en eso no había cambiado de opinión.

Me alegré de que así fuera.

Habría resultado demasiado fácil convencerme de que mi resistencia no era más que una consecuencia de la edad y que todo cambio debía aceptarse por el simple hecho de ser nuevo.

No lo creía.

Seguía pensando que algunas cosas merecían conservarse.

Lo que ya no tenía tan claro era cuáles.

Ni quién debía decidirlo.

Me levanté y tomé el manteo.

Sentí su peso entre las manos.

No era el mismo que había llevado en Salamanca. Aquel había desaparecido hacía muchos años. Pero mis manos todavía recordaban cómo colocarlo.

Sonreí.

Mi cuerpo parecía conservar algunos recuerdos mejor que mi memoria.



Volví a dejarlo sobre la mesa.

Mi nieto no necesitaría vestirlo.

Aquella idea, que unas horas antes me habría resultado insoportable, ahora solo me produjo cierta tristeza.

Quizás porque empezaba a comprender que conservar no era conseguir que las cosas no cambiaran. Era conseguir que el cambio no las borrara por completo.

Mi nieto podía no vestir como yo.

Podía estudiar de otra manera.
Podía encontrar absurda alguna de las costumbres que habían ordenado mi juventud y quizás tuviera buenas razones para hacerlo.
Pero ahora sabía que habían existido.
Sabía por qué algunas habían importado.
Sabía también que otras no merecían regresar.
Y, sobre todo, podía preguntar.
Mientras hubiera preguntas, el pasado no estaba completamente perdido.
Porque quizás eso fuera cuanto podíamos hacer quienes habíamos llegado antes: contar lo que recordábamos, explicar por qué había sido importante y confiar en que quienes vinieran después supieran decidir qué merecía conservarse.
No podía pedirle que vistiera como yo.
Ni que pensara como yo.
Ni siquiera que mirara aquel mundo con la misma nostalgia con que ahora lo recordaba.
Solo podía procurar que supiera que había existido.
Miré una vez más la sotana y el manteo.
Ya desaparecieron.
Algún día yo también.
Pero aquella noche mi nieto había preguntado por ellos.
Y para el último manteísta era suficiente.